

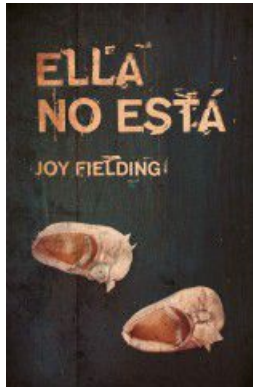
# ELLA NO ESTÁ

JOY FIELDING



*«Creo que mi auténtico nombre es Samantha. Creo que soy tu hija.»*

*Una niña desaparecida, una madre presa de la desesperación, una llamada que trae de vuelta los fantasmas del pasado a un presente desgarrador...*



Cuando la hija de dos años de Caroline Shipley desaparece durante un viaje a México, su mundo entero se desmorona.

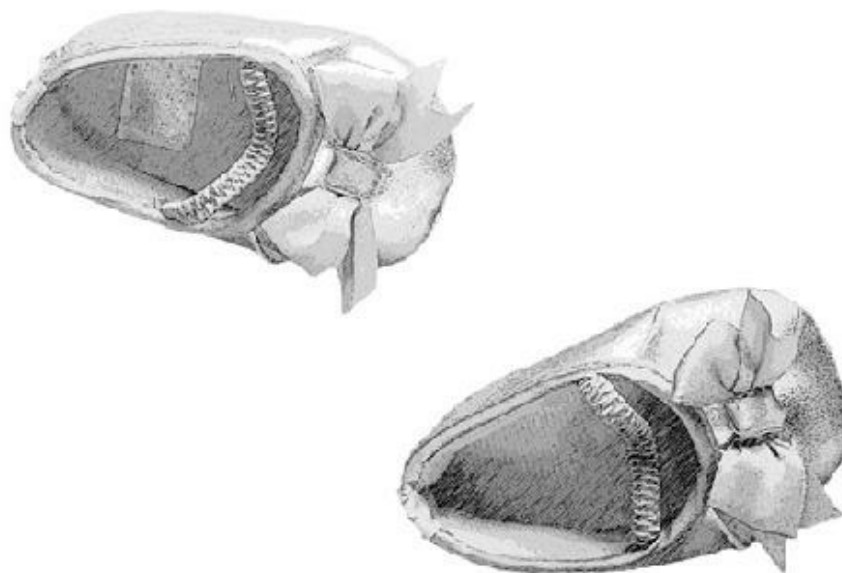
Ahora, 15 años después del terrible suceso, divorciada y aislada, Caroline recibe una llamada que podría cambiarlo todo. Pero, ¿será aquella voz realmente la de su hija? Y si es así, ¿qué ha pasado durante todo este tiempo para que desaparezca sin dejar rastro?

Mientras Caroline intenta recomponer las piezas del puzle de lo que ocurrió aquel fatídico día, empieza a cuestionarse si las respuestas podrían estar más cerca de lo que cree...

*Joy Fielding combina con maestría los ingredientes precisos en una apasionante novela de suspense psicológico.*

# ELLA NO ESTÁ

JOY FIELDING



Traducción de María Laura Saccardo

 **UMBRIEL**

Argentina · Chile · Colombia · España  
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

*Para Hayden y Skylar.*

## El presente

**E**ran apenas las ocho de la mañana y el teléfono ya estaba sonando. Caroline podía distinguir ese característico tono triple que indicaba una llamada de larga distancia incluso con la puerta del baño cerrada y la ducha abierta. Decidió ignorarlo, convencida de que probablemente fuera un vendedor o la prensa. Cualquiera de las dos alternativas era detestable, pero si le dieran a elegir entre ellas, Caroline hubiera optado por el vendedor. Ellos solo iban detrás del dinero. La prensa buscaba sangre.

Incluso después de tanto tiempo.

Se cumplirían quince años al día siguiente.

Hundió su cabeza debajo de la lluvia caliente de la ducha y la espuma de su champú corrió sobre sus ojos cerrados y por sus mejillas. Eso no podía estar bien. ¿Cómo podía ser que quince años de días que parecían interminables y noches sin dormir hubieran transcurrido tan de prisa? Había esperado que al menos la curiosidad pública por ella se hubiera desvanecido para entonces. Pero, si algo había hecho, ese interés se había incrementado con cada aniversario. Los periodistas habían estado llamando por semanas, desde lugares tan lejanos como Australia y Japón: ¿cómo era su vida entonces? ¿Había nuevos indicios? ¿Algún hombre nuevo? ¿Otro suicidio, tal vez? ¿Aún tenía esperanzas de volver a ver a su hija? ¿La policía aún la consideraba una sospechosa en la desaparición de su niña?

Solo que Samantha ya no sería una niña. Tenía solo dos años cuando desapareció sin dejar rastro de su cuna en un lujoso complejo mexicano mientras que, de acuerdo con la prensa, «sus padres se divertían con amigos en un restaurante cercano». Su hija ya tendría diecisiete años.

Eso si asumía que seguía con vida.

Así que, en respuesta a algunas de las preguntas: no había nuevas pistas; ella nunca perdería la esperanza; ya no le importaba en absoluto lo que la policía pensara de ella; y su vida sería mucho mejor si los buitres de la prensa la dejaran en paz.

Su cabeza bajó, el agua goteó de su nariz y su mentón, y ella se estiró para cerrarla, satisfecha de que el intrusivo sonido del teléfono se hubiera detenido finalmente. Sabía que era solo un

alivio temporal. Quien hubiera llamado lo haría otra vez. Siempre lo hacían.

Después de salir al suelo caliente de mármol blanco y gris de su baño, se envolvió en su albornoz blanco y barrió con la palma de su mano la capa de vapor que cubría el amplio espejo sobre el lavabo doble. Una mujer de cuarenta y seis años, con pelo castaño mojado y agotados ojos verdes la miró, muy diferente a la joven mujer «hermosa» y «reservada», de «mirada penetrante» que los periódicos habían descrito en el momento de la desaparición de Samantha. De algún modo, habían logrado hacer que las palabras «hermosa» y «reservada» fueran negativas y acusatorias. Cerca del décimo aniversario, «hermosa» se convirtió en «llamativa», y «reservada» mutó a «distante». Y, el último año, un periodista la degradó aún más y se refirió a ella como «una mujer de mediana edad aún atractiva». Críticas disfrazadas de halagos, pero críticas de todas formas.

Daba igual. Estaba acostumbrada a eso.

Caroline frotó su cabeza enérgicamente con una gruesa toalla blanca y observó cómo su nuevo corte de cabello caía limpiamente alrededor de su rostro. El estilista le había asegurado que el cabello corto le daría una apariencia más juvenil, pero no había tenido en cuenta la testaruda finura del cabello de Caroline, que se rehusaba a hacer cualquier cosa más que solo estar allí. Respiró profundo y decidió que las noticias del día siguiente probablemente la describirían como «la *alguna vez* atractiva madre de la desaparecida Samantha Shipley».

¿Importaba siquiera cómo estuviese? ¿Sería menos culpable (o negligente, mala madre o «asesina») ante los jueces de la opinión pública por ser menos atractiva de lo que había sido al momento de la desaparición de su hija? Luego, sería criticada en la prensa por cada detalle: desde el corte de sus pómulos, hasta el largo de su falda, desde su radiante melena corta, hasta el brillo de su pintalabios. Incluso la sinceridad de sus lágrimas había sido cuestionada; una publicación sensacionalista había comentado que, durante una conferencia de prensa, su máscara de pestañas había permanecido «curiosamente intacta».

Su marido solo había recibido una mínima fracción del veneno que había alcanzado a Caroline. Con lo apuesto que Hunter era, había una debilidad por su buen aspecto que lo convertía en un blanco menos señalado. Mientras que la timidez natural de Caroline tenía la desafortunada tendencia a resultar fría, la personalidad más desenvuelta de Hunter lo había hecho parecer accesible y abierto. Había sido descrito como un padre que «apenas podía contenerse» mientras «se aferraba con fuerza a su hija mayor, Michelle, una niña de cinco años con mejillas de querubín», con su esposa de pie «duramente erguida a su lado, apartada».

Sin mencionar que por insistencia de Hunter habían salido esa noche, después de que la niñera que habían contratado no se presentara. Sin mencionar el hecho de que él había dejado México para regresar a su trabajo como abogado apenas a una semana de la desaparición de Samantha. Sin mencionar la proverbial «gota que rebalsó el vaso», la traición final que había condenado su

matrimonio de una vez y para siempre.

Solo que eso había sido culpa de ella también.

«Todo es culpa mía», dijo a su reflejo, después de sacar el secador de cabello del cajón de debajo del lavabo y apuntarlo a su cabeza como un arma. Entonces lo encendió y lanzó una ráfaga de aire caliente directamente a su oreja.

Un timbre comenzó a sonar casi de inmediato. Caroline tardó un segundo en darse cuenta de que se trataba del teléfono. Un timbre largo, seguido de dos breves, lo que indicaba otra llamada de larga distancia.

«Desaparece», gritó hacia su habitación. Después: «Ah, maldición». Apagó su secador y salió a la habitación, agarró el teléfono de su mesa de noche junto a la cama *king size*, con cuidado de no mirar el periódico de la mañana que descansaba sobre sus sábanas arrugadas.

»Hola. —Silencio, seguido de señal de interferencia—. Genial.

Conectó el teléfono al cargador y sus ojos fueron inevitablemente hacia la página principal del periódico. Allí, junto a la recapitulación anual de cada terrible hecho e insinuación sórdida que había sido impresa en los últimos quince años, la reformulación de cada detalle salaz («¡Adulterio!» «¡Suicidio!» «¡Verdaderas confesiones!»), se encontraba una amplia fotografía de Samantha, de dos años, que le sonreía junto al boceto de un artista de cómo podría ser su hija en el presente. Se habían publicado bocetos similares por toda Internet durante las últimas dos semanas. Caroline se desplomó en su cama, sus piernas demasiado débiles para sostenerla. El teléfono volvió a sonar, se extendió hacia él y lo levantó antes de que terminara el primer timbre.

—Por favor, déjenme en paz —dijo.

—Entiendo que has visto el periódico de esta mañana —contestó una voz familiar. La voz pertenecía a Peggy Banack, directora del Hospital Marigold, una instalación con doce camas para enfermos terminales en el corazón de San Diego. Peggy había sido la mejor amiga de Caroline durante los últimos treinta años y su única amiga en los últimos quince.

—Es difícil de ignorar. —Una vez más se esforzó por no mirar la portada.

—Los malditos escriben lo mismo cada año. ¿Te encuentras bien?

—Eso creo. —Caroline se encogió de hombros—. ¿Dónde estás?

—En el trabajo.

*Por supuesto*, pensó Caroline. *¿Dónde más estaría Peggy a las ocho de la mañana de un lunes?*

—Escucha, odio molestarte con esto, en especial ahora...

—¿Qué es?

—Solo me preguntaba... ¿Michelle ya se ha ido?

—Está en casa de su padre. Ha estado quedándose mucho allí desde que el bebé... —Inhaló profundo para evitar las náuseas—. ¿Debía trabajar esta mañana?



—Debe estar en camino.

Caroline asintió y comenzó a marcar el número del móvil de Michelle en cuanto se despidió de Peggy. Seguramente incluso una persona tan testaruda y autodestructiva como su hija no sería tan tonta como para ausentarse de su servicio comunitario impuesto por el juzgado.

—*Hola, soy Micki* —anunció la voz de su hija en un tono tan susurrante que Caroline apenas la reconoció—. *Deja un mensaje.*

*Ni siquiera un «por favor»*, pensó Caroline, y se crispó ante el sobrenombre «Micki». Entonces se preguntó si por eso habría comenzado a usarlo.

—Michelle —dijo seriamente—, Peggy acaba de llamar. Al parecer vas tarde a tu turno. ¿Dónde estás? —Colgó la llamada, respiró profundo, luego llamó a Hunter, determinada a no ser negativa. Tal vez el despertador de su hija no había sonado. Tal vez su autobús se había demorado. Tal vez estaba atravesando las puertas del hospital en ese preciso momento.

*O tal vez está durmiendo después de otra noche de fiesta*, intervino la indeseable voz de la realidad. Quizás había bebido demasiado antes de subir a su coche y había ignorado su reciente arresto por conducir bajo la influencia del alcohol y la suspensión de su licencia. Quizás la policía la había detenido y se había fastidiado definitivamente el trato que su padre había conseguido con el asistente de distrito, un trato que le permitía evitar el tiempo en prisión a cambio de cientos de horas de servicio comunitario.

—Maldita sea, Michelle. ¿Realmente puedes ser tan irresponsable? —Mientras hablaba, Caroline notó que alguien había contestado del otro lado.

—¿Caroline? —preguntó su exmarido.

—Hunter —respondió. Su nombre incómodamente titubeante en su labios—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Sigo adelante.

—¿Has visto el periódico de la mañana?

—Sí.

—No es una época fácil —afirmó él, siempre bueno para remarcar lo evidente.

—No. —*Aunque tú pareces estar llevándolo muy bien*, pensó. Una mujer joven, un hijo de dos años, una nueva bebé para reemplazar a la que perdió—. ¿Michelle está allí?

—Creo que está ayudando a Diana con la bebé.

En ese preciso momento, el frenético llanto de una criatura llegó hasta el teléfono. Caroline cerró los ojos e intentó no imaginar a la última agregada a la familia de Hunter.

—Peggy me ha llamado. Michelle debería estar en el hospital.

—¿De verdad? Creí que iría por la tarde. Espera un minuto. Micki —llamó en voz alta—. Probablemente solo sea un malentendido.

—Es probable —repitió Caroline sin convicción.

—¿Qué piensas del boceto? —Le sorprendió la pregunta de Hunter. Sintió que el aliento se congelaba en sus pulmones, sorprendida de que su exmarido pudiera sonar tan casual, como si estuviera hablando de una pieza de arte y no de un dibujo de su hija desaparecida.

—Yo... es... —balbuceó mientras sus ojos pasaban de la fotografía al dibujo—. Le han hecho tu mentón.

—Es curioso. —Hunter produjo un sonido entre una risa y un suspiro—. Diana ha dicho lo mismo.

*Ay, Dios*, pensó ella.

—¿Qué sucede? —Escuchó que Michelle preguntaba a su padre.

—Es tu madre —explicó él y su voz se alejó mientras le pasaba el teléfono a Michelle—. Al parecer se supone que deberías estar en el hospital.

—Iré por la tarde —le dijo a su madre. La voz susurrante de su buzón de voz totalmente ausente.

—No puedes simplemente ir cuando te parezca —afirmó Caroline.

—¿De verdad? ¿No es así cómo funciona?

—Michelle...

—Relájate, mamá. Cambié el turno con otra chica.

—Bueno, ella no se ha presentado.

—Lo hará. No te preocupes. ¿Algo más?

—Deberías llamar a Peggy, avisarle...

—Gracias. Lo haré.

—Michelle...

—¿Sí?

—Pensaba que quizás podríamos ir a cenar esta noche...

—No puedo. Tengo planes con mi amiga Emma.

—¿Emma? —repitió Caroline, en un esfuerzo por ocultar su decepción—. ¿La he visto?

—Solo media docena de veces.

—¿De verdad? No la recuerdo...

—Eso es porque no recuerdas a ninguno de mis amigos.

—Eso no es verdad.

—Seguro que lo es. Da igual, debo irme. Hablamos luego.

La línea quedó en silencio en la mano de Caroline. Dejó caer el teléfono sobre la cama y lo vio desaparecer entre las sábanas desordenadas.

*Maldición.* ¿Acaso Michelle tenía razón? Su hija siempre había tenido muchos amigos, aunque ninguno parecía durar mucho tiempo, lo que dificultaba seguirles el rastro. Algo más por lo que sentirse culpable.

Comprobó la hora y notó que ya eran casi las ocho y media. Tenía que estar en el instituto en

media hora. Se puso de pie, ya exhausta ante la idea de veintitrés estudiantes para nada entusiastas, desplomados detrás de sus escritorios, viéndola con miradas vidriosas y su evidente e inequívoco disgusto por la asignatura.

*¿Cómo podían no gustarles las matemáticas?*, se preguntaba. Había algo tan glorioso, tan puro, tan real en las matemáticas. Su padre había sido profesor de matemáticas y le había transmitido la pasión a ella. Era más que resolver problemas y encontrar soluciones. En un mundo irracional, tan lleno de ambigüedad, tan cargado de casualidades, ella se había apoyado en el absolutismo de la materia, había encontrado confort en el hecho de que no hubiera lugar para interpretaciones o equivocaciones, de que siempre hubiera solo *una* respuesta correcta y de que su exactitud pudiera ser *probada*. Michelle sin duda argumentaría, y lo hizo más de una vez, que esa era otra señal de que las matemáticas no tenían en absoluto relación con la vida real.

Caroline regresó al baño y terminó de secarse el pelo. Después se vistió con su falda azul y su blusa de seda blanca que había escogido la noche anterior. «¿No tienes nada más que usar?», le había preguntado Michelle en una ocasión. «¿Y tú?», había replicado Caroline al señalar el usual conjunto de su hija, de pantalones ajustados y blusa holgada. Como muchas jóvenes de su generación, Michelle era una ferviente seguidora de las últimas tendencias de moda, dietas y rutinas de ejercicios. «Todo en su justa medida» era un concepto tan ajeno para ella como el álgebra.

*De acuerdo*, se dijo a sí misma. *Hora de ponerse en movimiento*. Ya estaba haciéndose tarde. En silencio, rezó porque aún quedara una jarra de café caliente en la sala de profesores. Podía soportar muchas cosas, pero un día sin café no era una de ellas.

El teléfono comenzó a sonar en el preciso momento en que se disponía a salir. El primer tono fue seguido de inmediato por dos más breves, lo que indicaba otra llamada de larga distancia, probablemente de la misma persona que había llamado antes.

—No contestes —se dijo Caroline, esta vez en voz alta. Pero ya estaba caminando hacia la cocina, atraída por el sonido como si fuera un imán. Levantó el teléfono en mitad de su cuarto tono

—. ¿Hola?

Silencio.

—¿Hola?

Sonido de respiración.

*Genial*, pensó. *Justo lo que necesitaba; un acosador telefónico. Y de larga distancia, nada menos.*

—Colgaré la llamada.

—Espere.

—¿Ha dicho algo? —El teléfono volvió a su oído.

Silencio.

—De acuerdo. Colgaré ahora.

—No. Por favor.

La voz pertenecía a una joven, posiblemente una niña. Había urgencia en su voz, algo a la vez extraño y familiar que hizo que Caroline permaneciera en línea.

—¿Quién es?

Otro silencio.

—Mire, de verdad que no tengo tiempo para esto...

—¿Es esta la casa de Caroline Shipley? —preguntó la chica.

—Sí.

—¿Es usted Caroline Shipley?

—¿Eres una periodista?

—No.

—¿Quién eres?

—¿Es usted Caroline Shipley?

—Sí. ¿Quién es?

Otro silencio.

—¿Quién es? —insistió Caroline—. ¿Qué quieres? Colgaré...

—Mi nombre es Lili.

Caroline recorrió mentalmente la lista de todos sus estudiantes, del pasado y del presente, e intentó unir nombres y rostros, pero no logró nada. ¿Podía ser otra amiga de Michelle que no reconocía?

—¿Qué puedo hacer por ti, Lili?

—Probablemente no debería estar llamando...

—¿Qué quieres? —*¿Por qué seguía al teléfono, por el amor de Dios? ¿Por qué no colgaba simplemente?*

—Creo...

—¿Sí?

—He estado mirando los bocetos de Internet. —Lili hizo una pausa—. Usted sabe... de su hija.

Caroline bajó la cabeza. *Aquí viene*, pensó. Sucedió cada año en esa época. Cinco años atrás, un hombre había llamado desde Florida y había afirmado que la hija de su vecino tenía un sospechoso parecido a los dibujos de Samantha. Caroline fue de inmediato a Miami y se perdió las tres presentaciones de Michelle en la producción de *¡Oliver!* de su instituto, solo para que sus esperanzas fueran aplastadas al quedar desestimadas las sospechas del hombre. Al año siguiente, una mujer avisó haber visto a Samantha haciendo fila en un Starbucks de Tacoma, Washington. Otro viaje inútil a continuación. Y entonces, con la difusión de los más recientes bocetos en los periódicos, en Internet...

—Lili... —Comenzó.

—Esa es la razón —interrumpió la chica y Caroline volvió a sentir que sus rodillas se debilitaban y su respiración se volvía hielo en su pecho—. No creo que Lili sea mi nombre. — Otro silencio—. Creo que mi nombre real es Samantha. Creo que soy su hija.

## Quince años atrás

—¿Ya hemos llegado? —gimoteó Michelle desde el asiento trasero del Lexus blanco último modelo. Tiró de su cinturón de seguridad y pateó el asiento de Caroline.

—Por favor, no hagas eso, cariño —dijo su madre y se giró en el asiento del acompañante para ver el rostro con el ceño fruncido de su hija de cinco años. Junto a Michelle, Samantha dormía pacíficamente en su asiento de bebé. Y allí representadas, pensó Caroline, mientras sus ojos veían a sus dos hijas, se encontraban las diferencias entre sus dos niñas: una como un inquieto manojito de clichés infantiles; la otra, una perfecta Bella Durmiente. Caroline siempre había despreciado a los padres que tenían preferencias entre sus hijos (su propia madre como un vivo ejemplo), pero debía admitir que el no tenerlas ocasionalmente resultaba más difícil de lo que había anticipado.

—Estoy cansada de viajar.

—Lo sé, cariño. Llegaremos pronto.

—Quiero zumo.

Caroline miró hacia el asiento del conductor. Su marido negó con la cabeza sin apartar la vista del camino. Los hombros de ella cayeron. Comprendía que Hunter no quería arriesgarse a que se derramara zumo sobre los asientos color crema de su coche nuevo, pero también sabía que eso implicaría otros veinte minutos de súplicas y patadas.

—Llegaremos pronto, cariño. Luego podrás beber zumo.

—Lo quiero ahora.

—Mira el océano —propuso Hunter, en un esfuerzo por distraerla—. Mira qué bonito...

—No quiero mirar el océano. Quiero zumo. —La voz de Michelle estaba agudizándose. Caroline sabía que su hija estaba abriéndose camino hacia una intensa rabieta y que solo faltaban segundos antes de que ocurriera una erupción de proporciones sísmicas. Volvió a mirar a Hunter.

—Si cedemos ahora... —susurró él.

Caroline soltó un largo suspiro y miró por la ventana, consciente de que él tenía razón, y decidida a concentrarse en la espectacular e inmaculada vista del océano que se extendía junto a la conservada autovía. Tal vez Michelle siguiera su ejemplo.

—Tengo sed —insistió y terminó con esa esperanza. Luego, una octava más alto, su voz tembló con la amenaza de las lágrimas—: Tengo sed.

—Aguanta, cariño —respondió Hunter—. Pronto estaremos allí.

Allí era Playa Rosarito y Grand Laguna Resort, un lujoso hotel con complejo de spa que Hunter había escogido como el lugar perfecto para celebrar el décimo aniversario de su boda. Se encontraba entre el océano Pacífico y las colinas de Costa Dorada, Rosarito se hallaba a solo cuarenta y cinco kilómetros al sur de San Diego y su proximidad a la frontera entre Estados Unidos y México lo convertía en un destino popular para los turistas del sur de California, a los que les brindaba la posibilidad de visitar otro país y experimentar una cultura diferente sin la dificultad de tener que hacer un largo viaje.

Veintisiete kilómetros de un impactante camino junto al océano llegaban a la principal zona urbana de Rosarito, una extensión de siete kilómetros de playa cubierta de condominios, tiendas de regalos, restaurantes y espléndidos complejos hoteleros. No solo habían seleccionado al Gran Laguna entre los demás porque su sitio web prometía un entorno romántico e increíbles atardeceres, sino porque también ofrecía un programa diario por la tarde para niños menores de diez años. El hotel también proveía un servicio de niñeras por las noches, lo que significaba que Caroline y Hunter podrían tener un muy necesario tiempo para ellos. Su marido había estado muy distraído últimamente, mayormente porque la firma legal de la que esperaba ser socio se había fusionado recientemente con otra, lo que había dejado su posición en un limbo. Sabía que esa era otra razón por la que Hunter había estado tan entusiasmado con Rosarito. Si el trabajo lo requería, podría estar de regreso en su escritorio en cuestión de horas.

El viaje había comenzado bien. Samantha se había dormido tan pronto como el coche había salido de la casa y Michelle parecía complacida jugando con su nueva muñeca de la Mujer Maravilla. Desafortunadamente, tras quince minutos en el camino, un insensato intento de hacer volar a la muñeca había enviado a la Mujer Maravilla a estrellarse contra el suelo, en donde desapareció debajo el asiento delantero, lo que desató el primer baño de lágrimas de Michelle. Después, el tráfico intenso en la Autopista Interestatal 5 se combinó con un retraso en la frontera de San Ysidro a Tijuana, y el viaje de cuarenta y cinco kilómetros se extendió a un calvario de noventa minutos. Caroline se preguntó si debería haber escuchado a Hunter cuando sugirió que dejaran a las niñas en casa durante esa semana. Pero eso habría implicado confiárselas a su madre, algo que Caroline nunca haría. Su madre ya había causado suficientes problemas con sus propios hijos.

Imaginó a su hermano, Steve, dos años menor que ella, un hombre guapo con pelo castaño claro, una sonrisa compradora y ojos avellana con destellos dorados. Su encanto lo había convertido en el orgullo y la joya de su madre. Pero, lo que tenía de encanto, le faltaba de ambición, y había pasado la mayor parte de su vida adulta cambiando de carrera como una serpiente cambia de piel.

Un año atrás se había involucrado en el mercado inmobiliario y, para sorpresa de todos (a excepción de su madre, por supuesto, ante cuyos ojos él no podía hacer nada mal), parecía estar prosperando. Quizás finalmente hubiera encontrado su lugar.

—Tengo seeed —gimió Michelle en una palabra que amenazó con extenderse hasta la eternidad.

—Cariño, por favor. Despertarás a la bebé.

—Ella no es una bebé.

—Está durmiendo...

—Tengo sed.

—De acuerdo, suficiente —sentenció Hunter, giró en su asiento y blandió el dedo índice en el aire—. Escucha a tu madre y acaba con esto en este instante.

La respuesta de Michelle fue un inmediato ataque de histeria. Sus gritos llenaron el coche, resonaron en las ventanas oscuras y despertaron a Samantha. Y entonces las dos niñas estaban gritando.

—¿Aún crees que las niñas fueron una buena idea? —preguntó Hunter con una sonrisa—. Tal vez tu hermano tenga razón después de todo.

Caroline no dijo nada. Hunter sabía muy bien que su hermano y su esposa, Becky, habían estado intentando formar una familia propia infructuosamente durante años. Su incapacidad de lograrlo era una constante fuente de tensión entre ellos, una situación que la madre de Caroline se esforzaba por aprovechar y por la que regañaba a Becky regularmente; por no darle más nietos y causar una innecesaria tensión entre su nuera y su hija.

*Divide y reinarás*, pensó Caroline. Palabras que guiaban la vida de su madre. ¿Qué más podía esperar?

—¿Cuánto más falta? —preguntó.

—Deberíamos llegar pronto. Aguanta.

Ella apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos, con los gritos de sus hijas penetrando sus oídos como sirenas superpuestas. No fue precisamente un comienzo favorable para sus vacaciones. *Está bien*, decidió. *Solo puede mejorar desde ahora*.



Allí estaban, esperando.

Al principio, Caroline pensó que debió haberse dormido en los pocos minutos transcurridos entre que cerró sus ojos y su llegada al magnífico Hotel Grand Laguna Resort y que debía estar soñando. Pero, después de sentarse recta y de bajar su ventanilla, notó que lo que estaba viendo



era, de hecho, muy real; verdaderamente había seis personas de pie frente a la entrada principal del hotel, saludándolos y riendo, con rostros familiares satisfechos y complacidos.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó a Hunter mientras un botones con un uniforme blanco y radiante se acercaba para abrir su puerta.

—Bienvenidos a Grand Laguna —dijo, y sus palabras fueron desapareciendo en un coro de «¡Sorpresa!» que corría hacia ella.

—Feliz aniversario —dijo Hunter, con la sonrisa en sus labios extendida hasta sus suaves ojos café. Luego se inclinó para besarla.

—No lo entiendo.

Él volvió a besarla.

—Creí que disfrutarías de tener a algunos familiares y amigos contigo para celebrar nuestro aniversario.

—Oíd, vosotros —exclamó Steve, el hermano de Caroline—. Conseguid un cuarto. Por el amor de Dios.

—Buena idea —bromeó Hunter entre risas al bajar del coche. Rápidamente, fue rodeado por los tres hombres que esperaban.

—¿No es el lugar más absolutamente precioso que hayas visto? —preguntó Becky, la esposa de Steve, y avanzó hacia ellos.

Caroline salió del asiento delantero del coche y echó un rápido vistazo al edificio color coral con forma de herradura de diez pisos de alto, enmarcado por un cielo azul y palmeras. Debía admitir que era tan magnífico como le habían hecho esperar.

—Pareces un poco apabullada —susurró su amiga Peggy, que se acercó a ella y la envolvió en un abrazo en el que su pelo rizado hizo cosquillas en la nariz de Caroline. De aproximadamente un metro sesenta y cinco, y cincuenta y seis kilos, las dos mujeres eran casi de la misma altura y peso, y encajaban cómodamente.

—Estoy estupefacta. —Caroline se dirigió a su esposo—: ¿Cómo has conseguido hacer esto?

—Culpa a tu hermano. Fue su idea.

—No podía dejar que celebraras diez años de felicidad matrimonial sin nosotros —comentó Steve entre risas.

Caroline miró de un rostro sonriente al otro: su hermano, su mujer; sus viejos amigos, Peggy y Fletcher Banack; sus nuevos amigos Jerrod y Rain Bolton. La verdad era que había esperado tener a su marido solo para ella esa semana. Había pasado mucho tiempo desde que habían tenido el lujo de compartir cenas íntimas para dos, tiempo de relajarse, de reconectarse uno con el otro. Pero la alegría colectiva del comité de bienvenida era tan contagiosa como evidente, y la ambivalencia de Caroline pronto se disipó.

—¡Mami! ¡Mami! Sácame de aquí.

—Ya voy, cariño.

—Permíteme. —Peggy abrió la puerta trasera y sacó a Michelle del coche en sus brazos—. Guau. Estás convirtiéndote en una niña muy grande.

—Quiero zumo —dijo Michelle.

Becky ya había rodeado el vehículo, había sacado a Samantha de su asiento y estaba acunando a la niña de dos años en sus brazos mientras llenaba su cabeza de besos.

—Hola, niña preciosa. ¿Cómo está mi pequeño angelito?

—Ella no es preciosa y no es un ángel —protestó Michelle.

Samantha extendió los brazos hacia su madre.

—Ah, ¿tu tía no puede tenerte unos minutos? —A regañadientes, Becky le entregó a Samantha a su madre, luego retrocedió y llevó su corto cabello oscuro detrás de sus orejas. Caroline pensó que parecía cansada detrás de su sonrisa, y se preguntó si ella y Steve habrían estado peleando otra vez.

—¿Por qué habéis tardado tanto tiempo? —preguntó Rain mientras el valet retiraba el equipaje del maletero—. Hemos estado esperando durante una hora. Estoy derritiéndome en este calor.

—Bueno, derretida o no, estás genial.

Rain sonrió, una amplia sonrisa que revelaba la cantidad correcta de perfectos dientes, y llevó su ondeado pelo rubio detrás del hombro de su túnica floreada. Sus ojos eran azules, su pintalabios, rojo, sus brazos desnudos, bronceados y tonificados. Como exmodelo, habría sido preciosa incluso sin la tonelada de maquillaje que siempre usaba. Caroline se asombró, no por primera vez, de que Rain hubiera escogido a un hombre tan retraído como Jerrod como compañero. Más bajo que su esposa por varios centímetros y de aspecto mayor a sus cuarenta años; Jerrod era tan insulso como Rain, impactante. Eran una pareja interesante.

El grupo se acercó a las altas puertas de cristal que se abrían hacia un recibidor lleno de flores y con aire acondicionado. Samantha estaba felizmente en los brazos de su madre, mientras que Michelle estaba pegada a su pierna derecha y tironeaba tan fuerte de su blusa blanca que Caroline temía que pudiera desgarrarla.

—¿Habéis viajado todos juntos? —preguntó.

—Steve y Becky vinieron en su coche —explicó Peggy—. Nosotros vinimos con Rain y Jerrod.

—¿Tu nombre es Rain, como la lluvia? —preguntó Michelle.

—Así es. —Rain rio y sacudió su rubia cabellera—. Mi madre era muy dramática. Y probablemente bastante depresiva, si lo piensas.

—Creo que es un nombre tonto —afirmó Michelle.

—Michelle —advirtió Caroline mientras se acercaban a la recepción—. No seas grosera.

—Tengo que hacer pis —anunció la niña.

—Mierda —soltó Hunter.

—Mami, papi ha dicho una palabrota.

La mirada de Caroline recorrió el recibidor decorado con estilo español, hasta el parque situado entre las dos grandes alas del hotel.

—Espera hasta que veas este lugar. Hay una enorme piscina y el más increíble restaurante al aire libre. Además de una piscina para niños y, por supuesto, el océano... —Becky extendió las manos para abarcar todo el lugar.

—Y las habitaciones son tan preciosas —agregó Peggy.

—¿Estamos todos en el mismo nivel?

—Ni siquiera en la misma ala. —Rain resopló—. Vosotros estáis en este lado. —Señaló a la derecha—. Todos los demás estamos por allí. —Giró a la izquierda.

—Mami, tengo que hacer pis.

—Lo sé, cariño. ¿Puedes aguantar unos minutos más?

—No olvides registrar a Michelle para el club de niños —comentó Steve con avidez.

—¿Qué es un club de niños? —preguntó Michelle.

—Ah, te lo pasarás muy bien —aseguró Becky—. Cada tarde hacéis dibujos, manualidades, búsquedas de tesoros enterrados o salís a cazar cangrejos...

—No quiero cazar cangrejos.

—Bueno, entonces puedes nadar, construir castillos de arena o jugar con otros niños.

—No quiero jugar con otros niños. Quiero jugar con mami.

—No te preocupes, cariño. Tendremos mucho tiempo para jugar.

—¿Samantha irá al club de niños? —inquirió Michelle.

—No, cariño. Ella es muy pequeña.

—Ella no es pequeña. Ella es grande.

—Hablaemos de eso después —intervino Hunter mientras que la recepcionista le entregaba la tarjeta de su habitación.

—Suite 612 —explicó la joven con brillo en sus ojos.

—Ah, tenéis una suite —comentó Becky con un rastro de envidia en su voz—. No puedo esperar a verla.

—Gracias por hacer que el resto de nosotros nos veamos mal —bromeó Fletcher con Hunter cuando todos se reunieron frente al ascensor.

—Hay demasiadas personas aquí —protestó Michelle en voz alta. Caroline no pudo evitar sonreír. Ella había estado pensando lo mismo.

La música de *La guerra de las galaxias* escapó desde el bolsillo de alguien y llenó el pequeño espacio.

—Tienes que estar bromeando —dijo Becky, y puso los ojos en blanco mientras Steve retiraba el teléfono móvil de sus vaqueros—. ¿Otra vez?

—Hola, mamá —contestó Steve, se llevó el teléfono a su oído con una mano y elevó la otra en el aire como para decir: *¿Qué puedo hacer?*

—Llamó hace apenas una hora —explicó Becky a los demás.

—Sí, acaban de llegar. ¿Quieres hablar con Caroline? ¿No? De acuerdo. Sí, estoy seguro de que te llamará más tarde. —Miró a Caroline para que lo confirmara. Ella le lanzó una mirada que decía: *Muchas gracias*—. ¿Qué? Sí, sé que es peligroso. Créeme, no tengo intenciones de practicar paracaidismo.

—Bendito sea su oscuro corazón —comentó Becky—. La mujer nunca se detiene.

—No. Tampoco estoy interesado en montar a caballo en la playa. Nunca sabes lo que esos caballos han estado bebiendo. No, no estoy burlándome de ti. Comprendo perfectamente tu preocupación. Sí, de acuerdo. Hablamos más tarde. También te quiero. Adiós. —Steve regresó el teléfono a su bolsillo—. ¿Qué puedo decirte? —preguntó con una risa—. Solo está cuidando de su pequeño.

—¿Acaso la abuela Mary tiene un corazón oscuro? —preguntó Michelle.

—No, querida —respondió Caroline—. Por supuesto que no.

—Tendremos que esperar a que la autopsia lo descubra, eso seguro —agregó Hunter.

—Debes estar bromeando —bufó Becky—. Ella nos sobrevivirá a todos nosotros.

—Muy bonito, amigos —dijo Steve—. Es de mi madre y la de Caroline de quien estáis hablando. Mostrad algo de respeto.

Un resoplido burlón llenó el pequeño ascensor.

—No es exactamente lo que tenía en mente —dijo él.

—Sexto piso —anunció Fletcher, para alivio de Caroline—. Todos afuera.



—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó Hunter a Caroline después de que todos finalmente se retiraran de su suite de dos habitaciones.

Con Samantha en sus brazos, Caroline atravesó la sala de muebles brillantes hasta la ventana con vistas al parque y observó el restaurante al aire libre que tenían inmediatamente debajo. Sombrillas rojas daban sombra a mesas cubiertas con manteles blancos. Corales florecidos y arbustos blancos crecían a intervalos regulares. A un lado se encontraba una enorme piscina en forma de riñón, rodeada de tumbonas con rayas blancas y rojas. Todo estaba literalmente a sus pies. *El mundo al alcance de las manos*, pensó; volvió a girarse hacia su marido y analizó las paredes de color amarillo claro de la habitación, el sofá de terciopelo rojo y la silla poltrona en rojo y dorado.

—Es precioso. Todo. Has estado bien. —Rodeó la mesa de café de madera oscura para envolverse en el abrazo que la esperaba.

—¿De verdad estabas sorprendida o solo fingías?

—¿Estás bromeando? Estaba totalmente impactada.

—¿Sí? Bueno, podría tener algunas sorpresas más bajo la manga, señora Shipley. —Él mordisqueó su oreja.

—Mami —llamó Michelle desde el baño—. Mami, ya he terminado. Ven a limpiarme.

Caroline deslizó la cabeza hasta el hombro de él.

—¿No es suficientemente mayor para hacerlo ella misma? —preguntó Hunter mientras Caroline le entregaba a Samantha y caminaba hacia el baño.

—Así que, ¿qué te parece? —le repitió a su hija la pregunta que Hunter le había hecho pocos minutos antes y la guio a la habitación infantil de color blanco y amarillo. Contra una pared había una cama individual, cubierta con una manta estampada de color blanco, rojo y dorado. En la pared opuesta habían colocado una cuna con una manta idéntica, pero más pequeña, con una ventana entre las dos.

—No me gusta.

*¿Por qué no me sorprende?*, se preguntó Caroline.

—¿Qué es lo que no te gusta, cariño?

—Quiero mi propia habitación.

—Vamos. Será divertido compartirla con tu hermana.

—Quiero dormir en tu habitación.

El teléfono sonó. *Gracias a Dios*, pensó, agradecida por la interrupción. Incluso hablar con su madre sería mejor que eso.

—Era Rain —explicó Hunter segundos después, con su cabeza asomada por la puerta—. Reservó en el restaurante del jardín a las ocho.

—Asumiendo que podamos conseguir una niñera.

—Ya está resuelto.

Caroline miró a la pequeña sonriente en los brazos de su padre, luego a la niña enfadada a su lado y otra vez a Hunter.

—Mi héroe —dijo.

**C**reo que mi nombre real es Samantha. Creo que soy su hija.

Las palabras golpearon la cabeza de Caroline como un martillo. Sintió que su mente se deshacía, como un jarabe caliente que fluía en el espacio detrás de sus ojos, con una presión que aumentó hasta que ya no pudo ser contenida y se derramó por sus mejillas en forma de lágrimas.

—Eso no es divertido —susurró al teléfono mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar—. No deberías hacer esto.

—Lo siento de verdad —dijo la chica al otro lado—. Sé cómo debe sonar esto.

—No tienes ni idea de cómo suena esto. —Caroline aferró el teléfono con más fuerza, como si al hacerlo pudiera evitar caer.

—Supongo que parece una locura.

—No es nada agradable y es mucho peor que una locura —afirmó Caroline, sorprendida ante el sonido de su propia voz y de poder formular oraciones coherentes—. Es miserable. Y es cruel.

—Lo siento. No era mi intención.

—¿Cuál es tu intención?

—No lo sé. No estoy segura. Solo pensé...

—No has pensado. —Caroline ya estaba enfadada. ¿Cómo se atrevía esta chica, esa extraña, esa Lili, a reclamar el nombre de su hija, su identidad?

—Vi las fotografías. No estaba segura de qué hacer.

—¿Quién demonios eres?

—Se lo dije.

—Eres una periodista, ¿no es así?

—No. Lo juro.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo esto?

—Porque creo....

—¿Crees que eres mi hija?

—Sí.

—Porque has visto algunos dibujos en Internet —agregó Caroline, con la voz rota, como si sus cuerdas vocales hubieran sido arrolladas por un camión.

—En parte.

—¿En parte? —repitió.

—Es más que eso.

—¿Qué más?

—Solo... muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno. —Una breve pausa—. Por empezar, tenemos la misma edad.

—Muchas chicas de diecisiete la tienen. —Un resoplido—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Supuestamente el doce de agosto.

—Samantha nació en octubre.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—¿Las actas de nacimiento no pueden ser falsificadas?

—¿Crees que alguien ha falsificado tu acta de nacimiento?

—Tal vez. Es decir, es posible.

—Posible, pero improbable. ¿Qué más tienes?

Otra pausa, más larga esta vez.

—Nos mudábamos mucho. Cuando era pequeña.

—¿Y eso?

—De una ciudad a otra, de un país a otro —continuó la chica, a pesar de la creciente impaciencia de Caroline—. Siempre estábamos haciendo las maletas y marchándonos. Nunca nos quedamos mucho tiempo en el mismo lugar.

—¿A quiénes te refieres?

—A mis padres y hermanos.

—Así que tienes padres.

—Mi padre murió el año pasado.

—Pero ¿tu madre aún vive?

—Sí.

—¿Fuiste adoptada?

—Ella dice que no.

—¿No le crees?

—No.

—¿Por qué no? ¿Has encontrado documentos escondidos en el ático? ¿Alguien más de la familia alguna vez ha insinuado que podrías ser adoptada?

—No.

—¿Y entonces por qué crees que lo fuiste? —preguntó Caroline, esforzándose por no hacerse a sí misma preguntas más relevantes, como: ¿por qué seguía en línea? ¿Por qué seguía hablando con esa chica, esa Lili, que con suerte estaba delirando o era una demente? ¿Por qué no colgaba simplemente?

—No me parezco a mis hermanos o a mis padres.

—Muchos niños no se parecen a sus padres o hermanos.

—No es solo eso.

—¿Qué más?

—Fui educada en casa, alejada de otros niños.

—Muchos niños son educados en casa últimamente. Eso no sugiere nada siniestro. Y tiene sentido en tu caso, si os habéis mudado tan frecuentemente como dices.

—Es solo que soy muy diferente a todos ellos. No solo en mi apariencia, sino en cómo soy, en lo que se me da bien, en cómo me siento con respecto a... no lo sé... *todo*. Es como si ellos estuvieran en un planeta y yo en otro. Nunca sentí que les perteneciera.

Caroline estuvo a punto de reír. Se apoyó en la encimera de la cocina y frotó su nariz con la mano libre.

—¿Te das cuenta de que estás describiendo a casi todos los adolescente de los Estados Unidos?

—Supongo.

—¿Qué es lo que dice tu madre?

—¿Sobre qué?

—¿Sobre *qué*? —repitió, incrédula—. Sobre todo lo que acabas de decirme—. Hubo un momento de silencio. Pendía, como un hacha, sobre la cabeza de Caroline—. Ella no lo sabe, ¿no es así?

Un largo silencio.

Por supuesto que la chica no se había enfrentado a su madre con sus sospechas. O sus planes de llamar a Caroline. Toda la idea era tan equivocada, tan disparatada y absurda.

Y aun así, tan atractiva, tan reconfortante, tan maravillosa.

Su hija. Viva. Al teléfono. Después de todos esos años.

¿Sería posible? ¿Podría ser posible?

No, no podía ser. El simple hecho de hacerse esa pregunta la hacía tan delirante como la chica al otro lado del teléfono.

—Mira —dijo con firmeza—. Debo irme. Ya llego tarde al trabajo.

—No. Por favor, no cuelgue.

—Mira, *Lili* —insistió y se esforzó por mantener sus emociones en calma y su voz lo más amable posible—. Te daré el beneficio de la duda. Asumiré que solo eres una jovencita muy



sensible y solitaria que echa mucho de menos a su padre y tiene problemas para procesar su muerte. Tu imaginación está desatada. Pero veamos esto de forma realista. Solo porque te parezcas más a algunos bocetos de Internet que a tu propia familia no significa que...

—No tenemos ordenadores en casa —interrumpió la chica.

—No lo entiendo. ¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó, aunque sí le resultó extraño. ¿Quién no tenía un ordenador en su hogar hoy en día, en especial si estaban educando a sus hijos en casa?—. Estoy segura de que tus padres tienen sus razones....

—Decían que no serían una de esas familias que dejaban que la tecnología gobernara sus vidas, en las que los hijos pasaban demasiado tiempo en Facebook y buscando pornografía...

—Bueno, ahí lo tienes. Espera —dijo al percibir una inconsistencia, con tanta habilidad como un ave caza un gusano—. Me has dicho que encontraste los bocetos en Internet. Si no tienes ordenador...

—Estaba en la biblioteca —explicó enseguida—. Un chico no dejaba de mirarme. Dijo que era igual a la chica que desapareció hace quince años. Fue él quien me mostró las fotografías.

—Son trabajos de un artista, no son fotografías. Son solo proyecciones, basadas en cosas como la estructura ósea y la forma de los ojos. Nadie sabe cuán exactas son realmente. Mira. No tiene importancia. Lo que importa es que no eres mi hija.

—¿Cómo puede estar segura?

Caroline no dijo nada. *Cuelga*, se dijo a sí misma. *Cuelga ahora*.

—¿Y si me hago una prueba de ADN? —volvió a insistir la chica.

—¿Qué?

—¿Y si me hago una prueba de ADN? —volvió a preguntar.

—Una prueba de ADN —repitió Caroline, incapaz de pensar en nada más que decir.

—Así lo sabríamos con certeza de un modo u otro, ¿no es así?

Caroline asintió, aunque sin hablar. En sus fantasías, Samantha simplemente se aparecía en su puerta y caía entre sus brazos abiertos. Ninguna de ellas había involucrado algo tan clínico como una prueba de ADN.

—Entonces, ¿cómo me haré la prueba?

—No tengo idea. —Caroline estaba dando vueltas, su mente estaba atrapada detrás de una espesa niebla, incapaz de conectar palabras o formar pensamientos coherentes—. Supongo que tendrías que contactar a las autoridades apropiadas —logró decir finalmente.

—¿Quiénes son?

—No estoy segura. Probablemente el Departamento de Policía de San Diego sería un buen comienzo.

—No vivo en San Diego.

Caroline recordó el característico timbre de larga distancia que la había detenido cuando

caminaba hacia la puerta. Nunca debió regresar, nunca debió haber contestado esa llamada.

—¿Dónde vives?

—Preferiría no decirlo. —Un suspiro de dudas. Otro suspiro, en el lado de Caroline. Por supuesto que la chica preferiría no decirlo.

—Adiós, Lili.

—Vivo en Calgary.

—¿Calgary?

—Calgary, Alberta.

—¿Eres canadiense?

—No. Se lo he dicho. Nos mudamos mucho. Hemos estado aquí cerca de dos años. Antes hemos vivido en Seattle, y antes en Madison, Wisconsin. Pasé la mayor parte de mi infancia en Europa. Regresamos justo antes de que mi padre enfermara.

—¿Y estás dispuesta a venir a San Diego?

—Lo haría, pero no puedo. No tengo dinero...

—Ajá —reaccionó Caroline. La niebla de su mente comenzaba a disiparse—. Ahora entiendo. Quieres que te envíe dinero... —*Soy una tonta*, pensó.

—No. No. No quiero su dinero.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres que te envíe un billete de avión? Puedo hacer eso —presionó, con una repentina sensación de control. Estaba revelando el engaño de la chica, lo que debía haber hecho desde el comienzo—. Solo necesitaría saber tu apellido para poder hacer la reserva.

—No puedo decirle eso.

—¿De verdad? ¿Por qué no?

—Porque no es importante. ¿Qué diferencia haría? Ya le he dicho que no puedo ir.

—Te diré algo, compraré un billete para tu madre también. Ella puede venir contigo.

—No. Mi madre no puede saber de esto.

—Pensaba que tú creías que *yo* era tu madre.

—Lo creía, lo *creo*. Dios, ya no sé qué pensar. —Una pausa ocupada por la amenaza de unas lágrimas—. Mire. Aunque ella no sea mi verdadera madre, es quien me crio. No quiero lastimarla, y no puedo simplemente marcharme sin decírselo. Enloquecería de preocupación.

Caroline cerró los ojos, recordó el pánico de esa noche, quince años atrás, en la que se asomó sobre la cuna de Samantha y la encontró vacía. El renovado horror cosquilleó en su piel como cientos de pequeñas agujas que envenenaban su sangre y corrían hasta su corazón. Se sentía mareada, débil, como si fuera a vomitar.

—Así que, parece que estamos en un callejón sin salida —dijo cuando recuperó su voz.

—Tal vez usted pueda venir aquí.

—¿Qué?

—Venga a Calgary. Podemos ir a un hospital o a una clínica, encontrar a alguien que haga la prueba. Así tendremos certeza.

—La tengo *ahora* —afirmó Caroline. ¿O no? Si estaba tan segura de que la chica no era su hija, ¿por qué seguía en línea?—. De acuerdo. Escucha. Me has dado mucho que digerir. Déjame pensarlo y volveré a ponerte en contacto contigo.

—No.

—¿Qué?

—No puedo darle mi número. No puede llamarme.

El enfado de Caroline regresó. ¿Cuál era su problema? Había estado tratando con esa clase de cosas durante quince años, algunas sinceras y bien intencionadas, la mayoría malintencionadas y abiertamente llenas de odio. Eso era un ingenioso engaño o una broma enferma. Una estrategia para conseguir dinero o un pedido de atención. Más probablemente otra periodista chupasangre que buscaba aprovechar su vulnerabilidad, su credulidad, para darle un nuevo giro a una historia antigua, reunir cualquier información nueva que pudiera estar disponible, tal vez hasta un fragmento de confesión. Probablemente pudiera leer toda esa conversación telefónica en los periódicos del día siguiente.

—Mira, Lili, o como demonios sea tu nombre realmente...

—Venga a Calgary.

—No.

—Por favor. Ya he revisado y hay un vuelo que sale de San Diego a Calgary a primera hora mañana. Estará aquí a mediodía. Podría encontrarla en su hotel.

—¿Qué hotel? —preguntó Caroline. ¿Qué estaba diciendo? ¿Estaba loca? ¿Cuántas veces más podría hacerse pasar por eso? ¿No había hecho ya insensatos viajes a Miami y Washington, solo para ver que sus esperanzas resultaran en desilusión y, en última instancia, desesperación? ¿Realmente estaba preparada para pasar por eso otra vez?

—El Fairfax. Está en la ciudad y es muy bonito.

—No, no puedo. Es ridículo.

—No lo es.

—Toda esta conversación es ridícula. Eres ridícula. Yo soy ridícula por estar aquí sentada hablando con una chica que, o bien es una experta estafadora, o una completa desquiciada. Lo siento. Debo colgar.

—Por favor... dijo que se lo pensaría.

Caroline observó el muro de cajones que tenía frente a ella, vio cómo se fundían, se separaban y luego se unían otra vez. No podía estar pensando seriamente en ir a Calgary. ¿O sí?

—De acuerdo. —Se escuchó decir.

—¿Vendrá?

—Lo pensaré.

—Estaré esperando en la entrada —dijo la chica, y luego la llamada se terminó.

## Quince años atrás

—Bueno, mirad quién está aquí —comentó Rain mientras Caroline se abría camino entre las filas de tumbonas que serpenteaban alrededor de la enorme piscina descubierta del hotel. —Lo lograste —dijo Peggy y llevó la silla vacía a su lado.

Becky asintió en su dirección, pero no dijo nada. A pesar de que el endeble sombrero y las enormes gafas cubrían la mayor parte del rostro de su cuñada, Caroline sabía que Becky había estado llorando. Había visto su rostro lo suficiente durante años como para reconocer el enrojecimiento en sus mejillas y la curva descendiente de su boca, que superaba sus intentos de sonreír.

Claramente su hermano y su mujer habían estado peleando. Otra vez. Se preguntó de qué trataría la pelea esta vez, y luego apartó la idea de su cabeza. Lo que fuera, no era de su incumbencia. Y estaba dispuesta a disfrutar del último día en el paraíso. Hunter se había ofrecido generosamente a cuidar a Samantha para que ella pudiera pasar algunas horas en la piscina con sus amigas, sin interrupciones; Michelle finalmente había aceptado el club de niños, o al menos esa tarde había asistido sin el usual despliegue de lágrimas y protestas; ella y Hunter finalmente se habían acostado la noche anterior, aunque de prisa y con mínimos juegos previos, antes de que él se durmiera por el exceso de sol y de licor.

Caroline miró hacia la ventana de su suite mientras se quitaba su bata de encaje blanco, después se recostó en su tumbona. Había esperado que esas vacaciones despertaran la pasión que ella y Hunter solían tener. Pero él estaba preocupado por el trabajo; ella por las niñas; sus amigos estaban siempre con ellos. La realidad era que los dos habían pasado muy poco tiempo solos esa semana. No fue exactamente el viaje romántico que había esperado.

—Ah, qué interesante bañador traes —comentó Rain mientras ajustaba su diminuto bikini rosado—. Muy retro.

Caroline bajó la vista hacia su bañador blanco y negro de una pieza y sonrió. No conocía tan bien a Rain, así que nunca estaba segura de cómo tomarse esos cumplidos: (Me encanta ese aspecto de recién salida de la cama que tienes en tu pelo). (Mírate, con esos pantalones anchos;

tan valiente para desafiar las tendencias). (Desearía poder usar estampados tan grandes; es muy fácil para las chicas de pecho plano). Miró alrededor, a la piscina atestada.

—¿Y los chicos?

—Juegan al golf —respondió Rain.

—Una de las pocas actividades que tu madre consideró lo suficientemente segura para su precioso hijo —agregó Becky, después miró hacia otro lado, como para evitar más comentarios.

*No puedes dejar que te afecte*, quería decirle Caroline, pero se detuvo al darse cuenta de que había estado diciéndole eso por años. Diciéndoselo *a sí misma* desde que tenía memoria. Pero era una batalla perdida. Su madre era una fuerza de la naturaleza. No había forma de escapar.

—Disculpe —llamó Rain hacia un joven camarero de cabello oscuro—. ¿Quién quiere un gin tonic? —les preguntó a las demás.

—Suena bien —asintió Peggy.

—Cuéntame —agregó Becky.

—Yo beberé una Coca-Cola —dijo Caroline.

—Definitivamente *no* vas a beber una Coca-Cola —intervino Rain—. Es nuestro último día. Lo prohíbo. Cuatro gin tonic, por favor. Esta va por mi cuenta, damas.

Minutos más tarde, estaban recostadas en sus sillas, disfrutando de sus bebidas.

—Así que, ¿qué haréis al regresar a la civilización? —preguntó Rain.

—De vuelta al trabajo —respondió Peggy. Ella trabajaba en el Hospital General de San Diego.

—No sé cómo lo haces. Tratar con personas enfermas todo el día. ¿Eso no te afecta?

—Bueno, no trato con pacientes en realidad. Trabajo en la administración.

—¿Qué hay de ti? —continuó Rain, hacia Becky—. ¿Lista para reiniciar la búsqueda laboral?

Caroline contuvo la respiración cuando los hombros de Becky se endurecieron. Steve había dejado entrever que Becky había sido despedida de su trabajo como gerente de cuentas para una agencia de publicidad local, después de que un cliente importante se fuera con la competencia, algo que Becky había querido mantener oculto hasta que encontrara un nuevo puesto. Por supuesto, Caroline ya lo sabía; su madre la había llamado para contarle las noticias tan pronto como Steve se las había confiado.

«Podría ser un buen momento para concentrarte en quedar embarazada», le había dicho Mary a su nuera, como si la razón por la que ella y Steve no tenían hijos fuera la falta de concentración de Becky.

—Al menos no tienes que preocuparte por el dinero —dijo Rain—. Jerrod me ha dicho que a Steve le está yendo *muuuuy* bien en estos días.

—Nos las arreglamos —comentó Becky. Terminó lo que quedaba de su bebida y llamó al camarero para que la renovara—. ¿Quién me acompaña?

—Estoy contigo —afirmó Rain.

—Qué demonios. ¿Por qué no? —agregó Peggy.

—Solo si es mi turno de invitar —continuó Caroline, aún con la bebida en sus manos. Nunca había bebido demasiado, en especial por la tarde. Pero era su último día en Rosarito, y por una vez no tenía a una niña colgada de su brazo y a un bebé sobre sus caderas, y no quería ser vista como una persona cerrada. Aún era una de las chicas. Aún sabía cómo divertirse.

Era más que solo una madre.

—Supongo que será más de lo mismo para ti —le dijo Rain, como si hubiera espiado en su mente.

—¿Perdón? ¿Más de lo mismo?

—Quedarte en casa, cuidar de dos niñas pequeñas. Yo enloquecería con la falta de estimulación adulta. Debe convertir tu mente en papilla. Creo que eres increíble. De verdad.

Caroline intentó no enfurecerse ante el sutil insulto envuelto en su cumplido o por tener que defender su decisión de ser una madre a tiempo completo.

—Será solo durante unos años más. Luego regresaré a la enseñanza.

—Otro trabajo que nunca podría hacer. En especial con matemáticas. Es tan aburrido.

—No me resulta aburrido en absoluto...

—¿De verdad? —inquirió Rain, con sus ojos amplios por la sorpresa.

—Supongo que todo parece bastante aburrido al compararlo con el modelaje —comentó Peggy en el momento en que el camarero regresó con una nueva ronda de bebidas—. Jerrod dice que aún tienes una buena demanda de trabajo...

—Es más que buena. Tengo más ofertas de las que puedo aceptar debido a todo mi trabajo de caridad. Además de que Jerrod viaja demasiado y le gusta que vaya con él, así que los proyectos que puedo aceptar son limitados. —Se inclinó hacia delante y con su mano les indicó a las demás que hicieran lo mismo, como si estuviera a punto de compartir un gran secreto—. Hicimos el pacto cuando nos casamos de no pasar más de dos noches separados. Eso fue lo que destrozó el primer matrimonio de Jerrod, ya sabéis. Lo hizo particularmente vulnerable a mujeres como yo. —Ofreció una sonrisa que solo podía describirse como deslumbrante—. Mi marido tiene una libido insaciable y me alegra decir que finalmente ha encontrado a su par. —Llevó su cabeza atrás, su pelo color miel cayó como una cascada hasta la mitad de su espalda, y luego sostuvo esa posición, como si esperara que un fotógrafo la capturara.

—No había notado que Jerrod tuviera que viajar tanto —comentó Caroline, aunque lo que en realidad quería decir era: «Ah, Dios, no. Por favor, no hablemos de eso». No quería hablar de la vida sexual de Rain o de su papel en la disolución del matrimonio anterior de Jerrod. No sabía mucho más de ellos, más allá de que Jerrod era el director de una gran compañía minera y que él y Hunter se habían hecho amigos cuando la firma de Hunter fue contratada para controlar una adquisición reciente de la compañía. Rain era una persona divertida, más que nada porque nunca

se sabía qué comentario hilarante haría a continuación, pero ella y Caroline nunca serían grandes amigas. En palabras de Hunter: «una dosis de ella es más que suficiente».

—Cada mes estamos en un nuevo y excitante lugar —estaba diciendo Rain—. Alaska, Vancouver, Sudamérica. Visitamos minas. Conocemos dignatarios locales. Los últimos cinco años han sido toda una aventura.

—No hay tiempo para niños, supongo —dijo Peggy.

—Dios, no. Además, Jerrod ya tiene tres con su primera esposa. Eso es más que suficiente. —Entonces, hizo una mueca—. No lo sé. Los niños nunca han sido lo mío. Son tan...

—¿Aburridos? —preguntó Caroline.

—Casi como las matemáticas. —Rain rio.

—No creo que los niños sean aburridos —agregó Peggy.

—Eso es porque tú los tienes. Tienes que sentirte así. Pero nosotras sabemos la verdad, ¿no es así, Becky?

Una vez más, Caroline se encontró conteniendo la respiración al comprender que Rain probablemente no supiera nada de la situación de Becky. Las dos se habían conocido apenas una semana antes, y Becky no tenía la costumbre de discutir sus problemas de fertilidad con extraños. Ni con nadie, a decir verdad.

Caroline miró a su cuñada y ella reconoció su mirada poniendo los ojos en blanco antes de mirar hacia otro lado. Habían sido cercanas alguna vez, más como hermanas que como cuñadas. Pero Becky, inspirada por las constantes comparaciones de su suegra, se había vuelto cada vez más distante con los años, y más después del nacimiento de Samantha. Había intentado esconderlo, pero era evidente que tomaba la fertilidad de su cuñada como una ofensa personal.

Caroline bebió otro trago de su bebida, se recostó en su tumbona y cerró los ojos. Estaba exhausta. ¿Quién pensaría que relajarse podía ser un trabajo tan duro?

—Hora de más pantalla solar —dijo una voz—. Tu nariz se está quemando.

—¿Qué? —Caroline abrió los ojos y encontró el rostro de Peggy sobre el de ella.

—Estás poniéndote algo roja.

Se sentó de un salto, derribó su bolso de la silla y todo su contenido se esparció en el concreto.

—Debo haberme quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Cuatro y cinco.

—Maldición. Se suponía que recogería a Michelle a las cuatro. —Se agachó para regresar las cosas que escaparon de su bolso, luego se puso de pie—. ¿Dónde están las demás? —preguntó y miró alrededor.

—Becky tenía dolor de cabeza, así que regresó a su habitación hace como media hora. Rain tenía cita para un masaje.

—Bueno, odio dejarte aquí sola...



—No hay problema. He tenido suficiente reposo. Hora de subir y echase una siesta. —Peggy enlazó su mano con la de Caroline y caminaron juntas hacia el recibidor.

—No puedo creer que me durmiera así. ¿Me perdí de algo?

—¿Te refieres a la Señorita Conocí a mi Media Naranja? No, afortunadamente nos ahorró los detalles. Por un momento pensé que estábamos de regreso en el instituto.

Las dos mujeres se rieron. Caroline aún estaba riendo cuando recogió a Michelle.

—Llegas tarde —lamentó la niña y apagó la risa en la garganta de su madre. La joven de pelo oscuro que sostenía la mano de Michelle le lanzó a Caroline una mirada acusadora.

—¿Lo ves? Te dije que tu mami no se había olvidado de ti.

—Solo han pasado unos pocos minutos... —Caroline comprobó su reloj.

—Michelle estaba poniéndose algo nerviosa.

—Nunca me olvidaría de ti —le aseguró repetidas veces a su hija en el ascensor, de regreso a su habitación.

—Ya no iré al club de niños —dijo Michelle mientras caminaban por el extenso corredor hacia su suite.

—Bueno, nos iremos a primera hora mañana, así que no tienes que hacerlo. —Revolvió su bolso en busca de la tarjeta de su suite y casi chocó contra el carro de limpieza con toallas y manteles—. Mierda. ¿Dónde está?

—Has dicho una palabrota.

*La maldita tarjeta debe haberse caído en la piscina*, pensó al acercarse a su suite, luego esperó a que Hunter contestara a su llamado a la puerta. Casi pudo escucharlo decir: «¿Qué, otra vez?». Ya había perdido una tarjeta esa semana. Afortunadamente, eran muy fáciles de reemplazar.

—¿Hunter? —Volvió a tocar. Apoyó su oreja en la puerta y escuchó la ducha—. Genial. Momento perfecto para un baño. —Hunter se caracterizaba por la frecuencia y el largo de sus baños—. Parece que tendremos que regresar a la recepción en busca de otra tarjeta.

—No quiero regresar a la recepción.

Caroline recordó el carro de limpieza. Probablemente la camarera de piso tuviera una tarjeta maestra.

—Ven conmigo —le dijo a Michelle.

—No. —La niña alejó su mano del alcance de su madre, luego se desplomó en el suelo con los brazos cruzados en señal de protesta.

—De acuerdo. No te muevas. Ahora vuelvo. —Dio vuelta a la esquina de prisa y casi colisionó con la mujer de uniforme que salía de una habitación contigua con la manos llenas de toallas—. Disculpe, señora. Lamento molestarla, pero no puedo encontrar mi tarjeta. Me preguntaba si podría dejarme entrar a mi habitación.

La mujer asintió, dejó las toallas en el carro y luego siguió a Caroline. Michelle ya no estaba.

—¿Michelle? —Caroline miró frenéticamente de un lado al otro—. ¿Michelle?

La puerta de su suite se abrió. Hunter estaba frente a ella con una larga toalla en su cintura, agua cayendo sobre su pecho marcado y una mirada desconcertada en sus ojos.

—Relájate. Está adentro.

Ella suspiró aliviada. La camarera de piso regresó su tarjeta maestra al bolsillo y se retiró por el corredor.

—Gracias —le dijo Caroline.

—Mami ha dicho una palabrota. Y llegó tarde —anunció Michelle tan pronto como su madre dio un paso dentro de la estancia.

—Unos cinco minutos —explicó Caroline.

—Estoy seguro de que mami lo siente mucho.

—Y mami se ha disculpado reiteradamente. ¿Dónde está la bebé?

—Ella no es una bebé —intervino Michelle.

—En su cuna, jugando con sus juguetes —respondió Hunter—. Feliz como una almeja.

—Fuimos a cazar almejas —contó la niña mientras Caroline se acercó a la habitación infantil.

—¿Sí? Eso suena divertido.

—Odio las almejas.

*Claro que sí*, pensó Caroline al acercarse a la cuna de Samantha. Su hija menor ya estaba poniéndose de pie, con una enorme sonrisa en su dulce rostro y los brazos extendidos para recibirla. La levantó de su cuna y la abrazó con fuerza.

—Hola, mi dulce niña.

—Ella no es una dulce niña. *Yo* soy tu dulce niña.

—Las dos lo sois.

Samantha apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre, con el aliento suave contra su cuello. *Al menos tengo uno bueno*, Caroline recordó las palabras que su madre le había dicho a una amiga, que aún tenían el poder de lastimarla después de tantos años. No es que su madre hubiera sido abusiva o descuidada. Había sido más bien sobreprotectora; estaba sobre su hija como una avispa, observándola como un ave rapaz. A diferencia de Steve, a quien le concedían libertades con las que Caroline solo podía soñar. Pero, mientras que ella recibía la atención de su madre, era Steve quien tenía su afecto y ambos lo sabían, lo que fue garantía de que nunca fueran cercanos. Caroline se había jurado en silencio que nunca sería como su madre. No sería sobreprotectora. No sería crítica. Nunca demostraría favoritismo.

Como si quisiera probarlo, se inclinó para alborotar el cabello de Michelle. Y le dijo:

—Te quiero.

—Yo no te quiero a *ti* —respondió ella, y se alejó del alcance de su madre y salió corriendo de la habitación.

—Bueno, qué mal, porque yo te quiero a *ti* —gritó Caroline tras ella.

—¿Qué mal qué? —preguntó Hunter desde la puerta.

—Soy una madre terrible. —Caroline dejó a Samantha en el suelo y caminó hacia los brazos abiertos de él.

—La próxima vez dejaremos a las niñas en casa. —Él se rio, la abrazó más fuerte y la humedad de su piel penetró la bata blanca de ella.



A las ocho, su niñera aún no había llegado.

—¿Dónde está? —preguntó Caroline—. Ha sido puntual toda la semana.

—Relájate. Probablemente esté en el ascensor mientras hablamos.

Caroline salió al balcón y observó el restaurante del jardín inferior. Casi todas las mesas estaban ocupadas. En los cables titilaban linternas coloridas. Sonaba música suave. Soplaban una brisa ligera. Michelle y Samantha estaban dormidas. Todo estaba dispuesto para que fuera una noche perfecta para su último día en el paraíso.

Aunque la niñera estuviera retrasada.

—¿Los demás han llegado? —preguntó Hunter al salir tras ella y rodearla por la cintura.

—No los veo. Ah, espera. Allí está Rain.

—¿Qué rayos lleva puesto?

—¿Querrás decir qué *no* lleva puesto? —corrigió Caroline—. Creo que ha olvidado su blusa. ¿Sabías que su marido es todo un semental?

—¿De verdad? ¿Ella ha dicho eso?

—Creo que *insaciable* fue la palabra que usó.

—Difícil de imaginar. —Hunter hizo una mueca.

—Mejor no imaginarlo —asintió Caroline en el momento en que Jerrod de pronto apareció junto a su esposa, los dos levantaron la vista y saludaron. Ella respondió y sintió que Hunter hizo lo mismo—. Tal vez debamos llamar a la recepción para saber qué sucede. —Ella se quedó en el balcón a ver cómo Steve y Becky se unían a Jerrod y Rain, mientras Hunter regresaba a la sala a hacer la llamada—. ¿Y bien? —preguntó cuando él regresó.

—Ella no va a venir.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir?

—Al parecer, hemos cancelado.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? No hemos hecho tal cosa.

—Les dije eso. Pero eso es lo que dicen sus registros. Están intentando encontrar a alguien más.

—¿Cuánto tardarán?

—Dijeron que deberían ser solo unos minutos.

Caroline negó con la cabeza al notar que Peggy y Fletcher llegaron. En ese instante, todos en la mesa se giraron hacia ellos.

—Estaremos allí en un momento —gritó Hunter, aunque Caroline dudaba de que alguien pudiera escucharlo por encima de la música y la conversación. Entonces, el teléfono sonó—. Ahí lo tienes. Problema resuelto.

Solo que no estaba resuelto. Las niñeras registradas en el turno nocturno estaban todas ocupadas y el conserje no podía encontrar a nadie más con tan poco tiempo, a menos que estuvieran dispuestos a esperar hasta las diez.

—Ya da igual. —Caroline se desplomó en el sofá y se arrancó sus tacones recientemente adquiridos, a los que Peggy había bautizado los zapatos «fóllame» de Caroline.

—No. No dejaremos que esto arruine nuestra cena de aniversario.

—No podemos esperar hasta las diez.

—No tenemos que hacerlo —afirmó Hunter—. Iremos, cenaremos y estaremos aquí en poco tiempo.

—¿De qué estás hablando? No podemos dejar a las niñas solas.

—No las dejaremos solas. Estaremos abajo. Es como en casa, las niñas están en la cama mientras nosotros estamos en el patio trasero.

—No es lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Por empezar, no es nuestro patio trasero. Si las niñas despertaran, si comenzaran a llorar, no podríamos escucharlas.

—¿Cuántas veces se han despertado durante toda la semana en la que la niñera ha estado aquí?

—Ese no es el punto.

—La niñera dijo que nunca se despertaron.

—¿Es la misma niñera que dice que nosotros cancelamos?

—Nada ocurrirá —insistió Hunter.

—Ve tú —dijo Caroline.

—¿Sin ti?

—Sí. Ve. Tráeme algo de comer luego.

—Es nuestra cena de aniversario, Caroline. No voy a ir sin ti.

—De acuerdo. ¿Qué te parece esto? Llamamos al restaurante, explicamos lo sucedido y les decimos a todos que pueden reunirse con nosotros y pedir servicio a la habitación o que pueden venir por el postre. Estoy segura de que lo entenderán.

—Yo no lo entiendo. No estamos hablando de dejar las instalaciones. Hablamos de ir abajo. Por

unas pocas horas. ¿No crees que estás siendo algo sobreprotectora?

—¿Sobreprotectora? —Caroline imaginó a su madre rondándola de cerca, esperando para saltar. Hunter se encogió de hombros.

—Olvidalo. No debí haber dicho eso. Es mi decepción la que ha hablado, solo eso. Es solo que... bueno... tenía algo especial planeado.

—Aún puede ser especial —protestó Caroline por lo bajo.

Hunter se sentó en el sofá a su lado y sujetó su mano. Estuvieron en silencio algunos segundos.

—De acuerdo, escucha. Tengo una idea. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Bajamos...

—Hunter...

—Bajamos —repitió, un poco más fuerte la segunda vez—, cenamos con nuestros amigos y tomamos turnos para venir a ver a las niñas cada media hora. ¿Qué te parece?

La mente de Caroline daba vueltas. Estaba horrorizada ante la casual comparación con su madre, al haber pasado toda su vida determinada a ser totalmente diferente a ella. Y no quería decepcionarlo, en especial cuando se había esforzado por planear algo especial. El restaurante estaba literalmente bajo sus narices. No se ausentarían durante mucho tiempo.

—No lo sé...

—Claro que sí. Estaremos apenas aquí abajo, veremos a las niñas cada treinta minutos, ni siquiera sabrán que no estamos aquí.

—¿Prometes que todo irá bien?

Hunter tomó el rostro de ella entre sus manos y la besó tiernamente en los labios.

—Lo prometo —dijo.

—¿Mamá? ¿Mamá, estás en casa?

Caroline escuchó cómo se abrió la puerta principal, las palabras volaron desde el recibidor por las escaleras cubiertas con una alfombra color marfil hasta su habitación, como si la buscaran activamente.

—¿Mamá?

Pudo sentir a Michelle de pie en la puerta, miraba hacia la oscuridad de su habitación, con los ojos penetrantes en su espalda.

—¿Mamá? —repitió Michelle, y encendió la luz—. ¿Qué sucede? ¿No me escuchaste?

—Te escuché —respondió Caroline.

—¿Me escuchaste pero decidiste no responder?

—Yo... —comenzó a hablar, luego se quedó en silencio al no encontrar nada significativo que decir.

—¿Qué sucede? ¿Estás enferma? —Había algo ligeramente acusatorio en el tono de Michelle. Caroline negó con la cabeza, era un tono al que estaba acostumbrada.

—Entonces, ¿qué es lo que haces? ¿Por qué no me has respondido? ¿Por qué estabas sentada en la oscuridad?

Caroline se encogió de hombros. No había notado la oscuridad. ¿Cuándo había ocurrido?

—¿Qué hora es?

—Casi las siete.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Caroline.

—¿Qué quieres decir con qué estoy haciendo aquí? Tú me invitaste a cenar, ¿recuerdas?

—Dijiste que estabas ocupada esta noche. —Se giró en la cama para enfrentarse a su hija, sorprendida como siempre por cómo era Michelle, y se mordió el labio inferior para evitar expresar ese pensamiento en voz alta.

—Lo estaba —respondió su hija—. Luego pensé que tú podrías... No importa lo que pensé. ¿Qué sucede? ¿Mal día en el instituto?

—No fui al instituto.

—¿Por qué?

—No sentí ganas de ir.

—¿No sentiste ganas de ir? —repitió Michelle y dio unos pasos tentativos dentro de la habitación—. No tiene sentido. Siempre quieres ir.

—No sentí ganas hoy.

—¿Por qué no? —preguntó otra vez.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No sé qué quieres que diga. —Caroline se encogió de hombros. ¿Michelle repetiría todo lo que dijera?

—Quiero que me digas qué está pasando. Estás muy extraña. ¿Has tenido una pelea con papá o algo?

—No.

—¿Se trata de Mackenzie?

—¿Mackenzie?

—La nueva bebé de papá —dijo Michelle con más que un rastro de molestia, como si hubieran pasado por eso muchas veces; y quizás lo hubieran hecho.

—No.

Michelle se detuvo a los pies de la cama y se movió de un pie al otro mientras miraba a todas partes menos a su madre.

—Entonces, ¿qué ha pasado? Sonabas normal esta mañana al teléfono, cuando me sermoneabas sobre mis responsabilidades. Y estás vestida para el trabajo, así que obviamente tenías intención de ir. —Su mirada llegó hasta los periódicos esparcidos sobre la cama deshecha—. ¿Fue el artículo? ¿Las fotografías? Quiero decir, no puedes estar muy sorprendida. Esto sucede cada año. Ya has aprendido a seguir la corriente...

—No son ni el artículo ni las fotografías.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé.

—¿Has estado aquí sentada todo el día y no tienes idea de por qué? No puedo creerte.

—Michelle...

—Mamá...

—Por favor, Michelle. No quiero discutir contigo.

—Tampoco quiero discutir contigo.

—Entonces dejemos esto, ¿vale? —Se levantó de la cama y tomó a Michelle entre sus brazos, con esperanza de silenciarla. Sintió de inmediato cómo su hija se endureció. Luego respiró

profundo y se forzó a sonreír—. Así que ¿a dónde quieres ir a cenar?

—¿Qué te parece ese lugar de alimentación viva en Bayshore?

—¿Viva? ¿Como no cocida?

—Es todo orgánico. Muy saludable.

—Estoy segura de que lo es. Solo que no suena tan...

—Olvidalo —dijo Michelle.

—No. Le daré una oportunidad.

—No importa —insistió Michelle—. No tengo mucha hambre de todas formas.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como humo de un cigarrillo mal oliente. Caroline se preguntó si siempre había sido así entre ellas. La verdad era que Michelle había sido demandante y difícil desde que nació, características que la desaparición de Samantha solo había exacerbado. Y, mientras más demandante se volvía, más crecía el resentimiento de Caroline. Más se acercaba, más Caroline se alejaba. Y mientras Caroline más se alejaba, más crecía el resentimiento de Michelle. Su relación se había convertido en un círculo vicioso de tirar y empujar, en el que una se apartaba justo cuando la otra quería acercarse. Por cada paso al frente, parecían retroceder dos.

*Es mi culpa, pensó Caroline. Todo es mi culpa.*

—Recibí una llamada esta mañana —comentó con cuidado. Tal vez si dejaba de mantener a Michelle al margen, su hija volvería a aceptarla.

—¿De...? —Michelle metió sus pulgares en los bolsillos de sus vaqueros ajustados y entornó sus ojos verdes.

—De una chica en Calgary.

—¿Calgary?

—Es en Canadá.

—Sé dónde es Calgary, madre. No soy tonta.

—Por supuesto que no eres tonta. No quería sugerir...

—¿A quién conoces en Calgary?

—No conozco a nadie.

—¿Era una periodista?

—No.

—Lo que dices no tiene ningún sentido.

—No estás dándome oportunidad. Tal vez si dejaras de interrumpirme...

—De acuerdo. —Suspiró—. Lo siento. Volvamos a empezar. Recibiste una llamada de una chica de Calgary. ¿Ella tiene un nombre?

—Lili.

—¿Lili...?



—No sé su apellido. No quiso decirlo.

—No quiso decirlo —repitió Michelle—. ¿Esta chica es la razón por la que te comportas tan raro?

—Ella no cree que Lili sea su verdadero nombre —explicó Caroline, ignoró la pregunta de su hija y la miró directamente a los ojos—. Ella cree que su verdadero nombre es Samantha.

—Mierda. —Los hombros de Michelle cayeron.

—Ella cree que es tu hermana.

—Ah, por favor. No me digas esto. —Sus ojos se ampliaron por el enfado. Comenzó a caminar de un lado al otro frente a la cama y a sacudir los brazos en todas direcciones, como una explosión de fuegos artificiales—. No me digas que te crees esa basura.

—Creo que *ella* lo cree.

—Mamá, por el amor de Dios. Esta clase de cosas suceden cada vez que actualizan esos estúpidos bocetos. Llamam personas para decir que han visto a Samantha en la fila de una tienda, psíquicos que dicen saber dónde encontrarla, locos que afirman tenerla prisionera en algún refugio subterráneo. Has estado tratando con estas cosas durante años. ¿Y ahora una chica llama de Calgary y dice creer ser Samantha y tú enloqueces? Eres más lista que esto. Sabes que no es verdad. Incluso aunque *ella* esté tan loca como para creerlo...

—Esto es diferente.

—¿Diferente *cómo*?

—Se ofreció a hacerse una prueba de ADN.

—¿Qué?

—Elle piensa que deberíamos hacer una prueba de ADN para descubrirlo con certeza.

—Ya, ya, ya —dijo Michelle y detuvo sus pasos—. ¿Qué estás diciendo? ¿Que ella vendrá a San Diego?

—No. —Caroline repitió la conversación con Lili en su mente y luego la reprodujo completa para Michelle.

—Dime que no estás considerando seriamente ir a Calgary.

—He estado pensando en eso.

—No, no lo has hecho.

—Me has preguntado qué hice todo el día. Eso he estado haciendo, pensando en eso.

—No vas a ir a Calgary, mamá.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿*Por qué no?*

—¿Qué sería tan terrible?

—No puedo creer esto. Simplemente no puedo creerlo.

—Piénsalo por un minuto, Michelle. ¿Qué daño puede hacer? Voy a Calgary, conozco a esta

chica, hacemos la prueba y nos sacamos las dudas.

—*Tú piénsalo.* Vas a Calgary, conoces a la chica, que probablemente sea una lunática con sus propios planes, tal vez incluso tenga un cuchillo de carnicero (¿siquiera has pensado en *eso?*), haces la prueba y resulta negativa, sabes que así será, y luego regresas alterada... ¿Por qué? ¿Por qué te harías eso a ti misma? ¿A nosotros? *Otra vez* —agregó para más énfasis.

—Porque así tendremos certeza.

—Yo ya lo sé con certeza.

—Eso es porque no has hablado con ella. No la has escuchado. Había algo en su voz...

—Samantha tenía apenas dos años cuando desapareció. Podía decir «mamá» y «papá» y tal vez otra docena de palabras, la mayoría de las cuales nadie podía entender.

—Yo las entendía —interrumpió Caroline, y la amenaza de lágrimas hizo que su voz temblara.

—Lo que quiero decir es —continuó Michelle—, que no habría forma de que reconocieras la voz de Samantha si la escucharas hoy. Estás engañándote si crees lo contrario. Las probabilidades de que no sea Samantha son astronómicas. Esta chica, quienquiera que sea, una estafadora, una psicópata, o solo una pobre alma descarriada, definitivamente no es mi hermana. Y no te vas a acercar a ella.

—Cariño, comprendo tu preocupación y te quiero por eso, pero...

—Pero nada. —Michelle apartó su largo cabello castaño de su frente y miró a su madre—. Ya has recapitado, ¿no es así?

—Tiene sentido para mí, cuanto más lo pienso.

—Eso es todo. Llamaré a papá. —Michelle se acercó al teléfono.

—¿Qué? ¡No! No quiero que lo llames.

—¿Por qué no? ¿No crees que tenga derecho a saberlo?

—No sabemos nada aún.

—Sabemos que irás a Calgary. Tal vez él quiera ir contigo.

—No querrá.

—Claro que no. ¿Y quieres saber por qué? Porque él no es una persona loca, por eso. —Levantó el teléfono con su mano temblorosa.

—Por favor, no llames a tu padre.

—¿Por qué no?

—Porque estoy pidiéndote que no lo hagas. Por favor, Michelle... Micki...

—¿Qué acabas de decir? —Bajó el teléfono.

—Yo...

—Me has llamado Micki. Nunca me llamas Micki.

—Lo sé.

—Odias ese nombre.

—No importa.

—¿Qué, crees que si me llamas Micki, repentinamente cambiaré de opinión, que soy tan fácil de manipular?

—No, por supuesto que no pienso eso.

—Tú no piensas, punto. Mierda. —Michelle arrojó el teléfono sobre la cama. Negó con la cabeza, abrió la boca para hablar, luego volvió a negar con la cabeza—. De acuerdo. Bien. No lo llamaré.

—Gracias.

—¿Cuándo piensas ir?

—Mañana.

—Mañana —repetió su hija.

—Al parecer, hay un vuelo en la mañana que llega a Calgary cerca del mediodía.

—Ya veo. ¿Ya has comprado tu billete?

—No.

—Pero lo harás.

—Sí.

—¿Tienes pasaporte?

—¿Pasaporte?

—Es Canadá, madre. Necesitas un pasaporte.

—Tengo uno.

—¿Y botas de invierno?

—¿Botas?

—Es Canadá, en noviembre, en invierno. Necesitas botas.

—Estaré bien.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

—Probablemente unos pocos días. No lo sé con seguridad.

—Sí sabes que este jueves es Acción de Gracias.

—Intentaré estar en casa para entonces.

—La abuela Mary nos espera para cenar.

—Ah, Dios.

—No seré quien tenga que explicarle por qué no estás allí.

—Estaré allí. Iré, conoceré a esta chica, haré la prueba y regresaré a casa.

—¿De verdad crees que será tan fácil?

—Por favor, intenta entenderlo, cariño. —Caroline se encogió de hombros—. He pasado los últimos quince años arrepintiéndome de una decisión. No quiero pasar los próximos quince arrepintiéndome de otra.

Michelle se sentó en la cama y un sonido entre un suspiro y un bufido escapó de su garganta.

—¿Qué sucede?

—Solo me preguntaba si pasarías por todo esto si hubiera sido yo, y no Samantha, la que desapareció esa noche.

Caroline sintió que las palabras formaron una lanza y penetraron su corazón. Instintivamente, se extendió hacia Michelle.

—Oh, Dios. No puedes pensar realmente que...

—No importa lo que yo piense, ¿no es así? —Michelle se levantó de un salto y volvió a deambular—. Ya lo has probado repetidamente. Lo has probado una vez más esta noche. Mi opinión no tiene importancia. Nunca la ha tenido. No sé por qué estoy sorprendida. Debería estar acostumbrada. —Giró y salió disparada de la habitación.

—¡Michelle! —Caroline corrió tras su hija, la siguió por el corredor hasta su habitación. La vio tomar un bolso del armario y lanzarlo sobre la manta verde y blanca de su cama—. ¿Qué haces?

—¿Qué parece que estoy haciendo? —Michelle se acercó a su armario, el cajón superior y arrojó un manojo de ropa interior al bolso—. ¿Unos días, dijiste?

—¿De qué estás hablando?

—Un jersey debería ser suficiente. —Arrojó un jersey con cuello de tortuga de color azul al bolso—. Los vaqueros que traigo estarán bien. Y tengo esa chaqueta de ski que papá me compró en Aspen el año pasado. Debe estar en el armario de abajo. Con suerte Calgary no estará completamente cubierto de nieve.

—Detente —ordenó Caroline y sostuvo las manos de su hija antes de que pudiera agregar más cosas a su bolso—. No puedes venir conmigo.

—¿No puedo? ¿Por qué?

—Porque...

—¿No quieres que vaya?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Lo has dicho tú misma. Es una loca idea. Yo estoy loca.

—Más razón para que vaya contigo.

—No.

—No me lo hagas difícil, mamá. «Donde quiera que vayas», y toda esa basura.

—Michelle... Micki...

—Olvidalo, mamá. No funcionará esta vez. Así que ¿qué vamos a hacer? ¿Iremos a Calgary mañana o no?

Caroline vio la determinación en la expresión de su hija y el dolor del enfado en sus ojos. Supo que no valía la pena discutir.

—Iré a comprar los billetes.

## Quince años atrás

—¿Os he dicho que Jerrod consiguió entradas para ver *Danza con el diablo*? —comentó Rain y recorrió a todos con su mirada cubierta de sombra azul antes de terminar en Caroline.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, lanzó una mirada en dirección a su suite y luego a su reloj. Dejó su tenedor y apartó lo que le quedaba de su cena de langosta, que era la mayoría. Había estado demasiado nerviosa para comer. Ya casi era hora de ver a las niñas.

—Estaban bien cuando las vi hace treinta minutos —susurró Hunter por lo bajo y apenas moviendo los labios—. Están bien ahora. Termina tu comida.

—¿*Danza con el diablo*? Es solo el mejor espectáculo de Broadway —respondió Rain a la pregunta que Caroline ya había olvidado que había formulado—. Es imposible conseguir entradas, en especial durante el fin de semana de Acción de Gracias. Pero mi Superman lo logró. —Lanzó un brazo posesivo sobre los hombros de su marido, lo que hizo que sus pechos casi saltaran de su vestido.

—Así que pasarás Acción de Gracias en Nueva York. Qué afortunada —comentó Becky.

—¿Qué haréis vosotros? —Rain desplegó su mejor sonrisa maquillada.

—Mi madre siempre organiza la cena de Acción de Gracias en su casa —respondió Steve.

—Puedes imaginar cuán ansiosa lo espero —comentó Becky.

—No empecemos. —Steve miró a su esposa.

—Deja de mirar tu reloj —le dijo Hunter a Caroline.

—¿Sabes lo que me dijo mi querida suegra el último día de Acción de Gracias? —dijo Becky y continuó sin esperar respuesta—. Ella había estado en un funeral y yo cometí el error de preguntar cómo había estado, y ella dijo, cita textual: «Fue un servicio adorable. Su hija escogió un hermoso ataúd. Mucho más bonito que el que tú escogiste para tu madre».

Hubo un jadeo colectivo alrededor de la mesa.

Aunque no por parte de Caroline, que estaba acostumbrada a tales comentarios.

—Os aseguro que no dijo tal cosa —protestó Steve.

—Eso fue exactamente lo que dijo.

—Estás exagerando. Como siempre.

—Y tú estás defendiéndola. Como siempre.

—Así que ¿de qué os sentís agradecidos? —interrumpió Peggy con forzado ánimo en su voz—. Vamos. Tres cosas, sin contar salud, familia y amigos. Asumiremos que estáis agradecidos por eso.

—Nunca asumas nada —contradijo Becky.

—Ah, esto es divertido —afirmó Rain y aplaudió—. ¿Puedo empezar?

Peggy abrió las palmas de sus manos para indicar que Rain podía hablar.

—Bueno, primero, obviamente, doy las gracias por pasar Acción de Gracias en Nueva York y no en una horrible reunión familiar, sin ofender. —Su mirada pasó por Becky y Steve antes de terminar en Caroline—. Segundo, doy gracias por el nuevo collar que Jerrod me regaló. —Señaló el impresionante diamante que brillaba en su cuello—. Y tercero, agradezco que las canas no sean algo de familia. Tu turno —indicó a Caroline.

Caroline se esforzó por mantener las manos fuera de su cabeza. Nunca había notado ningún pelo gris, pero la verdad era que no había estado prestando atención realmente.

—Doy las gracias por esta semana —dijo y señaló a su marido—. Doy las gracias por estar celebrando diez años de relativa felicidad matrimonial —continuó, al recordar las palabras de su hermano.

—¿Qué quieres decir con *relativa*? —preguntó Hunter, con fingida molestia en su expresión.

—Brindaré por esa *relatividad* —intervino Jerrod, levantó su copa de champán, los demás lo siguieron y chocaron sus copas en un brindis de felicitación.

—Con cuidado —advirtió Rain—. No pueden cruzarse las manos o es de mala suerte.

—¿De verdad? Nunca escuché eso —comentó Becky.

—Adelante —le indicó Peggy a Caroline—. Una cosa más por la que estás agradecida.

Caroline intentó pensar en una tercera cosa que agradecer más allá de la familia, la salud y los amigos. Seguro que podía pensar en algo.

—Estoy agradecida por el océano —dijo finalmente, y miró en dirección a él.

—¿En serio? —pregunto Rain.

—Agradezco que el mercado inmobiliario de San Diego sea tan fuerte —comenzó Steve, sin esperar a que le preguntaran—. Doy las gracias por haber logrado persuadir a Hunter de dejar que viniéramos con vosotros a la hermosa Rosarito para ayudaros a celebrar el aniversario. —Miró intensamente a su mujer a través de la mesa—. Doy las gracias especialmente por que mi madre sea tan buena cocinera.

—Dices muchas estupideces —intervino Becky.

—¿Acaso nuestra madre no es una buena cocinera? —preguntó Steve a Caroline.

—De hecho es una gran cocinera —coincidió ella—. Y también dices puras estupideces.

Todos rieron, aunque la risa de Steve fue apagada y sus ojos color avellana estaban tan inertes y duros como rocas.

—Tu turno, Becky —indicó Rain.

—Lo siento. He tenido una terrible jaqueca toda la tarde y parece estar empeorando. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. No intentó ocultarlas ni limpiarlas—. Si me disculpáis —agregó, empujó su silla y se levantó.

—Ah, siéntate —dijo Steve—. Estás bien. No te comportes como una estrella.

—Vete al diablo. —Becky giró y se alejó a paso firme.

Se hizo un momento de duro silencio.

—¿No deberías ir tras ella? —preguntó Fletcher, mientras Steve terminaba con calma su copa de champán.

—¿Qué, crees que estoy tan loco como ella?

—Debería ir a ver a las niñas —dijo Caroline, tan deseosa por alejarse como Becky.

—Vuelve enseguida. —Hunter se levantó para besarla en la mejilla antes de que se marchara.

—Ah. Qué dulce. —Escuchó Caroline decir a Rain mientras se alejaba.

Un ascensor estaba esperando, con su puerta abierta, cuando Caroline llegó al recibidor. Entró y presionó el botón del sexto piso. Hasta el momento la noche había resultado lejos de ser estelar: primero el embrollo con la niñera, luego su culpa por haber dejado a las niñas solas, seguido por la desagradable discusión de su hermano con su cuñada. Que ya no pareciera importarles quién los escuchaba no era una buena señal. Caroline salió del ascensor, con dudas de que el matrimonio de su hermano sobreviviera ese año, mucho menos una década.

Atravesó el extenso corredor a toda prisa, convencida con cada paso de que escuchaba el llanto angustiado de sus hijas haciendo eco en las paredes. Pero, al abrir la puerta de la suite, no escuchó más que el resonar del silencio. Entró en puntas de pie a su habitación, se detuvo en la puerta para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, y luego se acercó a la cama de Michelle.

La niña dormía sobre un costado, con la boca entreabierta, sus sábanas extrañamente enroscadas alrededor de su cintura y su muñeca de la Mujer Maravilla atrapada entre sus pliegues. Caroline liberó a la muñeca con cuidado, levantó las sábanas hasta los hombros de su hija y depositó la muñeca sobre la almohada junto a su cabeza. *Eres un ángel cuando duermes*, pensó y resistió la necesidad de besarla en la mejilla. *Ojalá pudieras guardar algo de esa dulzura para cuando despiertas*.

Giró hacia la cuna de Samantha, se inclinó por su costado y un profundo suspiro escapó de sus pulmones.

Samantha estaba recostada de espaldas, sus bracitos elevados sobre su cabeza y flexionados, como si literalmente se hubiera rendido al sueño. *Hunter tenía razón*, pensó. *Fui tonta al*



*preocuparme.*

El teléfono sonó, su agudo timbre como una ballesta que atravesó la quietud. Caroline salió de prisa hacia la sala, levantó el objeto trasgresor antes de que pudiera volver a sonar y lo llevó a su oído.

—¿Hola? —Debió haber llamado a la recepción para decir que retuvieran las llamadas. ¿Y si el teléfono había sonado cuando ella no estaba? ¿Y si había despertado a las niñas? ¿Y si habían llorado por ella? ¿Y si habían entrado en pánico cuando ella no llegó corriendo?

—¿Es un mal momento? —preguntó la voz al otro lado—. Suenas extraña.

—¿Mamá? —Caroline apenas podía escuchar su propia voz sobre los latidos de su corazón. Pensó en la conversación de la cena y reprimió un escalofrío. ¿Era posible que su madre hubiera sentido que habían estado hablando de ella? Siempre había dicho tener ojos en la espalda y oídos en todas partes, que nunca nada se le escapaba. Cuando Caroline era pequeña, esa idea solía aterrorizarla. Si quería ser sincera, aún lo hacía—. ¿Todo está bien?

—¿Acaso te importa?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que me importa.

—¿Es por eso que no he sabido de ti en toda la semana?

—Bueno, yo...

—No estoy quejándome, compréndeme. Solo estableciendo los hechos. Sé que estás muy ocupada divirtiéndote. Al menos tengo un hijo que es considerado con los sentimientos de su madre.

*Eso es porque él aún tiene la idea equivocada de que tú tienes sentimientos,* pensó.

—Steve es un buen hijo —dijo. Un buen hijo y un marido aborrecible.

—Qué mal que no hayas tenido niños.

Caroline estuvo a punto de reír, al igual que su madre estalló en una carcajada espontánea cuando ella la llamó para hablarle del nacimiento de Samantha. «¡Otra niña apestosa!», había exclamado.

—Solo llamé para desearte un feliz aniversario —continuó.

—Gracias. —Una oleada de culpa atravesó a Caroline. Estaba siendo muy dura con su madre. La mujer no cambiaría. Dependía de Caroline el cambiar la forma en que reaccionaba a ella. Tenía que ser más generosa, menos crítica.

—Debo decir que estoy sorprendida. Pensé que Hunter estaría llorando del aburrimiento con los años.

Esta vez Caroline sí rio, aunque el sonido fue apagado y contenido en su garganta. *Es increíble que se le ocurra decir estas cosas,* pensó.

—Perdón, ¿estás diciendo que soy aburrida?

—No pongas palabras en mi boca. Hunter me parece la clase de hombre que se aburre con

facilidad. Deja de ser tan sensible.

—Debo irme, mamá. Todos están espe... —La línea quedó en silencio en la mano de Caroline antes de que pudiera terminar la oración. Negó con la cabeza y colgó, luego volvió a levantar el teléfono de inmediato y marcó a la recepción para ordenar que retuvieran las llamadas hasta nuevo aviso. Dudaba de que hubiera más llamadas, pero no podía arriesgarse. Su madre solía insistir en tener la última palabra.

Echó un vistazo final a las niñas antes de salir de la suite. Ninguna había sido perturbada por la llamada de su madre. «Solo la aburrída de siempre», dijo mientras cerraba la puerta y salía al corredor. Un camarero caminaba hacia ella con una chaqueta blanca, empujando un carro. Se detuvo unas puertas antes de la suya y golpeó. «Servicio de habitaciones», llamó cuando Caroline pasó junto a él.

—¿Todo va bien? —preguntó Hunter cuando ella regresó al restaurante.

—Todo va bien. —Caroline notó que quedaban dos asientos vacíos en la mesa—. ¿Dónde está mi hermano?

—Se rindió ante la presión poco después de que te marcharas y subió a ver si podía persuadir a Becky de regresar —explicó Peggy.

*Buena suerte con eso*, pensó Caroline en el momento en que tres jóvenes músicos se acercaban a su mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó, mientras dos de los hombres se arrodillaban a sus pies y levantaban sus guitarras en el aire.

—Feliz aniversario —dijo Hunter.

—¿No es esto lo más romántico del mundo?! —exclamó Rain.

—No estás aburrido conmigo, ¿verdad? —le susurró a Hunter cuando los músicos comenzaron su suave serenata.

—¿Aburrido contigo? ¿De dónde sacas esa idea?

Caroline apartó todo pensamiento de su madre de su mente. Luego acarició la mejilla de su marido.

—Te quiero —dijo.

—Ah —expresó Rain—, tan dulce.



Media hora más tarde, los músicos habían terminado sus canciones y los postres (*crêpes suzette* flambeados) habían sido ordenados.

—Debería ver a las niñas antes de que llegue el postre —dijo Hunter. Caroline sonrió,

agradecida de no tener que recordárselo.

—Y yo necesito un jersey —agregó Rain y llevó una mano arreglada con manicura a su escote—. Las chicas están enfriándose.

Caroline vio a su marido y a Rain tomar sus caminos separados en la entrada del restaurante, Rain hacia un ala, Hunter hacia la otra.

—Bueno, esta ha sido una adorable sorpresa —comentó Peggy.

—Lo fue —coincidió Caroline.

—Hunter ciertamente sabe cómo tener un gran detalle.

—Ciertamente sabe cómo hacer que los demás nos veamos mal —protestó Fletcher de buena manera—. No es que quedemos muchos.

—Sí, empiezo a sentirme como si estuviera en el juego de las sillas —agregó Jerrod.

—¿Crees que tu hermano y Becky regresarán? —preguntó Peggy.

—No me sorprendería que ya se hubieran marchado del hotel. —Caroline negó con la cabeza—. Francamente, no sé por qué quisieron venir siquiera.

—Tal vez esperaban que unas vacaciones románticas fueran buenas para su matrimonio.

Caroline no discutiría eso. ¿No había esperado lo mismo para el suyo?

Dos camareros se acercaron.

—¿Sería mucha molestia que esperáramos hasta que los demás regresaran para servir el postre? —les preguntó Caroline—. Deberían ser solo unos minutos.

En realidad, fueron más como quince.

—Lamento haberme ausentado tanto tiempo —se disculpó Hunter al regresar a su asiento—. Esperé al ascensor durante años, finalmente me rendí y subí por las escaleras. Las niñas están profundamente dormidas —continuó, antes de que Caroline pudiera preguntar. Luego miró alrededor de la mesa—. ¿Dónde están todos?

De inmediato, Rain apareció con Steve a su lado.

—Mirad a quién encontré en el recibidor —anunció y cerró sobre sus hombros el chal que había ido a buscar.

—Estaba a punto de enviar un escuadrón de búsqueda —comentó su marido.

—Olvidé que ya había guardado esta maldita cosa. Tuve que desarmar toda la maleta para encontrarlo.

—Sucede por ser tan organizada —dijo Peggy—. Yo ni siquiera he comenzado a hacer la maleta.

—Asumo que no has podido convencer a Becky de regresar —le dijo Caroline a su hermano. Steve se encogió de hombros mientras apartaba su silla.

—Mujeres —respondió hacia los hombres presentes—. No puedes vivir con ellas, no puedes dispararles.

—Bonita charla —comentó Caroline.

—¿Las niñas están bien? —le preguntó Steve a Hunter.

—Las niñas están bien.

Los camareros regresaron y todos observaron en silencio cómo uno preparaba las crepas mientras que el otro las encendía y las llamas se extendían como garras enfurecidas hacia el cielo oscuro.



—Hogar, dulce hogar —dijo Hunter mientras agitaba su tarjeta frente a la puerta de su suite. La pequeña luz de la cerradura se encendió de color rojo para indicar que la puerta seguía trabada. Se tambaleó ligeramente, volvió a intentar y tuvo el mismo resultado—. Es extraño. Funcionaba antes.

—Prueba con la mía —propuso Caroline. Había obtenido una nueva antes de la cena. Él la probó y funcionó.

—Estúpida cosa —murmuró Hunter y arrojó la tarjeta sobre la mesa de café al entrar a la sala, luego se desplomó en el sofá.

—Tal vez la has tenido muy cerca de tu móvil.

—Tal vez. Ven, siéntate conmigo.

—Veré a las niñas un momento.

—Las niñas pueden esperar dos minutos.

Caroline se acercó al sofá y se sentó junto a su marido. Él la rodeó de inmediato con sus brazos y la besó en la mejilla; su aliento fue cálido y llevaba el olor de al menos una bebida de más. Las cortinas estaban abiertas y el reflejo de la luz de las farolas exteriores danzaba en las paredes, fusionado con el suave brillo de la luna.

—Entonces, ¿has disfrutado de nuestro aniversario después de todo?

—Lo he hecho.

—Mentirosa —la acusó él.

—No. Ha sido adorable. Lo ha sido.

—Apenas has tocado tu cena.

—No tenía mucha hambre.

—Estabas preocupada por las niñas.

—Lo superaré.

—¿Disfrutaste de la serenata? —Él volvió a besarla en la mejilla.

—Mucho.

—¿Te sorprendió?

—Sí. No me había dado cuenta de que eras tan romántico.

—No puedo llevarme el crédito. En realidad fue idea de Steve.

—¿De verdad? Es una pena que no pueda tener buenas ideas cuando se trata de Becky. —La mano de Caroline se deslizó por los pantalones de su marido—. Y hablando de ideas...

—Lo siento de verdad, cariño. —Hunter detuvo su mano—. Creo que me he sobrepasado con el brindis de celebración.

—Ah, querido. —Intentó mantener la decepción oculta en su voz. Había esperado todo el día hacer el amor con su marido, había estado fantaseando con prolongados juegos previos, tal vez incluso con probar algo nuevo—. Quizás haya algo que pueda hacer al respecto.

—Lo siento, cariño. —Hunter apartó la mano de ella de su entrepierna—. No es que no vaya a apreciar el esfuerzo, pero me temo que solo perderás tu tiempo.

—Podríamos intentarlo, ver qué sucede.

—Por favor, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento —dijo y terminó definitivamente con la conversación. Caroline retiró su mano y se sentó derecha.

—Ahora estás enfadada.

—Solo desilusionada.

—Podemos hacerlo por la mañana.

*Seguro, pensó Caroline. Cuando las niñas estén despiertas y nosotros con prisa por hacer las maletas y marcharnos.*

—Y mañana por la noche.

*Cuando estés exhausto por conducir y las niñas estén molestas, estemos deshaciendo las maletas y preocupados por regresar al trabajo.*

—Y cada noche después de eso por el resto de nuestras vidas —agregó y le ofreció su mejor sonrisa de niño inocente—. Por favor, Caroline. De verdad que lo siento.

—Lo sé. Yo también. —Se levantó del sofá—. Iré a ver a las niñas. —Una vez más, se encontró en la puerta de la habitación de las niñas, esperando a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. *Suficiente romance*, pensó. Se acercó a la cama de Michelle y pisó algo duro. La Mujer Maravilla, notó, al levantar a la muñeca del suelo, y la regresó a la almohada junto a la cabeza de Michelle. La niña empujó a la muñeca con su mano de inmediato, aunque no se despertó. *Otro rechazo*, pensó Caroline y se giró hacia la cuna de Samantha.

Al no verla de inmediato, Caroline asumió que la pequeña solo había cambiado de posición, que de algún modo se había girado dormida, como solía hacerlo, con su cabeza a los pies de la cuna y los pies donde debía estar la cabeza.

Solo que sus pies tampoco estaban allí.

Se inclinó más cerca, intentó atravesar la oscuridad con sus ojos, tocó las sábanas con sus

dedos y no encontró más que una manta vacía.

Samantha no estaba allí.

*No, esto no puede ser, pensó y el pánico llenó sus pulmones. Es imposible. No puede ser.*

Se acercó de prisa al interruptor y encendió la luz, luego corrió a la cuna.

Estaba vacía.

—¿Samantha? —llamó y se preguntó si su hija habría logrado salir de algún modo. Cayó de rodillas para ver debajo de la cuna, en caso de que Samantha estuviera inconsciente en el suelo.

Ella no estaba allí.

—¡Samantha!

—¿Mami? —Michelle se sentó en la cama y frotó sus ojos mientras Caroline comenzó a dar vueltas alrededor sin propósito.

—¡Samantha! —volvió a llamar con histeria, atravesó la sala y entró a la habitación principal.

—¿Qué ocurre? —pregunto Hunter al salir del baño.

—¡Ella no está allí! ¡Ella no está allí!

—¿Mami? —gimoteó Michelle detrás de ella.

Entonces, el pánico de Caroline se liberó, estalló violentamente en el aire y llenó la suite con gritos.

El avión aterrizó en Calgary precisamente doce minutos después del mediodía. La frente de Caroline había estado apoyada en la ventana del pequeño aeroplano desde que salieron de San Diego, y sus ojos siguieron la mutación gradual del cielo, mientras se atenuaba desde un azul brillante hasta un gris acero en el curso de su vuelo.

—Parece como si hubiéramos aterrizado en la luna —dijo Michelle desde el asiento de al lado, posiblemente la frase más larga que había articulado en todo el viaje.

*Ciertamente parece frío*, pensó Caroline al notar las extensas montañas de nieve barrida a los lados de la pista de aterrizaje. Se alegró de que Michelle la hubiera persuadido de usar botas, a pesar de que no eran forradas y probablemente no fueran impermeables. También se alegró de que su hija hubiera insistido en que llevara su chaqueta gruesa, una que había comprado impulsivamente después del divorcio y que rara vez tenía oportunidad de usar. De hecho, se alegró de que Michelle hubiera insistido en acompañarla, aunque eso le diera algo más de qué preocuparse. Michelle distraería su mente de la insensatez que estaba haciendo.

—¿Vienes? —le preguntó desde el pasillo por el que se vaciaba el avión.

Caroline se levantó de su asiento, sacó su abrigo y su bolso del compartimiento superior. No había dormido más que unas pocas horas en la noche y estaba exhausta. También hiperactiva. *No es una buena combinación*, pensó al seguir a Michelle hacia la salida del avión. Le dio las gracias a la tripulante, luego se apresuró para alcanzar a su hija, que estaba caminando con demasiada determinación, con su bolso sobre un hombro y sacudiendo los brazos a sus lados. *¿Siempre camina así de rápido?*, se preguntó Caroline. *¿Y siempre ha sido tan delgada?*

*Es tan delgada porque todo lo que come es pescado crudo y vegetales*, pensó con su siguiente aliento. O quizás era su abultada chaqueta la que hacía que sus caderas parecieran tan estrechas y sus muslos tan delgados.

—Maldición —dijo Michelle y la palabra desapareció en la nube de vapor al primer contacto con el aire helado—. *¿Cómo puede alguien vivir aquí? Debe hacer diez grados bajo cero.*

Caroline pasó su peso de un pie al otro, sus piernas estaban adormeciéndose dentro de sus

delgados pantalones de lana mientras esperaban un taxi en una pequeña fila de viajeros.

—Al Hotel Fairfax en la Avenida Stephen —le indicó Caroline al conductor al subir al asiento trasero.

—¿Siempre hace tanto frío aquí? —preguntó Michelle—. Mis orejas están heladas.

—Se tarda un tiempo en acostumbrarse —respondió amablemente el taxista, con un acento pakistaní melódico y grave—. El verano es muy agradable.

—Qué pena que Lili no llamara en julio —le dijo Michelle a su madre.

No volvieron a hablar hasta llegar al hotel, media hora más tarde. El camino por la ciudad fue tan tranquilo como aburrido. Un escenario plano, cubierto de nieve. *Michelle tenía razón*, pensó su madre. Sí que parecía como si hubieran aterrizado en la luna.

El hotel era una vieja construcción de piedra gris, de alrededor de diez pisos. Caroline le pagó al conductor con dólares estadounidenses y luego se apresuraron a entrar para escapar del duro viento. El recibidor era sorprendentemente cálido, las paredes pintadas de un beis oscuro, la alfombra gruesa de color marrón y dorado. Había sofás y sillas de color colocadas estratégicamente alrededor de la amplia habitación y una mesa de roble redonda cubierta por un mantel, con un enorme arreglo de coloridas flores de seda en el centro. Pero Caroline solo vio sillas y sofás vacíos.

—Ella no está aquí —remarcó Michelle, poniendo en palabras los pensamientos de su madre. Luego se acercaron a la recepción.

—Soy Caroline Shipley. Tengo una reserva —le indicó al joven detrás del mostrador. Él tenía cabello rubio rizado y un espacio entre sus dientes delanteros que parecía ampliarse cuando sonreía. Escribió algo en el ordenador frente a él.

—Sí, aquí está. Tiene reserva para una noche, posiblemente dos. ¿Es correcto?

—Sí, así es.

—Espera un minutos —intervino Michelle—. No nos vamos a registrar realmente, ¿o sí? Es decir, ¿cuál es la razón? Ella no está aquí.

—¿Qué más quieres que haga? No hay otro vuelo hasta mañana.

—¿Hay algún problema? —preguntó el recepcionista.

—No —respondió Caroline—. Estamos bien.

—Estamos bien, y estamos locas —agregó Michelle, no precisamente por lo bajo.

—¿Podría ver si hay algún mensaje para mí? —solicitó Caroline. El joven volvió a ver su ordenador.

—No, nada.

—¿Estás seguro? ¿Podrías volver a comprobarlo?

—No hay mensajes, madre —gruñó Michelle en voz alta.

—No hay mensajes —repitió el chico—. ¿Prefieren sector fumador o no fumador?



—Fumador —respondió Michelle.

—No fumador —dijo Caroline a la vez.

—Vamos, mamá. Dame un respiro.

—Si tienes que fumar, lo harás afuera.

—Moriré congelada.

—Es mejor que morir de cáncer.

—Muy bien, mamá.

—No fumador —le dijo Caroline al recepcionista que esperaba.

—¿Cama doble o dos simples?

—Dos simples —respondieron las dos al unísono.

—¿Podría completar y firmar esto? —El joven pasó una hoja de papel por el mostrador—. Y necesitare una copia de su tarjeta de crédito.

*¿Dónde estás, Lili?*, estaba pensando Caroline mientras le entregaba su Visa. Miró alrededor del recibidor, sus ojos revisaron cada recoveco y rincón en caso de que la chica estuviera escondiéndose, a la espera del momento correcto para anunciar su presencia. O tal vez conociera al joven detrás del mostrador. Calgary no era una ciudad muy grande. Era muy posible que Lili hubiera llegado al hotel, hubiera reconocido al recepcionista y se hubiera largado antes de que él la viera. Pero no vio a nadie.

—¿Has notado a alguien en el recibidor? A una chica joven, como de diecisiete...

—Lo siento. Acabo de empezar mi turno.

—Ella no está aquí —afirmó Michelle—. No vendrá.

—No lo sabes.

—Dijiste que estaría esperando aquí.

—Quizás ha pasado algo. Quizás se ha retrasado.

—O quizás no vendrá.

Caroline le devolvió el formulario completo al recepcionista y notó la discreta cámara de seguridad en la pared detrás de su cabeza. Tal vez si hubieran tenido cámaras en el Grand Laguna... Pero eso fue quince años atrás, se recordó a sí misma, antes de que tales precauciones se volvieran algo normal. Y era México, en donde incluso en el presente, esas medidas rara vez se tomaban.

—Estoy esperando una visita o una llamada de una chica llamada Lili —le explicó al joven y apartó esas ideas de su mente. No tenía sentido especular sobre lo que podría haber sido, e incluso menos el torturarse por lo que nunca fue.

—¿Tiene un apellido?

—Solo llámanos si alguien se presenta —dijo Michelle.

—Claro ¿Pueden describirla?

Caroline rememoró los bocetos del periódico del día anterior.

—Es una chica bonita, de pelo castaño, ojos azules, mandíbula ancha... —*La de Hunter*, pensó.

—No sabemos cómo es —interrumpió Michelle—. Llámanos si ves a alguna chica extraña por aquí.

—Y si alguien llama —agregó Caroline, sobresaltada por el tono despectivo de Michelle—, por favor, páselo con nuestra habitación de inmediato.

—Por supuesto. ¿Quieren una tarjeta para la habitación o dos?

Caroline odiaba las tarjetas, las había odiado durante quince años. Tal vez si no hubiera perdido su tarjeta ese fatídico día, no estaría allí entonces.

—Que sean dos —respondió Michelle.

El joven colocó las tarjetas magnéticas en un pequeño sobre blanco y se lo entregó a Caroline.

—Están en la habitación 812. Disfruten su estadía.

—No tenías que ser tan grosera —le dijo Caroline a su hija mientras esperaban el ascensor—. Probablemente piense que estamos locas.

—*Estamos* locas.

Las puertas del ascensor se abrieron, las dos mujeres entraron y se giraron para mirar al frente. Michelle se inclinó para presionar el octavo piso.

—Espera —exclamó Caroline y extendió la mano para evitar que la puerta se cerrara.

—¿Qué sucede?

—Alguien acaba de entrar.

—Por el amor de Dios. —Michelle se adelantó para ver—. Esa mujer tiene ciento diez años. —Volvió atrás mientras la mano de Caroline volvió a caer a su costado—. Tranquilízate, mamá —dijo, luego presionó el botón y las puertas se cerraron.



La habitación era grande y con muebles tradicionales; dos camas simples ocupaban casi todo el espacio central. La alfombra era suave y de color marrón, las mantas de un beis brillante, el empapelado de las paredes con un sutil motivo floreado. Frente a las camas había una gran televisión de pantalla plana sobre un aparador. En la pared opuesta había un escritorio, cerca de la ventana, con vistas al pasaje peatonal de la calle principal de Calgary. Caroline observó el desfile de personas que desafiaban los elementos. El frío no parecía molestarles, pensó; se quitó su chaqueta e intentó distinguir las caras de debajo de los gorros y las bufandas. ¿Una de esas personas era su hija?

—Ella no está allí —afirmó Michelle, como si leyera sus pensamientos. Caroline suspiró.

—¿Qué cama quieres?

En respuesta, Michelle arrojó su bolso en la cama más cercana al baño.

—Entonces, ¿ahora qué?

—Creo que regresaré al recibidor, esperaré allí.

—¿Es necesario? Ya le hemos dicho al chico del mostrador que llame si ella...

—Puedes quedarte aquí.

—Sí, claro —dijo Michelle y siguió a su madre a la puerta—. ¿Te das cuenta de que alguien en algún lugar está riéndose a costa tuya?

*No sería la primera vez*, pensó Caroline de camino a la puerta. Ya había sido traicionada antes.



Regresaron a su habitación a las cuatro en punto sin haber visto a nadie que siquiera se pareciera a Samantha. Para las cuatro y media, ya estaba oscureciendo. A las cinco, la única luz llegaba de las farolas de la acera en la Avenida Stephen y del televisor frente a las camas en las que estaban sentadas. Estaban viendo la CNN: un hombre disgustado en Dakota del Norte le había disparado a su jefe y a seis compañeros después de ser despedido antes ese día.

—Quizás deberíamos pedir servicio de habitaciones —propuso Caroline. Encendió su lámpara, buscó el menú y casi derribó el teléfono de su base. Ella lo miró, como si lo instara a sonar. Pero permaneció totalmente silencioso.

—No tengo hambre, en realidad —dijo Michelle.

—No hemos comido en todo el día. Tienes que comer algo.

—He dicho que no... Bueno. Comeré. ¿Cuáles son las opciones?

Caroline revisó el menú.

—Tienen filete, hamburguesas, costillas...

—¿De verdad, mamá? ¿Costillas?

—Te encantaban.

—No he comido carne roja desde que tenía doce años.

—Necesitas proteínas...

—No como carne.

—¿Qué hay del pescado? Tienen sándwich de atún.

—Atún cubierto de queso. No, gracias.

—¿Y un sándwich BLT?

—No como pan.

—Por el amor de Dios, Michelle...

—Escucha, pide solo un tazón de frutas.

—Tienen batidos.

—¿Estás bromeando? ¿Soy una niña?

—No lo sé. A veces te comportas como si lo fueras.

—¿Por qué? ¿Porque me gustan las cosas que me gustan?

—No te gusta *nada*.

—Me gusta el sushi. ¿Tienen?

—No. Y quizás comes demasiado pescado crudo. Tendrás envenenamiento por mercurio.

—Ah, por favor, ¿puedes parar?

Un teléfono sonó.

—Dios —reaccionó Caroline.

—Relájate —le dijo Michelle—. Es mi móvil. —Buscó en su bolsa y sacó su teléfono—. Es papá —anunció al ver la identificación.

—No contestes —le suplicó Caroline.

—Sí, claro. Hola, papá.

—No le digas dónde estamos.

—Sí, lamento no haber llamado. Estoy en Calgary con mamá.

—Mierda —maldijo Caroline al escuchar cómo su hija le explicaba a Hunter dónde estaban exactamente y qué hacían allí.

—No, no estoy bromeando. —Michelle extendió el móvil hacia su madre—. Quiere hablar contigo.

Caroline negó con la cabeza y se rehusó a tomarlo.

—Está muy enfadado —afirmó Michelle al regresar su móvil a la bolsa minutos después—. Quiere que lo llames.

—Él ya no es mi marido. No tengo que hablar con él si no quiero hacerlo.

—¿Ahora quién se comporta como una niña?

—¿Vamos a pedir la cena o no?

Michelle arrancó el menú de las manos de su madre.

—Bien. Comeré una ensalada de la casa, sin salsas, solo una rodaja de limón, con un batido de espinacas y perejil, sin yogurt.

—Suena delicioso —dijo Caroline con los ojos en blanco. Luego repitió la orden de Michelle al servicio de habitaciones e hizo la suya, de filete con patatas fritas, una ensalada, una porción de cheesecake y una Coca Cola grande. No era que quisiera nada de eso. Solo quería establecer lo importante. Aunque ya no estaba segura de qué era lo importante.

—Así que, sabes, siento cómo han resultado las cosas —comentó Michelle al final de su cena mayormente silenciosa—. Esperaba que ella al menos tuviera la decencia de llamar.

—Yo también. Gracias por venir conmigo, por estar aquí.

—Bueno, no podía dejar que vinieras sola.

Caroline extendió su mano a través de la mesa plegable que el camarero había instalado, para agarrar la mano de su hija, pero las manos de Michelle ya estaban moviéndose hacia su falda. Quería preguntarle qué estaba pasando en su vida, cómo se sentía realmente respecto a la nueva bebé de Hunter, si estaba quedando con alguien especial, si había decidido volver o no a la universidad, si tenía alguna idea de lo que quería hacer con su vida, pero temía destrozarse ese momento de cauta paz.

—Peggy dice que estás haciendo un gran trabajo en el hospital —comentó, como la opción más segura.

—No hago mucho. —Michelle se encogió de hombros.

—Ella dice que tienes una verdadera conexión con los pacientes.

—No los llamamos pacientes. Los llamamos residentes.

—Ah.

—Los pacientes esperan para una cura —explicó su hija—. Los residentes esperan morir.

—Eso no debe ser fácil para ti. —Caroline se tomó un momento para absorber esa casual distinción.

—El jurado no me dio muchas opciones, ¿o sí? ¿Crees en Dios? —preguntó en un solo aliento.

—¿Qué te hace preguntar eso?

—Solo estaba pensando en una mujer del hospital —respondió—. No es tan mayor. Está en los cincuenta. Solía ser adicta a las drogas, pero luego se volvió religiosa y cambió su vida. Todo comenzaba a mejorar. Consiguió un trabajo, conoció a un hombre, y luego, *pum*, le dio cáncer. Estaba sentada con ella el otro día y me pidió que leyera la Biblia para ella. Así que la abrí, en una página al azar. Y tocó ese pasaje de Lucas sobre el Hijo Pródigo. ¿Lo conoces?

—Ha pasado mucho tiempo desde que leí la Biblia.

—Bueno, Jesús le está contando a un grupo de personas una historia sobre un terrateniente adinerado que tenía dos hijos. Y un día decidió darles dinero a ambos. Uno tomó el dinero y se largó de inmediato. «Nos veremos, papá. Fue estupendo conocerte». Y desapareció. Pero el otro hijo se quedó, guardó su dinero, trabajó duro. Los años pasaron. El padre no tuvo señales del hijo que se había marchado. Y luego un día, él regresó. ¿Y adivinas qué? Estaba totalmente en la ruina. Se había gastado hasta el último centavo. Lo había gastado todo en vino barato y mujeres. «Papá», dijo, «he pecado, pero he regresado a casa». ¿Y qué es lo que hizo su padre? ¿Lo echó? ¿Le dio un sermón, le dijo que ya no era bienvenido? —Michelle hace una pausa dramática—. No. Él recibió al ingrato con los brazos abiertos. Incluso dio un gran festín para celebrar su regreso. Y el otro hijo dijo: «Oye, espera un minuto, eso no es justo. Yo soy el que ha permanecido a tu lado todos estos años. ¿No merezco yo una fiesta?». Pero el padre dijo que no. Él no lo veía de ese modo. Y,

de acuerdo con Jesús, el padre estaba en lo correcto. De acuerdo con Jesús, es mejor recibir a un pecador de regreso que honrar a los que nunca se descarriaron. —Ella negó con la cabeza—. No lo entiendo, ¿y tú?

Caroline sintió que todo el peso de la parábola caía sobre sus hombros, como una pesada manta de lana.

—Sé que sientes que no siempre he estado ahí para ti —comenzó a decir—. Y siento si te he decepcionado...

—Espera un minuto. ¿Crees que estoy hablando de mí y de Samantha? ¿De ti?

—¿No es así?

—Estaba hablando de Jesús.

—Lo siento. Solo pensé...

—Bueno, pensaste mal.

—Lo siento.

—No todo se trata de ti.

Caroline se mordió la lengua para no volver a disculparse.

—¿Cuál es la diferencia, de todas formas? Todo es tan vago —afirmó Michelle—. Dios, la religión, el cielo, el infierno. Es todo un montón de basura.

—Michelle...

—No te preocupes. No les digo eso a los residentes. —Entonces, se apartó de la mesa y se levantó—. Iré afuera a fumar.

—¿Tienes que hacerlo?

—No tardaré. —Revisó su bolsa en busca de sus cigarrillos y levantó la cajetilla, triunfal.

—Está oscuro... hace frío.

Michelle sacó su chaqueta del armario y la puso sobre sus hombros mientras abría la puerta.

—No tienes de qué preocuparte. Volveré.

## Quince años atrás

Las horas que siguieron a la desaparición de Samantha fueron una confusión de lágrimas, gritos y acusaciones solapadas.

—¡Samantha! —gritaba repetidamente sobre el llanto aterrado de Michelle—. ¿Samantha, dónde estás? —Corrió por la suite con Michelle pisándole los talones como un cachorro asustado—. No, no, no, no, no, no, no, no.

—¿Qué demonios está sucediendo? —exigió Hunter al salir del baño, sin camisa, con su cepillo de dientes en la mano.

—Ella no está. Samantha se ha ido.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo podría haberse ido? —Él corrió hacia la habitación de las niñas y salió con sus ojos amplios y el rostro pálido—. ¿Dónde demonios está?

—Ay, Dios. Ay, Dios. —Caroline estaba a cuatro patas en el suelo, revisando el armario, debajo de la mesa de café, detrás de las cortinas—. Ella no está aquí. No está aquí.

—Eso es imposible. *Tiene* que estar aquí.

Revisaron la habitación principal, luego recorrieron toda la suite otra vez.

—Mami. —Michelle seguía llorando—. Mami, ¿qué ocurre?

Un pensamiento aterrador se abrió paso en la mente de Caroline. Michelle siempre había estado celosa de su hermanita. ¿Era posible que le hubiera hecho algo malo? Caroline había escuchado historias de hermanos resentidos que habían lanzado a sus hermanitos por ventanas de primeras plantas. ¿Era posible que Michelle...? El pensamiento era demasiado horrible para completarlo. Corrió a la ventana entre la cama de Michelle y la cuna. Pero era demasiado alta para que la niña la alcanzara por su cuenta y, además, tenía una traba segura, imposible de abrir para una niña, mucho menos volver a cerrarla y trabarla. De todas formas, Caroline la abrió, se asomó y revisó el suelo desesperadamente. El restaurante estaba justo allí. Seguramente alguien habría visto o escuchado a un niño caer.

Tal vez Samantha se había despertado y de algún modo había logrado salir de la cuna, entonces, al no encontrar a su madre, había abierto la puerta y deambulado por el corredor.

Caroline salió de la habitación y abrió la puerta de la suite. Corrió por el corredor gritando:

—¡Samantha! ¿Samantha, bebé, dónde estás?

Se abrieron puertas por el corredor y personas alertadas asomaron sus cabezas para preguntar qué sucedía.

—¿Has visto a mi bebé? —exigió Caroline a cada rostro curioso. ¿Era posible que Samantha hubiera llegado a los ascensores y hubiera logrado presionar el botón de llamada? ¿Podría haber entrado y de algún modo alcanzado uno de los botones más bajos? ¿Habría caminado sin ser notada por el recibidor y al exterior en la noche? ¿Podría ella, en ese momento, en ese preciso instante, estar afuera en la oscuridad, tambaleándose a ciegas con sus piernitas regordetas, hacia el océano?—. ¿Dónde estás, bebé? —exclamó Caroline—. ¿Dónde estás?

Y luego Hunter estaba a su lado, con Michelle balanceada precariamente en la cara interna de su brazo. Con el otro rodeó a su esposa que lloraba y la llevó de regreso a su suite. Luego llamó a la recepción, dijo que su hija no estaba y les ordenó que llamaran a la policía.

—Pero ¿dónde puede estar? —preguntó Caroline una y otra vez—. Tú la viste hace media hora.

—Estaba profundamente dormida —le aseguró Hunter y le repitió lo mismo al gerente del hotel cuando llegó, veinte minutos después, luego de que lo despertaran en su casa.

—¿Dejaron a sus hijas solas en la habitación? —preguntó el robusto mexicano de mediana edad, sin siquiera intentar ocultar su desaprobación—. Ofrecemos un servicio de niñeras...

—La niñera nunca se presentó —explicó Hunter.

El gerente llevó su móvil al oído, murmuró algo.

—Subimos a verlas cada media hora —le dijo Hunter.

—Nunca debimos dejarlas solas —lamentó Caroline.

—Nuestros registros muestran que el pedido de niñera fue cancelado —afirmó el gerente y bajó su móvil sobre su falda.

—Obviamente, un malentendido —respondió Hunter—. Nunca cancelamos.

—Nunca debimos dejarlas solas —repitió Caroline.

—¿Dónde está la policía? —preguntó su marido—. Estamos perdiendo tiempo preciado.

—Están de camino —respondió el gerente—. Tiene que venir desde Tijuana...

—Mierda. —Hunter se puso de pie. Estaban reunidos en la sala de estar. Michelle se había quedado dormida en el sofá, con la cabeza sobre las piernas de su madre.

—Les aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos mientras tanto. Tenemos a cada miembro del personal disponible revisando las instalaciones.

—Alguien se la ha llevado —gimió Caroline suavemente—. Alguien se ha llevado a mi bebé.

—¿Podemos volver a repasar esto? —solicitó el gerente—. Para asegurarnos de que yo lo entienda y pueda ayudar con la investigación policial.

—Es nuestro aniversario —comenzó a relatar Hunter, su voz baja y estable, a pesar de ya



haberle dicho al gerente todo sobre esa noche—. Habíamos solicitado a una niñera, lo mismo que hemos hecho cada noche desde que llegamos, hace una semana, pero ella no se presentó y nuestros amigos estaban abajo en el restaurante esperando, así que pensamos...

—Tú lo pensaste —interrumpió Caroline. Hunter continuó como si ella no hubiera hablado.

—... que ya que el restaurante está justo abajo... Está justo debajo de nuestra ventana, por el amor de Dios... Pensamos que sería seguro...

—Tú lo pensaste —repitió Caroline.

—Vinimos a verlas cada media hora.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hace alrededor de media hora. —Hunter miró su reloj.

—Ay, Dios —lamentó Caroline.

—Si ella está en algún lugar de este hotel, la encontraremos —afirmó el gerente.

—Y si no lo está, alguien se la ha llevado —agregó Caroline, esforzándose por silenciar su creciente histeria para no despertar a Michelle—, podría estar en cualquier lugar ahora.

—¿Quién se la llevaría? —preguntó el gerente—. ¿Cómo podrían haber entrado en la habitación? Dijeron que la puerta estaba trabada cuando regresaron.

—No sé cómo —respondió Caroline y miró a su marido por una respuesta.

—Tú has perdido tu tarjeta —dijo Hunter. Caroline intentó ignorar el tono acusador en su voz.

—¿Cuándo fue esto?

—Esta tarde. En la piscina. Mi bolsa se cayó. Todo acabó en el suelo. No noté que había perdido la maldita tarjeta hasta que regresé arriba...

—No fue la primera vez que perdiste una —agregó Hunter.

—Eso es verdad. Perdí otra antes esta semana —confirmó Caroline, con voz temblorosa—. Ay, Dios, ¿crees que alguien la haya conseguido y la haya usado para robar a mi bebé?

—¿Puede pensar en alguien que pudiera haberlo hecho? —preguntó el gerente, la misma pregunta que hizo la policía cuando finalmente llegó, casi media hora después.

—¿Han notado a alguien sospechoso, tal vez a alguien que los siguiera? —inquirió la policía.

—A nadie —respondió Caroline, mientras su cuerpo se adormecía por miedo y fatiga. Cada vez que respondía una de sus incansables preguntas, sentía que su energía se apagaba, que su voz se hacía más débil. Casi dos horas habían transcurrido desde que regresaron a su habitación. Ya había pasado la medianoche. Una revisión del hotel y de sus instalaciones ya había probado ser infructuosa. Samantha ya no estaba. Para entonces ya podía estar en cualquier lugar—. ¿Pueden solicitar una alerta ámbar?

—No estamos en California —dijo Hunter, y su voz reveló su impaciencia. Con la policía. Con sus preguntas. Con ella—. No tienen alerta ámbar en México.

—Hemos notificado a la patrulla de frontera para que estén alerta a cualquiera que viaje con

una niña pequeña —reveló uno de los oficiales. Inicialmente, Caroline pensó que eran dos oficiales, pero entonces vio que eran tres, dos de los cuales parecían recién salidos de la adolescencia, el otro de mediana edad. Todos tenían pelo oscuro y miradas penetrantes y críticas. Los dos más jóvenes tenían uniformes de pantalones azules y camisas blancas; el mayor estaba vestido de civil, pantalones grises, una camisa de mangas cortas que no se había molestado en acomodar.

Caroline pensó en las miles de personas que cruzaban la frontera entre México y California cada año, y su cuerpo se llenó de desesperación. La frontera estaba tan cerca y ya habían perdido demasiado tiempo. Si alguien había querido pasar a su hija a Estados Unidos, ella ya estaría muy lejos. Lo más probable era que quien se la hubiera llevado siguiera en Rosarito, que se la hubiera llevado a algún lugar cercano para sus perversos propósitos. La policía estaba haciendo una búsqueda habitación por habitación en ambas alas del hotel.

—Había un camarero —recordó Caroline con un escalofrío, su mente reprodujo la imagen de un hombre con una chaqueta blanca que empujaba un carro por el corredor—. De servicio. Pasé junto a él en el corredor después de haber visto a las niñas. Se detuvo unas puertas antes.

—¿A qué hora fue esto?

—Alrededor de las nueve.

—Lo revisaremos —dijo el gerente, que ya tenía su móvil en la mano.

—Y vi a una camarera de piso alrededor de las cuatro. No —se corrigió de inmediato—, más cerca de las cuatro y cuarto. Le dije que había perdido mi tarjeta y le pregunté si podía usar su llave maestra para dejarme entrar.

El gerente asintió y le transmitió la información a la persona con la que estaba hablando.

—¿Cuántas personas tienen acceso a llaves maestras? —preguntó Hunter. El gerente elevó sus hombros exageradamente.

—Muchas; el personal superior, camareras de piso, los recepcionistas, los botones que traen el equipaje a las habitaciones. Las mismas personas que en los hoteles de los Estados Unidos.

Caroline notó el tono defensivo en la voz del gerente.

—Entonces, la última vez que vieron a su hija fue... ¿cuándo exactamente?

—Nueve y media.

—¿Y usted volvió a verla a las diez? —El oficial miró a Caroline.

—No. Regresaríamos en pocos minutos, así que Hunter dijo que no era necesario. —Miró acusativamente a su marido, que de inmediato apartó la vista. De verdad, *habían sido más de diez minutos*, pensó. ¿Podrían esos diez minutos haber hecho la diferencia?

—Así que al parecer su hija habría desaparecido en algún momento entre las nueve treinta y poco después de las diez.

—Sí —dijeron Caroline y Hunter al unísono.

—Y usted es la última persona que la ha visto —le dijo el oficial a Hunter.

—Así es —afirmó él, y sus ojos se empañaron con lágrimas.

El teléfono sonó. Uno de los oficiales más jóvenes le indicó a Hunter que contestara.

Caroline sintió un repentino brote de esperanza. ¿Era posible que Samantha hubiera sido secuestrada y que la retuvieran para obtener una recompensa? ¿Sería el secuestrador al teléfono para hacer sus demandas? *Lo que tú quieras*, pensó Caroline. *Te daremos todo el dinero que tenemos. Solo devuélvenos a nuestra hija, ilesa.*

—¿Hola? —contestó Hunter y escuchó por varios segundos antes de llevar el teléfono a su pecho—. Es tu hermano —le dijo a Caroline—. Llama para saber si todo está bien. Al parecer, la policía acaba de revisar su habitación y le ha dicho que una niña ha desaparecido... —Su voz se quebró en su garganta. Colgó el teléfono sin decir una palabra más.

Minutos después, Steve y Becky estaban tocando a su puerta. La policía los hizo entrar. Peggy y Fletcher llegaron poco después, Rain y Jerrod apenas unos segundos detrás.

—Por Dios, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Becky con la voz tan aguda como un despertador, lo que despertó a Michelle.

—¡Mami! —lloró la niña, se sentó y se acurrucó en el pecho de su madre.

—¿Dónde está Samantha? —preguntó Becky.

—Ay, Dios —dijo Peggy, y sus ojos miraron en todas las direcciones.

—¿Es Samantha? —preguntó Rain—. ¿Samantha es la niña desaparecida?

—¿Cómo puede ser? —agregó Jerrod—. Subisteis a verla cada media hora.

—¿Los ocho estaban cenando juntos? —preguntó uno de los oficiales.

Caroline ya no podía diferenciar las voces. Sentía como si alguien hubiera puesto una enorme campana de cristal sobre su cuerpo, como esa autora que había cometido suicidio metiendo su cabeza en el horno. ¿Cuál era su nombre?

—Respira —escuchó decir a Peggy mientras se sentaba junto a ella y la rodeaba por los hombros con un brazo, aunque la campana invisible evitaba que Caroline pudiera sentir realmente su contacto.

—Sí —respondió Jerrod al oficial—. En el restaurante al aire libre que está abajo. Pueden verlo por la ventana. —Se acercó a la ventana y lo señaló—. Sí, allí. De hecho, puede verse nuestra mesa.

—¿Cuál era el nombre de esa escritora? —le preguntó Caroline a Peggy—. La que se suicidó metiendo su cabeza en el horno.

—¿Qué acaba de decir? —preguntó Becky.

—Sylvia algo, creo.

—Sylvia Plath —dijo Peggy.

—Cierto.

—¿Por qué está hablando de Sylvia Plath? —preguntó Rain.

—Creo que está en estado de shock. ¿Caroline? ¿Caroline, estás bien?

—Samantha no está —dijo Caroline.

—Lo sé.

—No debí haberla dejado.

—Mami, tengo que ir al baño —dijo Michelle.

—Yo te llevaré —se ofreció Peggy.

—Quiero que mami me lleve. —Las manos de Michelle rodearon el cuello de su madre, a través del escudo de cristal invisible. Caroline sintió que el aire escapaba de su cuerpo, como si estuviera siendo estrangulada.

—Por favor, que alguien la aleje de mí —suplicó.

Todas las miradas se concentraron de inmediato en ella.

—Yo la llevaré —intervino Becky de inmediato, sujetó a la niña entre sus brazos mientras se retorció y la llevó al baño. Michelle gritó en protesta.

Los policías siguieron haciendo variaciones de las mismas preguntas durante la siguiente hora, a las que el grupo dio variaciones de las mismas respuestas.

—¿Alguno de sus amigos los acompañó cuando subieron a ver a las niñas? —preguntó uno de los oficiales.

—No —respondieron.

—¿Por qué pregunta eso? —dijo Steve.

—¿Qué está implicando? —agregó Hunter.

Caroline sabía por qué preguntaban. Su esposo había sido la última persona que subió a ver a Samantha. ¿Sería posible que algo hubiera sucedido en su turno? ¿Podría ser responsable de algún modo de la desaparición de su hija?

*No, él no era responsable*, decidió ella, en respuesta a su propia pregunta. Aun así, por insistencia de Hunter habían dejado a sus niñas solas. Lo que lo hacía responsable, después de todo.

*Solo que no puedo culparlo*, pensó de inmediato. *Yo cedi. Acepté. Soy tan culpable como él. Es mi culpa también.*

—¿Y qué sucede ahora? —preguntó Hunter cuando los policías estaban cerrando sus anotadores y preparándose para marcharse.

—Vayan a acostarse, intenten dormir —respondió el mayor. Caroline creyó haber escuchado que uno de los otros dos lo había llamado detective Ramos, pero no estaba segura—. Volveremos a verlos en la mañana.

—¿Esperan que durmamos?

—Probablemente no lo logren —concedió Ramos—. Pero sería buena idea intentarlo. —

Comprobó su reloj—. Son casi las dos de la madrugada. No lograremos nada más esta noche. Reanudaremos la búsqueda en la mañana y nos pondremos en contacto con los periódicos locales si no hemos encontrado a su hija para el mediodía.

—¿Eso es todo?

—La frontera ha sido avisada. El oficial Mendoza estará frente a su puerta toda la noche en caso de que alguien intente contactarlos. Haremos el seguimiento, hablaremos con el camarero que usted vio en el corredor y con la camarera de piso con la que habló también, interrogaremos a todo el personal. Pero todo esto tomará tiempo. Por favor, señor y señora Shipley, intenten dormir. Su hija los necesita. —Sus ojos miraron a Michelle, que una vez más estaba dormida en brazos de su madre, después recorrió la habitación para ver a sus ocupantes—. Obviamente, necesitaremos que todos estén a disposición mañana.

—Se supone que nos marcharemos mañana —dijo Rain.

—Eso no sucederá, claramente —dijo Peggy con un tono de regañina.

—Por supuesto que no. No quería...

—Señor Shipley, ¿tiene alguna fotografía de su hija que podamos tomar prestada? —intervino el oficial Ramos.

—Lo siento. Tiene algunos meses. —Hunter buscó su cartera y extrajo una pequeña fotografía de Samantha de su licencia de conducir.

—Una niña preciosa —comentó Ramos y guardó la fotografía en el bolsillo de su camisa—. Les aseguro que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para traérsela de regreso.

—¿Quieren que nos quedemos aquí esta noche? —le preguntó Becky a Caroline después de que la policía y el gerente del hotel se marcharon.

—No —dijo Hunter a sus amigos—. Ramos tiene razón. Mañana será un día largo. Duerman un poco. Nos veremos por la mañana.

Caroline observó cómo sus amigos se acercaron en fila para besar su mejilla y abrazarla. Pero no sintió nada. Su bebé no estaba. Alguien había entrado a su suite y se la había llevado mientras ella y su marido estaban abajo, disfrutando de sus *crêpes suzette*. Nunca debió haber permitido que él la persuadiera de dejar a sus hijas solas. Si se hubiera mantenido firme, nada de esto estaría ocurriendo.

Su hermano y Becky fueron los últimos en marcharse.

—¿Estás segura de que quieres que nos vayamos? —volvió a preguntar Becky.

Caroline asintió. Steve se inclinó para rodearla con sus brazos.

—Por favor, no lames a mamá —susurró ella.

—No lo haré.

Pero incluso mientras decía esas palabras, Caroline supo que él estaría al teléfono en cuanto despertara por la mañana. *Por favor, Dios, pensó, deja que encontremos a Samantha antes de*

*eso.*

## El presente

El teléfono sonó apenas pasadas las seis treinta de la mañana siguiente. Caroline se estiró sobre la cama y contestó antes de que pudiera sonar una segunda vez.

—¿Hola? —susurró, miró a la otra cama y vio a Michelle girarse dormida.

—Soy yo —dijo Lili.

—Gracias a Dios. ¿Dónde estás?

—¿Puedes verme?

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Dónde?

La chica le dio la dirección a Caroline.

—Ven sola. —La línea se quedó en silencio.

Caroline se levantó de la cama, se vistió y tardó menos de un minuto en cepillarse los dientes y pasar un poco de agua por su cara. Escribió una breve nota para Michelle: «Vuelvo enseguida. No te preocupes». Luego salió de la habitación del hotel y corrió por el pasillo con sus botas en la mano. No pensó en lo que estaba haciendo o en que nadie tendría idea de dónde estaba. Solo pensó brevemente en que Lili sabía que ella no estaba sola.

Bajó de prisa los ocho pisos por las escaleras y atravesó las puertas del recibidor hasta la calle, con las botas ya en sus pies, aunque no tenía recuerdos de habérselas puesto. Había un taxi libre en la acera de enfrente, pero incluso después de que ella le hiciera señas frenéticamente, el conductor permaneció hoscamente donde estaba. Ella cruzó corriendo, resbaló en la calle cubierta de hielo y casi se cayó antes de alcanzarlo.

—¿A dónde? —preguntó el conductor cuando ella subió al asiento trasero. Caroline lo reconoció como el mismo hombre que las había llevado al hotel desde el aeropuerto el día anterior, pero desestimó la coincidencia rápidamente—. No me es familiar ese lugar —dijo él cuando ella le dio la dirección.

Caroline se preguntó si la chica estaba jugando con ella, llevándola de un callejón sin salida a

otro en alguna clase de broma muy elaborada.

—¿Podría comprobarlo? Por favor, estoy algo apresurada.

—Mi GPS no funciona. —De mala gana sacó un mapa de su guantera y lo desplegó, para estudiarlo detenidamente antes de arrojarlo en el asiento a su lado—. Ah, sí. Ahora lo veo.

Solo que no pudieron encontrar el lugar y condujeron cerca de veinte minutos, hasta que se volvió evidente, incluso para Caroline que no conocía la ciudad, pero que sí reconoció el mismo montículo de nieve cuando pasaron junto a él por tercera vez, que habían estado avanzando en círculos.

—Estoy perdido —admitió el conductor finalmente, se detuvo y volvió a revisar su mapa.

—Por favor —suplicó Caroline—. Ya voy demasiado tarde. —¿Lili habría creído que Caroline había cambiado de opinión y se habría marchado? ¿Volvería a llamar al hotel y despertaría a Michelle?

—Ah, ahí está —dijo el taxista y golpeó el mapa con su dedo índice—. Ahora lo veo. No está muy lejos.

—De prisa. Por favor.

—No se preocupe. Estaremos allí en cinco minutos.

Solo que ya llevaban cerca de media hora de viaje, la hora punta de la mañana ya había comenzado y pronto se encontraron atascados en un embotellamiento de unas cuantas calles.

—Parece que ha habido un accidente —comentó el taxista y se encogió de hombros—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Hay otro camino que podamos tomar?

Sin decir una palabra, el conductor dio un giro ilegal en U y tomó por una calle lateral, aceleró el motor y lanzó una nube de humo a su paso.

—No. —Caroline escuchó las sirenas antes de ver el móvil policial—. Por favor, no.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó un policía que se acercó al coche y se asomó en el asiento delantero, con un casco que cubría su cabeza y su rostro, a excepción de sus ojos oscuros.

*Conozco esos ojos*, pensó Caroline mientras el conductor entregaba su licencia y su registro.

—Ya hemos tenido un terrible accidente esta mañana —continuó el oficial—. Hace menos de diez minutos, una adolescente fue arrollada por un coche cuando cruzaba la calle.

—¿Ella está bien? —preguntó el taxista.

Caroline sintió un grito formándose en su garganta. ¿Era posible que esa chica fuera Lili?

—Me temo que no. —El oficial se sacó su casco y reveló un cabello grueso y negro. Él miró acusadoramente a Caroline, como si ella fuera la responsable.

—¿Detective Ramos? —susurró, el grito en su garganta ganó fuerza y llenó su boca como si fuera bilis.

—Esto es su culpa —le dijo él—. Nunca debió haberla dejado sola.



El grito escapó de los labios de Caroline hacia el aire circundante.

—¿Mamá? —dijo una voz desde algún lugar sobre su cabeza—. ¿Mamá? ¡Mamá, despierta!

—¿Qué ocurre? —Caroline giró en la cama, miró alrededor de la habitación de hotel e intentó enfocar su vista.

—Estás teniendo una pesadilla.

—¿Qué?

—Estabas teniendo una pesadilla —repitió Michelle pero en tiempo pasado—. Dios, mírate. Estás completamente mojada.

Caroline pasó su mano por el sudor entre sus pechos. Luego apartó el cabello húmedo de su frente.

—Me has asustado —dijo Michelle—. ¿Qué estabas soñando?

—No te lo puedo decir. —Su madre negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que no puedes decírmelo? ¿Por qué demonios no puedes?

—Mi madre siempre dijo que es de mala suerte contar los sueños antes del desayuno, porque los malos se cumplen.

—¿Cuándo has comenzado a escuchar a la abuela Mary? —preguntó Michelle.

Ella tenía razón. Caroline había pasado su vida intentando ignorar los consejos forzados de su madre.

—Te lo diré después de desayunar —dijo de todas formas. Solo que para cuando terminaron su café, Caroline ya había olvidado todo a excepción de algunos vagos detalles—. Fue uno de esos sueños frustrantes en los que intentas llegar a algún lugar, pero siempre algo se interpone en tu camino. Probablemente debí haberme dado cuenta de que era un sueño cuando vi al taxista.

—¿De qué estás hablando?

—Y al detective Ramos.

—¿Quién es el detective Ramos?

—No lo recordarías.

Pasaron la mañana sentadas en el recibidor del hotel, por si Lili fuera a aparecer finalmente, luego llamaron a un taxi para que las llevara al aeropuerto cuando la chica no lo hizo. Mientras el taxi se despegaba de la acera, Caroline echó un último vistazo a la calle cubierta de nieve.

—Ella no está allí, mamá.

—Lo sé.

—Ella nunca tuvo intención de presentarse.

—Tienes razón. —¿La tenía?—. Quizás debimos esperar un poco más.

—¿Y perder nuestro vuelo? Además, dejaste una nota.

Caroline sintió una punzada de culpa y miró su falda. Había pensado que estaba siendo discreta al dejar esa nota para Lili con el recepcionista.

—Deja de preocuparte. Estoy segura de que ella volverá a contactarte —estaba diciendo Michelle mientras ocupaban sus asientos en el avión—. Tendrá alguna clase de historia conmovedora, por supuesto, una razón por la que no pudo encontrarte. Luego prometerá compensarte. Se ofrecerá a venir a San Diego. Claro que necesitará dinero. Bla, bla, bla. Es como esas estafas por Internet de Nigeria. Son totalmente evidentes, pero no creerías cuántas personas caen en esas cosas.

*Yo lo creo*, pensó Caroline, pero no dijo nada. Deseó que Michelle dejara de hablar. Ya había establecido su razón, es decir, que su madre era una idiota. Apoyó la cabeza en su asiento y cerró los ojos. Después de unos minutos, Michelle comprendió la señal y pasaron el resto del vuelo en silencio.



Hunter estaba esperándolas cuando atravesaron las pesadas puertas opacas hacia el sector de llegadas del Aeropuerto Internacional de San Diego. Vestía un traje azul oscuro con una corbata a rayas azules y amarillas; había ido desde su oficina.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —exigió y sujetó sus bolsos para guiarlas hacia el aparcamiento.

—Ah, siente este glorioso aire cálido —dijo Michelle mientras se deshacía de su gruesa chaqueta.

—No tienes que llevar mi bolso —le dijo Caroline a su exmarido—. Puedo con él.

—Yo lo tengo, Caroline. Solo responde la pregunta.

—No estamos en el juzgado. Yo no estoy en el banquillo de testigos. Y tú ya sabes lo que estaba haciendo.

—¿Una chica llama, te dice que es Samantha, y tú sales corriendo? ¿Realmente pensaste que había una posibilidad de que esa chica fuera nuestra hija?

—Supongo que lo hice.

—Ella no se presentó, ¿no es así? Ella ni siquiera llamó.

—Sabes que no lo hizo —afirmó Caroline. Obviamente Michelle había llamado a su padre desde el aeropuerto de Calgary, le había contado los deprimentes detalles de su viaje y le había dicho en qué vuelo regresarían.

—¿Cuánto te ha costado esta breve escapada?

—¿Cuál es la diferencia?

—Los billetes a última hora no son baratos, como sabemos por experiencias pasadas. Tuvieron que costarte una buena moneda.

—¿Una buena moneda? ¿Quién dice cosas como esa en estos tiempos? —comentó Caroline, molesta por la actitud dominante de Hunter. Ellos ya no eran marido y mujer, una decisión que él había tomado por los dos, doce años atrás. ¿Qué derecho tenía él a cuestionar sus gastos? Los tres llegaron a su BMW color crema—. Da igual, estoy segura de que las monedas no son tan buenas como las que tú gastas cada año en un nuevo coche.

—Lo alquilo —le recordó—. Y aún estoy pagando manutención, si no estoy equivocado...

—¿Alguna vez lo has estado? —interrumpió Caroline.

—... lo que me da algunos derechos...

—Por favor —intervino Michelle—. ¿Tenéis que discutir eso ahora?

—No —respondió Caroline—. Estaría más que feliz de subir a un taxi.

—Sube al coche —ordenó su exmarido, dejó caer sus bolsas de viaje en el maletero, subió al asiento del conductor y Michelle al trasero, lo que dejó el asiento del acompañante libre para su madre.

De mala gana, Caroline ocupó el lugar junto a su exmarido e intentó no notar lo atractivo que estaba. Tan bien como siempre. Tal vez incluso mejor. Su pelo aún no tenía canas ni lo estaba perdiendo, y su vientre era tan plano como siempre lo había sido. Si algo habían hecho los años era agudizar sus facciones, resaltar la prominencia de sus pómulos, lo que a su vez enfatizaba sus labios carnosos.

—¿Cómo está la bebé? —preguntó Caroline en un esfuerzo por aclarar su mente de tan desconcertantes pensamientos.

—Ella está bien —respondió Hunter, después le pagó al empleado del aparcamiento y salió—. No cambies el tema.

—No había notado que había un tema.

—Solo dime lo que pasó. Todo. Desde el comienzo.

Caroline no estaba segura de a qué comienzo se refería exactamente, pero si de *una* cosa estaba segura era de que no serviría de nada discutir más. Hunter era un buen abogado, quizás hasta excelente. Si una cosa sabía, era cómo discutir. Y si no podía ganar en una vez, te desarmaría con el tiempo. Sería mejor acabar con eso en el momento, decidió, y comenzó por la llamada de Lili. Observó el rostro de él mientras la escuchaba; su expresión cambió de curiosidad a incredulidad y a simple enfado. Cuando llegó a la parte de dejarle una nota a Lili en la recepción al abandonar el hotel, él ya estaba en la mitad de su asiento, con todo su cuerpo vuelto en dirección a ella.

—Mira por dónde vas —le advirtió ella.

Hunter volvió la atención al camino. Pero, incluso de perfil, su molestia era formidable.

—¿Y ni siquiera se te ocurrió llamarme por esto?

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Tal vez porque Samantha era mi hija también. —Caroline palideció ante el uso del

tiempo pasado.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que habrías venido conmigo?

—Podría haberlo hecho. No me diste esa oportunidad.

—Porque no habrías venido. Habrías dicho que era una misión imposible y que era una tonta por considerarla siquiera, justo como hiciste cuando fui a Tacoma y a Miami. Sé sincero, Hunter. No hay forma de que hubieras ido a Calgary. O de que Diana te hubiera dejado ir —agregó y sintió satisfacción cuando lo vio estremecerse. Había escuchado de muchas fuentes que su joven mujer lo tenía atrapado en su pequeño puño y que él rara vez hacía algo sin su aprobación.

—Eso no es lo importante.

—¿Qué es lo importante?

—Lo importante es que pudimos haberlo hablado. *Debimos* haberlo hablado.

—Nosotros no hablamos, Hunter. Nunca lo hicimos.

—Eso es ridículo. Estuvimos casados durante doce años. ¿Y estás diciendo que nunca hablamos?

—*Tú* hablabas. Yo escuchaba.

—Eso es una mentira y lo sabes.

—Asúmelo, Hunter. Eres un bravucón, en el juzgado y fuera de él.

—Y tú eres una víctima. Como siempre. Lo mismo de siempre.

—Por favor —suplicó Michelle desde el asiento trasero—. ¿Podemos no hacer esto?

—Debiste haberme llamado —repitió Hunter, inconsciente o desinteresado por el pedido de su hija—. Debiste haberme dicho lo que estaba pasando. Debiste darme la opción. Admítelo.

—Solo si tú admites que nunca hubieras ido conmigo —dijo Caroline, firme una vez más, algo que deseó haber hecho con más frecuencia en sus doce años juntos. Tal vez si lo hubiera hecho, no estarían teniendo esa estúpida discusión. Samantha nunca habría desaparecido.

—Bueno, supongo que nunca lo sabremos.

—*Yo* lo sé.

—Cierto. Porque tú sabes todo.

—Sé que no hay forma de que Hunter Shipley se hubiera tomados unos pocos días de trabajo por algo tan poco importante como su familia.

—De acuerdo. Ha sido suficiente. Estás equivocada.

—¿De verdad? ¿Cuántos días libres te tomaste cuando Samantha desapareció? —Caroline sabía que no estaba siendo razonable, pero las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera detenerlas, impulsadas por quince años de rabia reprimida.

—Mamá —dijo Michelle—. Déjalo ya, ¿de acuerdo?

—¿Cuántos días, Hunter? ¿Treinta? ¿Veinte? ¿Diez?

—Me quedé...

—Siete días completos. Te quedaste toda una semana.

—Eso no es justo.

—¿De verdad? ¿Cuán justo fuiste tú? Al dejarme sola en México para tratar con todo.

—Te pedí que regresaras a casa. Te lo supliqué, por el amor de Dios.

—Y yo te supliqué que te quedaras. —*Por favor, Hunter, suplicó. Solo dale un poco más de tiempo.* De la misma forma que había suplicado cuando él le dijo que terminaría con su matrimonio.

—La investigación no estaba llegando a nada. Los policías ya se habían convencido de que no resolverían la desaparición de Samantha. No había nada más que pudiéramos conseguir quedándonos...

—Tú me dejaste —afirmó Caroline. Ya no estaba segura de si se estaba refiriendo a México o a cuando la dejó definitivamente.

—Contraté a un detective privado...

—Al que despediste después de tres meses.

—Porque no estaba llegando a nada.

—Porque estaba costándote una buena moneda.

—Maldita seas, Caroline —balbuceó Hunter.

—Maldito seas tú —respondió ella.

Michelle se desplomó en el asiento de cuero, con un ruido audible.

—Necesito una copa —dijo.



## Quince años atrás

—**D**ime que no estás considerando seriamente irte a casa —le exigió Caroline a su marido.  
—Es algo que *tenemos* que considerar —dijo Hunter—. Ya ha pasado casi una semana.

—Han pasado cinco días.

—Y los policías no han avanzado ni un solo paso desde la noche de la desaparición de Samantha.

—Eso no es verdad. Tienen indicios...

—No tienen nada. —Hunter se dejó caer en el sofá de su suite y pasó las manos por su espeso cabello castaño, frustrado.

Caroline caminó hacia la ventana, miró hacia el restaurante de abajo y vio a su madre almorzando junto a Michelle debajo de una de las múltiples sombrillas rojas. Su madre había insistido en ir a Rosarito en cuanto Steve la llamó para contarle las terribles noticias. Había irrumpido en su habitación y sujetado a Caroline en un abrazo casi sofocante. Caroline la había correspondido de inmediato, se aferró a su madre, todo su cuerpo se aflojó.

«Mami», se escuchó a sí misma sollozar sobre el hombro de seda del vestido de su madre.

«¿Cómo pudiste dejar que esto pasara?», preguntó su madre.

—Tenemos que mirar esto de manera realista —estaba diciendo Hunter entonces.

Caroline quería caminar hacia el lugar en donde él estaba sentado, golpearlo en la cabeza y gritarle: «¿Qué te parece este realismo?». En vez de eso, dejó de caminar y esperó que él continuara.

—Han pasado cinco días —reiteró—. La policía ha revisado el hotel y las instalaciones al menos una docena de veces y no ha encontrado nada. Todos los huéspedes han sido interrogados y liberados...

—Está ese hombre que tenía una colección de pornografía en su computadora...

—Las fotografías eran todas de hombres adultos. Y su coartada fue probada: él y sus amigos estaban en un club nocturno en la playa cuando Samantha desapareció. Tienen toda una habitación

llena de testigos.

—Samantha no *desapareció* simplemente —dijo Caroline, cansada del eufemismo que implicaba que su hija se había desvanecido mágicamente en el aire—. Fue secuestrada. Alguien se la llevó. —Estalló en un mar de lágrimas de enfado. ¿Cuántas lágrimas podía contener un cuerpo? ¿Cuántas podía derramar antes de ahogarse en ellas?

Hunter estuvo a su lado de inmediato, con sus brazos alrededor de ella, moviéndose inútilmente, como si buscara un lugar seguro donde posicionarse.

—No lo hagas —dijo Caroline antes de que él pudiera tocarla. Él retrocedió y regresó al sofá, aunque permaneció de pie.

—Adelante —indicó ella, en un esfuerzo fallido por mantener la agudeza fuera de su voz—. Estamos siendo *realistas*. —Sabía que estaba haciéndole daño, alejándolo más cada día. Pero él merecía ser presionado, ser lastimado. Eso era su culpa. Samantha ya no estaba por culpa de él.

Y entonces estaba hablando de marcharse también. Dejar la escena del crimen, regresar a San Diego, volver a su vida normal. Aunque habían llegado allí con dos niñas y se marcharían con una. Sus vidas nunca volverían a ser normales.

—No hay nada más que podamos hacer aquí —argumentó—. Hemos buscado en todas partes. Le hemos dicho todo lo que sabemos a la policía. Hemos repasado todo lo sucedido esa noche miles de veces. Hemos respondido todas sus preguntas. Es evidente que no nos creen. Es evidente que están comenzando a creer que tuvimos algo que ver con esto.

—¿Qué es lo que piensan que hicimos? ¿Creen que secuestramos a nuestra propia hija?

La mirada en los ojos de Hunter le dijo que era mucho peor que eso.

—No pueden pensar seriamente que asesinamos a nuestra hija.

—Creo que eso es exactamente lo que creen. Esa es una de las razones por las que quiero largarme de México.

—Pero, si creen eso, ¿qué te hace pensar que nos dejarán ir?

—Porque necesitan pruebas para retenernos y no las tienen.

—No las tienen porque no hemos hecho nada —afirmó Caroline, mareada por haber dado tantas vueltas. ¿Hunter tenía razón? ¿La policía realmente podía creer que ellos habían asesinado a Samantha? ¿En lugar de buscar a su pequeña, estaban buscando evidencia para implicarlos a ella y a Hunter? Si fuera así, tal vez él tuviera razón; nada más se lograría allí. Estaban arriesgando no solo su libertad, sino sus vidas. Tal vez debían *largarse de México* antes de que fuera demasiado tarde—. ¿Y qué hay de ese camarero de servicio de habitaciones al que nadie ha visto desde esa noche?

—La policía dice que están buscándolo.

—¿No crees que lo estén haciendo?

—Solo digamos que no creo que estén buscando muy intensamente.



—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—Porque ya han decidido que somos culpables —insistió—. Esto sucede todo el tiempo, Caroline, y no solo en México. Lo veo a diario. Los policías creen saber quién es responsable, así que su visión se estrecha. Ignoran a los demás sospechosos y desestiman evidencia que no apoya su posición.

—¿Qué hay de la camarera de piso? —persistió Caroline—. Ella tenía una llave maestra. Podría haber entrado con facilidad. O la niñera que estuvo con las niñas cada noche. Tú has visto cómo quería a Samantha. Tal vez no pueda tener hijos propios. Tal vez...

—La camarera de piso estaba en casa con su familia. La niñera estaba con otros niños.

—Podrían tener cómplices...

—Sí, podrían tenerlos —coincidió Hunter y volvió a hundirse en el sofá—. Pero la policía no está buscando cómplices. Está mirándonos a nosotros. Dicen que fuimos nosotros los que cancelamos a la niñera...

—Lo que no hicimos.

—...que fuiste tú la que llamó a la recepción para decir que no pasaran más llamadas a la habitación...

—Porque mi madre había llamado y no quería que nadie más llamara y molestara a las niñas.

—No importa el porqué. Solo importa que parece sospechoso.

—¿Qué lo hace sospechoso? Ay, Dios. Es inútil. Nunca la encontraremos. Nunca la recuperaremos.

—No es inútil —afirmó Hunter, pero su postura decía lo contrario—. Ya he hablado con los socios de mi firma. Creen que deberíamos contratar a un investigador privado, lo que haré en cuanto llegue a casa...

—No puedo hacerlo. No puedo ir a ningún sitio hasta que encuentre a mi bebé.

El teléfono sonó. Hunter contestó.

—Sí —dijo, en lugar de *hola*. Luego extendió el teléfono hacia ella—. Es Peggy.

Caroline tomó el teléfono de su mano extendida.

—¿Cómo estás? —preguntó Peggy.

—Nada bien.

—¿Quieres que vuelva?

*Sí*, pensó Caroline.

—No —respondió. Peggy no había querido irse de Rosarito, pero tenía dos hijos propios a quienes regresar. Tenía un trabajo, responsabilidades, una vida.

Rain y Jerrod habían sido los primeros en marcharse, tan pronto como la policía les dio su aprobación, para pasar Acción de Gracias en Nueva York. Caroline no envidiaba sus planes. No eran amigos cercanos y no había nada que pudieran hacer allí. Además, la preocupación de Rain

había tomado dimensiones extraordinarias y su compasión tan sobrecogedora que dejaba poco espacio para que Caroline sintiera algo más que adormecimiento. De verdad, se había alegrado de ver que se marcharan.

Estuvo igualmente aliviada cuando su hermano y Becky los siguieron al día siguiente; la tensión entre ellos se había vuelto insoportable después de la llegada de Mary. Peggy y Fletcher fueron los últimos. «Estaremos a una llamada de distancia», le dijo entonces.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó al teléfono.

—Al parecer, la policía piensa que nosotros lo hicimos.

—Eso es ridículo. ¿Qué vais a hacer?

—Hunter quiere que vayamos a casa.

—Tal vez no sea tan mala idea.

—No lo sé. Ha convocado a una conferencia de prensa para esta tarde —dijo Caroline, con malestar en su estómago. La prensa mundial se había lanzado sobre la historia de la desaparición de Samantha, y Hunter había decidido que debían superar la aparente incompetencia de la policía mexicana apelando a la comunidad internacional por ayuda. Al principio Caroline se había resistido a mostrar su dolor en público, pero Hunter había insistido en que las lágrimas de una madre harían mucho por regresar a Samantha, entonces ¿cómo hubiese podido rehusarse? Los policías estaban en contra de que hablaran con la prensa y hasta entonces habían tenido éxito en mantener a los periodistas alejados al afirmar que la publicidad solo amenazaría su investigación. Pero Hunter estaba convencido de que solo les preocupaba quedar mal. Además, argumentaba, la policía pensaba que él y Caroline eran culpables de asesinar a su propia hija. Así que, al diablo con ellos.

—Hazme saber cómo resulta —dijo Peggy antes de colgar.

—Creo que deberíamos comenzar a prepararnos —sugirió Hunter.

Caroline comprendió que se estaba refiriendo a la conferencia de prensa, pero no estaba segura de a qué se refería con «prepararse».

—Quizás cepillarte el cabello, usar un poco de maquillaje —explicó en respuesta a la pregunta en los ojos de ella.

Caroline cepilló su pelo desinteresadamente y se aplicó un poco de máscara a prueba de agua en sus ojos irritados. Se cambió los pantalones cortos y su camiseta ancha por un modesto vestido de verano color beis. Su piel estaba bronceada, lo que ocultaba de forma efectiva las ojeras provocadas por días de constante llanto, y había perdido algo más de dos kilos al no poder comer demasiado o estar calmada. De todas formas, cuando se miró a sí misma en el espejo, se sorprendió de ver a una mujer aparentemente tranquila y controlada mirándola, más allá de un aspecto afligido.

—¡Mami! —gritó Michelle en la puerta abierta de su suite. La niña entró corriendo, se lanzó a

las rodillas de su madre y casi la derriba.

—Hola, cariño —dijo Caroline con la vista en las huellas púrpuras que habían quedado esparcidas en la mitad inferior de su vestido.

—He comido pastel de arándanos de postre —anunció la niña.

—Será mejor que te cambies —dijo Hunter.

Caroline regresó a su habitación y revisó su armario. El vestido beis era casi lo último que le quedaba limpio allí. Lo único que le quedaba que pudiera usar, además de pantalones cortos, traje de baño, o ropa de noche, era una minifalda a rayas blancas y azules y una camiseta azul sin mangas.

—¿Eso es lo que usarás? —preguntó su madre cuando Caroline regresó a la sala de estar. Ella desestimó las palabras de su madre con una mano en el aire. Luego notó que habían lavado las manos de la niña.

—¿Lista? —preguntó Hunter mientras se dirigía a la puerta.

*Tan lista como estaré jamás*, pensó.



Caroline pasó los dos días siguientes en cama, recorriendo los periódicos y viendo las noticias en la televisión.

—¿No has tenido suficiente de esa basura? —preguntó Hunter al arrojar sus últimas camisas en su maleta y cerrarla, luego la depositó junto a la puerta de la habitación.

—¿No has visto esto? —Caroline extendió la última edición de *Los Angeles Times* que su madre había llevado a su habitación antes ese día—. Estamos en la página principal.

—Ignóralo.

—Es fácil para ti decirlo. Has salido relativamente bien, considerando las cosas.

—Cariño, por favor...

—Tú eres el «hombre apuesto que apenas puede contenerse», leyó. Tú eres el que se «aferra con fuerza a su hija», mientras que yo soy la que está «apartada, de pie, duramente erguida». —Resopló—. ¿Quién diría que la buena postura es algo tan negativo?

—No te hagas esto a ti misma...

—Incluso hablan del brillo de mi pelo, «como si acabara de salir de la peluquería» —leyó, casi ahogada con las palabras—. No me he lavado el pelo en una semana, por el amor de Dios. El estúpido periodista no sabe distinguir el brillo de la grasa.

—No puedes dejar que te afecte. Terminarás enfermándote.

—Ah, y por supuesto, estábamos «divirtiéndonos con amigos en un restaurante cercano» cuando

sucedió. Que Dios no permita que omitan esa parte. —*O que mencionen que fue por insistencia tuya*, pensó, y su atención se desvió momentáneamente hacia algo en la televisión. Su condenada conferencia de prensa estaba siendo transmitida una vez más en todo el mundo—. Ah, allí estoy otra vez, aún duramente erguida. —*Sí parezco apartada*, pensó. *Mi pelo sí está brillante. Mi falda es muy corta*, como lo había señalado otro periódico el día anterior.

—*Estamos pidiendo su ayuda* —dijo Hunter desde la televisión, con la voz quebrada.

—*Si alguien allí afuera sabe algo, lo que sea* —continuó Caroline, quien tomó las riendas, con su propia voz sorprendentemente regular y clara—, *si creen haber visto a Samantha, o tienen algún indicio de su paradero, por favor, contacten a la policía de inmediato.*

—*Solo queremos a nuestra hija de vuelta* —agregó Hunter, su evidente emoción en contraste directo con el extrañamente frío comportamiento de su esposa.

De hecho, Caroline había estado peligrosamente cerca del desmayo. Su deliberada calma exterior disfrazaba un interior que estaba derrumbándose sobre sí mismo, como la implosión de un edificio. La agudeza en su voz fue lo único que la mantuvo en pie.

—*¿Por qué dejaron a sus niñas solas?* —gritó un periodista.

—*¿Es verdad que la policía los cree sospechosos?*

—*¿Han contratado a un abogado?*

—*¿Es verdad que están planeando dejar México?*

—Así que —comenzó Caroline al ver la maleta de él—. *¿Ya has terminado?*

—No es tarde para que cambies de opinión y vengas con nosotros —asintió él.

—No iré a ningún sitio.

—Caroline, por favor. No hagas que te deje aquí sola. Si algo te pasara, creo que no podría vivir conmigo mismo.

—Nada me pasará a mí. Soy una chica mayor. Esta es mi decisión. No tienes que sentirte culpable por marcharte. —Caroline sabía que él se sentía tan culpable como ella se sintió por Samantha, tal vez incluso más. Lo había escuchado llorar en el baño la noche anterior cuando pensó que ella dormía. Incluso había considerado levantarse e ir con él, quedarse a su lado y llorar con él, pero no lo hizo. No pudo hacerlo—. Debes irte ahora. Mi madre se pondrá nerviosa. —Caroline imaginó a su madre esperando en el café con Michelle, comprobando su reloj repetidamente.

—Por favor, ven con nosotros.

—No puedo.

—Michelle te necesita.

—Mi madre la cuidará muy bien.

—Yo te necesito.

Caroline no dijo nada.

El teléfono sonó. Hunter se acercó a la cama y contestó.

—Sí. De acuerdo. Estoy en camino. —Cortó la comunicación—. Al menos ven abajo, despídete.

—Ya me he despedido.

—¿Ni siquiera recibiré un beso? —Se acercó a su lado de la cama y pasó el peso de un pie al otro.

—Hunter...

—Tienes que dejar de culparme —dijo en tono suplicante—. Esto no es mi culpa.

Caroline apretó el papel que tenía en sus manos en una bola y lo lanzó con furia hacia la televisión, antes de ponerse de pie.

—¿No es tu culpa? ¿De verdad? Porque recuerdo perfectamente que fuiste tú el que insistió en que dejáramos a las niñas solas, en que yo estaba exagerando, en que estaba sonando igual que mi madre...

—Nunca dije eso.

—Prometiste que estarían a salvo...

—Y lo sentiré hasta mi último día...

—Sentirlo no es suficiente.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Quiero que encuentras a nuestra hija!

—¿Y no crees que yo quiero lo mismo?

—*Estamos pidiendo su ayuda* —estaba diciendo Hunter desde el televisor, en otra repetición de su conferencia de prensa—. *Solo queremos a nuestra hija de vuelta.*

—¿Cómo pudiste dejar que esto pasara? —le preguntó Caroline y escuchó el eco de la voz de su madre a través de la habitación. Supo por la expresión de Hunter que él la escuchó también.

—Te llamaré cuando llegue a casa —dijo él, recogió su maleta y salió de la habitación.



## El presente

—Llegas tarde —dijo Mary en lugar de «hola».

—Feliz Acción de Gracias —respondió Caroline, ignoró el comentario y besó a su madre en la mejilla—. He traído el postre. —Le extendió la caja que contenía el pastel de calabaza que había comprado en la tienda gourmet que había de camino. Su madre no se movió para sujetarlo.

—Comprado —dijo, con sus arregladas cejas en alto y un tono vagamente obsceno en la palabra.

—Pensé que te gustaban los pasteles de Nicola. —Cerró la puerta detrás de sí.

—Están bien. —Mary se encogió de hombros—. Con precios demasiado altos, como todas sus cosas. Steve y yo preferimos su pastel de manzana al de calabaza.

—No tenían de manzana.

—Bueno, supongo que cuando dejas las cosas hasta último minuto... Me sorprende que estuviera abierto siquiera.

—Lo siento. Ha sido una semana algo agitada... —Caroline miró hacia la sala vacía sobre el hombro de su madre—. ¿Dónde están todos?

—Nadie ha llegado aún.

—Entonces, ¿soy la primera en llegar?

—Aun así, llegas tarde —afirmó su madre.

—¿Qué quieres que haga con el pastel? —Caroline suspiró.

—Déjalo en la cocina —respondió su madre al salir del vestíbulo de la sala de estar. Caroline caminó por el corredor hacia la cocina al fondo de su ordenada casa baja.

—Algo huele bien —comentó al inhalar el aroma a pavo asado y dejar el pastel en la encimera. La pequeña habitación había cambiado muy poco con los años. A pesar de los nuevos electrodomésticos y la mejora de encimeras laminadas a las de granito, era esencialmente la misma cocina que recordaba de su infancia: un cuadrado ligeramente estirado con una mesa y cuatro sillas frente a una larga ventana con vistas a un pequeño patio trasero. En la oscuridad,

distinguió la antigua cuerda en la que su madre solía secar la ropa recién lavada de la familia. Cuando Caroline era pequeña, Mary la aseguraba a esa cuerda con otra larga atada a su cintura.

«Deja de retorcerte. Es por tu seguridad», insistía cuando Caroline intentaba liberarse de sus manos. Steve, por supuesto, no había padecido tales limitaciones a su libertad. Cuando Caroline se quejó de la injusticia con su madre y afirmó que ella también debía tener la libertad de jugar en la acera con sus amigos sin restricciones, Mary señaló que Caroline *no tenía* amigos.

—Fue muy amable que invitaras a Peggy y a Fletcher —le dijo entonces al entrar a la sala de estar.

Ella y Peggy se habían conocido en el instituto y encajaron de inmediato, al ser las dos lo que comúnmente se llama «retoño tardío». «Inadaptadas» probablemente fuera un término más acertado. Ambas habían sido tímidas y con el pecho plano, más interesadas en los libros que en los chicos, a pesar de que tal vez se debía a que los compañeros de su clase estaban más interesados en las chicas más desarrolladas y menos inclinadas hacia los libros. También las dos eran chicas sin padre: Peggy había perdido al suyo por el cáncer cuando tenía doce, y Caroline, por el amargo divorcio de sus padres un año antes. A pesar de que su padre intentó durante casi un año mantener un contacto regular con sus hijos, Mary había hecho que fuera imposible al cancelar las visitas acordadas a último minuto y evitar excursiones planificadas. Influenciado por su madre, Steve eventualmente se había rehusado a tener algo que ver con su padre. El pobre hombre finalmente se rindió y se mudó a Nueva York, en donde murió en un accidente de coche cuando Caroline tenía quince años. «No pudo haberle pasado a un hombre mejor», recordaba haber escuchado decir a su madre a una de sus compañeras de bridge. «Estaremos mejor sin él». Los usuales comentarios amargos de Mary.

—Tienes buen aspecto —le dijo a su madre en un esfuerzo por olvidar esos pensamientos tan poco felices. Era el día de Acción de Gracias después de todo. Se suponía que tenía que estar envuelta en gratitud y no dándole vueltas a dolores pasados. Se sentó en la silla de terciopelo verde con respaldo alto, frente al sofá de tapizado floral en el que se encontraba su madre—. ¿Es un vestido nuevo?

Mary tocó los rizos de su pelo recientemente teñido y peinado como lo había llevado desde que Caroline podía recordar. «Corto y atrevido», le gustaba decir. Aunque «corto y rígido» era una mejor descripción, sus rizos cerrados en su lugar gracias a una dosis diaria de laca.

—Un regalo de tu hermano —respondió y acarició los pliegues de su blusa de seda abotonada.

—Fue un detalle de su parte —afirmó Caroline en un intento de dejar el asombro fuera de su voz.

—Sí. Él es muy generoso. —*Debería serlo*, pensó, *ya que vive sin renta y no mueve un dedo para ayudarte*—. ¿Dónde está él, por cierto? —preguntó.

—Tuvo una reunión de trabajo.



—¿De verdad? ¿En Acción de Gracias?

—Conoces a tu hermano. Siempre está trabajando en algo.

*Siempre está sacando ventaja*, pensó Caroline. A pesar de que no había estado consiguiendo ventajas en algún tiempo, su vida se había descarrilado en la década trascurrida desde su divorcio de Becky. Primero, el mercado inmobiliario se había desmoronado. Luego, perdió su trabajo. Una seguidilla de inversiones desastrosas le había costado casi todo lo que le quedaba, incluso su recientemente adquirida copropiedad frente al mar, que había comprado durante el auge del mercado y se había visto obligado a vender menos de un año después con una pérdida sustancial. Su madre había atribuido cada fracaso sucesivo a una combinación de malos momentos y peor suerte, y lo había recibido de vuelta con los brazos abiertos. Él había estado viviendo en su antigua habitación durante los últimos tres años, haciendo poco más que jugar grandes cantidades de póker, beber grandes cantidades de alcohol y ver mucha más cantidad de televisión.

Irónicamente, se había reavivado, aunque brevemente, cuando Becky regresó a su vida. Ella se había mudado a Los Ángeles inmediatamente después de su divorcio, solo para regresar cuatro años después al haber sido diagnosticada con cáncer terminal. Resultó ser que las jaquecas que la habían afectado durante años eran el efecto colateral de un tumor, de crecimiento lento, pero fatal. Había contactado con Peggy, quien había sido nombrada recientemente directora del nuevo Hospital Marigold. Y poco después Becky se mudó al hospital, donde murió tres meses más tarde. Sorprendentemente, Steve estuvo a su lado a diario, un triste caso de «demasiado tarde» y «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

—Así que ¿qué has estado haciendo? —le preguntó a su madre.

—¿Qué debería estar haciendo? —preguntó su madre en respuesta. Caroline se encogió de hombros. Obviamente su madre no le facilitaría las cosas.

—No lo sé. ¿Has visto alguna buena película?

—No voy al cine. Ya lo sabes.

—De hecho, no lo sabía. Pensé que te encantaban las películas.

—Solía ser así. Pero son todas muy violentas ahora.

—¿Qué hay del bridge? Sé que te gusta eso. ¿Has ganado algún torneo últimamente?

—No con Paula Harmon como compañera, eso seguro. No sé dónde tiene la cabeza estos días. Creo que está perdiéndola. Íbamos jugando dos bazas el otro día, cuando los demás hicieron un contrato. Luego se volvió defensiva cuando muy cuidadosamente le señalé que se había equivocado.

Caroline intentó imaginar a su madre intentando corregir a una compañera *cuidadosamente*.

—¿Por qué estás sonriendo?

—Por nada. Perdón —respondió y le resultó algo extraño estar disculpándose por sonreír—. Leí en algún sitio que los jugadores de bridge siempre creen que son mejores que sus compañeros.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo... Nada. Es solo algo que leí.

—Bueno, es algo estúpido.

El timbre sonó.

*Gracias a Dios*, pensó, se levantó de un salto y se fue de prisa a la puerta.

—Hola. ¿Llegamos tarde? —preguntó Peggy mientras ella y Fletcher entraban.

—Justo a tiempo —afirmó Mary, que llegó detrás de Caroline para aceptar un ramo de rosas amarillas de tallo largo de Peggy y una botella de caro vino blanco de Fletcher—. Me alegra mucho que pudierais venir. Caroline, ¿podrías por favor poner estas en un florero? No te olvides de cortar los tallos. —Se las entregó a Caroline sin apenas mirar las rosas.

—Muchas gracias por invitarnos —dijo Peggy y siguió a Mary a la sala de estar, mientras Caroline caminaba en dirección a la cocina.

—Fletcher, quizás tú podrías abrir el vino —escuchó decir a su madre en un tono de voz casi provocador.

—De acuerdo. ¿Dónde los esconde? —balbuceó Caroline mientras buscaba un florero en los aparadores.

—¿Hablando sola otra vez? —preguntó una voz masculina desde atrás de ella—. Escuché que es señal de locura.

—Mierda —exclamó Caroline mientras se giraba para enfrentarse a su hermano. Él estaba sentado en una de las sillas de la cocina, con una larga pierna cruzada sobre la otra—. Casi me matas del susto. ¿De dónde has salido?

Él señaló en dirección a las habitaciones.

—Pensé que estabas en una reunión de negocios.

—Lo estaba. Llegué hace veinte minutos. Planeaba echarme una siesta, pero tu animada conversación con madre no dejó de interrumpirme. Deberías buscar en ese aparador. —Steve señaló una puerta sobre el horno. Caroline tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarlo y estirar sus dedos hacia la cuidadosa hilera de jarrones de cristal.

—No creo que se te pueda ocurrir ayudar.

—Es mucho más divertido verte esforzándote —comentó él cuando el pesado florero casi se resbala de los dedos de ella—. ¿Estás segura de que quieres ese?

Caroline llevó el florero al fregadero, donde lo llenó de agua. Luego desenvolvió las rosas.

—No olvides cortar los tallos —dijo Steve con un guiño.

Ella encontró unas grandes tijeras en el primer cajón junto al fregadero y procedió a cortar dos centímetros de cada tallo largo, con su hermano riendo todo el tiempo. Notó que él estaba teniendo problemas para concentrarse.

—Veo que alguien ha comenzado a celebrar un poco temprano.

—Y yo veo que has traído tarta.

—De calabaza.

—Prefiero la de manzana.

—Eso he oído. —Terminó de cortar las rosas, las colocó en el florero y luego lo tomó y lo cargó hasta el corredor—. ¿Vienes? —le preguntó a su hermano.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Steve, cariño, ¿eres tú? —preguntó Mary cuando Caroline y su hermano se acercaron—. Creí haber escuchado tu voz.

—Feliz Acción de Gracias, mamá —dijo Steve y se envolvió en su abrazo—. Fletcher... Peggy. Me alegra volver a veros.

—¿Cómo estás, Steve? —preguntó Fletcher.

—Tienes buen aspecto —agregó Peggy.

—También tú —afirmó Steve y se dejó caer en la silla que antes había ocupado Caroline. Ella dejó el florero sobre la mesa de café frente al sofá y se detuvo a admirarlo.

—Las flores son muy hermosas.

—Lo son. Pero ¿por qué escogiste ese jarrón? —preguntó Mary—. Seguro que había uno más bonito...

—Intenté decírselo —comentó Steve.

—Este es perfecto —intervino Peggy.

—Es una pena que las rosas ya no tengan perfume —comentó Mary después de olerlas.

—¿A qué se debe?, me pregunto —comentó Steve—. Y, más atinado, ¿qué estáis bebiendo todos?

—Peggy y Fletcher han traído una encantadora botella de *chardonnay*. Son muy considerados.

—Mary miró agudamente a Caroline antes de servirle una copa a su hijo y colocarla en su mano extendida.

—No me molestaría que me ofrecieras un poco —comentó Caroline.

—¿Estás segura, querida? Sabes cómo te pones cuando bebes.

—¿Perdón?

—Permíteme —dijo Fletcher, se extendió y sirvió una copa para Caroline. Entonces, el timbre sonó.

—Esa debe ser Micki —anunció Mary ya de camino a la puerta.

—¿De qué está hablando? —preguntó Caroline a Peggy—. ¿Cómo me pongo?

—Solo está provocándote —respondió Peggy—. Intenta no reaccionar.

—Y ya estamos completos —dijo Steve, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lamento llegar tarde. —Caroline escuchó a su hija disculparse desde el vestíbulo—. Esperé años el autobús.

—No te preocupes. Llegas justo a tiempo.

—Estaba en el hospital —explicó Michelle al entrar a la sala y saludar a todos con la cabeza.

—Pensé que trabajabas por las mañanas —dijo Mary.

—Cambié mi turno con una compañera que necesitaba las tardes libres. Así que ahora son todos los lunes y jueves de cuatro a ocho. Me han dejado salir un poco más temprano esta noche por Acción de Gracias.

—Eres muy buena chica. No sé cómo lo haces. —Mary acarició el largo cabello castaño de su nieta—. Debe ser tan deprimente.

—Podrías pensar que lo es —comentó Michelle—, pero en realidad no.

—Así que ¿cómo va todo? —preguntó Peggy—. Servirían pavo de cena para los residentes y sus familias —les explicó a todos.

—Fue muy bien —respondió Michelle—. Todos parecían disfrutarlo.

—Disfrutar como un término relativo —comentó Steve—, considerando que todos allí están al borde de la muerte.

—Bueno, no conseguiréis que yo vaya a uno de esos lugares —agregó Mary—. Mi intención es morir en casa.

—¿Estás bromeando? —Steve bajó su vino—. No tienes intenciones de morir. Jamás.

—Ah, querido. —Mary rio y Caroline se encontró preguntándose si su madre habría estado tan encantada si ella hubiera hecho ese comentario.

—Bueno, gracias por todo lo que haces —le dijo Peggy a Michelle.

—Y gracias por venir —agregó Mary—. Temía que tu padre insistiera en que pasaras la cena de Acción de Gracias con él este año.

—Irán a casa de los padres de Diana para cenar. Además, comprenden que siempre paso la cena de Acción de Gracias con mi abuela Mary. —Abrazó a su abuela y Mary respondió rodeando la delgada cintura de Michelle con afecto verdadero.

Caroline comprendió que su cercanía era el resultado del lazo que se había forjado entre ellas en los meses siguientes a la desaparición de Samantha, cuando Caroline había estado tan ausente, primero físicamente y después emocionalmente, y se odió a sí misma por estar celosa de su evidente conexión.

—Diría que tan buenas acciones merecen una recompensa —dijo Steve—. Tal vez una copa de vino...

—Tal vez no —lo contradujo Caroline de inmediato—. No tiene permitido beber alcohol.

—Ah, vamos. Es Acción de Gracias.

—Sí. Y estamos muy agradecidos de que ella no esté en la cárcel.

—Excelente, madre —comentó Michelle.

—¿Realmente era necesario mencionar eso? —preguntó Mary.

—Bueno, todos sabemos cómo me pongo cuando bebo. —Caroline alzó su propia copa de vino.



—Bueno, ha sido una buena noche —dijo Michelle al seguir a su madre dentro de la casa y cerrar la puerta detrás de sí.

—Sí. La cena fue encantadora.

—La abuela Mary es muy buena cocinera.

—¿Cómo puedes saberlo? Apenas tocaste tu comida.

—Comí más que suficiente. —Michelle miró a su madre con una expresión muy familiar para ella.

Caroline no dijo nada. Estaba muy cansada para discutir.

—Has estado muy callada toda la noche —señaló su hija.

—A veces es más seguro estarlo. —Caroline se dirigió a las escaleras.

—No vas a irte a las cama, ¿o sí? No son ni las nueve y media.

—Estoy cansada. Tu abuela me deja exhausta.

—¿Alguna vez piensas que eres muy dura con ella?

—No —respondió sinceramente—. Nunca.

—Bueno, *yo* creo que lo eres.

—¿Alguna vez piensas que tú eres muy dura *conmigo*? —Caroline no tenía deseos de continuar con la conversación. Todo lo que quería era sumergirse en un baño caliente y luego meterse en la cama—. ¿Te quedarás aquí esta noche? —preguntó cuando sintió los pasos de Michelle en las esclareas detrás de sí.

—¿No quieres que lo haga? Puedo ir a casa de papá, si lo prefieres.

—Eso no ha sido lo que he dicho.

—Era a lo que te referías.

—Michelle. —Caroline se detuvo en la cima de la escalera, con su paciencia agotada—. Por favor. Haz lo que quieras. —Se giró y atravesó el corredor hasta su habitación. Se quitó los zapatos, desabotonó su pantalón de vestir, los dejó en el suelo y se metió en el baño, con sus pies descalzos frotándose sobre la alfombra de felpa. Se extendió sobre la bañera con patas de garra y abrió el agua caliente; observó cómo el vapor llenaba la habitación, cubría piadosamente el espejo sobre el lavabo y bloqueaba su reflejo. Se quitó su jersey blanco por la cabeza y lo dejó caer al suelo, luego desabrochó su sujetador, se quitó la ropa interior y la vio caer hacia la pequeña alfombra de color verde. Estaba metiéndose en la bañera cuando el teléfono sonó.

Envolvió su torso rápidamente con una toalla verde, regresó a la habitación y contestó.

—No cuelgue —dijo la voz antes de que pudiera hablar.

—¿Lili? —Caroline se sentó en la cama, con su corazón agitado.

—Lo siento mucho.

—¿Dónde estabas? Volé a Calgary, esperé todo el día y la noche...

—Lo sé. Quería ir.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Estaba en camino. Luego, no lo sé... Simplemente me acobardé.

—No lo entiendo.

—Estaba asustada.

—¿De qué? ¿De que reveláramos que eres un fraude?

—No soy un fraude.

—¿De qué, entonces? ¿De que hiciéramos la prueba y descubriéramos que te equivocas?

Un silencio. Luego:

—De descubrir que estaba en lo cierto.

—No sé qué decir. Tú eres la que se contactó conmigo...

—Lo sé.

—Creí en ti, en que *tú* creías... que sinceramente querías descubrir la verdad...

—Así es.

—Hice exactamente lo que dijiste...

—Lo sé.

—Pasé la noche en un hotel, esperando junto al teléfono, rezando que llamaras...

—He dicho que lo siento.

—Falté dos días a mi trabajo.

—Te lo compensaré.

—¿Cómo? No volveré a viajar a Calgary.

—Yo iré.

—¿Qué? —Caroline fue repentinamente consciente de una figura de pie en el marco de su puerta.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Michelle al entrar a la habitación.

Caroline respondió sacudiendo una mano.

—Te he preguntado ¿con quién estás hablando? Es ella, ¿no es así? —Michelle caminó a la cama y arrancó el teléfono de la mano de su madre—. Te dije que volvería a llamar —afirmó e ignoró los frenéticos intentos de Caroline por recuperar el teléfono—. Escúchame, pequeña perra mentirosa...

—Michelle, por favor... No... —Michelle la ignoró.

—No sé quién demonios eres o a qué juego sucio estás jugando, pero juro que si vuelves a

llamar a esta casa, si vuelves a intentar contactar a mi madre de cualquier manera, llamaré a la policía y haré que te arresten. ¿Me escuchas? Esta basura se termina ahora. ¿Estoy siendo perfectamente clara? —Hizo una pausa para respirar, luego arrojó el teléfono con furia sobre la cama.

Caroline se lanzó de inmediato sobre él, lo levantó y presionó el botón para escuchar.

—¿Lili? ¿Lili?

—Ha colgado. Y por supuesto que ha bloqueado el número. No hay modo de comprobar...

—¿Qué has hecho? —Caroline observó desamparada al teléfono, luego a Michelle.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho *yo*?

—No debiste haberle hablado así.

—¿De verdad? ¿Cómo se suponía que le hablara? «Ah, hola, Lili. ¿O preferirías que te llamara Samantha? Encantada de conocerte. Realmente he echado de menos tener una hermana». ¿Eso es lo que querías que le dijera?

—No tenías que llamarla mentirosa.

—¿Por qué no? Eso es lo que es.

—No lo sabemos.

—Yo lo sé. Y también tú. ¿No te dije que esto pasaría? ¿Qué dijo? Que lo sentía, que te compensaría, que ella vendría a San Diego... Mierda, ¿es agua lo que escucho correr? —Michelle corrió al baño.

Caroline escuchó que el agua repentinamente se detuvo.

Michelle regresó secándose las manos en las perneras de sus vaqueros negros.

—Bueno, ha sido afortunado. La maldita cosa estaba a punto de desbordarse. Qué bien que estaba aquí.

—Qué bien que estabas aquí —repitió Caroline carente de emoción.

—Sí, bien. Felicitaciones a mí. Otra crisis evitada. —Arrancó el teléfono de la mano de su madre y lo guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones—. Para asegurarme —dijo. Luego se acercó a la puerta—. Estaré en mi habitación. Grita si necesitas algo.

—No necesitaré nada.

—Eso supuse.

La siguiente vez que Caroline miró a la puerta, Michelle ya no estaba.





## Catorce años atrás

—El señor Wolford la verá ahora.

—Caroline le sonrió a la joven mujer, la más joven y atractiva de las tres secretarias sentadas detrás del escritorio de recepción en la oficina principal del Instituto Washington. Con un silencioso saludo a la adolescente que masticaba chicle desparramada en el asiento a su lado, se levantó de su incómoda silla de madera, una de las cuatro contra la pared de la pequeña sala de espera, en la que llevaba sentada casi veinte minutos. Se colocó el pelo detrás de las orejas y estiró los pliegues de su vestido de color azul oscuro, luego siguió a la joven con mejillas rosadas hacia la oficina de Barry Wolford; ignoró las miradas solapadas de las otras secretarias y casi chocó contra un chico desgarbado de un metro ochenta que estaba saliendo de la oficina del director.

—¿Qué se dice, Ricky? —resonó una voz desde el interior de la habitación.

—Disculpe —dijo el chico a Caroline con la mirada fija en el suelo.

—Fue mi culpa —reconoció ella en respuesta. *Todo es mi culpa.*

—Adolescentes —comentó Barry Wolford y le indicó a Caroline que se sentara en la silla frente a su escritorio. Él tenía alrededor de cincuenta años, con cabello ralo y notables marcas debajo de los brazos de su camiseta abotonada de color amarillo pálido—. Tracy, cierra la puerta por favor.

Una mirada de decepción atravesó el rostro perfecto de Tracy, lo que hizo que sus brillantes labios color coral descendieran. Sin dudas, ella y las otras secretarias habían esperado entrometerse en la entrevista del director con la infame Caroline Shipley. Caroline las había escuchado susurrando mientras ella se sentaba a esperar. «¿De verdad? ¿Ella cree que conseguirá un trabajo aquí?». «Wolford está demente si la contrata». «¿Qué dirán los padres?»

—Lamento haberla hecho esperar. —Barry Wolford bajó su amplia figura en la silla giratoria con respaldo curvo detrás de su escritorio. Aclaró su garganta y sonrió. La sonrisa fue como mínimo desanimada, nunca alcanzó sus ojos. Caroline comprendió de inmediato que la entrevista resultaría igual que las que ya había tenido en los otros institutos de la zona durante los últimos cuatro meses, que no fueron nada bien.

No estaba segura de a cuántas entrevistas como esa podría someterse. Había necesitado todo su valor y lo que le quedaba de autoestima el salir para entrar de nuevo al mundo laboral. Sabía que habría oposición para contratarla, que el Consejo Educativo Unificado del Distrito de San Diego no vería bien su solicitud, que habría oposición de los padres en cualquier instituto lo suficientemente audaz como para contratarla. Pero ¿qué opción tenía? Estaba enloqueciendo en su casa, hundiéndose en la autocompasión, esperando a que el teléfono sonara con noticias de Samantha, noticias que nunca llegaban.

—Así que, veo que solía enseñar matemáticas...

—En el Instituto Herbert Hoover, sí. Hace cuatro años. Siempre me han encantado las matemáticas. Mi padre fue profesor de matemáticas...

—Asumo que ya ha hablado con alguien en Hoover —interrumpió.

—De hecho sí, lo hice. No había puestos disponibles.

—No me sorprende, considerando.

—¿Considerando?

—Que ha estado fuera del trabajo por un tiempo.

—Sí. Sí, lo estuve. Pero he mantenido mis aptitudes...

—Eso es admirable. Pero, desafortunadamente para alguien como usted, parece que estamos gozando de una superpoblación de profesores en el presente.

—Eso he oído.

—Ansiosos nuevos docentes que se gradúan cada día. Es difícil regresar al mercado laboral cuando compite con todos esas caras jóvenes y frescas.

—Por otro lado, algo hay que decir de la experiencia.

—No podría estar más de acuerdo —dijo él y Caroline sintió una oleada de esperanza—. ¿Le importa si pregunto por qué dejó la enseñanza?

—Ah... —Caroline inhaló profundo—. Las razones usuales, supongo. Familia, hijos...

—Sí, ciertamente pueden detenerlo a uno.

—Bueno... eso no es exactamente lo que quería decir.

—Está diciendo que dejó el trabajo para estar con sus hijos —la parafraseó Woford. Levantó su bolígrafo como para escribirlo, luego lo dejó sin anotar nada—. Nada más gratificante que ser padre.

Caroline asintió.

—Yo tengo cuatro hijos. —Giró varias fotografías enmarcadas en dirección a ella.

—Son adorables —afirmó Caroline al mirar los rostros sonrientes de su familia.

—No siempre es fácil, por supuesto. Pero ¿quién dijo que ser padre es fácil?

Caroline intentó sonreír, pero solo logró una mueca. Intentó decirse a sí misma que Barry Woford solo le estaba dando conversación, que sus comentarios eran inocentes. ¿Era posible que

él no tuviera idea de quién era ella? Su fotografía había estado en los periódicos y en la televisión durante más de un año. La semana anterior había sido el primer aniversario de la desaparición de Samantha y parecía que cada periódico del país había registrado el hecho. Incluso había llegado a la portada de *People*, de pie, con los ojos negros, y erecta debajo de un escabroso titular: «¿QUÉ SUCEDIÓ CON LA PEQUEÑA SAMANTHA?». Su nombre era casi famoso, un sinónimo de mala paternidad. ¿Podía ser que él no la reconociera realmente?

—¿Cuántos hijos tiene, si no le importa que pregunte?

—Mi hija tiene seis años —respondió Caroline en un esfuerzo por mantener su voz estable.

—Lo siento. Creí que dijo hijos, en plural —insistió.

—Sí. Em... ¿es eso relevante?

—Solo si considera a los niños relevantes, supongo. Algunas personas lo hacen. Otras no.

—No estoy segura de comprenderlo. —Caroline sintió que su estómago se revolvió.

—¿Cuál es la expresión... ojos que no ven, corazón que no siente?

—¿A qué quiere llegar exactamente, señor Wölford?

—Solo intento descubrir qué motiva a alguien como usted.

—¿Alguien como yo?

—Una mujer que deja a dos niñas pequeñas solas en la habitación de un hotel mexicano para poder ir de fiesta con amigos...

Entonces, él *sí* sabía quién era ella, siempre lo supo. Había estado jugando con ella, divirtiéndose cruelmente a expensas de ella.

—Asumiendo, por supuesto, que eso es lo mínimo que ha hecho.

Caroline se levantó de un salto, aunque la rabia la mantuvo fija en su lugar.

—No hay puestos disponibles para usted en el Instituto Washington —dijo Barry. Se puso de pie y se inclinó amenazadoramente sobre su escritorio—. Ni lo habrá, mientras yo sea el director aquí.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Por qué siquiera molestarse en programar una entrevista?

—Solo quería conocer a la infame Caroline Shipley, ver si realmente tendría las agallas de presentarse. Aunque no sé por qué me sorprende. Usted claramente no siente vergüenza.

*Se equivoca, pensó. No tengo nada más que vergüenza.*

—Francamente, me sorprendería que cualquier instituto en la ciudad pudiera considerar contratar a alguien tan irresponsable...

—Usted no tiene idea de lo que está hablando.

—¿De verdad? Sé que una mujer que no puede cuidar de sus propios hijos no tiene nada que hacer sobre los hijos de los demás. Sé que debería avergonzarse de presentarse frente a decentes miembros de la sociedad, con temor de Dios.

—Váyase al infierno —susurró Caroline.

—Usted primero —respondió él.

*Demasiado tarde*, pensó Caroline al salir de las instalaciones. *Ya estoy allí*.



A pesar de que era un día de semana, el Parque Balboa estaba atestado, siempre lo estaba. Era la atracción principal del corazón de San Diego y lo había sido desde los comienzos del siglo xx. Estaba formado por frondosos jardines, museos, teatros y hermosos pabellones de estilo español, y a su vez era el hogar del mundialmente famoso zoológico de San Diego. El parque atraía a miles de personas, turistas y locales, cada día de la semana y del mes. Caroline había estado allí con frecuencia durante el último año, recorría el lugar e intentaba perderse en la multitud.

Se sentó en una banca cercana. No era tan fácil perderse, descubrió. A pesar de ser la octava ciudad más grande de los Estados Unidos y la segunda de California, con una población cercana a 1,4 millones de personas, San Diego era una ciudad realmente pequeña a fin de cuentas. Era difícil perderse en una ciudad pequeña.

Cuando regresó por primera vez de Rosarito, pasó días enteros en el vasto parque, deambulando de jardín en jardín, de atracción en atracción, observando los rostros de cada niño pequeño en busca de Samantha debajo de un esponjoso gorro de algodón o descansando en los brazos de su padre, con la cabeza en su hombro. ¿Cuántas veces había asomado la cabeza dentro de un carro de bebé, convencida de que podría encontrar el dulce rostro de su hija? Era imposible, ¿o no? ¿O no?

Incluso si quien se la hubiera llevado le hubiera cortado y teñido el cabello, vuelto a la niña virtualmente irreconocible de algún modo, Caroline estaba segura de que reconocería a Samantha de inmediato. Una madre con certeza conoce a su propia hija, sin importar lo que pase, sin importar cuántos años hayan transcurrido. *Querido Dios*, pensó entonces. *Mi bebé ha estado desaparecida durante más de un año*.

—Disculpe. ¿Hay algún problema? —preguntó una mujer desde algún lugar junto a ella, con un tono casi acusatorio.

La mirada de Caroline se enfocó. Una mujer joven estaba sentada al otro lado del banco, amamantando a un niño. Caroline debió haber estado mirándola durante algún tiempo sin darse cuenta.

—Estoy en mi derecho —dijo la mujer. Era más joven que Caroline, de pelo rubio, largo y bolsas debajo de sus ojos, probablemente por la falta de sueño.

—Lo siento. Creo que me he desconectado durante unos minutos. No era mi intención observarla.

—Yo la conozco —añadió la mujer lentamente, con los ojos entornados—. Es esa mujer cuyo bebé desapareció en México.

Caroline se levantó de inmediato.

—¿Usted lo hizo? —la escuchó decir detrás de ella—. ¿Asesinó a su propia hija?



—Llegas muy tarde —dijo Caroline cuando Hunter atravesó la puerta a las nueve y media de esa noche.

—Lo siento. Hubo una reunión de socios de emergencia. Fue eterna. Luego fui al gimnasio para relajarme.

Caroline asintió, consciente. Hunter se había convertido en socio de su prestigiosa firma dos meses atrás, pero ella dudaba de que él hubiera estado allí. Había estado teniendo demasiadas reuniones de emergencia, demasiadas noches de relajación en el gimnasio. Le resultaba interesante que su marido hubiera recibido pocas de las críticas que ella había enfrentado luego de la desaparición de Samantha, que su carrera hubiera avanzado realmente. ¿Y por qué no? Los clientes de Hunter no eran de la clase a la que le molestarían los escándalos. Mientras hiciera su trabajo, mientras continuara haciendo tratos exitosos y fusiones, mientras pudieran contar con él para que les consiguiera dinero, él era un recurso, sin importar lo que sucediera en su vida personal. Irónicamente, la tragedia de haber perdido a su hija lo había hecho parecer noble. Quedó en manos de Caroline el soportar la carga de la culpa.

—¿Qué haces, sentada en la oscuridad? —Encendió la lámpara junto al sofá y se sacó la chaqueta. Caroline llevó una mano sobre sus ojos para bloquear la luz indeseada—. ¿Michelle está dormida?

—Sí.

—¿Te ha dado algún problema?

—Lo usual. Quería a la abuela Mary. Al parecer ella es mucho mejor contando historias que yo. Hueles bien —agregó, como observación más que cumplido.

—Me he dado una ducha —respondió en tono casual—. Estaba muy sudado. —Se sentó en una de las butacas beis frente al sofá de rayas doradas y beis en donde estaba Caroline—. ¿Cómo fue la entrevista?

—Nada bien.

—Lo siento.

Caroline se encogió de hombros.

—Algo aparecerá tarde o temprano.

—Lo dudo. Al parecer hay muchas personas que no aprecian precisamente la idea de que alguien que podría haber asesinado a su propia hija cuide de los suyos. Imagínalo.

—Quizás apresuraste las cosas. —Hunter suspiró—. Quizás sea muy temprano. Quizás deberías ir con más lentitud, comenzar por poner tu nombre en una lista de profesores sustitutos...

—Hice eso hace meses —dijo ella, irritada, cansada de todos los quizás—. El teléfono no está sonando exactamente.

—Bueno, diciembre es una época especialmente difícil del año.

—Diciembre —repitió Caroline por lo bajo, pensando en la Navidad. ¿Era posible que ya llegara la Navidad? Había pasado la anterior en México, triste y sola, esperando alguna noticia de su hija. Le había rogado a Hunter que regresara; él le había rogado que regresara a casa. Michelle la necesitaba, repetía. *Él* la necesitaba. Pero ¿cómo podía irse? ¿Cómo podía ir a cualquier lugar sin su bebé? «No», le dijo. No podía, no iría a ningún sitio hasta que Samantha estuviera segura en sus brazos.

Pero, después de dos meses de duras preguntas policiales y ninguna respuesta, de oportunidades perdidas y pistas que no llegaron a nada, de acusaciones cada vez más agudas y de menos resultados, finalmente se había rendido y había regresado a San Diego, sola y derrotada. Aunque no estaba realmente sola. Los periodistas estaban siempre acechando. Las personas estaban siempre mirando. Juzgándola. Encontrándola culpable.

—Estaba pensando que tal vez deberíamos poner algo de decoración esta Navidad —comentó Hunter—. Michelle ha estado pidiendo un árbol.

Caroline intentó procesar lo que estaba sugiriendo. La temporada de fiestas estaba llegando. Su madre había insistido en celebrar su usual cena de Acción de Gracias, aunque resultó ser un asunto apagado, ninguno de los invitados estaba particularmente agradecido. Steve y Becky apenas se miraron el uno al otro, mucho menos hablaron. Caroline y Hunter tuvieron poco apetito para el pavo y mucho menos el uno del otro. Su decimoprimer aniversario había pasado sin mucho más que un beso de felicitación. Y entonces, allí estaba él, hablando de decorar un árbol de Navidad como si fuera la cosa más natural del mundo el hablar de eso, como si fuera tiempo de dejar su dolor a un lado, de aceptar lo sucedido y seguir con sus vidas.

Ella bajó la cabeza. Estaba siendo injusta, y lo sabía. Alguien tenía que ser práctico; alguien tenía que ocuparse de la vida diaria. Alguien tenía que preocuparse por Michelle, asegurarse de que sus necesidades no fueran olvidadas. La niña tenía todo el derecho de disfrutar de la alegría navideña. Hunter tenía razón en querer darle esa oportunidad. Caroline sabía que debía estar agradecida. Él había sido tan atento con Michelle los meses pasados, tan paciente, nunca levantaba la voz ni perdía la paciencia, como si intentara compensar sus pasadas faltas como padre.

Caroline vio un repentino destello de preocupación en los ojos de él.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué sucede?

Hunter apartó algo de pelo de su cara, señal de que estaba a punto de confiar información que consideraba importante.

—Escucha. Tengo que decirte algo y necesito que mantengas la calma —comenzó.

Caroline sintió que su corazón se aceleró. ¿Estaba a punto de confesar dónde había estado esa noche, el romance que ella sospechaba que estaba teniendo? Estaba segura de que había habido más de uno durante el pasado año. Se preguntaba cuántas veces la había traicionado desde su regreso de México. Pero no estaba segura de tener la fuerza para manejar su sinceridad en ese momento.

—Hablé con el detective Ramos esta mañana —dijo y la tomó por sorpresa.

—¿Esta mañana? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estoy diciéndotelo ahora.

—¿Tú lo llamaste?

—Él me llamó.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Han encontrado...?

—No.

—Por el amor de Dios, Hunter. Suéltalo. ¿Qué dijo el hombre?

—Al parecer, un miembro del personal del hotel fue arrestado ayer por acosar a su sobrina.

Las palabras afectaron a Caroline con la fuerza de un buen golpe en el estómago. Se dobló al frente, el aire dejó sus pulmones mientras se rodeó con sus propios brazos y se meció hacia adelante y atrás.

—¿A qué te refieres con acosar? —preguntó cuando fue capaz de enderezarse y recuperar la voz.

—¿A qué crees que me refiero?

—¿Él la violó?

—Él «la molestó» es cómo el detective Ramos lo describió.

—¿Y ellos creen que puede haber «moleestado» a Samantha?

—No lo saben. Aún están interrogándolo. Hasta el momento, él ha negado tener alguna idea de lo ocurrido con Samantha.

—Bueno, por supuesto que él lo ha negado. Pero ¿estaba trabajando en el hotel en el momento de su desaparición?

—Sí.

—¿Y nadie sabía que tenían a un acosador de menores en su nómina?

—¿Cómo podían saberlo? Él no tenía antecedentes. Nunca había tenido cargos.

—Pero no hay dudas de que acosó a su sobrina.

—Al parecer, no.

—Ay, Dios, Hunter. ¿Crees que sea posible? ¿Tú crees...?

—No creo en nada hasta que todos los hechos estén a la vista.

Caroline se puso de pie. Maldito fuera por pensar como un abogado.

—Tenemos que ir allí.

—¿De qué estás hablando?

—Tenemos que ver a ese hombre. Tenemos que enfrentarnos a él.

—No nos dejarán verlo, Caroline. No dejarán que hablemos con él. No dejarán que nos acerquemos a él.

—No me importa. Iré allí.

—No irás a ningún sitio. Esto es exactamente por lo que no te lo conté antes. Estás entrando en pánico, estás siendo irracional.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que solo nos sentemos aquí y no hagamos nada?

—No hay nada que *podamos* hacer. El detective Ramos prometió mantenernos informados.

—Qué consuelo. —Caroline enterró su rostro en las palmas de sus manos.

—Ven a la cama —le indicó Hunter luego de varios minutos.

Caroline negó con la cabeza, se rehusó a mirarlo. Estaba intentando no resentir la compostura de él, su habilidad de racionalizar y compartimentar, su resolución de mantenerse calmo y enfocado, de no dejar que sus emociones afectaran su sentido común. Cómo envidiaba su habilidad de sumergirse en el trabajo, de refugiarse en una seguidilla de romances sin sentido. Cuánto lo odiaba por eso.

Hunter esperó otro minuto antes de extenderse y apagar la lámpara. Caroline sintió que su brazo rozó su hombro, pero no abrió los ojos hasta que estuvo segura de que se había marchado, llevándose el dulce y limpio aroma de su más reciente traición con él.





## El presente

—De acuerdo, esta mañana me gustaría hablar de algunos de los usos que las matemáticas pueden tener en la vida diaria —dijo Caroline en un intento por generar un módico interés en su clase de veintitrés estudiantes de décimo curso. Los estudiantes, una combinación casi equitativa de niños y niñas, la observaron, un rostro más en blanco que el otro—. Ahora, sé que algunos de vosotros no creéis que pueda haber un uso para el álgebra, la trigonometría, la geometría ni para ninguna rama de las matemáticas para el caso —continuó y pensó en las frecuentes declaraciones de Michelle—; pero, de hecho, usamos algunas de las formas de la matemática para resolver problemas a diario. Y si no lo hacemos, deberíamos. —Recorrió las cinco hileras de escritorios, con esperanzas de encontrar al menos un asentimiento de confirmación, un destello de interés en un par de ojos vidriosos, pero no lo encontró—. Pensemos en la astronomía. Un astrónomo necesita aplicar los conceptos del álgebra y la trigonometría para determinar la distancia de un planeta a otro, para medir la distancia entre las estrellas. O en un topógrafo —continuó al darse cuenta de que probablemente no hubiera potenciales astrónomos en su clase—. Un topógrafo necesita determinar ubicaciones y medidas exactas de puntos, elevaciones y áreas para cosas tales como la creación de mapas y la división de territorios. —Otro prospecto poco probable—. O algo más simple, digamos que queremos determinar la altura de un edificio o de un árbol. Podemos hacerlo conociendo nuestra distancia hasta la base de ese edificio o árbol. ¿Alguien me sigue? ¿Alguien?

Nadie levantó la mano.

—De acuerdo, pongamos un problema específico.

—Mejor no —dijo una voz masculina al fondo del salón. Joey Prescott, el bromista de la clase. De mediana estatura, pelo enmarañado, más músculos que cerebro.

—De acuerdo, Joey. Supongamos que tu madre quiere alfombrar una habitación de seis metros de largo por tres de ancho.

—¿Alfombrar? —preguntó Joey.

—Poner alfombra en todo el suelo. —Caroline sonrió.

—A mi madre no le gustan las alfombras. Le gusta la madera.

Se escucharon algunas risas en la clase y una abierta carcajada desde el fondo. Caroline conocía bien esa risa: Zack Appleby, el bufón del payaso de Joey.

—Zack —dijo y miró al chico con pecas en su rostro—, ¿qué piensa *tu* madre de las alfombras?

—¿Eh? —Zack la miró como si no la hubiera visto nunca en su vida.

—Vamos, chicos. ¿Todos habéis comido demasiado pavo la semana pasada?

Una mano se alzó desde el tercer asiento de la segunda fila.

*Gracias a Dios*, pensó Caroline. Al menos alguien estaba haciendo un esfuerzo.

—¿Fiona?

—¿Cuál fue la pregunta? —preguntó Fiona. Caroline mordió su labio inferior.

—Tu madre quiere alfombrar una habitación de seis metros de largo por tres de ancho.

—¿Su madre también? —gritó Joey—. Espero que tengan suficiente en el almacén.

Más risas. Incluso Caroline se descubrió riendo.

—La alfombra cuesta ciento catorce dólares con noventa y cinco centavos el metro cuadrado —continuó, y pasó su mirada de Fiona a la chica sentada a su lado, que estaba mascando violentamente un mechón de pelo rubio—. Daphne, ¿puedes decirnos cómo calcular el precio total de la alfombra?

Daphne se encogió de hombros y siguió mascando. *Puedes hacerlo*, Caroline la animó silenciosamente. *Solo tienes que intentarlo. Puedo ayudarte, si me dejas.*

Había vuelto a enseñar doce años atrás, después de su divorcio. Había tomado dos años desde la desaparición de Samantha para que su matrimonio finalmente atravesara la recta final y otro año para encontrar a un director de instituto lo suficientemente audaz como para contratarla. Desafortunadamente, el director no había sido tan audaz como para mantenerla en su puesto y le pidió su renuncia después del suicidio de uno de sus estudiantes. No era que la culpaba, le había dicho repetidamente. Sabía que la muerte del chico no era culpa de ella. Pero si se transmitía la noticia de que un alumno en una de sus clases se había suicidado... si los padres lo descubrieran... si los periodistas lo supieran... con su historia...

«No se preocupe», le dijo ella, y se marchó sin protestas.

Al año siguiente fue contratada para enseñar matemáticas en un instituto en Golden Hill. Se le pidió que se retirara cinco años después, cuando la historia del suicidio llegó, de hecho, a las noticias. Dos años más tarde, consiguió un puesto en Jarvis Collegiate, un instituto mediano, de bajo potencial, situado al este de San Diego, y siguió enseñando desde entonces, aunque con toda la reciente publicidad, con cada detalle sórdido de su vida reflatado otra vez, no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que volvieran a pedirle que renunciara silenciosamente.

¿Podría sobrevivir a otro golpe devastador? Enseñar era lo que la mantenía cuerda, el único aspecto de su vida con el que sentía verdadera satisfacción. Y ella era *buena* en eso. No, mejor

que buena. Tenía un don verdadero, una habilidad de llegar incluso a los más reacios alumnos.

*No a todos ellos*, se recordó a sí misma.

—Tenemos que saber cuánta alfombra se necesita, ¿verdad? —siguió adelante, liberada de tan inquietantes pensamientos—. Así que, lo primero que tenemos que averiguar es el área total de la habitación. —Escribió en la pizarra detrás de ella:

Área = largo x ancho

= 6 x 3

= 18 m<sup>2</sup>

Debajo de eso escribió:

Precio = \$114,95/m<sup>2</sup>

—Así que, el precio sería el área en metros cuadrados multiplicada por el precio por metros cuadrados. ¿Me seguís?

Otra vez, sin respuesta, ninguna mano en alto. Señaló la ecuación en la pizarra.

—Seis por tres es dieciocho. ¿Dieciocho multiplicado por ciento catorce es...?

—Dos mil sesenta y nueve dólares con diez centavos —exclamó Rob Kearny.

—Correcto. Muy bien, Rob.

El chico levantó su teléfono inteligente orgullosamente en el aire.

—No deberíais tenerlos encendidos en clase —le recordó Caroline, y su entusiasmo desapareció.

—¿Cómo si no voy a averiguar esa respuesta?

—Podrías intentar usar la cabeza.

—Una cabeza para Navidad —exclamó Joey Prescott mientras tarareaba la canción, y el resto de la clase rio desenfrenadamente.

—Muy bien, clase. —Caroline reprimió una sonrisa—. Calmaos. ¿Algo de esto tiene algún sentido? ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Addison Snider levantó su mano.

—¿Addison?

—¿Tuvo un buen día de Acción de Gracias? —La habitación quedó repentinamente tranquila, a la espera de la respuesta de Caroline.

—Fue un muy buen día. Pero me refería a la lección. —Sintió movimiento al fondo del aula y vio a Vicki Garner arrojar algo sobre el escritorio de la chica detrás de ella—. ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que Vicki te ha dado, Stephanie?

—Nada —respondió Stephanie, aunque su delgado rostro decía lo contrario.

—¿Puedo verlo, por favor?

Stephanie miró al suelo mientras se levantaba de su asiento y extendía el recorte del periódico en su mano hacia Caroline.

Caroline supo, incluso antes de ver el dulce rostro de su hija mirándola, lo que la chica tenía. Dejó el artículo en su escritorio. Había estado esperando algo como eso.

—De acuerdo. Habéis visto las noticias y obviamente tenéis muchas preguntas, así que pasemos por esto. ¿Qué queréis saber?

Silencio. Claramente la clase estaba sorprendida por esa pregunta directa, tanto como lo estaba ella por haberla hecho.

—¿Cree que alguna vez encontrará a su hija? —preguntó Vicki por lo bajo.

—No lo sé. Eso espero.

*Creo que mi nombre real es Samantha.*

—¿Qué cree que pasó con ella? —dijo Daphne con la mano en el aire.

—Creo que alguien se la llevó.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cree que ella sigue con vida?

*Creo que soy su hija.*

—No lo sé. Eso espero —repitió.

—¿Qué hay del chico? —preguntó Joey desde el fondo del salón—. El que se quitó la vida.

—¿Qué pasa con él?

—¿Realmente se quitó la vida por usted?

—Cierra la boca, Joey. —Una oleada de murmullos atravesó la clase.

—No, eso no es verdad. —Caroline se esforzó por mantener la calma, que su voz fuera estable.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

Ella inhaló profundo, después una vez más.

—Él era uno de mis estudiantes. Estaba suspendiendo sus exámenes. No solo en mi clase. En todas. —*No puedo hacer esto*, pensó, con la mirada en el reloj de la pared y suplicó en silencio que sonara la campana para rescatarla. Pero apenas habían pasado cinco minutos de las diez. Quedaban quince minutos antes de que terminara el período—. Él tenía un historial de depresión. Traté de ayudarlo, pero...

—¿Cómo lo hizo?

—Se ahorcó.

Los murmullos se incrementaron, se transmitieron de una boca a la siguiente como una serie de fichas de dominó.

—Asqueroso —susurró Stephanie.

—No fue su culpa —afirmó Vicki.

—Usted es una gran profesora —agregó Daphne—. Si usted no pudo ayudarlo, nadie podía.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas.

—No es justo que la culparan —agregó Joey Prescott.

Caroline se hundió en la silla detrás de su escritorio, su cuerpo se aflojó, lleno de gratitud, su corazón se llenó de amor por esos niños que de alguna forma habían logrado sobrevivir sus adolescencias relativamente indemnes. Con toda su fanfarronería, aún eran tan inocentes como para creer que la vida debía ser justa.



—De acuerdo, entonces, en una canasta tenemos cuatro cabezas de coliflor y cinco plantas de lechuga que cuestan cuarenta dólares y en la otra tenemos seis cabezas de coliflor y dos plantas de lechuga que cuestan ocho con veinte, y nuestro problema es determinar el precio de una cabeza de coliflor y de una planta de lechuga. ¿Qué hacemos primero?

—Comprar salchichas —exclamó alguien.

—Haremos que  $x$  represente el precio de una cabeza de coliflor —continuó Caroline, ignoró la interrupción y escribió la información en la pizarra. *Si son las dos menos cuarto de la tarde y quedan cinco minutos para el final de la clase y dos clases más hasta el final del día...*

—Y que  $y$  represente el precio de una planta de lechuga —ofreció Jason Campbell.

—Muy bien. Gracias, Jason.

El teléfono fijo detrás de su escritorio sonó con una llamada desde las oficinas. Caroline se disculpó para contestar.

—¿Has oído que Joey Prescott le preguntó sobre ese chico que se quitó la vida? —murmuró alguien cuando ella estaba dando la vuelta.

—Estás bromeando. ¿Qué dijo ella?

—¿Sí? —Caroline ignoró las voces y contestó el teléfono.

—Perdón por la interrupción —dijo la voz del otro lado—. Tiene una llamada de emergencia. Caroline colgó el teléfono.

—Si me disculpáis —dijo, y salió del salón sin explicación.

—¿A dónde va?

—Tal vez alguien más se ha matado.

Ella recorrió el extenso pasillo con olor rancio hacia la oficina principal, mientras repasaba una lista de potenciales emergencias, algunas improbables, otras demasiado probables: habían vuelto a arrestar a Michelle, esta vez por conducir borracha por la autopista; su madre había tenido un infarto; su hermano había recibido un disparo por parte de uno de sus compañeros de apuestas al no poder pagar una deuda; otro de sus estudiantes de hecho se había «matado».

La secretaria estaba esperando, con una expresión nerviosa en su rostro aguileño, cuando Caroline entró a la oficina. Caroline tomó el teléfono de su mano extendida.

—No me ha dado su nombre —explicó mientras ella llevaba el teléfono a su oído.

*Si Michelle mide un metro setenta, pesa cincuenta kilos, bebe cinco veces el peso de lo que come, tiene cuatro tickets de aparcamiento impagados y un arresto por conducir bajo la influencia del alcohol, ¿cuántas oportunidades más tendrá de destrozar su vida?*

—¿Hola?

—Soy Lili.

La habitación se inclinó hacia un lado. El suave zumbido de la lámpara del techo se volvió fuerte y persistente, como un nido de abejas furiosas.



—¿Cómo me has encontrado?

—Busqué en Internet dónde trabaja.

—¿Está en Internet? —Caroline miró a la secretaria, que fingía estar leyendo algo en su ordenador. ¿Cuánta información más de su vida estaba allí para que otros la buscaran? ¿Le quedaba algo que fuera de ella y solo de ella?

—¿Está bien que llame aquí? Tenía miedo de volver a llamar a su casa.

—Siento lo que pasó.

—Está bien. Esa era Michelle, ¿verdad? Entiendo por qué estaba molesta.

—¿La recuerdas? —*¿Puedes decirme algo, lo que sea, sobre ella que nadie más que tú y yo podamos saber, algo que no esté en Internet, algo que sea concluyente...?*

—No. Desearía poder decir que sí, pero...

—Ella cree que eres un fraude —dijo por lo bajo.

—Probablemente yo lo pensaría también, si estuviera en sus zapatos.

—Así que ¿qué pasará ahora? ¿Realmente hablabas en serio cuando dijiste que vendrías a San Diego?

Hubo una breve pausa, una fuerte inhalación.

—¿Qué opción tengo?

¿La chica era real o Michelle tenía razón? Caroline sintió un vacío en sus entrañas al recordar las predicciones de Michelle.

—Y supongo que quieres que te envíe dinero...

—No. Ya se lo he dicho. No quiero su dinero.

—Entonces, ¿cómo...?

—No lo sé aún. Tengo que resolver algunas cosas.

—Entonces, ¿cuándo...?

—Volveré a ponerme en contacto. ¿Tiene un teléfono móvil?

—Tengo uno. Solo que nunca está encendido. Michelle siempre me persigue por eso. Dice que es ridículo que... —Se dio cuenta de que estaba divagando y se detuvo abruptamente. Revisó su bolsa en busca del móvil. Lo encendió y buscó su número—. Aquí. Lo tengo. —Rápidamente le transmitió el número a Lili.

—La llamaré. —La línea se cortó.

—¿Hola? ¿Hola, Lili? —Caroline se quedó inmóvil, reproduciendo la conversación una y otra vez en su mente. *Debe pensar que soy una tonta, pensó. ¿Quién no conoce su número? ¿Quién nunca tiene la maldita cosa encendida?* Y luego, más pensamientos: ¿esta chica realmente no quería su dinero o solo estaba ganando tiempo en un esfuerzo por maximizar sus ganancias? Había arrojado su cebo con éxito y Caroline lo había atrapado ansiosamente. Todo lo que le quedaba era tirar de la línea. ¿Eso era lo que Lili estaba haciendo?

—¿Todo va bien? —preguntó la secretaria.

—Soy una idiota. —Caroline le regresó el teléfono escolar.

—No diga eso. Solo por no recordar su número de móvil... —El rostro de la secretaria se sonrojó—. Tiene mucho en mente en estos días. Y ese artículo en las noticias...

Caroline asintió y se preguntó si el director les habría informado de su pasado antes o si lo acababan de descubrir.

—¿La policía en México aún no tiene idea...?

—Nada.

Cada indicio que el detective Ramos había encontrado durante la última década y media, eventualmente había alcanzado el mismo camino sin salida; cada sospechoso que había seguido había logrado evadirlo. *Si la policía pierde quince años en caminos sin salida y Caroline soporta quince años de falsas esperanzas, ¿cuántos años más faltarán para que pierda la cabeza por completo?*

—Solo para que lo sepa, Shannon y yo no creímos ni por un segundo que usted lastimó a su hija...

—Ni por un segundo —confirmó Shannon.

Por primera vez desde que entró en la oficina, Caroline fue consciente de la otra secretaria sentada en el escritorio.

—Gracias. —Les ofreció a las dos su mejor intento de sonrisa y comenzó a caminar hacia el pasillo. Tenía que salir de allí antes de que cualquiera de ellas dijera una palabra más.

—... o que haya tenido algo que ver con el suicidio de ese pobre chico.

Demasiado tarde. No se había movido lo suficientemente rápido. Sintió que el color dejaba su rostro y que el zumbido de las abejas furiosas regresaba.

—Estábamos hablando de que fue algo perverso que ese periodista volviera a recordar todo eso. Como si no tuviera suficiente...

La habitación comenzó a dar vueltas. Lo último que Caroline supo fue que estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, las piernas extendidas frente a ella y la habitación dando vueltas a su alrededor.

—Por Dios. ¿Qué ha pasado? —gritó Shannon.

—Se ha desmayado. Llama a la enfermera.

—Estará bien —le dijo Shannon, de rodillas junto a ella y palmeando su mano mientras esperaban a que llegara la enfermera del instituto—. Ya lo verá. Todo va a estar bien.



## Diez años atrás

—**D**e acuerdo, escuchad —dijo Caroline—. Solo quedan dos semanas antes de vuestros exámenes finales...

Un bufido colectivo brotó de las gargantas de los veintidós alumnos del decimoprimer curso de su última clase del día en el Instituto Lewis Logan.

—... y me gustaría usar estos últimos minutos para haceros algunas sugerencias que creo que os ayudarán a aprovechar al máximo su tiempo de estudio.

—¿Y qué le parece decirnos qué entrará en el examen? —preguntó uno de los chicos de inmediato. Siempre había un chico en la clase que hacía la misma pregunta.

—Lo primero que necesitáis hacer es organizar vuestro trabajo para poder comenzar por el material que presenta más dificultades. Sé que eso puede sonar ilógico, pero no debéis tener miedo. ¿De acuerdo? Luego comenzáis a dividir el material en pequeñas secciones que podáis manejar con facilidad. Veréis que las cosas no son tan agobiantes cuando comenzáis a descomponerlas.

—Creo que *yo* me estoy descomponiendo —comentó otro chico, y la clase rio.

A excepción de Errol Cruz, que estaba sentado en el último asiento de la última fila, mordiendo el extremo de su lápiz y mirando por la ventana, con un aspecto más desconectado de lo normal. Un chico delgado, de aspecto casi delicado, de profundos ojos azules y piel con acné; él nunca se reía de los pedantes comentarios de sus compañeros ni hacía ninguno él mismo. Nunca participaba en clases, aunque siempre que Caroline lo llamaba tenía la respuesta correcta. Ocasionalmente se quedaba después de clases para discutir acerca de la lección del día o de algún problema que había encontrado en línea. O tal vez solo se retrasaba para no regresar a casa. Se decía que su padre era hosco y desagradable, y ni él ni su madre se habían molestado en presentarse a la última reunión de padres y profesores. De acuerdo a sus otros profesores, Errol rara vez terminaba sus tareas y casi no tenía oportunidad de pasar el curso, lo que era una lástima, porque a pesar de tener malas calificaciones, había mostrado tener verdadera habilidad para las matemáticas. Tal vez con un poco más de apoyo...

—Ayuda comenzar cada jornada de estudio con una revisión rápida de lo que estudiasteis el día anterior —continuó con una mirada al reloj. Michelle tenía cita con el dentista a las cuatro y Caroline había quedado en recogerla del instituto a las tres y media. Eso significaba que tenía que salir tan pronto como sonara la campana para conducir hasta el elegante instituto privado de Michelle en Mission Hills y llevarla al dentista, cuya consulta se encontraba en la calle Washington, justo al este de Old Town, un viaje de quince minutos en el mejor de los casos, y probablemente del doble durante la hora punta. Tenía poco tiempo que perder. El instituto había recibido indicaciones específicas de nunca dejar a Michelle sola o sin supervisión, pero nunca se podía estar segura.

»Al repasar, aseguraos de leer cuidadosamente cada paso del procedimiento y usar un marcador para resaltar los conceptos y fórmulas principales. Si os ayuda, dibujad un diagrama para aclarar más el concepto.

La campana sonó. La clase de inmediato comenzó a recoger sus cosas y a salir.

—Adiós, señora Shipley —dijo alguien.

—Que tenga buenas noches —dijo otra persona.

—Gracias. También tú, Errol... —respondió cuando el chico estaba saliendo del salón.

Él se detuvo, se quedó inmóvil en la puerta, con la mirada baja, la vista en el suelo.

—¿Tiene un minuto? —Ella miró al reloj otra vez. Tenía poco tiempo. Michelle estaría esperando. No podía llegar tarde. El chico regresó lentamente hacia ella, con la vista fija en un punto justo al lado de su oreja derecha, sin hacer contacto visual—. ¿Hay algún problema, señora Shipley?

—Estaba a punto de preguntar lo mismo. —Movi6 su cabeza para entrar en el campo visual del 6l—. Estaba observándote en clases y no pude evitar notar... ¿Hay algún problema, Errol? Pareces un poco... No lo sé... distraído.

*Más distraído de lo habitual*, agregó en su mente.

Sus ojos azules bajaron al suelo. Una larga pausa, un tambaleo de un pie al otro.

—No. Estoy bien.

—¿Estás seguro? Porque no parece estar bien —insistió Caroline—. ¿Qué sucede, Errol? Por favor, dime. Si hay algo que no entiendas...

Él no dijo nada, su mano apartó unos cabellos que cayeron sobre su frente. Caroline creyó ver el rastro de una magulladura sobre su ojo derecho, pero cuando inclinó la cabeza para verlo mejor, 6l rápidamente regresó el pelo a su lugar.

—¿Todo está bien en casa?

—Claro. —Él se encogió de hombros.

—Puedes hablar conmigo, Errol —dijo y escuchó el reloj marcar los segundos en la pared detrás de su cabeza—. Lo sabes, ¿no es así?

—Sí.

—De lo que sea. No solo de matemáticas. —Miró a la puerta. Si no se marchaba en ese momento, no tendría oportunidad de llegar con Michelle al dentista a las cuatro en punto.

—Tiene que ir a algún lado —dijo él.

—No. Está bien. Tengo tiempo.

—No, está bien.

—De verdad. Tengo tiempo.

—No es nada. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. No hay problema. —El chico ya estaba caminando hacia la puerta.

—De acuerdo. Bien, entonces, nos vemos mañana.

—Adiós, señora Shipley.

—Adiós, Errol.

Lo vio desaparecer por el pasillo, luego cerró la puerta del salón detrás de ella e intentó borrar la inesperada sensación de culpa. Claramente, algo estaba perturbando al chico. Claramente, no quería hablar de eso. ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Obligarlo? ¿Forzarlo a decir la verdad? Tal vez con un poco más de insistencia, un poco más de paciencia... Lo intentaría al día siguiente, decidió y caminó enérgicamente al aparcamiento.

En cuestión de minutos se encontraba en la autopista San Diego en dirección a Mission Bay. A las cuatro menos diez, veinte minutos más tarde de lo que debía llegar, aparcó frente al colegio de Michelle para encontrar a su hija en compañía de una estudiante mayor, sentada en las escaleras exteriores del colegio, una rodilla levantada, la otra enroscada alrededor del tobillo, como una serpiente dormida. Con tan solo diez años ya había perfeccionado la expresión de extrema decepción. Caroline se estiró sobre el asiento de su Camry negro y abrió la puerta del acompañante.

Michelle saludó a la otra chica y bajó las escaleras. Subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad casi sin mirar a su madre.

—Llegas tarde —dijo.



—Llega tarde —anunció la recepcionista cuando Caroline se acercó al mostrador. Sintió todas las miradas de desaprobación de la habitación en su espalda. La sala de espera, un lugar amplio y agradable, compartido por tres dentistas, estaba llena, las sillas de plástico rojo que cubrían las paredes blancas estaban casi todas ocupadas.

—Lo siento. El tráfico estaba imposible.

—El doctor Saunders tomó a otro paciente antes de usted. Temo que tendrá que esperar.

Caroline asintió y se retiró a una esquina de la sala en donde había una silla vacía. Se sentó y Michelle saltó enseguida sobre su falda.

—Oye, con cuidado.

—¿Qué pasa? —preguntó Michelle.

—Nada. Es solo que estás poniéndote algo pesada.

—¿Estoy gorda?

—No, por supuesto que no. ¿Quién ha dicho que estabas gorda? —Aunque no podía negarse la predilección de Michelle por la comida basura y los dulces. Era un gusto que había adquirido después de la desaparición de Samantha, uno complacido por su abuela, que siempre la llenaba de comidas calóricas. Caroline no había querido decirle nada a ninguna de ellas, con la idea de que Michelle era solo una niña y su madre era, bueno, su madre. Sabía que era una racionalización conveniente, pero no tenía la fortaleza de hablar con ninguna de ellas. Un fuerte sonido de masticación llegó a sus oídos.

—¿Tienes goma de mascar en tu boca?

Los hombros de Michelle cayeron y sus ojos giraron hacia el techo.

—Escúpela. Estás en el dentista, por favor.

—¿Qué hago con ella? —Michelle soltó una enorme goma de mascar rosada en la palma de su mano. Caroline miró alrededor en busca de un cubo de basura, pero no encontró ninguno.

—Hay un baño por el pasillo. —Levantó a Michelle con cuidado de sus piernas y se puso de pie—. Vamos.

—Puedo ir sola.

—Iré contigo.

—No.

—Sí.

—Es muy vergonzoso. Nunca me dejas hacer nada —protestó Michelle, tan fuerte como para atraer la atención de todos a su alrededor, que eran casi todos en la habitación—. No soy una bebé. Soy una chica grande.

—Solo dame el chicle y siéntate —indicó Caroline, sonrojada, como si un fuego estuviera atravesando por sus venas. Envolvió el chicle en un pañuelo y se acercó a la recepción—. Disculpe. ¿Tiene algún lugar donde pueda tirar esto?

La recepcionista levantó el cubo de basura que tenía a sus pies sin decir nada y Caroline arrojó el pañuelo, segura de que todas las miradas estaban sobre ella. Pero, al mirar alrededor, se sintió aliviada de que la mayoría de las personas estuvieran sumergidas en libros propios o mirando la colección de viejas revistas de la sala.

Una mujer rubia con un uniforme de color rosa pálido entró a la sala desde las oficinas internas. —¿Señora Pearlman? —llamó a una mujer de mediana edad sentada junto a la puerta—. El doctor Wang la verá ahora. —La señora Pearlman dejó la revista que había estado leyendo sobre la mesita junto a ella y siguió a la mujer del uniforme rosado a las oficinas.

Caroline se sentó de inmediato en la silla vacía, que aún tenía el asiento caliente. De inmediato también, Michelle se levantó de su lugar en la pared opuesta y saltó sobre la falda de su madre.

—Tengo hambre —dijo.

—Toma, lee esto. —Caroline se extendió hacia la mesa a su lado y le entregó una revista de moda a Michelle.

—¡Mami, mira! —exclamó la niña y señaló a la mesa, con sus ojos redondos como círculos.

Caroline miró la pila de revistas viejas con creciente horror. Allí estaba ella, en la cima de la pila, de pie, rígida junto a Hunter, en la fotografía familiar tomada durante su conferencia de prensa en Rosarito. «Cinco años después», decía el titular con fecha del noviembre pasado. «¿Dónde está Samantha Shipley?»

—¿Por qué está tu fotografía en la revista? —preguntó Michelle, con su dedo fijo en una pequeña fotografía de su hermana en la esquina superior derecha—. ¿Esa es Samantha?

Caroline se esforzó por no gritar. Siempre había sido muy cuidadosa de mantener tales titulares fuera de la vista de Michelle, de asegurarse de que la niña nunca viera las coberturas del evento o de sus consecuencias en el periódico y las revistas.

Aunque Michelle nunca había hecho muchas preguntas; había aceptado la desaparición de Samantha como un niño acepta la mayoría de las cosas sobre las que no tiene control. Al principio, ocasionalmente había preguntado dónde estaba su hermana y cuándo volvería a casa, pero después de unos meses esas preguntas también se terminaron. Durante el pasado año, no había mencionado a su hermana en absoluto.

Y, afortunadamente, la constante lluvia de historias también comenzó a menguar. Pero el quinto aniversario de la desaparición de la niña había marcado un hito, lo que resultó en una cobertura renovada. *Cinco años desde que vi a mi bebé*, pensó entonces, y resistió las lágrimas. ¿Cómo es posible?

—Mami, ¿por qué tu fotografía está en la revista?

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? El daño estaba hecho. Había estado peleando una batalla que no tenía oportunidad de ganar. Sin importar cuánto intentara, no podía proteger a Michelle por siempre de encontrarse inesperadamente con esas cosas. Era junio, el final de otro año escolar. Había pensado inocentemente que estarían seguras hasta el noviembre próximo. ¿Cuándo se daría cuenta de que nunca estaban seguras?

—¿Dónde está mi fotografía? —preguntó Michelle en un lamento, mientras sus ojos recorrían la portada de la revista.



—¿Michelle Shipley? —llamó una voz.

Caroline levantó la vista hacia la higienista dental que esperaba. Nunca en su vida había estado más feliz de ver a alguien.

—Tu turno, cariño.

—¿Por qué mi fotografía no está en la revista?

—Porque eres afortunada —respondió Caroline—. Es una revista estúpida y no quieres que tu fotografía esté en ella.

—Michelle Shipley —repitió la higienista.

—Aquí está —Caroline bajó a Michelle de su falda—. Ve.

—¿Tú no vendrás?

—Tengo que esperar aquí.

—Quiero que vengas.

—Eres una niña grande, ¿recuerdas?

—Tu madre vendrá a hablar con el dentista cuando yo termine —dijo la higienista.

En cuanto Michelle se marchó, Caroline se levantó de su asiento y salió de la sala, con la revista en su puño. Corrió al baño al final del corredor y se encerró en el primer cubículo, con las manos temblorosas al buscar la historia dentro de la revista. Y allí estaba: «Cinco años después. ¿dónde está Samantha Shipley?»

El artículo comenzaba con un recorrido fotográfico de doble página del Grand Laguna Resort, completo, con imágenes del restaurante y del área de la piscina, una gran X que indicaba la habitación de la que se habían llevado a Samantha. Le seguían tres páginas de fotografías, rumores e insinuaciones, con la mayoría de las supuestas fuentes sin nombres. Había varias fotografías de Hunter y de Caroline, juntos y separados, al igual que una grupal de ellos con Peggy y Fletcher, Steve y Becky, Rain y Jerrod. Incluso había una imagen de Michelle aferrando con fuerza la mano de su abuela mientras salían del complejo para regresar a San Diego. Caroline se preguntó cómo las había conseguido esa revista y quién estaba detrás de la cita: «Parecía la madre perfecta, pero nunca conoces realmente a las otras personas, ¿no es así?» Sospechaba que era de Rain; sonaba como la clase de cumplido malintencionado que ella ofrecería. Pensó en llamarla y exigirle una explicación, pero no había hablado con la mujer en años. Una vez que ella y Hunter se divorciaron, amigos como Jerrod y Rain desaparecieron rápidamente de su vida.

Caroline devoró el artículo y luego lo leyó dos veces más. Había pasado cinco años evitando esa clase de historias, pero en ese momento en que esa estaba realmente en sus manos, no podía apartar sus ojos de ella. Contenía la usual recopilación de eventos: era su décimo aniversario, la niñera había cancelado misteriosamente, habían dejado a sus dos hijas solas mientras celebraban una cena con sus amigos en el restaurante de abajo, Samantha había sido arrancada de su cuna en algún momento entre las nueve y media y las diez de esa noche, una cantidad de sospechosos

habían sido interrogados y liberados, incluido un trabajador del hotel que estaba actualmente encarcelado por acosar a su sobrina. «La madre parecía distante», aparecía citado un empleado. «Siempre llegaba tarde a recoger a su otra hija del programa para niños de la tarde».

—Una vez —dijo Caroline en voz alta—. Llegué tarde *una vez*. —También citaban a un oficial de policía: «Siempre hemos tenido la sensación de que la familia sabía más de lo que decía»—. ¿Como qué, maldita sea? —gritó—. ¿Qué más podríamos saber?

La puerta del baño se abrió. Un par de tacones de mujer color marfil aparecieron frente al cubículo de Caroline.

—¿Todo está bien allí? —preguntó una voz—. Creí escuchar gritos.

El corazón de Caroline palpitaba con tanta fuerza que apenas podía hablar.

—Todo está bien —logró decir—. Solo me pillé el dedo con la puerta.

—Auch.

Caroline contuvo la respiración mientras la mujer se distraía en el lavabo. *¿Qué demonios hace durante tanto tiempo?*, se preguntó. Espió por la hendidura en la puerta del cubículo y vio cómo la mujer se aplicaba una nueva capa de pintalabios y peinaba su cabello.

—¿Está segura de que está bien? —preguntó la mujer cuando estaba a punto de marcharse.

—Estoy bien, gracias. —Esperó a que la puerta se cerrara antes de liberar las lágrimas—. Contrólate, maldita sea —dijo, con cuidado de que su voz fuera un susurro mientras su mirada regresaba a la revista.

Por supuesto que también mencionaba el divorcio de Caroline y Hunter y planteaba que la culpa los había separado. No mencionaba el romance de él con una asistente legal, que había sido lo que enterró el clavo final en el cajón de su matrimonio. No es que ese romance hubiera sido más significativo que los que lo precedieron. No es que hubiera sido más duradero ni más intenso que los demás. Solo era el último de una serie de romances que habían sucedido luego de la desaparición de Samantha. Pero, mientras que las infidelidades de Hunter pudieron contribuir a su creciente distanciamiento, fue indudablemente la frialdad de ella, su incesante resentimiento, lo que había provocado esos romances. La culpa ciertamente los había alejado. Y ella era tan culpable como él.

Más.

Cerca del final del artículo había una fotografía de Caroline en el exterior de Lewis Logan High, tomada poco tiempo después de que regresara a la enseñanza. Junto a ella se encontraba una fotografía de Hunter caminando con una mujer joven sin identificar. Tal vez una cliente o socia de negocios. Tal vez no. «Siguen adelante», decía el pie de la imagen.

—Siguen adelante —repitió Caroline con enfado y arrojó la revista al basurero junto a la puerta de camino a la salida del baño. Si estaba tan ocupada siguiendo adelante, ¿por qué se sentía más estancada que nunca?



## El presente

—¿Te desmayaste? —El rostro de Peggy reflejaba confusión y preocupación a la vez.

—Bueno, no me desmayé exactamente.

Las dos mujeres estaban sentadas en una mesa en la esquina de Costa Brava, un restaurante español en la avenida Garnet que era famoso por sus tapas. Una gran pantalla de televisión en una de las paredes blancas minimalistas del restaurante transmitía por satélite un partido de fútbol español que un grupo de fanáticos entusiastas estaba mirando. Gritos de «Olé» llenaban el lugar de vez en cuando.

—En un segundo estabas de pie, al siguiente estabas en el suelo. Eso es desmayarse hasta donde yo sé. ¿Por qué no me llamaste?

—No puedo llamarte por cada cosa que pasa.

—Tú ya no me llamas por *nada*. Apenas te veo. Es bueno que tu madre nos haya invitado para la cena de Acción de Gracias.

—¿Y allí no hablamos? —Caroline miró por la ventana al cielo despejado de la tarde de sábado. Casi podía escuchar el océano a algunas calles—. Me aterra que me pidan que renuncie.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué no? Ha pasado antes.

—Todo por esa estúpida historia en las noticias —dijo Peggy, negó con la cabeza y bebió el vino que le quedaba.

—Fue mi culpa.

—No fue tu culpa. Deja de aceptar la culpa por todo con tanta facilidad.

—No creo que sea capaz de soportar otra pérdida de trabajo.

—No lo harás. Tu directora sabía lo que había sucedido contigo cuando te contrató.

—La historia se había olvidado para ese entonces. Ahora, gracias a todos esos estúpidos artículos, ha vuelto. La maldita historia no desaparece, ¿o sí? Es como el herpes.

—Gracias por la imagen. —Peggy rio—. Termina tu almuerzo.

—Mis estudiantes no han hablado de otra cosa en toda la semana. —Caroline llenó su tenedor

con judías negras y arroz y vio cómo la mayor parte volvía a caer en su plato.

—Entonces, dales algo más de qué hablar. Ponles un examen sorpresa. A ellos les encantan. — Peggy llamó al camarero para que rellenara su vino—. De acuerdo, ya he sido lo suficientemente paciente. ¿Alguna vez me lo contarás?

—¿Decirte qué?

—Vamos, Caroline. ¿Cuánto tiempo hemos sido amigas? ¿No crees que sé cuando estás ocultándome algo?

Caroline dejó su tenedor y miró a su amiga desde el otro lado de la mesa.

—Michelle te habló de Lili, ¿no es así? Te habló de Calgary.

—No quería hacerlo. —Peggy se adelantó en su silla, con los codos sobre la mesa—. Asumió que tú ya me lo habías contado. La pregunta es: ¿por qué no lo hiciste?

—Lo siento. Todo pasó muy rápido.

—Pasó hace más de una semana —la corrigió Peggy, obviamente dolida—. ¿Qué ocurre, Caroline? ¿No confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti.

—Entonces, cuéntame por qué no me lo dijiste.

Caroline miró al techo, como si su respuesta pudiera estar escondiéndose detrás de uno de los candelabros.

—No lo sé. Supongo que tenía miedo.

—¿De qué?

—De que pensaras que estoy loca. Que intentaras convencerme de que no fuera.

—Bueno, debes admitir que no es precisamente un comportamiento racional. Esta chica te llama de la nada, dice ser Samantha y tú vuelas a Calgary sin decirle una palabra a nadie...

—Ella volvió a llamar —interrumpió Caroline. Ya que Peggy conocía parte de la historia, bien podía conocerla toda.

—Michelle me dijo eso también. Dijo que te arrancó el teléfono de la mano, que le advirtió que no volviera a llamar...

—Me llamó al trabajo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—El lunes.

—¿Qué dijo?

—Que vendría a San Diego para la prueba de ADN.

—¿Cuándo?

—En cuanto pueda resolver algunas cosas.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo idea.

—¿Michelle lo sabe?

—No. No puedo contárselo. Se pondría furiosa. Está segura de que Lili es un fraude.

—¿Y tú estás tan segura de que no lo es?

—No estoy segura de nada.

—¿Te ha pedido dinero?

—No.

—¿Te ha pedido *algo*?

—No.

—Eso no significa que no lo hará.

—Lo sé.

—Pero, asumiendo que no lo haga —continuó lentamente, midiendo cada palabra—, eso nos deja tres posibilidades.

—¿Que son...?

—Una, que sinceramente crea ser Samantha; dos, que sea una sádica que se regocija jugando con las mentes de las personas; tres, que haya perdido la cabeza.

—Hay una cuarta posibilidad.

—¿Que sería...?

—Que realmente *sea* Samantha.

Peggy miró a Caroline con unos ojos indudablemente tristes.

—Ah, querida. Eres el genio de las matemáticas. Las probabilidades en contra son astronómicas.

—Pero *hay* una posibilidad...

—Una diminuta *fracción* de posibilidad...

—Una posibilidad de todas formas —dijo con convicción—. ¿Cómo podría no apostar por ella?

El camarero se acercó con la segunda copa de vino de Peggy. Antes de que tuviera oportunidad de dejarla en la mesa, ella la tomó de su mano y le dio un largo trago, luego otro.

—Ve por ella.



—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó Michelle desde el pasillo, incluso antes de que Caroline pudiera cerrar la puerta detrás de sí. Desde que interrumpió la llamada de Lili, Michelle había estado vigilando a su madre como un halcón.

—Vi a Peggy para almorzar en Costa Brava.

—Son casi las cuatro.

—Luego fui a caminar por la playa. ¿Por qué? ¿Se suponía que íbamos a hacer algo?

—¿Te refieres a ir de compras o al cine? —Michelle rio—. Como si alguna vez hubiera pasado.

*Ya aquí vamos*, escuchó a su hermano decir. No llevaba ni dos minutos en casa y su hija ya estaba a la defensiva. Caminó a la cocina y se sirvió un vaso de agua, luego se lo bebió mientras contaba silenciosamente hasta diez. No dejaría que Michelle la alterara. Estaría cómoda y en calma. No mordería el anzuelo.

—Es una blusa bonita —comentó con una sonrisa. Michelle llevaba un vaquero corto y una camiseta holgada de color beis. Su pelo colgaba en una trenza floja sobre un hombro y no llevaba maquillaje a excepción de un pintalabios rojo que enfatizaba el corte de sus mejillas—. Estás guapa —agregó.

—Ah, Dios —gimió Michelle.

—¿Qué ocurre?

—Eso significa que estoy gorda.

—¿Qué?

—Siempre que me dices que estoy guapa, significa que he subido de peso.

—No, la verdad es que no.

—Sí, así es.

—No. ¿Sabes lo que significa? —dijo Caroline y resistió el impulso de lanzar su vaso vacío a la cabeza de su hija—. Lo que significa es que nunca puedo decirte nada bueno, que nunca puedes aceptar un cumplido. Cada cosa positiva que digo, la conviertes en algo negativo. Solo te sientes bien cuando te digo que estás mal. ¿Cuán de jodido es eso? Qué triste.

—Lo que es triste es que no tengas respeto por mis sentimientos. Por mí.

—¿De qué estás hablando? ¿De dónde ha salido eso? ¿Estás enfadada conmigo porque he salido a almorzar?

—Estoy enfadada porque ni siquiera se te ocurrió decirme a dónde irías. Hubiera estado bien que me dejaras una nota o algo. Para que no me preocupara.

—No hay razón para que te preocupes.

—No, porque no harías ninguna locura, como volar a Calgary o algo.

—Cariño, te prometo que no voy a volar a ningún lugar.

—Entonces, ¿por qué estás siendo tan reservada?

—No estoy siendo reservada.

—Sí, lo estás siendo.

—Bueno, entonces, lo siento. No es mi intención. Supongo que no estoy acostumbrada a que te preocupes tanto.

—¿Por qué? ¿Porque no tengo sentimientos?

—Nadie ha dicho que no tienes sentimientos.

—¿Y qué estás diciendo?

—No lo sé —respondió Caroline y sacudió una mano en el aire, totalmente frustrada—. No sé lo que estoy diciendo. No tengo idea de qué se trata esta conversación o por qué estamos discutiendo. Sé que me lo he pasado bien en la comida y he disfrutado de un adorable paseo por la playa. Realmente estaba sintiéndome muy bien y después llego a casa y se desata un infierno.

—Entonces, ¿es por mi culpa?

—No, es mía. Da igual. *Todo* es mi culpa. Lo entiendo. Lo acepto.

—Mi madre, la mártir.

—Está bien, de acuerdo.

—Estaba preocupada, eso es todo. ¿No puedo preocuparme?

—Si estabas tan preocupada, ¿por qué no me llamaste? Tengo un teléfono móvil.

—Que nunca tienes encendido. ¿Cuál es la razón de tener un maldito móvil si nunca lo tienes encendido?

—Lo tengo encendido. —Caroline revolvió su bolso en busca del móvil y lo extendió frente a Michelle—. ¿Lo ves? Encendido.

—Nunca lo tienes encendido. —Michelle entornó los ojos—. ¿Por qué ahora sí? ¿Quién esperas que te llame? ¿Acaso Lili tiene este número? ¿Te ha llamado otra vez?

—Por el amor de Dios, Michelle.

—Dame el móvil.

—No. —Rápidamente lanzó el móvil de regreso en su bolso antes de que Michelle pudiera tomarlo—. Suficiente. Ya he tenido suficiente. —Caminó a la sala de estar, con su bolsa protegida debajo de su brazo y Michelle pisándole los talones. Permanecieron mirándose una a la otra en medio de la habitación durante varios segundos—. ¿Sabes qué me gustaría? —preguntó finalmente.

—No. ¿Qué te gustaría?

—Por una vez, solo una vez, me gustaría que tuviéramos una conversación normal, agradable. Una sin gritos ni acusaciones. He escuchado rumores de que madres e hijas realmente las tienen. —No es que ella hubiera tenido una con su propia madre, recordó.

—De acuerdo. Bien. —Michelle se sentó en la silla más cercana—. Que la conversación comience.

Caroline se sentó en la otra silla, dejó su bolso en el suelo y esperó a que su hija continuara.

—¿Y cómo ha ido el almuerzo? —preguntó.

—Bien.

—¿Cómo está Peggy?

—Bien.



—¿Cómo están los chicos? No los he visto en años.

—Están bien. Kevin se graduará del colegio esta primavera. A Philip le va muy bien en Duke.

—Eso está muy bien.

Más *bien*. Más silencio.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Caroline.

—¿A qué te refieres?

—¿Alguna intención de volver a la universidad?

—Estoy pensando en eso. —Michelle se movió incómodamente en su silla.

—¿De verdad? ¿En qué estás pensando?

—En que podría regresar el próximo otoño.

—¿Alguna universidad en particular? —Caroline intentó no sonar demasiado entusiasmada. Michelle había abandonado Berkeley a mitad de su segundo año, luego de haber cambiado de carrera dos veces. Había abandonado UCSD al año siguiente, después de un solo semestre.

—Papá cree que debería terminar la universidad, después solicitar la escuela de leyes.

—¿Eso te interesa?

—No lo sé. Tal vez.

—¿No tendrías problemas por tu...?

—¿... mi antecedente de conducir borracha?

Caroline asintió.

—El trato es que al terminar el servicio comunitario borrarán el registro. Da igual, aún no he tomado ninguna decisión.

—Creo que serías una buena abogada.

—¿Por qué? ¿Porque soy buena discutiendo?

—Porque creo que serías buena en cualquier cosa que quisieras hacer.

—¿De verdad?

—De verdad.

Otro silencio.

—¿Estás quedando con alguien? —se arriesgó a decir Caroline. La respuesta de Michelle fueron sus familiares ojos en blanco—. No importa. Olvida que lo he preguntado.

—No estoy quedando con nadie —dijo Michelle—. *Estuve* quedando con un chico durante un tiempo, pero no funcionó.

—Que mal.

—No. Él era un idiota. Todo lo que quería hacer era drogarse y acostarse conmigo.

*Suena perfecto*, pensó Caroline, que no había hecho ninguna de las dos cosas en años.

—Espero que uses protección...

—Ay, Dios. ¿Crees que soy una completa imbécil?

—Fuiste arrestada por conducir borracha —le recordó Caroline. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—Íbamos bien.

—Lo siento. No debí haber dicho eso.

—No. Lo merecía. No fue la decisión más inteligente que he tomado.

—Simplemente no lo entiendo.

—Lo sé —afirmó Michelle con tristeza.

—Entonces, ilumíname. ¿Qué hizo que te pusieras al volante esa noche? ¿En qué estabas pensando?

—Hemos pasado por esto un millón de veces. Creo que lo importante es que *no* estaba pensando.

—Pudiste haber matado a alguien. Pudiste haber muerto *tú*.

—Solo había bebido algunas copas. No creí que me hubieran afectado tanto.

—Eres una chica tan lista y bonita —insistió Caroline, incapaz de detenerse—, y no dejas de hacer estas cosas autodestructivas. Dejas la universidad, conduces borracha, fumas, no comes...

—Es verdad. Soy un completo desastre. —Michelle se levantó de un salto—. A diferencia de tu otra preciada hija, que estoy segura de que habría sido perfecta.

—Vaya. Un minuto...

—No. *Tú* espera un minuto. Es mi turno de preguntarte algo a ti.

Caroline contuvo la respiración.

—¿Y si hubiera sido yo esa noche?

—¿De qué estás hablando? —preguntó su madre, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Qué noche?

—La noche en que Samantha desapareció. ¿Y si hubiera sido yo?

—Por Dios, Michelle...

—¿Habrías pasado quince años lamentando mi pérdida cada maldito segundo de cada maldito día? ¿Habrías dejado que tu matrimonio se arruinara? ¿Habrías volado a Miami... a Tacoma... a Calgary? ¿Habrías estado tan desesperada por creer en la palabra de una evidente estafadora? Dime, mamá. ¿Te hubiera importado de haber sido yo?

—No puedes estar hablando en serio.

—Y no has contestado mi pregunta.

—Porque es ridícula. Te quiero más que a nada en el mundo. Sabes eso.

—Sigues sin contestar.

—¿Qué quieres que te diga? Habría estado desconsolada, por el amor de Dios...

—¿Tan desconsolada como estuviste al descubrir que Samantha no estaba?

—No lo entiendo. Esto nunca fue una competición.

—No, la verdad es que no lo fue. —Los ojos de Michelle se llenaron de lágrimas y levantó el mentón para evitar que cayeran—. En una competición todos tienen oportunidad de ganar. Y yo siempre acabaría en el segundo lugar, ¿no es así?

—Eso es muy injusto. —Caroline bajó la cabeza. El siguiente sonido que escuchó fue un golpe de la puerta de entrada.



## Seis años atrás

—¿Cuándo se registró? —preguntó Caroline.

—Ayer por la mañana —dijo Peggy.

—¿Por qué no me llamaste de inmediato?

—No podía, hasta que ella me diera permiso.

—Ni siquiera tenía idea de que estaba de vuelta en la ciudad.

—No creo que nadie lo supiera, a excepción de tu hermano.

—¿Steve lo sabe?

—Estuvo aquí toda la mañana.

—¿De verdad?

Peggy se encogió de hombros, como para decir: *Ve a verlo*.

—¿Cómo está ella?

—Está aquí, ¿no es así?

«Aquí» era el Hospital Marigold en la calle Harney en Old Town, a una calle de la Capilla Old Adobe. El hospital era un edificio de ladrillos rojos de dos pisos que había funcionado como un albergue para desamparados. Lo habían convertido en una instalación para enfermos terminales dos años atrás, y Peggy había dejado su empleo en el Hospital de San Diego para convertirse en su primera directora.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Caroline.

—No hay forma de saberlo. El promedio de las estancias está entre los tres días y tres semanas. Pero nunca se sabe. Algunos duran meses; otros no aguantan un día. Hemos tenido a un residente durante casi un año. Simplemente nunca lo sabes.

—¿Le dijiste que vendría?

—Lo hice. Pareció alegrarse.

El teléfono de la recepción sonó. La joven voluntaria asiática contestó al final del primer tono.

—Buenas tardes. Hospital Marigold —anunció—. Habla Amy. ¿Cómo puedo ayudarlo? Sí. Trasferiré la llamada. —Presionó una serie de botones y luego regresó el tubo a su lugar.

Segundos después, una alarma sonó, en señal de que alguien estaba en la puerta. Amy se extendió hacia el gran botón rojo en la pared que destrababa la puerta y dejó entrar a una familia de cuatro al recibidor acristalado. Se levantó enseguida y abrió otra puerta hacia la hermosa área de recepción, en donde Caroline y Peggy estaban de pie frente a cuatro grandes bancos llenos. Los bancos estaban agrupados alrededor de una mesa de café, frente a una chimenea y una gran pantalla de televisión.

—¿Les importaría registrarse, por favor? —Amy guio al hombre y a la mujer al libro de registro.

—¿Por qué tenemos que registrarnos? —preguntó su hijo, un niño rubio de alrededor de cinco años.

—Por seguridad —le explicó Amy—. En caso de incendio, necesitamos saber cuántas personas hay en el edificio.

—Vamos, niños —dijo su madre—. Vayamos a ver al abuelo.

—¿Saben en qué habitación está? —preguntó Amy.

—Ah, sí. Gracias. —La familia desapareció por el pasillo interior.

—¿Permiten niños? —le preguntó Caroline a Peggy.

—Niños, perros, gatos. Lo que quieras. Lo que sea que haga que las personas se sientan más como en casa. Estás haciendo un buen trabajo, Amy —dijo Peggy a la voluntaria.

—Gracias, señora Banack.

—También tú —reconoció Caroline a su amiga. Peggy desestimó el cumplido.

—Hablando de trabajo, debería regresar al mío. Becky está en la habitación 104. —Suspiró—. Pero prepárate. No está como la recuerdas.

Caroline inhaló profundamente y avanzó por el pasillo interior. De pie frente a la puerta cerrada de la habitación 104, volvió a tomar aire, enderezó sus hombros y tocó.

—Adelante —dijo una voz débil, pero familiar.

Caroline abrió la puerta, con cuidado de no dejar que sus emociones se reflejaran en su rostro. No es que fuera algo difícil. Su reacción natural al enfrentarse a una tragedia de cualquier tipo era cerrarse en sí misma. Su rostro se volvía inexpresivo; se volvía casi sobrenaturalmente calmada. «Un mecanismo de defensa», había explicado Peggy una vez, aunque la prensa nunca dejó de defenestrarla por ello, etiquetándola con palabras como «fría» e «impasible», cuando la realidad era exactamente lo opuesto.

La habitación estaba en relativa oscuridad, la única luz llegaba del poco sol de la tarde que lograba penetrar por la cortina de la ventana en la pared más lejana. La televisión frente a la cama estaba encendida en un canal de noticias, con un recorrido constante de los titulares del día que se deslizaba al pie de la pantalla. En mitad de la habitación había una cama de hospital y en medio de la cama estaba Becky, sentada, una figura desmejorada, vestida con una bata azul y una peluca

de pelo corto y negro, demasiado baja sobre su frente.

—Caroline —dijo Becky como saludo, silenció la televisión y señaló la silla plegable junto a la cama para su excuñada. Una segunda silla, de respaldo alto y con aspecto incómodo, se encontraba frente al baño.

—¿De quién fue esta estúpida idea? —preguntó Caroline, mientras la puerta se cerraba y ella se acercaba a la cama para besar a Becky en la mejilla. Resistió la urgencia de enderezar la peluca, por temor a que un gesto tan íntimo pudiera verse como presuntuoso.

—Definitivamente no fue mía —respondió Becky—. Siéntate. Estás increíble. Como siempre.

—Gracias. —Caroline acarició su propio pelo, apenada.

—Es estupendo volver a verte. ¿Cómo has estado?

Caroline se sentó en la silla de cuero de color marrón claro y decidió concentrarse en los ojos de Becky, que eran del mismo color castaño intenso de siempre.

—Estoy bien. Lamento que tengas que pasar por esto.

—No lo sientas. No es tu culpa.

—Desearía haberlo sabido.

—No hay nada que pudieras haber hecho.

—Podría haber estado para ti.

—¿De verdad? ¿Te habrías mudado a Los Ángeles?

Caroline se quedó en silencio.

—Lo siento —agregó Becky—. No quería sonar desagradecida.

—Lo merecía. Es solo un cliché el decirle a alguien que estarás ahí, cuando los dos saben que no lo harás.

—Yo ciertamente no estuve para ti —afirmó Becky. No había necesidad de aclaraciones. Ambas comprendían exactamente a qué se refería.

—Tenías muchas cosas en mente —señaló Caroline.

—Y no éramos precisamente cercanas para ese entonces.

—No como solíamos serlo —reconoció—. Nunca comprendí bien qué sucedió.

—Qué sucedió —repitió Becky—. Tu madre. Tu hermano. Tu madre.

Caroline sonrió.

—¿Cómo está la dama dragón?

—Aún respira fuego.

—Sí. Esa mujer sobrevivirá hasta a Keith Richards. Lo siento, no debería hablar así. Ella *es* tu madre.

—Está bien. Es difícil discutir con la verdad.

Aunque la verdad era que, en demasiados sentidos, Becky era exactamente como su madre. Era testaruda, tendenciosa y rencorosa. Una vez que alguien entraba en su lista negra, allí permanecía.

Ninguna de las dos cedería un centímetro. Mary nunca había perdonado a Becky por persuadir a Steve de fugarse a Las Vegas sin decir una palabra a nadie, hasta que el trato estuvo cerrado. Becky nunca había perdonado a Mary por no haberla recibido en la familia con los brazos abiertos. No había ayudado que ella no hubiera hecho un solo esfuerzo por ganarse a Mary. A Mary le gustaba ser halagada casi tanto como le gustaba guardar rencor, y Becky no le había dado esa satisfacción. Steve, un hombre que se mostraba fuerte, cuya fachada confiada albergaba una sorprendente debilidad en el fondo, había sido partido en dos, su lealtad constantemente debatida entre las dos. El matrimonio estuvo condenado desde el comienzo. El hecho de que hubiera sobrevivido tres años completos después de la ruptura del de Caroline, era una constante fuente de sorpresas para ella.

—Así que, ponme al día —indicó Becky—. ¿Cómo está Michelle?

—Está bien.

—¿Solo bien?

—Es una adolescente. ¿Qué puedo decir?

—¿Las cosas aún están mal con Hunter?

—Seguimos adelante. Al parecer, él está quedando con alguien.

—Estás bromeando. ¿Es serio?

—Según Michelle, así es. Dice que están hablando de matrimonio.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—No tengo sentimientos —mintió Caroline.

—¿Crees que formarán una familia?

—Probablemente. Según entiendo, ella es mucho más joven que Hunter.

—¿Y cómo te sientes con eso? —insistió Becky.

—No puedo hacer nada con el hecho de que ella sea más joven.

—Me refiero a que Hunter forme otra familia.

—Lo sé.

Becky asintió, comprensiva.

—¿Qué hay de ti?

—¿Qué hay de *mi*? —preguntó Caroline.

—¿Estás quedando con alguien?

—Dios, no.

—¿Por qué no? Eres una mujer preciosa. Eres lista. Interesante. Estoy segura de que podrías tener hombres haciendo fila.

—Una fila de hombres es lo último que tengo en mente.

—¿Qué tienes en mente?

—En realidad, intento *no* pensar la mayor parte del tiempo.



—Probablemente sea una buena idea. Entonces, ¿qué haces cuando no estás pensando?

—Como, duermo, trabajo. Lo usual.

—¿Regresaste a la enseñanza?

—Finalmente encontré a alguien tan audaz como para contratarme.

—Has tenido mala suerte.

—Supongo que todos la tenemos. —Caroline miró a la televisión. Su vista se había adaptado a la luz tenue. Pero aún no a las mejillas hundidas de Becky y a su pálida compleción—. Supe que mi hermano estuvo aquí.

—Sí. Lo llamé ayer, después de registrarme. Me registré para desaparecer —dijo con una risa amarga.

—Me sorprende que lo llamaras.

—¿Por qué?

—Bueno, ninguno de los dos era precisamente fan del otro.

—Teníamos que hablar. —Becky se encogió de hombros y su cabeza volvió a caer sobre la almohada—. Le debía eso.

Caroline esperó a que continuara y se sintió casi aliviada cuando no lo hizo. Los asuntos no resueltos que Becky y Steve tuvieran entre ellos no eran cosa suya. Si Becky sentía que le debía una explicación a Steve o una disculpa por desaires reales o imaginarios, ¿quién era ella para discutir? Si aclarar sus conflictos matrimoniales le permitía a Becky descansar en paz, entonces merecía esa oportunidad. Caroline solo esperaba que su hermano fuera lo suficientemente maduro como para escuchar lo que su exesposa tuviera que decir.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, alguien a quien quieras que llame?

—No. Nunca he tenido muchos amigos. Tú eras casi la única.

—Lamento que hayamos perdido el contacto.

—No fue por ti.

Caroline asintió. Becky tenía razón. No había sido Caroline la que se había apartado. Por alguna razón, su amistad había atravesado un bache después del nacimiento de Samantha y se había estrellado e incendiado después de su desaparición, al estar ambas demasiado preocupadas con sus propios problemas como para hacer el esfuerzo necesario para volver a recomponerla.

—Te debo una disculpa —dijo Becky entonces.

—¿Por qué?

—Estaba muy celosa de ti. De tu matrimonio perfecto, tus hijas perfectas, por cómo tuviste a esas bebés. Tenías la vida perfecta.

—No tan perfecta, al parecer.

—No. Lo siento.

—No es por tu culpa —afirmó Caroline, con las mismas palabras de Becky.

Becky cerró los ojos.

—¿Quieres que me vaya y te deje dormir?

—No. Por favor, quédate. Hay cosas que deben decirse.

Caroline permaneció en su asiento, sin decir nada, viendo cómo el pecho de Becky subía y bajaba con cada esforzada respiración.

—No merecías lo que sucedió —soltó después de un largo silencio.

Caroline se encogió de hombros, aunque sabía que Becky no estaba viéndola. Resistió las lágrimas que la amenazaban.

—No solo la desaparición de Samantha, sino todo lo que pasó después. Las sospechas, las acusaciones, la forma en que la prensa te trató...

—No me importa nada de eso.

—Lo perdiste todo; tu matrimonio... tus amigos... —Abrió los ojos—. ¿De qué estoy hablando? Yo te traté mal también. Peor; se suponía que era tu familia.

—Por favor, no te sientas culpable. —Caroline negó con la cabeza y liberó las lágrimas que se habían acumulado.

—Pienso en ella, ¿sabes? En Samantha. No pasa un día sin que imagine ese dulce rostro y me pregunte qué sucedió con ella, cómo resultó ser su vida.

—¿Crees que está viva?

—¿Tú no? —preguntó Becky y se levantó para sentarse.

—No lo sé.

—Ah, Caroline. No debes perder la esperanza. —Becky se extendió para tomar su mano, sus dedos acariciaron los de Caroline—. ¿Quieres saber lo que creo? Creo que Samantha está viva. Creo que está viva, que es hermosa y feliz.

Caroline jadeó, su respiración se atoró en su garganta y bloqueó cualquier otro sonido.

—No creo que se la haya llevado un perverso —continuó Becky y aferró con fuerza la mano temblorosa de ella—. No creo que haya sido asesinada ni vendida a una red de pedofilia, como especulan los periódicos. Creo que quien se la haya llevado estaba desesperado por tener un bebé, al igual que yo, y que la están cuidando y dándole amor.

—¿De verdad crees eso? —Caroline notó cuánto quería creer en lo que Becky estaba diciendo.

—De verdad lo creo.

—Gracias. —Sintió una difusa oleada de esperanza en su pecho.

—No. No me agradezcas.

—¿Agradecer qué? —preguntó Steve desde la puerta.

Caroline se giró hacia la voz. Había sido tomada tan por sorpresa por las palabras de Becky y por el fervor con el que las pronunció que no había escuchado la puerta. Vio a Steve apoyado contra el marco, resplandeciendo con una camisa celeste y pantalones azules.

—Becky cree que Samantha está viva. Cree que la está criando una buena familia que la quiere.

—Bueno, siempre ha sido un poco clarividente, así que esperemos que tenga razón. —Se acercó a la cama de Becky, la besó en la mejilla, después se inclinó para besar a su hermana y susurrar en su oído—: Ha estado diciendo cosas algo extrañas. Intenta no dejar que te altere. —Se levantó, arrastró la otra silla junto a la cama, luego se extendió para recolocar la peluca de Becky—. Así está mejor —dijo con una amabilidad que sorprendió a Caroline.

Qué mal que no mostrase una ternura así cuando estaban casados, pensó. Tal vez si lo hubiera hecho, nunca se habrían divorciado. No tendrían todos esos asuntos sin resolver entre ellos.

—Me alegra que estés aquí —le confió a Caroline—. Le dije a Becky que debía llamarte. Tiene toda esa culpa, cree que te abandonó cuando más la necesitabas —continuó por lo bajo—. Da igual, no estaba seguro de que me escuchara. Nunca solía hacerlo —agregó, hacia Becky. Sonrió, aunque la intensidad de su sonrisa matadora estaba notablemente apagada—. ¿Tienes hambre? —le preguntó a su exesposa.

Becky negó con la cabeza, luego se sobresaltó, con evidente dolor.

—¿Qué te duele? —preguntó Steve.

—Todo. Podéis creer que ya estoy acostumbrada a eso.

—Llamaré a la enfermera —dijo Caroline.

—No —intervino Steve—. Tengo algo que funcionará mejor que cualquier medicación que puedan darte. —Sacó una pequeña bolsa plástica del bolsillo de sus pantalones y la sacudió frente a ellas.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Caroline.

—La mejor de México. —Steve dejó la bolsa en su falda y sacó algunos papeles pequeños de su bolsillo trasero. Fue el turno de Caroline de sobresaltarse, como hacía cada vez que alguien mencionaba México.

—No puedes pensar seriamente en fumar hierba aquí.

—Por supuesto que es en serio. No hay una buena razón para que Becky viva adolorida. No cuando hay una solución simple. —Roció algo de hierba en el papel y lo selló con su lengua.

—Simple e ilegal —protestó Caroline.

—Entonces, deja que me arresten —dijo Becky, con su voz sorprendentemente fuerte, mientras Steve encendía el cigarro y daba una larga bocanada antes de ponerlo en los labios de su exesposa.

Caroline observó a Becky abrir la boca e inhalar profundamente. Luego Steve extendió el cigarro hacia su hermana.

—Vamos —la instó—. Te hará bien.

Caroline dudó antes de tomar el cigarro de su mano extendida. No podía recordar la última vez que había fumado hierba, y decidió que probablemente hubiera sido en la universidad. Hunter

nunca había aprobado la marihuana, aunque no tenía tales reservas con el alcohol, algo que consumía con frecuencia después de que Caroline regresó de Rosarito.

—Entonces ¿qué crees? —preguntó Steve e inspiró antes de regresarlo a los labios de Becky—. Es buena, ¿no es así?

—Es buena —respondió Becky, se recostó sobre la almohada y cerró los ojos.

—Y olorosa —Caroline se levantó de su silla y caminó hasta la ventana, la abrió y empujó el aroma dulce hacia el exterior—. Si alguien entrara...

—Nadie entrará sin tocar.

—Tú lo hiciste.

La respuesta de Steve fue dar otra calada y pasarle el cigarro de vuelta.

—¿Dónde consigues esto, de todas formas? —preguntó su hermana, inhaló profundo y sostuvo el humo en sus pulmones hasta sentir que explotarían.

—Conozco a alguien —respondió Steve.

Caroline asintió, ya comenzaba a experimentar una sensación placentera en la base de su cabeza, como si fuera a separarse de su cuerpo. Steve siempre conocía «a alguien». Desde que eran adolescentes, Steve había logrado encontrar quien lo ayudara a burlar el sistema, ya fuera para comprarle alcohol cuando era demasiado joven, para proveerlo de drogas ilegales o para prestarle el dinero para tener un lugar en un juego de póker de alto riesgo. Y, por supuesto, si las cosas no resultaban del todo de acuerdo al plan, o si se desviaban por completo, siempre estaba su madre para correr al rescate.

Su madre; el mayor «alguien» de todos.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó Steve a Becky cuando ya no quedó nada del cigarro excepto ceniza encendida en sus dedos.

—Ajá —balbuceó Becky, de camino a la inconciencia.

—Es bastante fuerte —afirmó Steve—. Probablemente duerma durante un tiempo. No tienes que quedarte.

—Tampoco tú.

—Por el contrario. Es lo menos que puedo hacer.

*Sí, siempre has sido muy bueno en hacer lo menos*, pensó Caroline, y se preguntó qué había provocado el cambio de su hermano, aunque no se atrevió a preguntar.

—Espero que no te haya alterado demasiado —continuó él—. Sé que no era su intención.

—No lo hizo. De hecho, si algo hizo, fue lo contrario. He estado demasiado concentrada en lo negativo últimamente, obsesionada con todas las cosas malas que pudieron haberle pasado a Samantha. Y ella me dio esperanzas.

—Bueno, entonces es bueno que te llamara.

Becky se estiró y abrió los ojos.

—¿Caroline está aquí? —preguntó, como si no tuviera consciencia de su intercambio anterior.

—Justo aquí —le respondió ella.

—¿Caroline?

—¿Sí?

—Lo siento.

—Lo sé.

—Perdóname —dijo.

—No hay nada que perdonar.

—¿Has escuchado eso? —le preguntó Steve a su exesposa, mientras ella regresaba a la inconciencia—. Caroline dice que no hay nada que perdonar. —La besó tiernamente en los labios, luego regresó a su silla—. Yo soy el que debería estar suplicando perdón. Fui un cabrón.

—Simplemente no erais una buena combinación —dijo Caroline con intención de ser amable.

—Pobre Becky —lamentó él y acarició su brazo con cuidado—. Merecías algo mejor.

*¿No lo merecíamos todos?*, pensó Caroline. Se levantó de su silla y flotó hacia la puerta, con la mente perdida en una nube de drogas. Cuando miró atrás, su hermano estaba inclinado sobre Becky, susurrando palabras suaves en su oído y aún acariciando su brazo.



## El presente

Caroline despertó a la mañana siguiente con dolor de cabeza, resultado de una noche de discusión con Michelle, después de que su altercado se colara en sus sueños. Se levantó de la cama, con la cabeza retumbando con cada paso mientras caminaba al baño y se tragó dos píldoras de algo extrafuerte; luego regresó a la cama. Quedaban restos de sus perturbadores sueños volando fuera de su alcance, tan testarudamente elusivos como la hija que los había provocado. Media hora más tarde, su cabeza seguía palpitando, a tono con el ritmo de su corazón. Pensó en Becky, en cómo había ignorado sus jaquecas hasta que fue demasiado tarde. Se preguntó si ella también podría tener un tumor en crecimiento y si alguien estaría allí para lamentar su pérdida, como Steve lo había hecho con su exesposa. ¿Hunter estaría lleno de remordimientos similares por el mezquino trato que había tenido con ella? ¿Michelle se arrepentiría de sus duras palabras, de sus amargas acusaciones?

*De acuerdo. Suficiente.* Se bañó y se vistió, luego bajó las escaleras, preparó café y recogió el periódico del domingo de la puerta. Estaba sentada en la mesa de la cocina, trabajando en un crucigrama y disfrutando de su tercera taza de café, con la cafeína que compasivamente había reducido la jaqueca a un suave palpitante en sus sienes, cuando Michelle entró en la habitación. Su hija estaba usando leggins negros y un top rosa con la inscripción Track Fitness en gruesas letras negras en el pecho, su pelo recogido en una cola de caballo y atado con un lazo del mismo tono rosado de los cordones de sus zapatillas deportivas. Se sirvió una taza de café y la bebió de pie frente al fregadero.

—Buenos días —dijo Caroline.

—Buenos días.

—No sabía que estabas aquí.

—¿Qué más hay de nuevo?

—Es solo que no te escuché regresar anoche. —La jaqueca de Caroline regresó con toda sus fuerzas.

—No, estabas muerta cuando fui a verte.

—¿Fuiste a verme?

Michelle puso los ojos en blanco mientras terminaba su café y dejó su taza vacía en el fregadero.

—Voy al gimnasio.

—¿No crees que puedes estar excediéndote con el ejercicio? He leído en algún lugar que demasiado ejercicio aeróbico puede acortar tu vida.

—Curioso. Escuché lo mismo sobre la lectura. —Michelle se dirigió a la puerta.

—Michelle, espera. —Caroline la siguió—. ¿Podemos hablar sobre lo que ocurrió anoche?

—Creo que probablemente ya hayamos hablado lo suficiente, ¿no es así?

—Hiciste acusaciones algo fuertes.

—Olvida lo que dije. No tiene importancia.

—*Sí* importa. Debes saber que te quiero, cariño. Más que a nada en el mundo...

—Lo sé —afirmó Michelle—. De verdad que lo sé. Ahora tengo que irme o llegaré tarde a mi clase.

—Espera —repitió Caroline, sin deseos de dejar ir a su hija, pero sin saber qué más decir. Entró a la sala y alzó su bolsa del suelo, donde la había dejado la noche anterior—. ¿Puedes comprar café? Ya casi no queda. —Revolvió el bolso en busca de su cartera, extrajo un billete de veinte dólares y se lo entregó a Michelle—. Espera —volvió a decir cuando su hija estaba por marcharse.

—¿Necesitamos algo más?

—Mi móvil —dijo Caroline mientras revolvía la bolsa con su mano—. ¿Dónde está mi móvil?

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Te lo llevaste? Al llegar a casa anoche...

—¿Por qué me iba a llevar tu teléfono, mamá? —preguntó Michelle mientras balanceaba su peso de un pie al otro—. Probablemente lo hayas dejado en algún lugar...

—No lo he tocado.

—Bueno, tampoco yo.

—Estaba en mi bolso. Olvidé sacarlo cuando subí.

—¿Y eso significa que yo me lo he llevado?

—Devuélveme mi móvil, Michelle.

—Cálmate, mamá —ordenó su hija antes de abrir la puerta y caminar hasta la calle.

Caroline golpeó la puerta tras ella, como Michelle la había golpeado el día anterior. Dejó caer el contenido de su bolso sobre el suelo de pizarra gris, vio su cartera, su peine, su pintalabios, sus gafas de sol y una variedad de pañuelos usados en el recibidor. Ningún móvil.

*Maldita sea, Michelle.*

¿Cómo podría Lili ponerse en contacto con ella entonces? ¿Y si ya había llamado? ¿Y si



Michelle había contestado y repetido su amenaza de llamar a la policía? ¿Lili sabría que esas amenazas no tendrían fundamentos? ¿Se arriesgaría a llamar otra vez? ¿Intentaría volver a llamar a la casa o a su trabajo, como lo había hecho antes?

¿O simplemente se rendiría, decidiría que no valía la pena el esfuerzo y nunca volvería a llamar?

¿Cómo pudiste ser tan estúpida para dejar tu bolso por ahí?, se reprendió a sí misma, recogió las cosas del suelo y las devolvió a su bolso de cuero.

El teléfono sonó.

—¿Lili? —preguntó en voz alta, después de levantarse, correr a la cocina y golpearse la cadera contra el picaporte de latón de un cajón mientras tomaba el teléfono y lo llevaba a su oído—. ¿Lili?

—¿Caroline? —preguntó una voz masculina.

—¿Quién es? —La voz era ligeramente familiar, aunque Caroline no podía identificarla.

—Soy Jerrod Bolton.

—¿Quién?

—Jerrod Bolton —repitió el hombre con una risa—. Sé que ha pasado mucho tiempo...

—Jerrod Bolton —repitió Caroline y una imagen se formó lentamente en su mente—. Jerrod Bolton —volvió a decir, con su rostro claro esta vez, aunque él parecía tan insulso como la última vez que lo vio junto a su glamurosa esposa en México. ¿Por qué estaba llamando?—. Jerrod, por Dios. Es una sorpresa. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Me preguntaba si podríamos vernos para almorzar.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Veo que no perderemos el tiempo con rodeos. —Él se rio.

—¿Por qué quieres que nos veamos para almorzar? —insistió—. ¿Hay algún problema?

—Hay algunas cosas que me gustaría discutir contigo —dijo, después de una breve pausa.

—¿Como qué?

—Preferiría no hablar de ellas al teléfono.

—Suena a algo malo.

—Lo siento. No era mi intención. Es solo que me he enterado de algunas cosas que creo que podrían interesarte.

—¿Qué clase de cosas?

—La clase de cosas que uno no discute por teléfono. ¿Podemos vernos?

—¿Hunter sabe que estás llamándome?

—No. Y preferiría que no le dijeras nada, al menos por el momento.

—No lo entiendo.

—Me sentiría feliz de explicarlo. En el almuerzo. Hoy, si estás disponible.

—¿Dónde?

—En Darby's, en Sunset Cliffs. ¿Como a las doce?

Caroline repitió las palabras de él en su mente para intentar encontrarles sentido. ¿Por qué querría verla después de tantos años? ¿Por qué no querría que Hunter lo supiera? ¿De qué podría haberse enterado que podría interesarle a ella?

—¿Caroline, sigues ahí?

—Darby's, en Sunset Cliffs —repitió—. A las doce en punto.



Darby's era el típico restaurante frente al mar del sur de California: amplio, casual, aireado y acogedor. Paredes claras, suelos de madera oscura, un pez espada gigante en una pared, media docena de pantallas de televisión colocadas estratégicamente, que transmitían un interminable flujo de vídeos de surf, un bar gigante en el centro de la estancia lleno de preciosas jóvenes vestidas con diminutos vestidos negros que apenas cubrían sus firmes y tonificadas retaguardias.

Caroline se acercó a la recepción y miró el restaurante que ya estaba lleno de platos de almuerzo. No vio a nadie que se pareciera a Jerrod Bolton, aunque se recordó a sí misma que habían pasado quince años desde su último encuentro y que él no era muy memorable para empezar.

Intentó no pensar en las posibles cosas que podría haber descubierto en ese tiempo que fueran de interés para ella, aunque esas especulaciones inevitablemente resultaban equivocadas. Siempre se trataba de lo que *no* había pensado, de la posibilidad que *no* había considerado. ¿Cuántas veces le había dicho Hunter que dejara de preocuparse por lo que *podría* ser y que se concentrara en lo que *era*, que olvidara las suposiciones y tratara estrictamente con los hechos? Y el hecho era que no había visto a Jerrod Bolton o a su mujer en quince años. Así que ¿por qué quería verla entonces? ¿Qué podría tener él para decirle que la beneficiara?

—¿Puedo ayudarla?

Caroline miró a la mujer baja, pero curvilínea, con pelo negro por la cintura y labios color borgoña que estaba sonriéndole, expectante.

—Estoy buscando a Jerrod Bolton —anunció—. Creo que tiene una reserva...

—Ah, sí. El señor Bolton. Está en el patio. Por aquí.

Caroline siguió a la joven mientras se abría camino con sus tacones altos, a través de mesas demasiado cercanas entre sí, desde el salón principal hasta el patio en la parte trasera.

—Caroline —escuchó llamar a un hombre sobre el sonido de las olas del océano, la autoridad de su voz más fuerte que los chillidos de las gaviotas que daban vueltas por la arena—. Por aquí.

Jerrold Bolton estaba de pie debajo de una sombrilla azul, con un pie dentro y otro fuera de su silla de plástico blanco, saludándola. En los años desde la última vez que lo vio había ganado algunos kilos y perdido casi todo su pelo, el brillo de su cabeza casi pelada acentuado por el estridente naranja floreado y blanco de la camisa Tommy Bahama que vestía. Más allá de eso, era tan insulso como siempre, decidió Caroline mientras se acercaba a él. Si no hubiera estado esperando verlo, dudaba haberlo reconocido. Era extraño: él había sido parte del peor y más difícil momento de su vida, y de todas formas podría habérselo cruzado por la calle miles de veces durante los últimos quince años y no haberlo sabido.

—Estás tan guapa como siempre —afirmó él cuando ella se acercó. La tomó de las manos y la impulsó para besarla en ambas mejillas—. Como lo hacen los franceses —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo has estado? —preguntó Caroline al sentarse.

—Increíble. Buena salud. El negocio va bien. No puedo evitar mencionar lo bien que estás. De verdad. No has cambiado nada.

Ella apenas se había puesto maquillaje y un vestido de verano sin forma. La humedad estaba haciendo un caos en su pelo.

—Dudo que eso sea verdad.

—Es verdad. Confía en mí.

*¿Por qué debería confiar en ti?*, pensó.

El camarero llegó.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó Jerrod.

Caroline se encogió de hombros. Normalmente no bebía por la tarde y no sabía mucho de vino.

—¿Qué te parece champán? —propuso él y no esperó su respuesta para ordenar una botella de Dom Pérignon. Caroline sabía menos sobre champán de lo que sabía de vinos, pero sabía que el Dom Pérignon era una de las más caras que podía pedir.

—¿Estamos celebrando algo?

—Podrías decir que sí.

—¿Y qué dirías *tú*?

—Que comer con una mujer guapa es razón suficiente para una celebración. —Él sonrió. ¿Estaba intentando conquistarla? ¿Por esa razón la había llamado?

—¿Cómo está Rain? —preguntó intencionadamente.

—Siempre aguda —respondió Jerrod con una sonrisa—. Y casi tan agradable.

—¿Disculpa?

—Estamos separados.

—Ah. —Caroline volvió a hundirse en su silla.

—Pareces sorprendida.

—Supongo que lo estoy. Parecía locos el uno por el otro.

—Yo estaba loco por *ella*. Ella solo estaba loca. —Guiñó el ojo.

—Lo siento —dijo Caroline e ignoró el guiño. A pesar de que ella y Rain nunca habían sido cercanas, no tenía interés en estar allí sentada escuchando cómo difamaban a la mujer. Había escuchado suficiente cuando Steve y Becky estaban atravesando su divorcio—. Suena como si estuvieras pasando unos momentos difíciles.

—Admito que no ha sido fácil.

¿Por eso la había llamado? ¿Porque necesitaba un hombro en el que llorar? ¿No tenía a nadie más en quien confiar?

El camarero regresó con su champán, la descorchó con experticia y eficiencia y sirvió dos copas.

—Por los nuevos comienzos —brindó Jerrod y chocó su copa con la de ella. Caroline se llevó la copa de mala gana a los labios, bebió un trago y sintió el cosquilleo de las burbujas en la punta de su nariz.

—Discúlpame, Jerrod, no quiero ser maleducada, pero ¿por qué estoy aquí?

—¿Nunca has visto un reencuentro de dos viejos amigos?

—No te he visto en quince años —le recordó Caroline—. Incluso entonces, eras más amigo de Hunter que mío.

—Sí, bueno, eso es pasado.

—¿Qué es pasado?

—Realmente no tienes ni idea de lo que estoy hablando —dijo Jerrod, más como afirmación que como pregunta. Después bebió otro trago de champán.

—En realidad, no.

El camarero se acercó con el menú.

—¿Te importa si pido por los dos? —preguntó Jerrod—. Tienen la ensalada de gambas más increíble. Creo que te encantará.

Caroline asintió y sintió que su apetito desaparecía. Si así se había comportado Jerrod durante su matrimonio, entonces todo su apoyo estaba en el lado de Rain. Era un misterio que su unión hubiera sobrevivido tanto tiempo.

—Dos ensaladas de gambas. Y quisiéramos algo de pan, por favor. Gracias.

—Dijiste al teléfono que recientemente te habías enterado de algunas cosas que podrían interesarme —recordó Caroline tan pronto como el camarero se retiró.

—Absolutamente cierto.

—¿Me vas a decir cuáles son o me harás adivinar?

—Es sobre tu antiguo marido y mi futura exesposa.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Aún no lo has adivinado?

—No soy buena con las adivinanzas.

—Ellos tuvieron una aventura —dijo como un hecho.

—Ellos tuvieron una aventura —repitió Caroline mientras intentaba no reírse. El hombre había perdido la cabeza. Hunter siempre había parecido ignorar el evidente encanto de Rain. E incluso en el improbable caso de que él y Rain *hubieran* estado involucrados, ¿qué diferencia tenía para ella entonces? Ya no era esposa de Hunter. Las otras mujeres ya no eran su problema. Diana era con quien Jerrod debía estar hablando. Hunter era su dolor de cabeza entonces.

El camarero dejó una panera en su mesa.

—Prueba el pan de aceitunas —le indicó Jerrod—. Es el mejor en la ciudad. —Tomó una rebanada y la untó con mantequilla—. De verdad creí que lo sabías, o que al menos lo sospechabas.

—¿Cuándo exactamente se supone que ocurrió esta aventura?

—Hace quince años.

—¿Hace quince años? —Caroline sintió que un adormecimiento se abría camino hacia la boca de su estómago.

—Y no hay nada de «supuesto» en esto. Rain admitió todo el sórdido asunto. Francamente, creo que estaba aliviada de sacar al fin eso de su pecho. Un pecho que, debo admitir, echaré de menos profundamente.

Caroline sintió que el adormecimiento comenzaba a expandirse por su cuerpo. Sabía que Hunter la había engañado repetidamente después de la desaparición de Samantha, pero nunca, ni en sus más locas fantasías, había pensado que uno de esos romances había sido con Rain.

—¿Quieres decir, después de que regresáramos de México?

—Después. Antes. *Durante*. —Jerrod metió la rebanada de pan de oliva en su boca y masticó vigorosamente.

El adormecimiento alcanzó los pulmones de Caroline. No podía respirar.

—Espera. ¿Estás diciendo que estaban acostándose *mientras* estábamos en Rosarito?

—Feliz aniversario. —Levantó su copa para brindar, luego la dejó en la mesa de inmediato—. Lo siento. No quería ser elocuente. No lo mereces. Claramente estabas tan ciega como yo.

—¿Y Rain simplemente soltó todo esto?

—Soltó mucho más que eso. Como dije, creo que estaba aliviada de confesarlo finalmente.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que mientras estábamos en México, ella y Hunter estaban juntos siempre que tenían oportunidad, que incluso se habían escapado durante tu cena de aniversario, que estaban dándole duro mientras tu esposo supuestamente estaba viendo a Samantha...

Un extraño grito escapó de los labios de Caroline.

—No iba a decírtelo. Agua bajo el puente y todo eso. ¿Qué bien podría hacer que supieras esto

después de tanto tiempo? Pero, con todas las noticias recientes, no podía apartarte de mi cabeza. Sé que no cambia nada, pero supongo que creí que tenías derecho a saberlo.

—Tengo que irme. —Caroline se levantó de un salto.

—¿Qué? No, espera. No has comido. Pensé que podríamos caminar por la playa más tarde, tal vez ver una película...

Caroline lo miró, incrédula.

—Maldito bastardo —susurró y salió corriendo del patio.

Jerrod podía tener razón con respecto a Hunter y Rain, pero si lo que decía era verdad, se equivocaba al decir que eso no cambiaba nada.

Lo cambiaba todo.



## Cinco años atrás

El teléfono estaba sonando, una interrupción para la pesadilla en la que Caroline estaba siendo perseguida a través de un corredor oscuro, por un hombre con un casco de hockey y un enorme cuchillo de carnicero.

«Mierda», exclamó, se sentó en la cama e intentó orientarse a su alrededor. Estaba en su habitación, en su cama, con el olor a palomitas rancias en el aire como colonia barata. Estaba oscuro, a excepción de la luz que llegaba del televisor en la pared opuesta. En la pantalla, una mujer aterrorizada era perseguida a través de un campo de maíz por un lunático con cuchillo. El reloj digital junto a su cama indicaba 01:35.

—Noche de miedo *continuará en un momento* —anunció una voz incorpórea desde la televisión mientras Caroline la silenciaba y alcanzaba el teléfono, con el corazón acelerado y la adrenalina bombeando. Ser perseguida por un psicópata con cuchillo nunca era algo bueno; y las llamadas a la medianoche eran casi tan malas como eso.

—¿Hola?

—Será mejor que vengas —dijo Hunter.

—¿Qué ocurre?

—Es Michelle. Ella...

—Ay, por Dios.

—Tranquila —indicó su exmarido con la voz inmediatamente suavizada—. Ella está bien.

La mente de Caroline se esforzó por concentrarse, por poner los eventos de la noche en alguna clase de orden. Era sábado por la noche; Michelle estaba en una fiesta; Caroline había pasado la noche sola, viendo películas de terror en la cama, con un tazón de palomitas caseras sobre su falda. En algún momento de la carnicería sin fin, obviamente se había quedado dormida. Michelle obviamente se había pasado de su límite de la una. ¿Qué estaba haciendo en el apartamento de Hunter?

—No lo entiendo —dijo. Su mente no lograba encontrarle sentido a la situación, su cabeza amenazaba con explotar.



—Está borracha.

—¿Qué?

—Será mejor que vengas.

Caroline miró su camión manchado de mantequilla, luego de regreso al reloj. Era tarde. Estaba en la cama. Michelle estaba ilesa. El hecho de que su hija de quince años hubiera estado bebiendo era preocupante, pero no era exactamente una emergencia médica.

—¿No puede quedarse allí esta noche? La buscaré a primera hora mañana.

—Ahora —ordenó Hunter y colgó el teléfono. Caroline miró el tubo en su mano.

*Enseguida, mi capitán.* De mala gana, se deshizo de sus sábanas y se levantó de la cama. «¿Cuál es la maldita urgencia?», balbuceó mientras se ponía un par de vaqueros y se cambiaba el camión por una camiseta suelta de color gris. Estaba casi en la puerta, con las llaves en la mano, cuando se dio cuenta de que no sabía a dónde debía ir.

—No sé tu dirección —le dijo a Hunter al teléfono momentos más tarde.

Afortunadamente, había poco tráfico a esa hora y Caroline se encontró pronto en el antes temeroso, pero ahora moderno vecindario del centro, conocido como Gaslamp Quarter, y sus ojos recorrieron las hileras de preciosos edificios victorianos, bien restaurados, en busca de la dirección de su exmarido. Cuando estaban casados, Hunter nunca hubiera considerado vivir en ese lado de la ciudad, lleno como estaba de tiendas de tatuajes, de pornografía y edificios de apartamentos al borde del colapso. Pero la última década había visto a esas viejas monstruosidades ser reemplazadas por nuevas y relucientes galerías de arte, boutiques y restaurantes elegantes. Se había convertido en el lugar de moda para estar y ser visto, así que era natural que Hunter recientemente hubiera comprado un piso allí. Caroline abrió la ventana de su coche e inhaló el fresco aire de la noche. Incluso casi a las dos de la madrugada todavía podía escucharse música en los clubes cercanos y el resonar de una sola guitarra eléctrica que se colaba en la calle como un corazón errante.

Encontró la dirección de Hunter y aparcó en el primer lugar disponible, que estaba a casi una calle de distancia. Era octubre y soplaba una suave brisa del océano. Probablemente debió haberse puesto una chaqueta antes de salir de la casa, pensó mientras caminaba de prisa por la acera. Pero Hunter parecía muy apurado. ¿Cuál era el apuro, por el amor de Dios? ¿Por qué estaba tan nervioso por sacar a Michelle de su apartamento?

Estaban esperándola en el recibidor de color rosa, Hunter estaba atractivamente desaliñado en un par de vaqueros ajustados y una camiseta blanca; Michelle tenía mal aspecto, su pelo largo y despeinado cubría casi todo su cara a excepción de los ojos, ojos que estaban mirando con abierta hostilidad a su madre.

—¿Estás bien? —le preguntó Caroline. Ignoró a Hunter, cuyos pies notó que estaban descalzos.

—Llévala a casa y a la cama —dijo Hunter, como si la condición de Michelle fuera culpa de

Caroline de alguna forma.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Es tarde —respondió él y se giró hacia los ascensores—. Hablaremos mañana.

—Hunter...

—¿Podemos ir a casa? —suplicó Michelle.

Caroline observó a Hunter entrar y esperar el ascensor, luego guio a su hija fuera del recibidor y por la acera; Michelle sacudió el brazo de su madre de sus hombros tan pronto como llegaron a la acera. Al mirar atrás hacia el edificio de Hunter mientras caminaban hacia el vehículo, Caroline vio una sombra asomada detrás de unas cortinas a unos pisos de altura. ¿Acaso Michelle había causado tanto alboroto que había despertado a los vecinos de Hunter? ¿Por eso había deseado tanto deshacerse de ella?

—No soy inválida —protestó su hija cuando intentó ayudarla a subir al coche.

—No, tienes quince años y estás borracha —respondió Caroline, incapaz de seguir conteniendo su enfado—. ¿Qué demonios ha pasado esta noche?

Michelle se hundió en su asiento y no dijo nada.

—¿Qué ha pasado? —insistió Caroline, encendió el motor y arrancó el coche—. ¿Qué estabas haciendo en casa de tu padre? Y ponte el cinturón de seguridad —agregó cuando comenzó a sonar la alerta de seguridad del vehículo.

Michelle arrastró su cinturón sobre el amplio escote de su ajustada blusa azul.

—Eso no es lo que vestías al salir de la casa —dijo Caroline al recordar la modesta blusa negra que su hija llevaba antes—. Comienza a hablar, Michelle. ¿Qué está sucediendo?

Michelle gruñó.

—Esa no es una respuesta.

—¿Quieres respuestas? —Michelle se enderezó en su asiento—. Bien, te daré respuestas. ¿Sabías que papá y Diana habían puesto fecha?

—Esa es una pregunta, no una respuesta —contraatacó Caroline, que luchaba por mantener el control.

—Y que ella tiene veintiuno.

—Las novias de tu padre no son de mi incumbencia. —*Santo Dios, ¿veintiuno?*—. Tampoco es lo importante ahora.

—¿Escuchaste lo que te he dicho? Están comprometidos. Se casarán en junio.

—Una vez más, no es de mi incumbencia.

—Así que ¿no te molesta que él vuelva a casarse?

—No es precisamente algo inesperado.

—¿O que planeen celebrar una gran boda con más de doscientos invitados y al menos diez damas de honor?

—¿Ellos te han dicho eso?

—No exactamente.

—¿Cómo exactamente?

—Los oí.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Antes de que supieran que estaba allí.

—No lo entiendo. ¿Cómo es que no sabían que estabas allí? ¿Estás diciendo que te escondiste en el apartamento de tu padre?

Michelle se encogió de hombros, apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

—Ah, no —la regañó Caroline—. Nadie dormirá aquí hasta que llegemos al fondo de esto. Ahora empieza por el principio —ordenó—. Fuiste a una fiesta en casa de Chloe. Te emborrachaste.

—No estaba borracha. Solo me tomé algunas copas.

—¡Tienes quince años! No deberías beber en absoluto. ¿Dónde estaban los padres de Chloe?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Me dijiste que estarían en casa.

—Bueno, sí, mentí. Supongo que debiste comprobarlo.

—Supongo que debí haberlo hecho. Puedes agregarlo a mi lista de faltas.

—Sí, pobre de ti.

—Solo que esto no se trata de mí. Se trata de ti.

—Lo sé. Lo sé. Soy una hija terrible y una persona terrible...

—Nadie ha dicho que eres una persona terrible *ni* una hija terrible.

—No tienes que decirlo. Puedo sentirlo. Lo siento cada maldito día.

Caroline detuvo el coche en medio del camino y se giró en su asiento para enfrentarse a Michelle.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que no sé la decepción que soy para ti? Dios, no hay dudas de por qué bebo.

—¿Estás diciendo que es mi culpa que te emborracharas?

—Por supuesto que no es tu culpa. Nunca nada es tu culpa.

—Maldita sea. —Detrás de ellas, un vehículo comenzó a tocar la bocina. Caroline miró su espejo retrovisor—. ¿De dónde ha salido?

—Es el centro en una noche de sábado, mamá. No eres la única persona en la calle.

Caroline volvió a arrancar el vehículo y aparcó junto a la acera, luego apagó el motor.

—¿De verdad? —gimió Michelle—. ¿Vamos a hacer esto ahora?

—Vamos a hacer esto ahora —afirmó su madre, con la pregunta de su hija como respuesta.

—No me encuentro bien. Solo quiero ir a casa.

—Entonces dime qué hacías en casa de tu padre.

—La fiesta de Chloe era aburrida, así que con un grupo decidimos ir a Maxie.

—¿Quién es Maxie?

—No es quién. Es qué. —Michelle puso los ojos en blanco, como para decir *¿Es que no sabes nada?*—. Es un club. —Señaló en su dirección—. A unas calles.

—¿Cómo entraste? Tienes quince años.

—Sé la edad que tengo. No tienes que estar repitiéndolo. —Esta vez, además de sus ojos en blanco, giró toda su cabeza—. Tengo un carné falso.

—¿Tienes un carné falso?

—Todos tienen uno.

—No todos lo tienen. Yo no lo tengo.

—Porque tú no lo necesitas —afirmó Michelle, como si eso lo explicara todo—. Eres mayor, por favor.

—De acuerdo, es suficiente.

—¿Quieres escuchar el resto de la historia o no?

Caroline no dijo nada. Enseñó la palma de su mano derecha, como para indicarle que continuara.

—Fuimos a Maxie. Estábamos bailando. Hacía calor. Comencé a sentirme algo mareada, así que me fui. El apartamento de papá estaba a la vuelta de la esquina y pensé que podría quedarme allí esta noche. Planeaba llamarte. *Para que no te preocuparas* —enfaticó—. Tengo una llave, como te dije. Así que entré. Estaba entrando de puntillas, porque no quería despertarlo en caso de que estuviera durmiendo, y entonces los escuché.

—¿Escuchaste a tu padre y a... a Diana hablando de su boda?

—Sí. Bueno, al principio no. Al principio solo los escuché, tú sabes... gimiendo y esas cosas. *Mierda*, pensó Caroline e intentó no recordar la variedad de sonidos que Hunter solía hacer cuando se acostaban.

—Luego Diana dijo algo como: «¿Será así de bueno cuando estemos casados?» y papá dijo «Incluso mejor». Y creo que ahí debe haber sido cuando vomité.

—¿Vomitaste?

—Ahí fue cuando se dieron cuenta de que estaba allí.

—¿Vomitaste? —repitió Caroline mientras resistía la urgencia de lanzar sus brazos alrededor de Michelle y llenar su cara de besos.

—Papá enloqueció.

—Estoy segura de que lo hizo.

—Saltó de la cama y comenzó a correr por la habitación como un loco. Diana estaba gritándole que se pusiera algo de ropa, porque obviamente olvidó que estaba desnudo. Da igual, fue entonces

que te llamó y te dijo que vinieras por mí. ¿De acuerdo? ¿Estás satisfecha ahora?

—Sí —respondió y reprimió una risa antes de que pudiera escapar de sus labios. *Muy*.

—¿Podemos ir a casa?

—¿Realmente solo tiene veintiuno?

—Creo que está más cerca de los treinta. ¿Podemos por favor ir a casa ahora?

—Te quiero —dijo Caroline y volvió a encender el motor.



Michelle seguía dormida al mediodía siguiente, cuando Hunter llamó para hablar de lo ocurrido y disculparse por su comportamiento.

—Entiendo que vas a casarte —dijo Caroline. Un segundo de silencio, luego:

—Iba a decírtelo...

—¿Has fijado una fecha?

—Diecinueve de junio. Creí que era mejor esperar un poco. Hasta que las cosas se calmaran.

Ella sabía que se refería a la catarata de artículos que probablemente comenzaran a aparecer en las semanas próximas, historias que marcaran la llegada del décimo aniversario de la desaparición de Samantha. *El que sería su vigésimo aniversario de boda si siguieran casados*, pensó. Los periodistas estarían ansiosos de lanzarse sobre cualquier cuento nuevo, por menor relación que tuviera con el evento original. Cuando Hunter y Caroline se divorciaron, llegaron a la columna central de cada revista nacional. El matrimonio de él con una mujer más joven ciertamente agregaría más leña a lo que ya era un fuego desmedido.

—Lo siento —volvió a decir él antes de que Caroline cortara la comunicación.

Ella no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas colándose entre sus labios. Las secó con el dorso de su mano y buscó un pequeño anotador que tenía junto al teléfono de la cocina con la otra mano. «He ido a Nicola», escribió, en referencia a la pequeña tienda a unas pocas calles en donde compraba algunas veces a pesar de sus precios desorbitantes.

«Si quieres saber los precios que tendrán las tiendas en el futuro», había bromeado Peggy una vez, «haz las compras en Nicola hoy».

«Vuelvo enseguida», agregó en la nota.

*No es que necesitaran nada*, pensó Caroline mientras caminaba por la calle. Solo necesitaba salir de la casa. Y le haría bien el ejercicio. No pudo evitar notar lo bien que estaba Hunter aún, en la buena forma en que se había mantenido, mientras que ella se había dejado estar un poco, primero dejó vencer la inscripción del gimnasio al que solían ir juntos, después abandonó la máquina para correr que solía tener en su vestidor y que solía usar a diario y no se molestó en

reemplazarla cuando dejó de funcionar.

Entró a Nicola, agarró una pequeña cesta de plástico verde de su lugar junto a la puerta y comenzó a caminar por los pasillos. Se detuvo frente a los alimentos frescos, alzó un aguacate y midió mentalmente su madurez.

—¿Todo va bien? —escuchó preguntar a alguien.

Caroline se giró y se encontró frente a frente con un apuesto hombre de alrededor de cuarenta años. Bueno, no exactamente apuesto, decidió al analizar el ralo pelo rubio que caía sobre sus ojos color castaño claro y las profundas arrugas que rodeaban su boca demasiado grande, todo un poco fuera de lugar. Aun así, seguía teniendo algo atractivo en él.

—¿Disculpe?

—Aferra ese aguacate con mucha fuerza —dijo—. ¿Tiene algún problema?

Caroline dejó rápidamente el aguacate en su canasta.

—Supongo que me he perdido durante unos minutos. Lo siento. —¿Por qué estaba disculpándose? No conocía a ese hombre. No le debía una explicación, mucho menos una disculpa.

—No tiene que disculparse —afirmó él, como si leyera su mente—. Parece saber de alimentos frescos —agregó con una sonrisa—. Tal vez pueda ayudarme. —Extendió un melón en dirección a ella—. Nunca sé si están maduros o no.

¿Estaba coqueteando con ella?

—¿Está pidiéndome que sienta su melón? —preguntó, sorprendida por el tono provocador en su voz. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había tenido esa clase de trato con un hombre. Desde Hunter. Y él estaba a punto de casarse. Con una mujer al menos una década menor. Una mujer con la que se había estado acostando cuando su inadvertida hija de quince años entró inesperadamente y vomitó en su puerta. Y Caroline no se había acostado con nadie en ocho años. No había ni siquiera mirado a otro hombre desde que Hunter se fue. ¿Qué tan justo era eso?

—¿Por qué no empezamos por una taza de café? —propuso el hombre—. Mi nombre es Arthur Wainwright, por cierto.

—Caroline —respondió ella y evitó deliberadamente mencionar su apellido. Dejó su cesta sobre una pila de tomates de invernadero y siguió al hombre de la tienda hasta el Starbucks de la esquina sin decir otra palabra.



## El presente

«¡Hijo de puta!», estaba gritando Caroline al conducir por Boulevard Mission hacia el exclusivo vecindario de La Jolla. «¡Hijo de puta!». Golpeó el volante con la palma de su mano y lo hizo rugir en protesta, luego usó el dorso de su mano para secar las lágrimas que habían estado cayendo por sus mejillas desde que dejó a Jerrod Bolton de pie con la boca abierta junto a su mesa en el patio de Darby's. «¿Cómo pudiste hacer esto, miserable hijo de perra?».

Miró a un lado y vio que el conductor del coche junto a ella la miraba con una combinación de preocupación y miedo.

—Ocúpate de tus propios asuntos —le gritó a través de la ventana cerrada de la puerta del acompañante, y él rápidamente miró para otro lado.

¿La había reconocido? ¿Leería algo sobre su extraño comportamiento en los periódicos del día siguiente? ¿Estaría incluso haciéndole fotografías a escondidas con su teléfono móvil, fotografías que empapelarían la Internet a la mañana siguiente? «La madre de la niña desaparecida, Samantha Shipley, sufre una crisis nerviosa en mitad de una autopista congestionada».

«No puedo creerlo», balbuceó, aumentó la velocidad y se desvió al carril derecho cuando Boulevard Mission se convirtió en Boulevard La Jolla, atenta a la salida. «No puedo creerlo».

¿*Qué es lo que no puedo creer?*, se preguntó a sí misma en ese instante. ¿Que Hunter la hubiera engañado? Eso era un chiste. Por supuesto que Hunter la había engañado. Muchas veces y con muchas mujeres distintas. Pero ¿con Rain? ¿Realmente Hunter la había engañado con una mujer a la que había calificado como ligera, de la que había dicho en más de una ocasión que «un poco de ella es más que suficiente»? ¿*Cuánto de poco?*, se preguntó entonces. ¿Exactamente qué tan lejos había llegado?

«Claramente todo el camino», le anunció a su sorprendido reflejo en el espejo retrovisor. Así que *sí* creía que Hunter podía haber dormido con Rain. ¿Cómo pudo no haberlo sospechado antes? Pensó en esa noche en el restaurante de su hotel en Rosarito y recordó que Hunter y Rain se habían disculpado para levantarse al mismo tiempo, Rain para buscar un jersey, Hunter para ver a sus hijas. Su mente los vio tomar caminos separados en la entrada del restaurante, aunque ese engaño



pudo haber sido representado fácilmente y remediado con igual facilidad. Los vio regresar aproximadamente quince minutos más tarde y con apenas minutos de diferencia, Hunter supuestamente retrasado por un ascensor demorado, Rain porque había tenido que deshacer toda su maleta para encontrar su jersey.

Solo que Rain no había estado deshaciendo la maleta y Hunter no había estado viendo a las niñas. En su lugar habían estado juntos, haciéndolo como adolescentes calientes, mientras alguien estaba entrando a la suite de Caroline y desapareciendo con su bebé. Y Hunter no había dicho una palabra. Ni a la policía. Ni a ella. Ni entonces. Ni durante quince años. ¿Qué más no le había dicho?

«¡Maldito seas, Hunter! ¡Vete al infierno!».

Salió de Boulevard La Jolla en la calle Torrey Pines y apenas notó el Parque Natural La Jolla al pasar rápidamente por el frondoso enclave. No notó el móvil policial al lado del camino, no registró la presencia del oficial hasta que estuvo en una abierta persecución, no se dio cuenta de que las sirenas que resonaban se dirigían a ella hasta que vio las luces rojas en su espejo y vio al oficial uniformado adelantarse a ella y ordenarle que se detuviera junto a la acera.

—¿Tiene idea de la velocidad a la que iba? —le preguntó cuando Caroline bajó la ventanilla.

—Lo siento —respondió ella—. No me di cuenta...

—Licencia y registro —ordenó.

Caroline alzó su bolsa del asiento del acompañante y buscó su cartera adentro, luego la extendió en dirección al policía, que lucía sorprendentemente joven debajo de su casco.

—Sáquelas de su cartera, por favor.

—Ah. Lo siento. —Tuvo dificultades para abrir su cartera e incluso más para extraer su licencia, sus dedos temblorosos se rehusaban a cooperar. Respiró profundamente, dejó la cartera sobre su falda y luego volvió a intentarlo.

—¿Está nerviosa por algo? —preguntó el oficial, con tono acusatorio.

Caroline negó con la cabeza, se disculpó otra vez. Desde su experiencia con las autoridades mexicanas, en donde la habían acusado de ser cómplice en la desaparición de su hija, había sufrido de una terrible ansiedad siempre que se encontraba cerca de oficiales de policía. Su corazón se aceleraba, sus manos sudaban, su respiración salía en bocanadas cortas y dolorosas.

—Aquí —dijo finalmente al lograr liberar su licencia y registro de su confin plástico. El oficial comparó su rostro con el de la fotografía y se detuvo un momento en su nombre.

—¿Usted es Caroline Shipley? —preguntó. *¿Usted asesinó a su hija?*

Caroline miró para otro lado, incapaz de responder.

—¿Señora?

—Sí, soy Caroline Shipley.

—Iba a diez kilómetros por encima del límite —le dijo él.

—Diez kilómetros —repitió ella, ausente.

—¿Ha estado bebiendo?

—¿Bebiendo? No. —El oficial insistiría en hacerle una prueba de alcoholemia y el mínimo trago que había bebido de la champán más temprano sería registrado. ¿Qué diría él si ella se rehusara a cooperar? ¿La llevaría detenida, como había sucedido con Michelle apenas meses atrás? Podía ver los titulares: «Madre de la desaparecida Samantha Shipley arrestada por conducir ebria». O peor: «Todo queda en familia: Madre y hermana de la desaparecida Samantha Shipley enfrentan cargos por conducir bajo la influencia del alcohol».

—Por favor, permanezca en el vehículo —ordenó el oficial para regresar a su móvil y transmitir la información a la central—. Me temo que esto tendrá un precio —anunció al regresar. Le devolvió su licencia y registro junto con una multa de trescientos dólares por exceso de velocidad—. ¿Le importaría decirme por qué iba tan apresurada?

*Iba apresurada por confrontar a mi exmarido en relación a su aventura con la esposa de su antiguo socio de negocios, una mujer que supuestamente estaba acompañándonos en la celebración de nuestro décimo aniversario cuando, todo el tiempo, en realidad estaba acostándose con mi marido. De hecho, ella estaba acostándose con él cuando él supuestamente estaba viendo a nuestras hijas, posiblemente estuviera encima de él incluso en el momento preciso en que mi hija menor era retirada de su cuna y secuestrada. E iba tan apresurada porque ya se ha perdido demasiado tiempo como resultado de sus mentiras, mentiras que él le dijo a la policía, que le ha estado diciendo al mundo durante quince años.*

—Solo daba un paseo —dijo en su lugar. El oficial suspiró.

—Bueno, baje la velocidad. No querrá matar a nadie. —¿Usted asesinó a su hija?

Caroline arrojó la multa, junto con su licencia y registro, dentro de su bolso. Las devolvería a su lugar en su cartera cuando sus manos dejaran de temblar.

—Gracias —le dijo al policía al no poder pensar en nada más.

Él se hizo a un lado, ella arrancó el vehículo, regresó al camino y observó al oficial por su espejo retrovisor mientras regresaba a su vehículo. ¿Él sabía quién era ella o su ceño fruncido sería indiscriminado, el que usaba con todos los conductores descuidados?

«Maldito seas, Hunter Shipley», dijo al presionar el acelerador, con cuidado de mantenerse dentro del límite establecido al continuar hacia la nueva casa de Hunter. «Todo esto es tu culpa. Debería darte la maldita multa».

La calle Torrey Pines giró en dirección al camino Torrey Pines, sus magníficas mansiones con vista al océano. Siempre había sido el sueño de Hunter tener una propiedad allí, en lo que los residentes de La Jolla llamaban la «joya» de San Diego. Y entonces, gracias a una combinación de trabajo duro y una joven esposa rica, allí estaba. *Algunos sueños se hacen realidad*, pensó con remordimiento al aparcar su coche frente a la casa ultra moderna de dos plantas de madera y

cristal, y después apagó el motor.

«Maldito seas, Hunter», susurró al salir del vehículo y repitió las palabras en silencio mientras corría por la entrada de piedra hacia la enorme puerta de madera de roble.

Tocó el timbre, luego golpeó la puerta con la cola de su llamador en forma de delfín de bronce.

«Date prisa, miserable hijo de puta».

Repentinamente se le ocurrió que él podía no estar en casa. Era fin de semana, después de todo. Tal vez él y Diana habían llevado a sus dos niños pequeños a caminar por la playa, o a pasear por la costa. Quizás había hecho ese camino a toda velocidad y se había ganado una multa de trescientos dólares por nada.

La puerta se abrió. Una mujer joven con piel perfecta, largo pelo rubio y una bebé sobre una tonificada cadera estaba frente a ella, ojos azules amplios y alarmados.

—¿Caroline?

—¿Diana? —Caroline nunca había conocido a la mujer que era la segunda esposa de Hunter. Había visto fotografías, había escuchado a Michelle admirar su belleza casualmente, pero nada la había preparado para lo adorable que la joven mujer era realmente. *Como una pequeña muñeca de porcelana*, pensó y se sintió rolliza y torpe en su presencia. En comparación, el bebé en sus brazos parecía más como una muñeca Cabbage Patch que como una de porcelana china, su rostro era rosado y arrugado, Caroline pudo ver rastros de Hunter, *rastros de Samantha* en sus amplios ojos almendrados. Apartó la vista para resistir la necesidad de arrancar a la bebé de los brazos de su madre y salir corriendo.

—¿Hay algún problema?

—¿Dónde está Hunter?

—¿Le ha pasado algo a Michelle? —la suave voz de Diana sonaba preocupada.

—Michelle está bien. Necesito hablar con Hunter.

—¿Qué está sucediendo? —dijo su exmarido desde algún lugar en el interior de la casa.

—Caroline está aquí para verte —respondió Diana—. Pasa —le dijo a Caroline, la hizo pasar y cerró la puerta detrás de ella.

—Tengo que hablar contigo, hijo de puta —gritó en su dirección. Sus ojos recorrieron el enorme recibidor circular y subieron por la escalera hacia donde se encontraba Hunter, mirándolas desde el primer piso. En cuestión de segundos estuvo junto a ella.

—¿Qué demonios está sucediendo? ¿Qué haces aquí? ¿Michelle está...?

—¿Estabas acostándote con Rain, miserable hijo de puta? —estalló cuando él dio un paso atrás. El bebé en los brazos de Diana comenzó a sollozar.

—Guau. Espera un minuto. Baja la voz.

—No me digas que baje la voz...

—Lleva a la bebé arriba —le ordenó él a su esposa, ella obedeció de inmediato y sin preguntas

—. Cálmate —le dijo a Caroline.

—No voy a calmarme.

—Entonces tendrás que irte.

—Ah, ¿de verdad? ¿Me vas a echar a la calle? ¿Vas a llamar a la policía? ¿Realmente quieres que el mundo sepa que estabas acostándote con la esposa de otro hombre mientras alguien estaba secuestrando a nuestra hija?

El rostro de Hunter palideció, como un papel. Levantó las manos, rendido.

—Solo quiero que te calmes y que bajes la voz. Estoy preparado para discutir esto...

—¿Estás preparado para discutir esto? —repitió Caroline, incrédula—. ¿Después de quince años, estás *preparado para discutir esto*?

—Ven al salón. Nos sentaremos, hablaremos como dos personas racionales. —Señaló hacia la enorme habitación bañada de sol a su derecha.

Caroline por poco se rio al seguirlo hacia la estancia elegantemente decorada, cuya pared de ventanales miraba al océano. ¿Sabría lo ridículo que sonaba? ¿No se daba cuenta de que ella había dejado de ser una persona racional quince años atrás? Se dejó caer sobre los almohadones llenos a reventar del sofá de terciopelo morado. Él permaneció de pie, apoyado contra la silla de brocado dorado a su izquierda.

—¿Qué es exactamente lo que crees saber?

—Sé que estabas revolcándote con Rain...

—¿Crees que podrías no usar esa palabra...?

—No, no creo que pueda dejar de usar esa maldita palabra —dijo Caroline y lo vio sobresaltarse—. Es una buena palabra. Una gran palabra. No *creo* saber nada. Sé, de hecho, que estabas revolcándote con Rain Bolton. No intentarás negarlo realmente, ¿no es así?

Hunter parecía estar a punto de hacer precisamente eso, después se lo pensó mejor.

—De acuerdo. Bien. Sí. Tuve un romance con Rain. Pero eso fue después de que regresáramos de México, cuando tú no querías tener nada que ver conmigo.

—¡Mentiroso! —exclamó Caroline.

—Caroline...

—He hablado con Jerrod Bolton hoy. Él me llamó, me dijo que Rain lo confesó todo. Van a divorciarse, por cierto. Puedes estar muy orgulloso.

Hunter se sentó en la silla, no dijo nada.

—Hiciste que creyera que era mi culpa, que estabas dejándome porque no podías vivir con la acusación que veías en mis ojos cada día. Que era mi frialdad lo que te había arrojado a los brazos de otras mujeres. Cuando la verdad era que siempre habías estado acostándote con otras mujeres. *Antes* de que fuéramos a Rosarito. *Después* de que regresáramos a casa. *Mientras* estábamos allí.

—Bien. Bien. Tú ganas. Soy un completo bastardo. ¿Eso es lo que quieres escucharme decir?

—Ya sé que eres un bastardo. No necesito que me lo digas —lanzó Caroline. Apartó el pelo de su cara y negó con la cabeza al recordar su última noche juntos—. Al pensar en cuánto te supliqué, te rogué que te quedaras, te prometí que las cosas serían diferentes si tan solo me dieras otra oportunidad...

—No querías eso. No en realidad. Los dos lo sabíamos. Los dos sabíamos que estaba terminado, que lo había estado durante dos años. —Frotó su frente—. No comprendo qué bien puede hacer el hablar de esto ahora.

—¿Realmente no lo ves?

—Si es una disculpa lo que buscas...

—No quiero tu maldita disculpa...

—Entonces, ¿qué quieres?

—Estabas durmiendo con Rain —reiteró Caroline, ignorando la pregunta. Una vez más, Hunter levantó las manos, rendido.

—Sí. Creo que ese hecho ya ha quedado establecido.

—Y estabas durmiendo con ella mientras estábamos en Rosarito.

—Sí.

—En la noche de nuestro décimo aniversario.

—Sí, maldición. Sí.

—Sin maldecir, por favor —comentó ella, porque no pudo resistirse—. Y estabas con ella cuando se suponía que estabas viendo a nuestras hijas.

—Tú y yo habíamos estado tomando turnos cada media hora, por el amor de Dios. Tú acababas de estar allí. Dijiste que estaban bien.

—*Estaban* bien —afirmó enfadada. ¿Estaba queriendo implicar otra cosa?

—No sé qué quieres que diga. —Hunter miró las vigas de madera teñida que se extendían a través del techo alto, como si en parte esperara que la respuesta pudiera estar enterrada en ellas.

—Quiero que me digas por qué has mantenido esto en secreto durante quince años, por qué no has dicho nada cuando la policía te preguntó...

—¿Qué iba a decirles, Caroline? ¿Que de verdad no había visto a mis hijas porque estaba ocupado con la esposa de mi amigo?

—Sí —afirmó Caroline—. Eso es exactamente lo que debiste haberles dicho.

—¿Cómo podría haber ayudado? Piénsalo. Nuestra bebé ya no estaba. Estabas alterada. Lo último que necesitabas escuchar era que estaba siendo infiel. No podía decírtelo. No podía lastimarte de ese modo...

—No te atrevas a lanzar esa basura sobre mí. No ahora. Ya no me tragaré eso. No estabas pensando en mis sentimientos ni en lo que yo necesitaba. Lo que yo necesitaba era la verdad. No

se trataba de mí. Se trataba de ti. *Todo* sobre ti.

—De acuerdo. Como tú quieras. Todo se trataba de mí. Simplemente no entiendo qué diferencia puede hacer el revivir esto ahora. No cambia lo que sucedió *entonces*.

—Podría no haber sucedido en absoluto —afirmó Caroline—, si hubieras estado donde debías estar, Samantha aún podría estar con nosotros.

—¿No crees que sé eso? ¿No crees que he estado viviendo con esa culpa durante quince años? —Hunter enterró su rostro entre sus manos—. ¿Crees que no me hago responsable de lo que sucedió? ¿Que no lamento mis decisiones, mis acciones, todo lo que *hice*, todo lo que *no* hice, cada minuto de cada día? No debí haber insistido en que saliéramos ese día. No debí haberme involucrado con Rain. No debí haberte mentado a ti, ni a la policía. Y lo siento, Caroline. Lo siento más de lo que podrías saber.

Caroline resistió el impulso de sentir compasión por él. Sus sentimientos de culpa, sus disculpas, lo que sintiera, eran irrelevantes. Todo lo que importaba eran los hechos.

—Vi a las niñas a las nueve —comenzó a decir sin pausa—. Tú le dijiste a la policía que las viste a las nueve y media. Volvimos a la habitación poco después de las diez, así que la policía, todos nosotros, naturalmente asumimos que quien se hubiera llevado a Samantha, lo había hecho durante esos treinta o cuarenta minutos, pero de hecho podría haber sido antes. Quien se la hubiera llevado tuvo tiempo desde las nueve, no desde las nueve y media para agarrarla y llevársela.

—Incluso si...

—Cambia por completo los tiempos. Treinta minutos, Hunter. Treinta minutos que la policía no se molestó en revisar, treinta minutos de no revisar las instalaciones del hotel, sus empleados y huéspedes, treinta minutos ignorados por los oficiales de las fronteras de México, treinta minutos extra para quien se la llevó para escapar sin dejar rastro.

—No sabemos eso con certeza.

—No —concedió Caroline, y se puso de pie—. Y gracias a ti nunca lo sabremos. Ha pasado demasiado tiempo. Es condenadamente tarde. —Salió de la sala, hacia el gran recibidor circular.

Diana estaba de pie en la base de la escalera, con la bebé en sus brazos y el niño de dos años a su lado.

—Papi —gimió el niño, corrió hacia su padre y se lanzó contra sus piernas. Hunter se agachó y levantó a su hijo. El niño miró tímidamente a Caroline y ella vio a Samantha materializarse detrás de la sonrisa que se extendió lentamente en su rostro.

—Por Dios —lamentó.

—Lo siento mucho —dijo Hunter.

—Tienes una familia preciosa —susurró Caroline, abrió la puerta y abandonó la casa.



## Cinco años atrás

—Nunca me dijiste tu apellido —señaló Arthur Wainwright mientras bebían su café en Starbucks.

—Es Tillman —dijo Caroline, su apellido de soltera en la punta de su lengua antes de que pudiera notarlo. Pensó en corregirse, luego decidió lo contrario. Él obviamente no sabía quién era ella y probablemente nunca volviera a verlo. Así que ¿por qué arruinar un encuentro agradable revelando su verdadera identidad?—. Caroline Tillman.

—Caroline es un lindo nombre —comentó él—. A diferencia de Arthur. Solo Dios sabe en qué estaba pensando mi madre.

—¿No te gusta Arthur?

—Está bien. Solo es anticuado.

—Definitivamente no te encuentras con muchos Arthur por estos días —coincidió Caroline, y se preguntó qué estaba haciendo allí con ese hombre, ese Arthur Wainwright—. Pero es un nombre fuerte. Debe haber significado algo para ella.

—Lo único que significó algo para mi madre era de dónde vendría su próxima bebida.

—¿Era una alcohólica?

—Una malintencionada, para el caso.

—La mía es una malintencionada narcisista. —Caroline casi se rio.

—Por las madres —dijo Arthur y chocó su taza de papel con la de ella.

Notó que estaba pasándosele bien. Había pasado mucho tiempo desde que había disfrutado de la compañía de un hombre, mucho tiempo desde que se había permitido esa clase de indulgencia.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Consultor bancario.

Caroline asintió. Era la clase de trabajo que nunca había comprendido por completo.

—¿Qué hay de ti? —preguntó él antes de que ella pensara en otra pregunta—. ¿A qué dedicas tu tiempo cuando no estás presionando melones?

—Soy profesora de instituto. De matemáticas.



—¿Matemáticas? ¿De verdad? Me resulta fascinante.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque no hay muchas mujeres que enseñen matemáticas. Al menos no en mi experiencia. Las mujeres enseñan idiomas e historia, no álgebra y geometría.

Caroline pensó en sus propios profesores de matemáticas del instituto. Él tenía razón. Ninguno había sido mujer.

—Mi padre era profesor de matemáticas. Tal vez tenga algo que ver.

—Tal vez. Pero sospecho que hay más.

—¿Como qué?

—No lo sé. Me pareces una mujer con pensamientos muy profundos, así que tal vez tenga algo que ver con un deseo de encontrarle sentido al mundo.

—¿Crees que tengo pensamientos profundos? —No pudo evitar sentirse halagada.

—¿No los tienes?

—Intento no pensar —afirmó y agradeció que él se riera.

—Es solo que hay algo maravillosamente definitivo sobre las matemáticas —continuó él—. Son tan claras. Tan ciertas. ¿Qué era lo que Keats decía? «La verdad es belleza y la belleza es verdad. Eso es todo lo que sabes sobre la tierra y todo lo que necesitas saber». —Se encogió de hombros, avergonzado—. Algo así, da igual.

—Un consultor bancario que cita a poetas del romanticismo —comentó Caroline—. Interesante.

—Mi esposa era especializada en filología.

—¿Estás casado? —Bajó su taza de café a la mesa redonda entre ellos. Él dudó.

—Viudo. —Aclaró su garganta—. Cinco años y aún tengo dificultades para pronunciar esa palabra.

—Lo siento. ¿Ella estaba enferma?

—Ni un solo día de su vida. Era saludable como un caballo hasta el momento en que un bastardo borracho pasó sobre ella cuando se dirigía al colegio con nuestra hija de seis años.

—Tu hija...

—Murió en el acto.

—Por Dios. Es terrible.

—Ocho y media de la mañana y el hombre ya estaba totalmente borracho. Ni siquiera se dio cuenta de que atropelló a alguien hasta que la policía llegó a arrestarlo. Dios, odio a los alcohólicos. Da igual —concluyó y regresó al presente—. Esta no es exactamente la clase de conversación que tenía en mente para una primera cita.

—¿Esta es una primera cita?

—Tenía esa esperanza.

—Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una cita —le confió Caroline y regresó la taza a sus

labios—. Estoy divorciada —agregó—. Desde hace unos ocho años.

—¿Hijos?

—Una hija. Michelle. Es adolescente. Una no particularmente fácil. —Sintió una punzada de culpa. La hija de Arthur estaba muerta, arrollada por un conductor borracho de camino al colegio, junto con su mujer. ¿Quién era ella para quejarse por una adolescente problemática? Resistió el impulso de hablarle sobre Samantha.

—¿Tú y tu ex os lleváis bien? —preguntó él. La interrumpió justo a tiempo.

—No en realidad. Bueno, algo sí, supongo —se corrigió—. No somos enemigos ni nada.

—Eso es bueno.

—No somos amigos, tampoco.

—Supongo que no estarías divorciada si os hubierais llevado bien.

—Él volverá a casarse en junio —soltó Caroline—. Gran boda. Toda la pompa.

Arthur bajó el mentón y levantó la vista, claramente aliviado de ya no ser el centro de la conversación.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Realmente no tengo sentimientos al respecto. No, eso no es verdad —dijo con el mismo aliento—. Para ser sincera, estoy algo molesta.

—¿Porque aún lo quieres?

—Porque su prometida es considerablemente menor que yo.

Él se rio.

—¿Aún crees que tengo pensamientos profundos?

—Creo que tu ex es un idiota por dejarte ir.

—Sí, bueno. —Negó con la cabeza—. No me conoces muy bien.

—Me gustaría hacerlo.

—¿Por qué? —Se inclinó al frente y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Por qué? —repitió él—. Bueno, para empezar, eres preciosa, lista y algo misteriosa. Siempre es una combinación intrigante.

—¿Crees que soy misteriosa?

—Querida, creo que hay toda clase de cosas desarrollándose en esa adorable cabeza.

—¿Y qué si resulta estar vacía? —Su turno de reír.

—No es posible.

—No eres de California, ¿no es así? —preguntó ella. Se sintió algo sonrojada y se refugió en los rastros del acento de la costa este que había escuchado en su tono.

—Utica, Nueva York —respondió—. Me mudé aquí después de... He estado aquí durante cuatro años.

—Supongo que te gusta estar aquí.

—¿Qué podría no gustarme? Sol cada día, una temperatura que rara vez se desvía más de cinco grados de ser moderada, el océano Pacífico, México en mi puerta.

Caroline sintió que la taza de café se deslizó de sus dedos en el momento en que él mencionó México. La mano de Arthur salió disparada para atraparla antes de que cayera al suelo.

—Bueno, eso ha estado cerca —dijo y secó la repentina salpicadura de líquido negro de su musculoso antebrazo.

—Lo siento.

—¿Ha sido algo que he dicho?

—No. Aunque *sí* tienes una habilidad con las palabras.

—¿La tengo?

—«Una temperatura que rara vez se desvía más de cinco grados de ser moderada, el océano Pacífico, México en mi puerta» —citó, la palabra *México* forzada a salir de su boca tembló al pasar por su lengua.

—¿Yo he dicho eso?

—Lo hiciste.

—Bueno, es la verdad. En mi humilde opinión, el sur de California está más cerca del paraíso que cualquier otro lugar del mundo.

—Supongo.

—Así que, cuéntame más de Caroline Tillman —insistió—. ¿Le gustan los deportes, las películas, los viajes?

—Le gusta el béisbol. Sé que muchas personas creen que es algo aburrido y supongo que puede serlo. Pero me encanta; todas las estadísticas y esas cosas. Seguir el camino de los lanzamientos, carreras y errores, cuántos *strikeouts*, todo eso. Es algo... no lo sé...

—¿Poético en un sentido matemático? —propuso.

Caroline volvió a reír al encontrar a Arthur Wainwright más agradable a cada minuto.

—¿Qué hay de viajar?

—Realmente no he viajado mucho desde mi divorcio.

—Supongo que es difícil cuando eres una madre soltera.

—Puede que no sea muy aventurera. —Se encogió de hombros—. ¿Qué hay de ti? —preguntó antes de que él pudiera contradecirla.

—Soy adepto a todas esas cosas. Deportes, películas, viajes.

—¿Cuál es tu lugar favorito de los que has visitado?

—Barcelona —respondió de inmediato—. Es una ciudad increíble. Y me encanta todo lo latino. Probablemente por eso me gusta tanto México. ¿Te gusta la comida mexicana?

—No en realidad. Lo siento.

—No tienes que disculparte. ¿Qué clase de comida te gusta?

—Me gustan las pastas.

—*A mí* gustan las pastas —repitió él—. Y resulta que conozco un pequeño restaurante italiano en Harbor Drive que es muy bueno. Podríamos ir a almorzar. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —afirmó Caroline.

—¿Nos vamos? —Él se puso de pie.

Una vez más, Caroline siguió a Arthur Wainwright a la calle sin decir una palabra.



—¿Qué quieres decir con que no vendrás a comer? —exigió Michelle al teléfono media hora más tarde—. ¿Qué se supone que haga?

Caroline miró su reflejo en el espejo del baño de mujeres del restaurante y se llevó su pelo detrás de una oreja mientras sostenía su móvil en la otra.

—No lo sé. Prepárate una tortilla francesa.

—No como huevos.

—Entonces hazte un sándwich.

—No como pan.

—¿Desde cuándo no comes pan ni huevos?

—Desde hace al menos un año. ¿Cuándo volverás a casa?

—No lo sé. Más tarde. —Buscó su lápiz labial dentro de su bolsa.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Dónde estás?

—En un pequeño restaurante italiano en Harbor Drive.

—¿Qué pequeño restaurante italiano?

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Con quién estás?

—Con un amigo con quien me he encontrado.

—Tú no tienes amigos.

—Sí, los tengo. —*No, no los tengo*, pensó Caroline. *A excepción de Peggy*. Todos sus otros amigos se habían esfumado después de la desaparición de Samantha. ¿Y qué pensaría Peggy de lo que estaba haciendo, no solo beber café con un hombre que había conocido frente a un aparador de frutas y vegetales, sino también almorzar? ¿Diría que Caroline solo estaba reaccionando a las noticias sobre los planes de matrimonio de Hunter, o a su creciente preocupación por Michelle, o al hecho de que no se había acostado con nadie desde la última vez que ella y Hunter habían hecho

el amor, que había sido, coincidentemente, la noche en la que le dijo que se iría? ¿Quizás una combinación de las tres? Y, mientras que Arthur Wainwright no era el primer hombre al que encontraba atractivo desde la partida de Hunter, era el primero que parecía «llegarle». Por supuesto, probablemente ayudara el hecho de que él no tuviera idea de quién era ella. *Él cree que soy misteriosa*, pensó—. Tengo que irme, cariño.

—Espera...

—Volveré más tarde.



—¿Qué quieres decir con que no vendrás a casa a cenar? —lamentó Michelle—. ¿Y dónde has estado toda la tarde? He estado llamando una y otra vez. ¿Para qué quieres un teléfono móvil si no lo tienes encendido?

—Lo siento, cariño. Es solo que me encontré con unos amigos que no he visto en mucho tiempo...

—¿Más amigos? —preguntó Michelle—. ¿Quiénes son todos esos amigos de repente?

—No los conoces. —Se acercó al pequeño espejo sobre el lavabo de porcelana blanca del baño del apartamento de Arthur Wainwright y se analizó, para ver si haber hecho el amor por primera vez en ocho años había creado alguna diferencia notable en su apariencia—. Mira, no llegaré tarde. Solo pide una pizza o algo.

—No como pizza.

Caroline pasó las manos por su pelo y por sus mejillas, las dejó deslizarse sobre sus pechos desnudos, con el mismo camino que las manos de Arthur habían recorrido antes.

—¿Comida china?

—¿Por qué no me dices simplemente que me trague un barril de grasa?

—Por el amor de Dios, Michelle. Pide lo que quieras. Lo siento —se disculpó de inmediato e intentó no perder la increíble calma que había sentido antes de levantarse de la cama de Arthur para llamar a Michelle—. ¿Por qué no llamas a la abuela Mary? Estoy segura de que le encantaría cenar contigo.

—¿Quieres que llame a la abuela Mary? Ahora sé que algo está pasando.

—Nada está pasando. Solo estoy con viejos amigos.

—Bien. Deja tu móvil encendido.

—¿Por qué?

—En caso de que necesite llamarte.

—No necesitarás llamarme.

—¿Cómo lo sabes? Algo podría pasar...

—Dejaré mi móvil encendido —concedió y experimentó un espasmo de culpa demasiado familiar. Se miró al espejo una vez más e intentó recuperar su euforia anterior, la sensación de los dedos de Arthur acariciando suavemente su cuerpo, la humedad de su lengua al deslizarse sobre su piel desnuda antes de desaparecer entre sus piernas, la experiencia con la que la había llevado al clímax antes de siquiera estar dentro de ella.

—¿Todo va bien en casa? —preguntó él cuando ella regresó a la habitación. Estaba desnudo sobre la cama King-size, con las sábanas antes almidonadas alrededor de su torso.

Caroline apagó el móvil, lo arrojó sobre la pila de ropa en el suelo y se deslizó en la cama junto a él.

—Todo va bien —afirmó.



## El presente

—¿Cuál es el problema? —preguntó Peggy al abrir la puerta de su reluciente hogar en el tranquilo distrito de Hillcrest, que era entre artístico y decadente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Caroline desde la puerta. Peggy se hizo a un lado para darle paso.

—¿Quién es? —preguntó Fletcher desde algún lugar en el interior de la casa.

—Es Caroline —respondió Peggy—. ¿Qué sucede? Estás terrible. ¿Te encuentras enferma?

—Ha sido un día largo. —Siguió a Peggy al salón, se sentó en el cómodo sofá de color marrón frente a un par de sillas desiguales, una de *tweed* gris, la otra con un estampado de flores rosas y azules. Las paredes eran amarillas, la alfombra azul, la mesa de café de alguna clase de madera gastada. Nada encajaba con lo demás, aun así, curiosamente, todo funcionaba. Al igual que el matrimonio de Peggy y Fletcher, la única pareja de ese fatídico viaje a Rosarito cuya relación seguía intacta.

—¿Qué está pasando?

—Vi a Jerrod Bolton esta mañana.

—¿Jerrod Bolton? ¿De Jerrod y Rain?

—Él me llamó, me pidió que nos encontráramos. ¿Sabías que Rain y Hunter estaban teniendo una aventura?

—¿Qué? ¿Cuándo?

Fletcher entró a la sala con un aspecto demasiado arreglado para una tarde de domingo, con un pantalón de traje negro y una camisa a rayas blancas y azules.

—Hola, Caroline. No sabía que vendrías.

—Hunter y Rain han estado teniendo una aventura —le dijo su mujer.

—¿Qué?

—Hace quince años —agregó Caroline—. Estaban acostándose mientras estábamos en México.

—Yo creí que a Hunter ni siquiera le gustaba Rain —comentó Fletcher.

—¿Y Jerrod simplemente te llamó de la nada y te dijo esto? —preguntó Peggy.

—Al parecer, Rain ha confesado que ella y Hunter no solo tuvieron una aventura, sino que



estaban acostándose cuando todos estábamos en Rosarito, justo bajo nuestras narices. Él dijo que se ha estado debatiendo durante meses si decírmelo o no. Después, con toda la publicidad reciente por el aniversario número quince... ¿De verdad que no teníais ni idea?

Peggy y Fletcher negaron con la cabeza al unísono y las expresiones sorprendidas de sus rostros convencieron a Caroline de que decían la verdad.

—No estoy seguro de entender la razón de decírtelo ahora —admitió Fletcher—. Sucedió hace tanto tiempo, tú y Hunter habéis estado separados durante años...

—Estaban juntos la noche en que Samantha desapareció.

—¿Qué? —preguntó Peggy.

—¿Qué? —repitió Fletcher.

—¿Nuestra cena de aniversario? —dijo Caroline, como si aún no pudiera creerlo—. ¿Cuando ella fue a buscar un jersey y él supuestamente estaba viendo a las niñas?

—¿Estaban juntos? —soltó Peggy con el tono de pregunta en la voz de Caroline.

—Él no fue a ver a las niñas —afirmó ella—. Lo que significa que nadie las vio en más de una hora.

Se hizo una larga pausa.

—Así que Samantha pudo haber sido secuestrada media hora antes de lo que consideramos —concluyó Peggy.

—¿Estás segura de esto? —agregó Fletcher—. Tal vez deberías hablar con Hunter.

—Acabo de estar en casa de Hunter. Él me lo ha confirmado.

—Mierda —maldijo Fletcher, y se sentó en la silla de flores rosas y azules.

—Mierda —repitió Peggy, e imitó a su marido sobre la silla de *tweed* gris.

Permanecieron así, tres puntas de un triángulo invisible, durante varios minutos. Caroline miró el amable rostro de su amiga y, por primera vez, notó que Peggy estaba maquillada, que su pelo estaba recién lavado y rizado y que llevaba el vestido de seda turquesa que reservaba para ocasiones especiales.

—Ay, Dios. Estabais preparados para salir.

—Tenemos una boda —dijo Fletcher, casi como una disculpa.

—Lo siento. —Caroline se levantó y corrió a la puerta.

—Caroline, espera —llamó Peggy detrás de ella—. Aún tenemos tiempo...

—No —negó Caroline—. Es una boda. No podéis llegar tarde. Es de mala suerte.

—Te acabas de inventar eso.

—Id a la boda. Estaré bien.

Corrió a su coche, salió de la entrada y esperó a estar a la vuelta de la esquina para detenerse junto a la acera y romper en llanto. No estaba segura del motivo de su llanto, si las lágrimas caían por haberse enterado del romance de Hunter con Rain o por la consciencia de que el

descubrimiento había llegado demasiado tarde como para hacer alguna diferencia. ¿El haber sabido en ese momento que Hunter y Rain estaban juntos cuando él supuestamente estaba viendo a las niñas habría cambiado algo? ¿Acaso la policía mexicana habría podido descubrir la verdad sobre la desaparición de Samantha si hubieran conocido la posibilidad de que hubiera sido arrebatada de su cuna media hora antes de la hora que consideraron originalmente? ¿O habrían estado igualmente desconcertados?

Sus sollozos aumentaron la intensidad y el volumen hasta que todo su cuerpo estuvo temblando. Y se dio cuenta de que no estaba llorando por la traición de Hunter ni porque la verdad hubiera llegado demasiado tarde como para hacer una diferencia.

Quince años después de que su hija fuera robada de su cuna, Caroline estaba llorando porque aún había una sola verdad que importaba: Samantha ya no estaba.



—¿Dónde demonios has estado? —exigió Michelle en cuanto Caroline atravesó la puerta de entrada.

Caroline dejó su bolsa en el suelo y caminó hacia la sala de estar, cada paso como un desafío, como si estuviera avanzando sobre arenas movedizas.

—Por favor, Michelle. No podemos seguir con esto. No tengo las fuerzas.

—Desapareces durante horas... no llamas... —Su hija estaba justo detrás de ella.

—¿Cómo podría llamar? Te llevaste mi maldito móvil.

—Muy buena, mamá. ¿Dónde has estado?

—Fui a ver a tu padre. —Caroline decidió que sería mejor acabar con eso entonces, consciente de que su hija no se lo dejaría pasar.

—Eso fue hace horas.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Papá llamó. Estaba preocupado, dijo que parecías alterada cuando te marchaste...

—¿Qué considerado de su parte. ¿Te dijo *por qué* fui a verlo?

—Dijo que te dejaría eso a ti.

—Considerado y atento.

—¿Podemos ahorrarnos el sarcasmo? ¿Me lo vas a decir o no?

—¿Por qué fui a verlo? No. Creo que lanzaré esa pelota de vuelta a su cancha.

—Dónde has estado durante las pasadas tres horas —la corrigió Michelle.

—Fui a ver a Peggy.

—Eso fue hace dos horas. Llamé —explicó antes de que su madre pudiera preguntar.

—No debiste hacer eso. Tenían una boda...

—Dijo que ya habías estado allí y que probablemente estuvieras de camino a casa. Pero no estabas, ¿no es así? Así que, vuelvo a preguntar, ¿dónde has estado?

—No es un gran misterio, Michelle.

—Entonces, ¿por qué estás convirtiéndolo en uno?

—Solo conduje por un tiempo. Luego acabé en el Parque Balboa.

—¿Parque Balboa? ¿Una tarde de domingo? ¿Con todos esos turistas?

—Sí. Me gusta. Solía ir mucho.

—¿Cuándo?

—Años atrás. Después de... No importa. Estoy en casa ahora.

—Ya era hora —dijo su madre, que entró a la sala de estar, esquivó a Caroline y se sentó en el sofá, con una taza de té en su mano—. Preparé té, si alguien quiere.

—¡Mamá! —exclamó Caroline—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo la llamé —confesó Michelle.

—¿Por qué?

—Porque estaba preocupada por ti.

—¿Estabas preocupada por mí, así que llamaste a *mi madre*?

—Dice que has estado comportándote de forma algo irracional últimamente —comentó Mary.

—No he estado comportándome de forma irracional...

—Has estado hablando con alguna chiflada que dice ser Samantha, has volado a Calgary...

Caroline giró enfadada hacia Michelle.

—No te atrevas a enfadarte con Micki —dijo su madre—. Ella confió en mí porque está preocupada por ti, de la forma en que las hijas se preocupan por sus madres.

Caroline desestimó la provocación de su madre sacudiendo una mano.

—Y ahora desapareces durante medio día sin decirle a nadie dónde estás. Después de lo que pasó la última vez que desapareciste así, no creo que puedas culparnos por estar preocupados —agregó Mary—. Ciertamente espero no leer sobre los eventos de hoy en los periódicos de mañana.

Caroline se imaginó a sí misma corriendo por la habitación y derribando a su madre con un certero golpe en el mentón.

—Golpe bajo, mamá. Incluso para ti. Ahora, si me disculpáis, creo que beberé algo de té. —Salió de la sala de estar hacia el corredor con la cabeza en alto, los hombros atrás y rezó no darle a Mary la satisfacción de tropezar con sus propios pies.

—No debiste decir eso. —Escuchó que Michelle le decía a su abuela.

—Ella necesita que se lo recuerden. Hiciste lo correcto al llamarme —respondió Mary—. Eres una buena chica, querida. No dejes que nadie te diga lo contrario.

*Divide y reinaras*, pensó Caroline. La técnica predilecta de su madre, su modo de imponer su

dominio, de mantener el control. ¿Y por qué no? Siempre había funcionado para ella.

Al entrar en la cocina, encontró a su hermano sentado en la mesada junto al fregadero, con un aspecto algo desaliñado, con un par de vaqueros gastados y una camisa color verde lima de mangas cortas. Su pelo, demasiado largo y caído sobre el cuello de su camisa, lo hacía parecer como si acabara de levantarse de la cama, algo que tal vez había hecho.

—Ya te serví uno —dijo Steve y le extendió una taza de porcelana china—. Un poco de leche, sin azúcar. ¿Correcto?

—¿Te ha traído con ella como refuerzo?

—Dejé el chaleco de fuerza en el coche. ¿Qué puedo decir? Prueba un *biscotti*. Están deliciosos. —Señaló el plato de *biscotti* sobre la mesa de la cocina.

—Veo que se ha sentido como en casa.

—Esa es nuestra chica. Así que ¿es verdad?

—¿Qué?

—Que estás en mitad de un colapso nervioso.

—No estoy teniendo un colapso. —Caroline tomó un largo trago de té.

—Pero ¿has estado hablando con una demente que dice ser Samantha?

—¿Y qué pasa si no es una demente?

—Eso igualmente no la convertiría Samantha.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Piensa en eso, Caroline. ¿Cuáles son las probabilidades?

—¿Qué diferencia hacen las probabilidades?

—Yo soy el apostador de la familia —le recordó—. No apuestas contra la casa, que en este caso sería el sentido común.

—¿Y tú desde cuándo tienes algo de eso?

—No hagamos de esto algo personal. —Steve se deslizó de la mesada—. No soy el enemigo aquí.

—No —concedió Caroline—. El enemigo está allí. —Miró hacia la sala de estar.

—¿No crees que eres un poco dura con ella? Estuvo ahí para ti, lo sabes. Después de la desaparición de Samantha. Tú estabas en México. Ella se mudó aquí, cuidó de Michelle. Después de que regresaras y fueras un caso perdido, ella fue la única madre que esa chica tuvo.

—Y mira qué bien ha resultado.

—No han sido fáciles estos últimos quince años. Para ninguno de nosotros.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Caroline.

—¿Saber qué?

—Que Hunter y Rain tenían una aventura.

Su hermano miró a sus zapatos color café rayados.

—Sí lo sabías.

—Lo sospechaba —dijo dudoso.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No sé por qué. Solo una sensación, supongo. Vi cómo la miraba él, cómo lo miraba ella, cuando pensaban que nadie los veía. Además la forma en que él siempre la descalificaba cuando ella no estaba cerca. Como si intentara esconder lo que realmente sentía. Solo me dio curiosidad. Y luego, la noche en que Samantha desapareció...

—La noche en que Samantha desapareció... —Caroline sintió el aire atorado en sus pulmones —. ¿Qué?

Otro momento de dudas.

—Los vi.

—¿Qué quieres decir con que los viste? ¿Los viste juntos? ¿Cuándo?

—Tranquila. Tranquila —advirtió Steve—. No he dicho que los viera *juntos*.

—¿Y qué es lo que *dices*?

—Fue después de que subiera a mi habitación para hacer razonar a Becky, tú sabes, para intentar convencerla de regresar a la mesa, pero por supuesto que no quiso escucharme; y, cuando estaba por salir, abrí la puerta y entonces creí ver a Hunter caminando por el corredor. Y recuerdo haberme preguntado qué estaba haciendo en nuestra ala. Y entonces, cuando vi a Rain en el recibidor, solo sumé dos más dos...

—Y te guardaste el resultado para ti mismo.

—¿Qué iba a decir, Caroline? «Feliz aniversario. ¡Creo que tu marido está teniendo una aventura!». No lo sabía con certeza. Podía *no* haber sido Hunter a quien vi. Él y Rain podían *no* haber estado juntos. E incluso si lo hubieran hecho, podría haber sido perfectamente inocente.

—Bueno, ellos *estaban* juntos y con certeza no fue inocente. En lugar de ver a nuestras hijas, mi querido marido estaba, de hecho, acostándose con una mujer que supuestamente era mi amiga, y si le hubieras dicho a la policía lo que viste...

—Les dije lo que *sabía*, que desafortunadamente no era nada. Incluso si el hombre que vi *era* Hunter, incluso si él y Rain *habían* estado juntos, no tenía motivos para creer que él no hubiera visto a las niñas cuando dijo que lo haría.

Él tenía razón. Pero Caroline no estaba lista para liberar a su hermano tan fácilmente.

—Debiste habérmelo dicho.

—Tú no debiste haber dejado a tus hijas solas. —Su respuesta fue tan directa, tan fuerte, como una flecha al corazón.

Esa simple afirmación le robó el aliento. Se dobló en dos, jadeó, la taza de té se resbaló de sus manos, cayó al suelo de baldosas y estalló en mil pedazos.

Escuchó pasos avanzando hacia ella.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Michelle por encima del chillido en sus oídos.

—Por Dios, ¿qué has hecho? —dijo su madre y se agachó para recoger los fragmentos de porcelana china.

—Lo siento, Caroline —estaba diciendo su hermano—. No debí haber dicho eso. Sabes que no era mi intención.

*No lo sientas*, pensó Caroline y sintió que sus rodillas estaban a punto de vencerse. Era la verdad, después de todo. Él solo dijo lo mismo que ella había estado diciéndose a sí misma durante los últimos quince años.

Fue entonces que el timbre sonó.

—Iré yo. —Steve se disculpó y corrió a la puerta como si literalmente hubiera sido salvado por la campana. Regresó cuando Michelle estaba ayudando a Caroline a sentarse en una de las sillas agrupadas alrededor de la mesa de la cocina—. Hay una persona llamada Lili que está aquí para verte —le anunció a su hermana—. Dice que la has estado esperando.



## Cinco años atrás

El teléfono estaba sonando.

Caroline se extendió hacia su mesa de noche junto a la cama y lo llevó a su oído, y notó que eran las 6:30 de la mañana. ¿Sería Arthur? ¿Llamando tan temprano porque quería hablarle antes de que se fuera al trabajo, para decirle cuánto la echaba de menos, a pesar de que hubieran pasado menos de veinticuatro horas desde que habían estado juntos?

Pero, en lugar del reconfortante barítono de Arthur, fue el fuerte contralto de Peggy lo que escuchó.

—¿Has visto el periódico de la mañana? —preguntó antes de que Caroline pudiera decir «hola».

—No. ¿Por qué?

—Voy para allí —le dijo su amiga—. No mires el periódico. No contestes el teléfono. No enciendas el ordenador hasta que llegue.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando?

—Estaré allí en diez minutos.

—Espera... ¿qué...? —La línea se silenció en su mano. Caroline se quedó sentada mirando el teléfono por varios minutos—. ¿Qué acaba de ocurrir? —susurró y se dirigió al baño cuando el teléfono volvió a sonar.

«No contestes el teléfono», escuchó decir a Peggy. «No enciendas tu computadora. No mires el periódico».

«¿Por qué no?», preguntó en voz alta e ignoró el persistente sonar del teléfono mientras lavaba su rostro y se cepillaba los dientes, después se puso una bata y salió al corredor.

Michelle estaba sentada en la cama cuando pasó junto a su habitación. Se frotó los ojos y miró a su madre con expresión acusadora.

—¿Quién llama?

—Solo algún idiota haciendo bromas telefónicas. Vuelve a dormir. No tienes que levantarte hasta dentro de una hora.



—Como si pudiera volver a dormir —protestó Michelle y lanzó una almohada sobre su rostro cuando Caroline cerró la puerta de su habitación.

«No mires el periódico», advirtió Peggy en la mente de Caroline mientras corría por las escaleras hacia la puerta. Luego la abrió y alzó el periódico matutino entre sus manos.

«Todo es por mi culpa», decían los titulares en letras negras y, debajo, una fotografía de su rostro sonriente. Caroline nunca antes había visto esa fotografía, aunque sabía exactamente cuándo había sido tomada, porque reconoció el logo de Starbucks en la ventana detrás de su cabeza.

—No. Por favor, no.

Llevó el periódico hasta la cocina y extendió la sección principal sobre la mesa. El teléfono volvió a su terrible resonar mientras sus ojos pasaban de un párrafo terrible al otro, de una afirmación condenatoria a otra. Estaba todo allí. Cada palabra indiscreta que había pronunciado; cada profunda confesión que había hecho. Sus más profundos secretos expuestos allí, en blanco y negro, para que todo el mundo los leyera: su culpa por haber dejado a sus hijas solas, su incesante desesperación por la pérdida de su hija menor, sus quejas por la madre narcisista y su difícil hija mayor. La futura boda de Hunter con una mujer «considerablemente» más joven que la hizo sentir «molesta», cada detalle de su última noche con su exmarido, cuando le dijo que se iría y ella perdió toda razón y orgullo para rogarle que se quedara. «Le rogué que no se marchara».

Pasó a la página diez, en donde continuaba la historia, que cubría su regreso a la enseñanza y el subsecuente suicidio de uno de sus estudiantes. «Me siento muy culpable», la citaba debajo de otra animada fotografía de ella riendo. «Todo lo que ocurrió. Todo es mi culpa. Todo mi culpa».

«Esto no puede estar pasando», dijo al ver las palabras impresas nublarse y desaparecer, solo para reagruparse y regresar en letras más grandes e intensas que antes. «Por favor, que esto solo sea un sueño horrible».

Diez minutos después, Peggy estaba en su puerta. Miró el pálido rostro de Caroline y la sujetó en sus brazos.

—Cuéntame todo.



—¿Todo va bien en casa? —había preguntado él cuando ella regresó a la habitación, con su móvil en mano.

—Todo va bien. —Ella había apagado el móvil y lo había lanzado sobre la ropa que estaba apilada en el suelo. Luego se había acomodado en la cama junto a él y había dejado que sus fuertes brazos la rodearan. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo en la cama con un hombre, incluso más desde que se había sentido a salvo—. Bueno, tan bien como puede

estar cuando se trata de mi hija —continuó—. Como dije, ella puede ser difícil.

—Supongo que debe ser difícil ser hija única.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas e intentó mirar hacia otro lado. La mano de Arthur, gentil en su mentón, la detuvo y la forzó a enfrentarlo.

—¿Qué ocurre?

Caroline dudó.

—No siempre ha sido hija única.

—No te sigo.

—No he sido totalmente sincera contigo.

Él esperó, no dijo nada.

—No estoy segura de saber por dónde comenzar.

Una vez más, él esperó, su silencio la instó a continuar.

—Mi apellido no es Tillman —admitió—. Es Shipley.

—Caroline Shipley —dijo él, y una lenta sonrisa se desplegó en sus labios—. ¿Debería conocer el nombre? ¿Eres famosa?

—Más como infame.

—Caroline Shipley —repitió, sus ojos se entornaron, luego se ampliaron con reconocimiento—. Ay, por Dios. La mujer cuya hija desapareció...

—Sí, «ay, por Dios», ese es mi segundo nombre. —Esperó a que él se alejara horrorizado, pero en su lugar la acercó incluso más en su reconfortante abrazo—. Gracias —susurró ella, aferrada a él.

—¿Por qué?

—Por no sentir repulsión por mí.

—¿Por qué demonios sentiría repulsión? Yo mismo perdí una hija, ¿recuerdas? Solo puedo imaginar por lo que has pasado. Por lo que estás pasando...

—Se cumplirán diez años la semana próxima. —Estaba llorando abiertamente entonces—. No puedo creerlo. Diez años.

—¿Quieres hablar de eso?

Ella negó con la cabeza, no porque no quisiera hablar de eso, sino porque temía que si comenzaba a hablar, no podría detenerse.

—Recuerdo lo culpable que me sentí luego de la muerte de Jenny y Lara —estaba diciendo él, más para sí mismo que para ella—. Culpa del superviviente, creo que la llaman. Sigo pensando que si tan solo hubiera estado ahí, si hubiera llevado a Lara al colegio ese día, si hubiera estado caminando junto a ellas, podría haberlas salvado. O tal vez no habría pasado en absoluto. Ellas seguirían con vida.

—O podrías haber muerto también.

—Eso no me importaba. Quería morir. Estoy seguro de que te sientes igual. Te culpas a ti misma, crees que fue tu culpa...

—*Fue* mi culpa —afirmó Caroline, animada por la franqueza de él, por su comprensión del dolor—. Todo fue por mi culpa.

—No lo fue.

—Dejé a mis hijas solas en una habitación de hotel. Para poder cenar con amigos. —Las palabras comenzaron a brotar de su boca, como sabía que lo harían, una década de culpa y rabia reprimidas. Le contó todo, adornados hechos conocidos, compartió los sentimientos de vergüenza y desconsuelo que había mantenido en su interior durante diez años. Habló del trato que recibió de la policía de México, de sus sospechas de que ella y Hunter eran responsables de lo que le hubiera ocurrido a Samantha. Se culpó por el deterioro de su matrimonio, por su relación arruinada con Michelle—. Te dicen que se vuelve más fácil con el tiempo. Pero no es así. Si algo es verdad, es lo opuesto. Se vuelve peor. La vida sigue dándote más y más razones para sentirte culpable.

—¿Como qué?

Fue entonces que le habló de Errol, el chico de su clase que se había suicidado y cómo su director le había pedido que renunciara en consecuencia.

—Él no tenía derecho de hacer eso.

—Yo sabía que algo iba mal, ¿sabes? Con Errol. Podía verlo en sus ojos. Intenté hablar con él, hacer que se abriera. Creo que estaba a punto de hacerlo, pero entonces miré el reloj. Michelle tenía una cita con el dentista y sabía cuánto se molestaría si llegaba tarde. Y él lo notó. Era un chico muy perceptivo. Se quedó callado, insistió en que estaba bien, me dijo que me vería al día siguiente. Así que lo dejé ir. Fui a recoger a Michelle. Y él fue a casa y se colgó.

—No tenías forma de saber lo que haría.

—Sabía que él era vulnerable. Errol está muerto por mi causa, porque no estuve allí para él. Al igual que Samantha no está porque yo no estaba allí para ella. Soy el denominador común en esta ecuación. Es todo por mi culpa. Todo por mi culpa.

—Lo siento mucho. —Él negó con la cabeza.

—¿Por qué? No tienes nada por qué disculparte. No en lo que me concierne, en cualquier caso.

Él besó su frente y hundió su rostro en el pelo de ella. Ninguno de los dos dijo otra palabra hasta que Caroline anunció a regañadientes que era hora de que se fuera a casa. Michelle estaría esperando y tenía clases a la mañana siguiente.

—¿Volveré a saber de ti? —preguntó al salir del apartamento de él.

—Cuenta con eso —afirmó él.



—Soy tan idiota —le dijo a Peggy mientras sus dedos arañaban la firma de Arthur. Solo que su verdadero nombre no era Arthur. Era Aidan. Uno mucho más moderno. Estuvo a punto de reírse.

Estaban sentadas a la mesa de la cocina. Peggy había preparado café y había desconectado el teléfono.

—No podías saberlo.

—Debí haber sospechado. Es tan evidente, al pensarlo.

—¿Qué lo hace evidente?

—Cómo nos conocimos, por empezar. Fue como una de esas situaciones de *flechazo* que solo se ven en las películas. Probablemente él lo planeó todo y contó con su encanto para conquistarme.

—No tenía forma de saber que funcionaría.

—¿Por qué no? Probablemente haya funcionado antes. Estoy segura de que no fui su primer objetivo. —Caroline negó con la cabeza al recordarlo—. Si no hubiera funcionado, estoy segura de que habría intentado otra cosa más adelante. Suerte para él que haya sido tan fácil. Debí saberlo —repitió—. La forma en que citó a Keats. ¿Qué consultor bancario hace eso? ¿Qué clase de consultor bancario dice cosas como «México en mi puerta» y «una temperatura que rara vez se desvía más de cinco grados de ser moderada»? Probablemente sacó eso de algún folleto turístico. ¿Y qué demonios es un consultor bancario de todas formas? ¿Ese trabajo siquiera existe? —Se levantó de un salto—. Dijo que tenía esposa y una hija que fueron atropelladas por un conductor ebrio. ¿Se inventó eso? ¿Realmente inventó a una hija muerta para ganarse mi confianza? ¿Fue toda una estrategia para hacer que confiara en él, fingiendo confiar en mí?

—Supongo que nunca lo sabremos. —Peggy negó con la cabeza.

—Jugó conmigo. Ah, cómo jugó conmigo. Jugó con mis emociones, con mi compasión. Sin mencionar que me aduló, me dijo que era misteriosa, que tenía pensamientos profundos.

—Eres misteriosa. Tienes pensamientos profundos.

—¿Tú también estás planeando escribir una historia sobre mí? —preguntó Caroline.

—Y sentido del humor —agregó su amiga y tomó su mano.

—¿Cómo pudo traicionarme así?

—Es un periodista. Es lo que hacen.

—¿Todos se acuestan con sus objetivos por una historia?

—Es interesante que no mencione eso. Y, bajo el riesgo de sonar lujuriosa, ¿acaso fue bueno?

—Fue fantástico —confirmó Caroline—. Es una lástima. —Se sirvió otra taza de café y regresó a su silla—. ¿Qué dice en línea?

—Más de lo mismo. *Mucho* más de lo mismo. No lo leas.

—¿Por qué no? Todos lo harán.

Escucharon los pasos de Michelle por las escaleras. Al segundo siguiente, estaba en la puerta, vestida con su pijama de franela.

—Creí escuchar voces —dijo hacia Peggy—. Estás aquí terriblemente temprano. ¿Pasó algo? ¿Por qué está el teléfono desconectado? —regresó el cable a su lugar. De inmediato comenzó a sonar—. ¿Están bromeando? ¿Qué está sucediendo? —Su mirada aterrizó sobre el periódico matutino abierto sobre la mesa de la cocina—. ¿Esa es una fotografía de ti? —le preguntó a su madre y tomó el periódico—. Mierda. ¿Qué es esto?

Caroline se acercó al teléfono y contestó. Era su madre.

—¿Qué has hecho? —exigió Mary.

—¿Has perdido la cabeza? —gritó su hermano del otro lado—. ¿Te desahogaste con un periodista?

Su llamada fue seguida por una más molesta por parte de Hunter.

—¿Qué demonios pasa contigo?

Luego llegaron al menos una docena de llamadas de diferentes revistas y periódicos de todo el país en rápida sucesión; una solicitud de los productores de *60 minutos* para una entrevista televisada; un pedido de Howard Stern de que estuviera en su popular programa de radio. Barbara Walters y Diane Sawyer querían una entrevista mano a mano; Oprah estaba ansiosa por hablar, al igual que Katie Couric y alguien con el improbable nombre de Maury Povich.

—¿Quién demonios es Maury Povich? —le preguntó a Peggy, después, a Michelle—: Deberías vestirte. No querrás llegar tarde al instituto.

—Sí, claro. Como si fuera a acercarme al instituto el día de hoy.

—Michelle...

—Lo siento, mamita querida. ¿Estoy siendo «difícil»?

—Yo lo siento —repitió Caroline—. Nunca debí haber dicho esas cosas.

—¿Por qué no? Es lo que crees, ¿no es así? Que soy un dolor de cabeza, una desgracia para tu existencia...

—Nunca dije eso.

—Bien podrías haberlo hecho. Como sea, no importa.

—*Sí* importa. Te quiero, cariño. Lo sabes.

—Sí, claro —respondió Michelle—. Da igual. No iré al instituto hoy. Creo que iré a ver a la abuela Mary. *Ella* siempre está feliz de verme.

—Michelle, por favor... —comenzó a decir mientras su hija se retiraba de la habitación.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez era el colegio en donde trabajaba Caroline, para informarle que creían conveniente que se tomara unos días libres, que sus clases estarían a cargo de una profesora sustituta y que al director le gustaría verla en la semana.

—Perderé mi trabajo —afirmó al colgar el teléfono.

—No pueden simplemente despedirte —dijo Peggy.

—Sí pueden. Pero no tendrán que hacerlo. Me iré en silencio.

—No. No puedes rendirte sin pelear.

—Ya no tengo fuerzas para pelear.

—Ese bastardo. ¿Lo vas a demandar? —Peggy abolló la página principal del periódico y la arrojó al suelo.

—¿Con qué bases? Son citas muy directas. Estoy segura de que lo tiene todo grabado. —Se sobresaltó al pensar en cada palabra, cada suspiro, cada gemido que debió quedar grabado.

—Hijo de puta. ¿No quieres llamarlo y enfrentarte a él?

—Creo que he dicho más que suficiente.

—Al menos podrías decirle que se pudra.

—¿Y leer sobre eso en los periódicos de mañana?

—Podría valer la pena.

El teléfono sonó. Sin una palabra, Caroline lo alcanzó y arrancó el cable de la pared.



## El presente

Entre todo lo que Caroline había estado esperando, no estaba esto.

Durante quince años había estado fantaseando con cómo sería volver a ver a Samantha y cómo se desarrollaría su reencuentro. Al principio, había imaginado a la niña de dos años, de mejillas caídas y muslos regordetes, corriendo hacia ella desenfrenadamente, con los brazos extendidos y gritos alegres de «mami» saliendo de sus labios redondeados al lanzarse entre los brazos de su madre. Al pasar los años, las mejillas rebosantes y el pequeño torso relleno se habían estilizado, de modo que para cuando tuvo diez años, la Samantha de la imaginación de Caroline se había convertido en una encarnación de una princesa de Disney, de pelo rubio y radiantes ojos azules, pero con el mismo rostro que tenía cuando era pequeña, un rostro que Caroline sabía que reconocería de inmediato. Y, luego de verse tímidamente a la distancia, Samantha le sonreiría y se lanzaría a sus brazos, dejaría que su madre la besara fervientemente y la besaría ella también.

Los años de adolescencia resultaron más difíciles de imaginar. Se volvió difícil imaginar o predecir los cambios que provocaría la pubertad. ¿Samantha sería baja, alta, corpulenta, delgada, de pechos pequeños o voluptuosa? ¿Su pelo sería castaño o dorado, largo o corto? Tenían los bocetos de los periódicos, por supuesto, aproximaciones actualizadas hechas por expertos, basadas en cosas tangibles como la estructura ósea y la forma de los ojos. Pero ¿qué había de las intangibles, las cosas que no podían medirse? Caroline siempre había odiado los intangibles.

Tal como Michelle. Había cambiado mucho con los años. La niña que alguna vez fue regordeta, que adoraba los dulces, había crecido para convertirse en una mujer joven y esbelta, para quien el azúcar era el equivalente alimenticio de una grosería. Quedaba poco que conectara a la persona que era en el presente con la niña del pasado. Solo sus ojos habían permanecido constantes: demandantes, enfadados, necesitados. *Mírame*, gritaban esos ojos a través de los años. *Mírame*.

Pero de una cosa Caroline estaba segura: sin importar los cambios que el tiempo hubiera provocado en los últimos quince años, ella reconocería a Samantha al verla. Y Samantha la reconocería a ella. Madre e hija se derrumbarían, envueltas en lágrimas, en los brazos de la otra.



Una mirada y los años desaparecerían de inmediato.

Nada de eso pasó.

—Hay una persona llamada Lili que está aquí para verte —anunció su hermano—. Dice que la has estado esperando.

—Tienes que estar bromeando —exclamó Michelle cuando Caroline salió corriendo de la habitación.

Y entonces, allí estaban, mirándose la una a la otra desde lados opuestos de la puerta, y no había rayos de reconocimiento, ni gritos de «¡Mami!», ni un alegre abrazo. Solo dos extrañas mirándose, intentando encontrar rastros de sí mismas en la otra, despertar recuerdos perdidos u olvidados. Pero en lugar de respuestas, solo había preguntas y más incertidumbre.

—¿Caroline? —preguntó la chica.

Ella asintió, y sintió a los demás reunidos a su alrededor, cuatro pares de ojos analizando a una joven, intentando determinar si era una de ellos.

La chica era alta y delgada, aunque era difícil decir lo delgada que era debido al amplio abrigo de invierno que vestía. Su pelo era de color rubio oscuro, con las puntas teñidas del mismo tono azul marino de sus ojos, sus amplias ondas llegaban apenas hasta sus hombros. No usaba maquillaje, su piel era tan pálida y opaca como el cielo del invierno en Calgary. Una chica bonita, a un paso de ser guapa, como había sido Caroline a su edad. Y tenía el mentón de Hunter, como habían predicho los bocetos de los periódicos y de Internet. De hecho, se parecía más a los trabajos de los artistas de lo que se parecía a Hunter o a Caroline. Y no se parecía a Michelle en absoluto. No había nada en los rostros de las dos chicas que sugiriera que tuvieran una mínima relación, mucho menos que fueran hermanas.

—Tú eres Lili —afirmó Caroline con una voz más fuerte de lo que había anticipado.

—Probablemente debí haber llamado primero.

—No, está bien.

—Tenía miedo de hacerlo, en caso de que volviera a acobardarme.

—Estás aquí. Eso es lo importante. Pasa. —Caroline retrocedió para dejarla entrar, al hacerlo pisó los dedos del pie de Michelle y la escuchó maldecir por lo bajo—. Tal vez podáis permitirnos unos minutos a solas —les sugirió a su hija, madre y hermano.

—Ni por asomo —respondió Michelle por los tres.

Caroline guio a la chica hacia la sala de estar, resignada a la presencia de los demás. Tal vez tenerlos alrededor fuera algo bueno. Tal vez la forzaran a ser más objetiva, menos emocional, a no permitir que su deseo de un final feliz dominara su sentido común.

—Permíteme tu abrigo —ofreció Steve—. No creo que lo necesites aquí. —Lili desabotonó su abrigo, lo deslizó de sus hombros y se lo entregó a Steve—. Soy el hermano de Caroline, por cierto —anunció mientras colocaba el abrigo sobre el barandal de la escalera y tomaba el bolso

de Lili antes de seguir al resto del grupo a la sala—. Y ellas son la madre de Caroline, Mary, y la hija, Michelle.

Lili saludó a cada una con un gesto de su cabeza mientras se acomodaban en un pentágono alrededor de la mesa de café, Mary y Steve en las dos sillas, Lili y Caroline juntas en el sofá, Michelle de pie a un lado, apoyada contra una pared, las manos cruzadas sobre su pecho, estudiando a Lili como si fuera una criatura alienígena.

Caroline también estaba mirando a Lili, intentando descubrir ese detalle genético que pudiera probar si ella era o no su pequeña. Pero no había nada que pudiera encontrar que fuera concluyente. Buscó un gesto, un tic nervioso, algún movimiento familiar, pero no había nada. Solo una chica linda con el mentón de Hunter. ¿Eso era suficiente?

—¿Has tenido un buen vuelo? —le preguntó.

—Estuvo bien. Algo turbulento. —Su voz era más profunda de lo que había sonado al teléfono, más cercana en tono a la de ella. ¿Eso significaba algo?

—¿Tienes hambre? ¿Puedo traerte algo de comer?

—No tengo hambre. Gracias.

Por varios segundos, nadie habló.

—Así que —comentó Steve para romper el silencio—, ¿realmente crees que eres la hija perdida de Caroline?

Ella contuvo la respiración, a la espera de la respuesta de Lili.

—No habría venido si no pensara que hay una posibilidad.

—¿Y ahora que *estás* aquí? —presionó él—. ¿Te gusta lo que ves? —Señaló alrededor de la arreglada habitación.

—Steve, por favor...

—No quiero sus cosas —afirmó Lili.

—Ella no ha pedido nada —le dijo Caroline a su hermano.

—No todavía —sentenció Steve.

—¿Cómo pagaste por tu billete de avión? —preguntó Michelle—. Creí que no tenías dinero.

—Lo cargué a la tarjeta de crédito de mi madre. —Lili bajó la vista a su falda.

—Chica afortunada, tiene muchas madres para escoger —comentó Michelle.

—¿Ella sabe que estás aquí? —preguntó Caroline.

—Le dejé una nota diciendo que me ausentaría algunos días, pidiéndole que no se preocupara.

—Debe estar a punto de perder la cabeza —le advirtió Caroline al revivir su propio pánico cuando notó que su hija no estaba—. Debes llamarla.

—Lo haré. Después. Cuando lo sepamos con certeza.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Steve.

—Cuando obtengan los resultados de la prueba de ADN que planean hacerse —explicó

Michelle, luego se separó de la pared y se dirigió al corredor—. Si me disculpáis un momento.

—¿A dónde vas? —preguntó su madre, pero Michelle no respondió.

—¿Cómo hacen una prueba de ADN?

—No estoy segura —dijo Caroline—. Le preguntaré a Peggy. Ella lo sabrá.

—¿Peggy? —preguntó Lili.

—Amiga de Caroline —respondió Steve—. Ella estaba allí cuando mi sobrina desapareció.

Dime, ¿recuerdas algo de esa noche?

Lili negó con la cabeza.

—Tenía dos años —le recordó Caroline.

—Desearía poder recordar algo —afirmó la chica—. Lo he intentado. Pero no puedo. Lo primero que recuerdo es estar jugando con una de mis muñecas y que una de sus piernas se rompiera. Probablemente tendría tres o cuatro años.

—¿Recuerdas dónde vivías en ese momento? —inquirió Caroline al recordar que Lili había dicho que solían mudarse con frecuencia.

—Roma, creo. Mi padre tenía un negocio de importaciones y exportaciones con oficinas en todo el mundo. Siempre estábamos viajando.

—¿Y cuándo fue la primera vez que sospechaste que podrías no ser quién creías ser? —intervino Steve.

Caroline estaba de verdad agradecida de que Steve se hubiera puesto al frente del interrogatorio. No confiaba en su propia voz, y las preguntas de él la ayudaban a concentrarse en las reacciones de la chica.

—Como le dije a Caroline al teléfono —explicó Lili con una breve mirada en dirección a ella—, siempre sentí que no encajaba por completo. No tengo ningún parecido con nadie en mi familia y nuestros intereses son tan diferentes...

—¿En qué sentido? —preguntó Michelle, de regreso en la habitación, aunque permaneció en la puerta.

—Bueno, mis hermanos son buenos deportistas y yo no.

—No es algo particularmente llamativo —comentó Steve.

—No tienen interés en el instituto. Y a mí me encanta. En especial las matemáticas.

Un ligero gemido escapó de los labios de Caroline.

—Qué conveniente —volvió a intervenir Steve.

—¿Conveniente?

—Sin dudas has leído que mi hermana es profesora de matemáticas.

—Sí. Esa fue una de las cosas que me hizo sospechar...

—¿Y las otras cosas?

—Ya he hablado de esto con Caroline.

—Discútelo conmigo.

Lili inhaló profundo y giró las manos sobre su falda.

—Bueno, lo más evidente, por supuesto, fueron los bocetos en Internet.

—*Sí* se parece a los bocetos —afirmó Caroline.

—La mitad de las adolescentes del país se parecen a ese boceto.

—Tiene el mentón de Hunter.

Escucharon un coche detenerse frente a la casa.

—Hablando del diablo —dijo Michelle. Caroline se levantó del sofá y corrió a la ventana.

—¿Qué está haciendo él aquí?

—Lo he llamado yo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace unos minutos. Lo encontré cuando salía del gimnasio, le dije que viniera lo más pronto posible. Parece que ha roto la barrera del sonido.

—No debiste haberlo llamado.

—¿Por qué no? ¿No crees que tenga derecho de conocer a su propia carne y sangre? Estás deseando conocer a tu padre, ¿no es así, Lili? ¿O preferirías que te llamáramos Samantha?

—Preferiría esperar hasta que descubramos la verdad —respondió Lili.

—Lo que tomará al menos unos días —estimó Michelle—. Dime, ¿dónde planeas quedarte en ese tiempo? Disculpa —dijo y caminó a la puerta sin esperar una respuesta.

—Bienvenido a casa —anunció Steve con una sonrisa.

—¿Cómo llegaste aquí tan rápido? —Caroline escuchó preguntar a Michelle mientras su padre entraba en el recibidor.

—Dijiste que era urgente. ¿Qué está sucediendo? —preguntó Hunter en respuesta.

—Ven a verlo tú mismo.

Hunter entró en la sala de estar y miró alrededor preocupado.

—Steve —dijo como saludo—. Mary.

Caroline miró a su madre. Había estado tan callada desde la dramática entrada de Lili que casi había olvidado que estaba allí.

—¿Qué está sucediendo? —insistió Hunter, esta vez hacia Caroline, y su mirada se desvió hacia la jovencita sentada en el sofá—. ¿Quién es ella? —preguntó con cuidado, aunque su mirada decía que ya lo sabía.

—Ella es Lili —la presentó Caroline. Luego hacia Lili—: Él es Hunter, mi exmarido.

—Y muy posiblemente, tu padre —amplió Michelle. Su tono indicaba que no creía ni por un segundo que fuera posible.

—¿Esta es la chica que te llamó? ¿Por la que volaste a Calgary? —Hunter avanzó cautelosamente por la habitación—. Levántate —le indicó a Lili.

Lili se levantó. Hunter se acercó a centímetros de ella, la rodeó lentamente y analizó su rostro desde cada ángulo mientras Caroline lo observaba a él, con la respiración contenida.

—¿Y bien? —le preguntó Steve cuando Hunter dio unos pasos atrás—. ¿Cuál es el veredicto, abogado?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. No lo sé. —Miró a Michelle, luego otra vez a Lili—. No os parecéis en nada.

—Nunca lo hicieron —le recordó Caroline—. Ella tiene tu mentón.

—Bueno, supongo que eso lo resuelve —comentó Michelle—. Ella tiene el mentón de papá. Evidencia muy definitiva, si me preguntáis. No creo que tengamos que molestarnos en una inoportuna prueba de ADN. La hija pródiga ha regresado. Que comience la celebración.

—Suenas muy enfadada —dijo Caroline.

—*Estoy* enfadada. Una chica aparece de la nada, dice ser Samantha y vosotros dos estáis tan ciegos por sus fantasías y su culpa que arrojáis la razón por la ventana y la recibís con brazos abiertos...

—Nadie está haciendo eso —protestó Hunter.

—Ha venido de tan lejos —comenzó Caroline—. ¿Qué daño puede hacer practicar la prueba...?

—¿Qué daño? —demandó Michelle—. ¿Cuántas veces tenemos que pasar por esto? ¿Crees que disfruto de ver a mi madre engañada... *otra vez*? ¿No has sufrido suficientes humillaciones? ¿Has olvidado lo que pasó hace cinco años cuando ese periodista...? —Entonces se detuvo—. ¿Qué sentido tiene? Nunca me escuchas.

—¿Quién eres en realidad? —le preguntó Steve a Lili, de vuelta en donde Michelle se había quedado—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Publicidad?

—No.

—¿Crees que al presentarte aquí, al jugar con la vulnerabilidad de mi hermana, con su desesperado deseo de tener alguna clase de fin, darás a conocer tu nombre, hasta quizás consigas una entrevista en televisión? ¿Tener tus quince minutos de fama?

—No es por eso que ella está aquí —afirmó Caroline. *¿Lo era?*

—No quiero fama. No quiero publicidad —respondió Lili—. Solo quiero saber la verdad. Haremos la prueba de ADN. Si es negativa, estaré en el primer vuelo de regreso. —Su voz se rompió, la primera señal de que estaba tan nerviosa y confundida como el resto de ellos.

—Tenemos que calmarnos un poco —les dijo Caroline a los demás—. Es un gran riesgo el que ha tomado. Dejó a su familia, ha volado hasta aquí sola. Es algo increíble si lo piensan.

—Lo que es increíble es lo inocente que eres aún —soltó Michelle—. Y ella todavía no ha respondido a mi pregunta: ¿dónde planeas quedarte hasta que estén los resultados de la prueba?

—No lo sé. —Lili se encogió de hombros, su labio inferior temblaba—. Supongo que pensé...

—¿Que te quedarías aquí? —preguntó Michelle.

—Por supuesto que se quedará aquí —afirmó Caroline.

—Mamá, por el amor de Dios...

—Te quedarás aquí —le dijo a Lili.

—No puedo. No si causará problemas.

—Es algo tarde para eso, ¿no crees? —preguntó Steve.

Hunter se dirigió a Caroline, con los ojos llenos de esperanza y de dolor a la vez:

—¿De verdad crees que hay una mínima posibilidad de que ella sea Samantha?

—Ah, por favor —comentó Michelle, con sus puños en el aire—. Eres tan malo como ella.

—¿Qué dices tú, mamá? —intervino Steve—. Has estado curiosamente callada todo este tiempo. No es propio de ti estar tan contenida.

—¿Mamá? —dijo Caroline, alarmada—. ¿Estás bien?

—Es ella —afirmó Mary suavemente.

—¿De qué estás hablando? —protestó Steve.

—Es exactamente igual a ti cuando tenías su edad —le dijo a Caroline.

—Estás loca —exclamó Steve—. No se parece en nada a como era Caroline en su adolescencia.

Mary se levantó de su silla y se acercó a Lili, tomó el mentón de la joven y movió su cabeza de un lado al otro.

—No sé qué es exactamente. Tienes razón. Las facciones no son las mismas. Pero es, Caroline. Puedo verlo.

—¿Estás segura? —preguntó Caroline.

—Es ella —dijo Mary con firmeza—. Es Samantha.



## El presente

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó Steve después de varios segundos de profundo silencio, como portavoz de todos los presentes.

—Llamaré a Peggy a primera hora mañana —respondió Caroline al recordar que Peggy y Fletcher estaban en una boda y probablemente no regresarían hasta tarde—. Veré si ella sabe a dónde podemos ir para realizar una prueba de ADN.

—Ah, por favor —dijo Michelle—. ¿Nadie aquí ha oído hablar de Internet? —Salió de la sala. Segundos después se escucharon sus pasos corriendo por las escaleras.

—De verdad que lo siento —se disculpó Lili hacia Caroline—. Ella parece enfadada.

—¿Puedes culparla? —preguntó Steve—. No todos los días tu hermana regresa de la muerte.

—No nos desviemos —intervino Hunter, con su tono de abogado. Miró a Lili, que estaba sentada al límite del sofá, con las manos sobre la falda de Mary—. No sabremos nada hasta que hagamos la prueba de ADN y los resultados lo confirmen o lo desmientan. Así que sugiero que lo dejemos por hoy, que tengamos una buena noche de sueño, Caroline hablará con Peggy a primera hora mañana, y avanzaremos desde allí. Tenemos poco que ganar con más especulaciones o discusiones. Y *nada* que ganar con decirle de esto a alguien más. Lo último que queremos es que la prensa escuche esto. ¿Estamos de acuerdo? ¿He sido claro?

—Claro —respondió Steve, aunque la pregunta había sido dirigida hacia Caroline.

—No se lo diré a nadie —afirmó Lili.

—Tienes que llamar a Calgary —le dijo Caroline—. Tu madre... —Se detuvo, la palabra se atoró en su garganta, como un fragmento de dulce errante.

—No pensé en ella —reconoció Hunter—. ¿No sabe que estás aquí?

Lili negó con la cabeza.

—Caroline tiene razón —continuó—. Tendrás que llamarla.

—¿Qué le diré?

—La verdad.

—¿De verdad crees que sea una buena idea? —preguntó Steve—. ¿Y si llama a la policía?



—Supongo que es un riesgo que tendremos que correr.

—Ella no haría eso —afirmó Lili.

—Ciertamente no lo hará si tiene algo que esconder —intervino Mary, no muy por lo bajo.

—¿Hay algo que puedas decirme que haga que te crea? —le preguntó Steve a Lili—. ¿Cualquier cosa que recuerdes sobre esa noche...?

Lili negó con la cabeza.

—Tenía tan solo dos años —le recordó Caroline a su hermano.

Un teléfono sonó, una amortiguada canción de Beyoncé y Jay-Z que emergió del bolsillo de Hunter. Él se encogió avergonzado y contestó, lejos de Caroline al hablar.

—Hola, bebé.

Caroline sintió una inesperada e indeseable punzada en la boca del estómago ante tan liviana intimidad. Él nunca la había llamado «bebé».

—Sí, estoy bien. Lamento no haber llamado. Estoy en casa de Caroline. Se presentó algo inesperado. Te contaré cuando regrese a casa.

—Creí que se suponía que no le íbamos a decir a nadie —le recordó Steve.

—No podéis esperar que no se lo diga a Diana —protestó Hunter mientras regresaba el móvil a su bolsillo—. Esto la afecta también.

—Él tiene razón —afirmó Caroline con sus ojos en los de Hunter—. No es bueno guardarle secretos a tu mujer.

—Debo irme. —Hunter tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿No quieres saber lo que descubrí? —preguntó Michelle, que entró a la habitación con un papel en su mano—. Al parecer, hay muchos lugares en San Diego que hacen pruebas de ADN, incluso una clínica justo aquí en Mission Hills. Desafortunadamente, los resultados tardan de tres a cinco días, lo que significa que estaremos algo estancados aquí por un tiempo.

—Habla con Peggy —indicó Hunter a Caroline—. Mira a ver si ella puede acelerar las cosas. —Giró para marcharse, luego se detuvo—. ¿Quieres quedarte en mi casa mientras tanto? —le preguntó a Michelle.

—No. Creo que me quedaré. —Miró a Caroline—. No te importa si estoy por aquí, ¿o sí, mamá?

—Por supuesto que no —afirmó Caroline, aunque de verdad había una parte de ella a la que sí le importaba, que había esperado que Michelle pasara la noche, tal vez incluso los días siguientes, en casa de su padre y así le permitiera a Caroline concentrarse en Lili, llegar a conocerla mejor sin la energía negativa de Michelle en el aire.

—No estoy del todo lista para abandonar mi habitación aún —agregó Michelle.

—Nadie te ha pedido que dejaras tu habitación.

—Ah, cierto. Ella puede dormir en su antiguo cuarto.

—Michelle...

—Solía ser tu cuarto cuando eras pequeña. Mamá insistió en conservar la cuna y todo durante años, pero ahora es una habitación de invitados —le explicó a Lili—. Tiene un sofá cama. Es muy cómodo, pero como dudo que te quedes mucho tiempo...

—Creo que es suficiente, Michelle —sentenció Mary con firmeza mientras sujetaba la mano de Lili.

—¿Abuela Mary? —La sorpresa en la voz de Michelle resonó en las paredes de la sala.

Mary soltó la mano de Lili y se puso de pie.

—Tu padre tiene razón. No tiene caso seguir discutiendo. Tenemos que descansar y seguir en la mañana. Steve, querido, creo que es hora de que vayamos a casa.

—Tus deseos, como siempre, son órdenes. —Steve se levantó de inmediato.

—Buenas noches, cariño. —Mary se inclinó para besar la mejilla de Lili.

—¿Cariño? —repitió Michelle con incredulidad—. ¿Así sin más?

—Buenas noches, Micki —dijo su abuela—. Intenta comportarte.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó su nieta después de que se fuera.

—Esa fue tu abuela —le dijo Caroline al reconocer el hábito que tenía su madre de poner a un miembro de la familia contra otro. La mujer simplemente no podía evitarlo—. Bienvenida a mi mundo.



—¿Qué ha dicho? —le preguntó Caroline a Lili cuando colgó el teléfono.

—Estaba muy enfadada. —Lili se sentó frente a ella en la mesa de la cocina. Los restos de la tortilla de queso que había preparado para cenar estaban congelándose en sus platos. Michelle, por supuesto, había rechazado la cena. Había estado encerrada en su habitación con la puerta cerrada desde que los demás se fueron—. Quiere que vaya a casa.

—Le dijiste que no —afirmó Caroline con el final de la conversación de Lili en su mente.

«Estoy en California. Estoy bien. Por favor, no te preocupes».

—Cuéntame qué te dijo.

«Estoy con Caroline Shipley, ya sabes, ¿la mujer cuya hija robaron de su cuna en México hace quince años? Sé que piensas que estoy loca, pero creo que puedo ser esa niña».

—Dice que estoy siendo ridícula, que ella es mi madre.

«Tengo que saberlo de alguna u otra manera. Tengo que saberlo con certeza».

—Dice que quiere que esté en casa de inmediato o llamará a las autoridades.

«Haremos la prueba de ADN por la mañana. Tendré los resultados para el final de la semana».

—¿Crees que lo hará? Llamar a las autoridades, quiero decir —preguntó Caroline.

—No lo sé.

«Llamaré mañana. Por favor, intenta entenderlo. Tengo que hacer esto».

—Al menos ella sabe que estás bien.

«Te quiero».

—Estaba llorando.

«Adiós, mami».

—Esto no debe ser fácil para ninguna de las dos —reconoció Caroline con la palabra *mami* haciendo eco en sus oídos, una palabra dirigida a otra mujer, una palabra que se le había negado escuchar de los labios de Samantha durante quince años.

*Mami, mami, mami.*

—¿El qué no debe ser fácil? —preguntó Michelle, materializada en la puerta.

—Me has asustado. —Caroline se sobresaltó.

—Has olvidado que estaba aquí, ¿no es así?

—¿Te gustaría comer algo? —preguntó, rehusándose a morder el anzuelo.

—Déjame pensar —dijo Michelle mientras analizaba las sobras de tortilla en los platos—. Grasientos huevos bañados en queso procesado. ¿Cómo podría resistirme? —Abrió la nevera, sacó una manzana verde y le dio un gran mordisco—. ¿Qué no debe ser fácil? —repitió.

—He llamado a Calgary —respondió Lili.

—¿Tu madre lo ha hecho difícil?

—Ella no comprende por qué estoy aquí.

—No es la única. —Michelle colocó una silla entre las dos y le dio vuelta, mientras masticaba su manzana—. Así que, ¿cómo es ella? ¿Tu madre? —preguntó intencionadamente.

—Es realmente buena —respondió Lili con lágrimas en sus ojos—. Tranquila. Algo tímida. Le gustan los crucigramas y ver programas de cocina en la televisión. Es muy buena cocinera.

—¿Tiene trabajo?

—No. Somos todo lo que tiene. Nos educó en casa, a mis hermanos y a mí, luego cuidó de mi padre cuando enfermó.

—Suena terrible —sentenció Michelle—. No dudo por qué deseabas largarte.

—Michelle...

—Bueno, ¿queréis saber lo que descubrí acerca de todo ese asunto del ADN?

—Por favor. —Caroline suspiró, agradecida por la conversación.

Michelle leyó su propia letra con dificultad.

—Bueno, al parecer hay dos opciones, una prueba privada y una legal.

—¿Cuál es la diferencia?

—En la opción legal, la toma de muestras se hace con testigos, que, asumo, es la opción que

queréis. Es la que tendrá valor en el juzgado.

Caroline miró a Lili. Las dos asintieron al mismo tiempo.

—De acuerdo, entonces, vais a la clínica y os toman una muestra bucal, que es una manera agradable de decir una muestra de saliva, de cada una. Indolora y no invasiva, se tarda solo unos segundos, la habéis visto miles de veces en televisión. «Estas muestras contienen células y la mayoría de las células en nuestro cuerpo contienen todo un conjunto de información genética en forma de ADN». Esa es la abreviatura de ácido des... oxi... rribo... nucléico —dijo con esfuerzo la extensa palabra—. Seguramente no he dicho eso bien. Da igual —continuó leyendo sus notas—. «El ADN es esencialmente una huella genética, como una huella dactilar, y es única para cada individuo». Ya sabéis eso, ¿verdad?

Caroline y Lili asintieron a la vez.

—¿Hay más? —preguntó Caroline.

—Ah, sí. Mucho más. «En el laboratorio, el ADN es extraído de la célula y regiones específicas del ADN son ampliadas en un proceso conocido como PCR, también llamado reacción en cadena de la polimerasa» (esto parece un trabalenguas) «que luego son examinadas cuidadosamente. El patrón de ADN del niño luego es comparado con el de la *presunta* madre» —continuó, con su propio énfasis en la palabra «presunta»—. «Dado que los genes de un niño son heredados de sus padres biológicos, un análisis del ADN del niño determinará de forma conclusiva si la *presunta* madre es la verdadera madre *biológica* de dicho niño». —Dio otro enfático mordisco a la manzana en su mano—. ¿Qué os parece esto?

—Muy interesante.

—Creí que os gustaría saber a qué os enfrentáis.

—Gracias.

—Sí, seguro. Cuando queráis. —Se inclinó hacia delante, apoyó el mentón en el respaldo alto de la silla de la cocina en la que estaba sentada—. Así que, potencial hermana mía, ¿el estar en tu antigua casa ha despertado algún recuerdo nuevo?

—Michelle...

—¿Qué? Es una pregunta perfectamente natural. Solo siento curiosidad sobre si el estar aquí, en esta casa, ha inspirado su memoria o no.

—Desearía que así fuera —admitió Lili—. Realmente esperaba que lo hiciera.

—¿Sí? Qué mala suerte. Es decir, eras solo una bebé, ¿verdad? Yo tampoco tengo recuerdos de mis dos años. ¿Quieres saber cuál es mi primer recuerdo? —La pregunta obviamente fue retórica y continuó sin esperar una respuesta—. Es estar en Disney. Tenía tres años y estábamos en Magic Kingdom y yo quería montar una de las montañas rusas (creo que debe haber sido la de Piratas del Caribe), pero mi madre dijo que la fila era demasiado larga y que no podía estar horas esperando de pie.

—Por el amor de Dios, Michelle, estaba embarazada.

—Ah, verdad. Olvidé eso. Da igual, comencé un terrible berrinche. Grité tanto que tuvimos que irnos. Y ese es mi primer recuerdo.

*Al igual que su primer resentimiento*, pensó Caroline. Un resentimiento que ha estado cultivando desde entonces. Dios, ¿acaso su lista de agravios no terminaba nunca?

—¿Quieres saber qué más recuerdo?

Otra pregunta retórica. Otro añejo resentimiento a punto de ser revelado. Otro ejemplo de los fallos de Caroline como madre.

—Recuerdo el día que ella te trajo (bueno, tal vez a ti, tal vez no) a casa del hospital y eras tan pequeña y preciosa y yo quería sostenerte, pero ella no me dejó.

—No te dejé hacerlo porque dijiste que la tirarías a la basura —interrumpió Caroline, enfadada.

—¿De verdad? ¿Yo dije eso? —Sorprendentemente, una gran sonrisa se desplegó en el rostro de Michelle.

—En términos nada equívocos. «Déjame sujetarla. La tiraré a la basura».

Y entonces, repentinamente, Caroline estaba riendo por el recuerdo del pequeño rostro fruncido y enfadado de Michelle. Y Michelle estaba riendo con ella, y pronto Lili estaba riendo. Y las tres mujeres, sentadas en la mesa de la cocina, rieron hasta llorar.



## El presente

—¿Cómo es que nunca te has mudado? —estaba preguntando Lili.

Ella y Caroline estaban sentadas en lados opuestos del sofá cama; la cama había sido extendida y hecha con sábanas blancas y una ligera manta de color rosa. Lili estaba aferrando una de las almohadas de plumas contra su pecho, sus ojos se movían continuamente de una pared blanca a otra, recorrían cada uno de los rostros de las litografías abstractas, como una araña.

Caroline se encogió de hombros. Era una pregunta que se había hecho a sí misma muchas veces a través de los años.

—No lo sé. Pensé mucho en eso, incluso estuve cerca de vender esta casa hace unos años. Pero algo siempre me detenía. Supongo que simplemente me acostumbré a estar aquí.

*¿Y si Samantha regresara? ¿Y si viniera a buscarme y yo no estuviera más aquí?*

—Creo que Michelle me odia —comentó Lili.

—No. Es a *mí* a quien odia.

—No, ella no te odia. Ella te quiere.

—Bueno, tiene una curiosa forma de demostrarlo.

—Creo que solo intenta protegerte.

—Y yo creo que deberías dormir. Ha sido un día largo. Y será incluso más largo el día de mañana. —Caroline se levantó sin desearlo. Mientras que parte de ella quería quedarse desesperadamente, otra parte reconocía el peligro de apegarse demasiado. ¿Realmente podría soportar el perder a otra hija, incluso si nunca hubiese sido suya de verdad?

—¿Tienes fotografías viejas? —preguntó Lili antes de que llegara a la puerta.

En respuesta, Caroline cambió de dirección y entró al vestidor frente al sofá cama. Abrió el último cajón del armario y sacó tres álbumes de fotografías viejos, dos de los cuales había rescatado de la basura en casa de su madre justo después de que su padre se marchara. Lili hizo a un lado de inmediato la almohada que había estado aferrando para llevar los álbumes a su falda. Abrió el primero y su brazo rozó el de Caroline y le envió un espasmo de escalofríos por todo su cuerpo, como un choque eléctrico.

Un hombre y una mujer jóvenes las miraban desde la primera página del álbum, sus brazos incómodamente alrededor de la cintura del otro, sus rostros inexpresivos.

—¿Ellos son tus padres? —preguntó Lili.

—Esa es la pareja feliz, así es.

—Tu padre es realmente guapo.

—Sí. Lo era. —El ver a su padre generó lágrimas en sus ojos. O tal vez era la sensación del hombro de Lili contra el suyo. Acarició con cuidado el atractivo rostro de su padre.

—¿Él murió?

—Hace mucho tiempo.

—¿Tu madre nunca volvió a casarse?

Caroline negó con la cabeza y se pegó más a Lili mientras pasaba la página.

—No he visto estos álbumes en años.

Una extensa imagen de la madre de Caroline sosteniendo un bebé ocupaba el centro de la página siguiente. Mary llevaba un vestido de verano a rayas blancas y rosas y su pelo estaba arreglado en el familiar casquillo de rizos que aún usaba en la actualidad. El bebé en sus brazos debía tener tres meses y estaba totalmente calvo.

—¿Esa eres tú?

—Lo soy. Al parecer no tuve pelo en todo un año. Mi madre de hecho me llevó al médico para asegurarse de que no tuviera... deficiencia folicular.

—Es difícil creer que no tuvieras pelo. —Lili miró a Caroline y sonrió—. Es precioso ahora.

—Gracias. También el tuyo. —Resistió el casi arrebatador impulso de acariciar el pelo hasta los hombros con puntas azules de Lili.

—Es muy diferente del de mi madre... del de Beth —afirmó Lili con el nombre de la mujer por primera vez—. Su pelo es mucho más grueso que el mío, más rizado. Incluso más que el de tu madre. Y es más oscuro.

—¿Y tu padre?

—Él era como tú... con deficiencia folicular. Incluso antes de la quimioterapia. —Se quedó en silencio mientras analizaba casualmente las páginas siguientes: fotografías de Caroline de bebé en los brazos de su padre, una pequeña caminando junto a él a la orilla del océano, luego sentada orgullosamente a su lado, mientras él sostenía a su hijo recién nacido—. Y este es obviamente tu hermano.

—Sí. Él era un bebé precioso. Con mucho pelo.

—¿Todas estas son de él? —Lili recorrió el resto del álbum, hasta el final—. ¿Dónde estás tú?

—Creo que ese es mi brazo. —Caroline señaló la fotografía de la última página. Lili rio y abrió el siguiente. Estaba lleno de fotografías de Steve: Steve con su madre, con su padre, con los dos. Steve era siempre el foco. Incluso cuando Caroline estaba incluida, estaba apartada de algún



modo; «de pie, fría y distante», no pudo evitar notarlo.

Lili abrió el último álbum, el que Caroline había completado.

—Allí estás —dijo Lili señalando a Caroline en un vestido largo de color menta, de pie junto a un chico de aspecto incómodo en un traje azul oscuro.

—Ay, Dios. Mi baile de graduación. Michael Horowitz y yo. Debía tener tu edad. —Miró la fotografía, luego a Lili, luego de vuelta la fotografía, con esperanzas de ver el parecido del que su madre había estado tan segura.

—¿Qué crees? —preguntó Lili. Claramente estaba pensando lo mismo.

—Es difícil decirlo.

—No lo veo realmente.

—Bueno, no es la mejor fotografía. El verde no es precisamente mi color.

Las fotografías siguientes eran de la boda de Caroline.

—Guau; tú y Hunter sois una pareja maravillosa.

—Supongo que lo éramos —coincidió Caroline.

—¿Os divorciasteis por mi causa? Por lo que pasó con Samantha, quiero decir.

Otra pregunta que Caroline se había hecho repetidamente. ¿Ella y Hunter se habrían divorciado si Samantha nunca hubiera sido robada? ¿O lo sucedido solo había acelerado el proceso?

—Creo que estaba destinado a suceder, tarde o temprano.

—¿Porque Hunter estaba engañándote?

—¿Sabes eso?

—Estaba en Internet.

—Bueno, supongo que su infidelidad fue parte de eso —admitió Caroline en respuesta a la pregunta de Lili—. Combinado con lo que sucedió en México, bueno... Las personas tratan el dolor de formas diferentes, y esas formas no son siempre compatibles. Y el culparse y culpar al otro son dos armas muy poderosas. Armas de destrucción íntima —agregó con una sonrisa amarga.

—Pero ¿sois amigos ahora?

—Bueno, no nos llamaría amigos exactamente, no. Pero no nos odiamos. Eso es algo. Y, por supuesto, tenemos una hija, hijas, juntos.

—¿Esa es Michelle? —Lili señaló una fotografía de una bebé que dormía con los dos brazos sobre su cabeza, una posición idéntica a la de Samantha la última vez que Caroline la vio. Estaba envuelta en una manta y llevaba un gorro de lana con el logo de GAP. Sus labios formaban un gesto naturalmente enfadado.

—Ese fue el día en que la trajimos a casa desde el hospital.

Siguieron páginas de fotografías de Michelle al crecer desde un bebé con gesto enfadado a una niña con aspecto sombrío. Pronto, a la pequeña con gesto serio se unió su hermana de pelo dorado y rostro dulce.

—Samantha —dijo Lili, y su mirada avanzó cuidadosamente de una fotografía a la otra.

Fotografía tras fotografía de Samantha, notó Caroline, intercaladas solo ocasionalmente con imágenes de Michelle. Intentó decirse a sí misma que se debía a que Michelle nunca se quedaba quieta el tiempo suficiente para que la fotografiaran, o que corría de la habitación cada vez que aparecía una cámara en las manos de su madre, o que siempre ponía caras o hacía algo para hacer llorar a Samantha. Pero ¿realmente esa era la razón por la que las fotografías de Samantha eran la mayoría?

—Yo no tengo fotografías de cuando era una bebé —comentó Lili, e interrumpió los pensamientos de Caroline.

—¿Ninguna?

—Mi madre... *Beth* dijo que se perdieron en una de nuestras mudanzas.

—Supongo que eso es posible. Dijiste que os mudabais con mucha frecuencia.

—Las fotografías de bebés de mis hermanos no se perdieron. Solo las mías. —Lili se extendió sobre la cama para tomar su bolso—. No hay nada hasta que tuve seis años. Mi madre, *Beth*, siempre decía que era inútil con la cámara. —Abrió el bolso y sacó media docena de fotografías de un bolsillo lateral—. Te presento a la familia Hollister —dijo al dejar la primera fotografía en las manos temblorosas de Caroline: Lili como una pequeña de pelo rubio, sentada junto a dos niños más pequeños de pelo oscuro—. Esa soy yo con mis hermanos, ¿lo ves? No nos parecemos en nada. Y este es mi padre. *Tim*. Antes de que enfermara, por supuesto. No me parezco en nada a él. Y ella es mi... Ella es *Beth*. —Le entregó a Caroline una imagen de una mujer atractiva, con pelo oscuro crispado, ojos amplios y una sonrisa cautivadora, aunque algo recelosa—. Mis hermanos son iguales a ella. ¿No lo crees?

Caroline revisó su memoria para determinar si alguna vez había visto a *Beth* o a *Tim Hollister* antes. Intentó imaginarlos junto a la piscina del Hotel Grand Laguna en Rosarito, o sentados en la mesa de al lado en el restaurante. Tal vez les había sonreído al pasar junto a ellos en el recibidor del hotel una tarde. Pero no tenía tales recuerdos.

Las últimas dos imágenes que Lili le mostró eran de la familia completa. Lili tenía razón; ella resaltaba junto a los demás. Madre, padre y dos hijos formaban un pequeño grupo cercano, mientras que Lili estaba tímidamente a un lado.

«De pie, duramente erguida. Fría y distante».

—Es una bonita familia —dijo Caroline y le regresó las fotografías.

—¿Sabes lo que me dijo? *Beth*, quiero decir. Al teléfono antes, antes de que colgara.

—¿Qué dijo?

—Que se alegraba de que mi padre no viviera para ver lo que estoy haciendo. Que rompería su corazón. —Su voz tembló hasta detenerse. Inhaló profundamente varias veces y mordió su labio inferior para calmar su temblor.

Caroline no dijo nada. ¿Qué podía decir? Sabía de todo sobre corazones rotos. Las palabras no podían sanarlos. Estaba a punto de acercarse y sujetar a Lili entre sus brazos cuando Michelle asomó la cabeza en la habitación.

—Así que ¿cómo va la reunión familiar? —preguntó—. ¿Disfrutáis de vuestro paseo por el camino de los recuerdos?

—Lili estaba enseñándome fotografías de su familia en Calgary —anunció Caroline.

—¿Te gustaría verlas? —Lili las extendió tímidamente hacia Michelle. Ella las tomó de su mano y las analizó de una a la vez.

—Tus hermanos son muy monos.

—Sí, lo son. No me parezco a ellos...

—No, no te pareces —coincidió Michelle—. Bueno, es tarde. Me iré a la cama.

—Duerme bien, cariño —le dijo Caroline.

—¿No vienes?

—Supongo que sí. —De mala gana, Caroline caminó a la puerta—. ¿Estarás bien? ¿Hay algo que necesites? —le preguntó a Lili.

—No. Estoy bien.

—Si tienes hambre...

—Ella sabe dónde está la cocina —afirmó Michelle.

—Si no puedes dormir o piensas en algo...

—Sabe dónde encontrarte.

—Estoy por el corredor —agregó Caroline de todas formas.

—Estaré bien —dijo Lili—. Gracias por todo. De verdad lo aprecio.

—Duerme bien —se despidió Caroline.

—Nos vemos en la mañana —se despidió Michelle antes de cerrar la puerta de la habitación. Luego avanzó rápidamente más allá de su madre, en dirección a la habitación de Caroline.

—¿A dónde vas? —preguntó ella mientras seguía a su hija a su habitación.

—Dormiré contigo esta noche.

—¿Qué? No.

—¿Qué? Sí. —Michelle desplegó el pijama que había tenido bajo su brazo—. No discutas conmigo.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —repitió Michelle—. Por la misma razón por la que dormiré con esto. —Extrajo un gran cuchillo de debajo del colchón.

—¿Qué haces con eso? —Caroline jadeó—. ¿De dónde lo has sacado?

—De la cocina. ¿De dónde crees? Lo dejé aquí antes.

—Bueno, devuélvelo.

—No lo haré. Se quedará aquí. —Lo devolvió a su lugar anterior.

—Es absurdo. ¿No crees que estás siendo demasiado dramática?

—Mejor ser dramática que estar muerta.

—¿De verdad crees que Lili tiene intenciones de lastimarnos?

—No sé qué pensar y tampoco tú. Ella parece dulce, te lo aseguro, pero nunca se sabe. No tenemos idea de quién es realmente. ¿Y si nos roba todo lo que tenemos y desaparece a la medianoche?

—Entonces, supongo que tendrás razón sobre ella.

Michelle negó con la cabeza.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que preferiría estar equivocada? ¿Que una gran parte de mí espera que ella *sea* realmente Samantha? ¿Que daría lo que sea por tener a mi hermana de vuelta?

Caroline inhaló profundamente. La verdad era que eso *no* se le había ocurrido. Había estado tan centrada en sus propios sentimientos que ni siquiera había considerado lo que Michelle pudiera pensar.

—Lo siento —dijo suavemente.

—Disculpa aceptada —concedió Michelle y levantó las sábanas—. Ahora ¿podemos dormir un poco, por favor?



## El presente

Cuando despertaron a la mañana siguiente apenas pasadas las siete, Lili no estaba.

—Bueno, al menos estamos vivas —comentó Michelle, de pie detrás de su madre en la puerta de la habitación vacía—. Supongo que debemos revisar la vajilla de plata.

—¿Lili? —llamó Caroline mientras intentaba calmar el familiar pánico que crecía en su interior—. ¿Lili? ¿Dónde estás? —Corrió por las escaleras y a cada una de las habitaciones de la planta baja—. ¿Lili?

—Relájate —le dijo Michelle mientras recorría por las escaleras tras ella con el bolso de Lili en su mano—. Dudo de que haya ido a algún lado sin esto.

—¿Lili? —repitió Caroline. Corrió a la cocina y revisó el patio trasero con la mirada—. ¿Dónde demonios está? ¿A dónde puede haber ido?

—Tal vez debería buscar explosivos en esta cosa. —Michelle comenzó a revisar el bolso—. Aquí está su pasaporte. —Lo abrió hasta la página de la fotografía—. Sip, es ella, muy bien. Lili Hollister. Nacida el 12 de agosto de 1998. Corrígeme si me equivoco, pero estoy bastante segura de que Samantha nació en octubre.

El timbre sonó.

Caroline se congeló. Imagino a un policía de pie detrás de la puerta. *Siento tener que informarle esto, pero ha ocurrido un accidente...*

—Lo siento —dijo Lili tímidamente. Vestía los mismos vaqueros de la noche anterior y una camiseta ornamentada con una fotografía de Kate Moss—. Solo quería sentir el aire cálido. No pensé que la puerta se cerraría automáticamente.

—¿Cuánto tiempo llevas de pie ahí afuera? —preguntó Caroline, guio a Lili al recibidor y revisó la calle antes de cerrar la puerta.

—No mucho. Desperté muy temprano, alrededor de las cinco. No pude volver a dormir. Así que me vestí y bajé, esperé a que saliera el sol, luego salí y me quedé afuera. No quería despertarlos tan temprano, así que fui a caminar.

—¿A caminar? ¿A dónde?

—Por aquí. Es un vecindario muy bonito.

—¿Has visto a alguien?

—A una pareja haciendo ejercicio.

—Adorable —comentó Michelle—. ¿Alguno por casualidad tenía cámaras?

—No lo entiendo. ¿He hecho algo mal?

—Por supuesto que no —afirmó Caroline—. Es solo que hemos encontrado periodistas montando guardia algunas veces...

—Vigilan en las calles... detrás de los arbustos... dentro de las tiendas —señaló Michelle.

—Sin mencionar a los vecinos —interrumpió Caroline—. No es su intención ser entrometidos, pero...

—Probablemente sea mejor que no des más paseos matutinos —le aconsejó Michelle.

—Sería todo un circo mediático si descubrieran esto —agregó Caroline.

—Lo siento mucho. No estaba pensando.

—¿Estás segura de eso?

—Michelle, por favor.

—Ya os he dicho que no me interesa la publicidad. ¿Ese es mi bolso?

—Y tu pasaporte —Michelle se los entregó.

—No sabíamos a dónde habías ido —comenzó a explicar Caroline.

—Siento mucho haber hecho que os preocuparais.

El teléfono sonó.

—Y así comienza otro día lleno de diversión —dijo Michelle; regresó a la cocina y contestó el teléfono en medio de su segundo timbre—. Casa Shipley de niñas descarriadas. Michelle al habla. ¿Cómo puedo ayudarlo? —Extendió el teléfono hacia su madre—. Es papá.

—Hola —contestó Caroline.

—¿Has hablado con Peggy?

—Aún no.

—Lláname después de que hables con ella. —Entonces colgó. Caroline miró inexpresiva al teléfono en su mano.

—Sí, señor. Me ocuparé de eso de inmediato.

—¿No crees que es algo temprano para llamar a alguien? —preguntó Michelle mientras Caroline marcaba el número telefónico de Peggy.

—¿Por qué no preparas café? —sugirió.

—Yo puedo hacerlo —ofreció Lili.

—Yo lo haré —dijo Michelle. Peggy contestó el teléfono de inmediato.

—¿Qué ocurre? —respondió en lugar de «hola».

Caroline le relató de inmediato los eventos de las últimas veinticuatro horas.

—Santo Dios —reaccionó Peggy—. ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Conoces a alguien en la Clínica Médica de ADN de San Diego en Mission Hills?

—No lo creo. Pero déjame preguntar y luego volveré a llamarte. ¿A qué hora planeabas estar allí?

—En cuanto abriera. Probablemente a las nueve.

—Que sea a las diez. Me dará más tiempo de hacer algunas llamadas. Te veré allí.

—No es necesario.

—No podrías detenerme ni aunque lo intentaras. Además, necesitarás un testigo, ¿verdad?

—Sí.

—Te veré a las diez.



La clínica ocupaba la planta baja de un edificio de estuco blanco de dos pisos ubicado en calle Upas 40. Hunter ya estaba esperando en la recepción cuando Caroline, Michelle y Lili llegaron.

—Realmente no era necesario que vinieras —le dijo Caroline; lo mismo que le había dicho al teléfono después de hablar con Peggy. Mientras que todas las clínicas de ADN hacían pruebas de paternidad, la de Mission Hills era una de las pocas en el estado que también ofrecía pruebas de maternidad. Al parecer, generalmente se esperaba que las madres supieran quiénes eran sus propios hijos.

—Quiero que me hagan la prueba a mí también —dijo Hunter.

—No necesitan...

—Quiero que me hagan la prueba a mí también —repitió él, como si ella no hubiera hablado.

—De acuerdo. Si crees que es necesario.

—Creo que es necesario.

—¿Por qué no nos analizan a todos? —dijo Michelle—. Tal vez yo no soy realmente su hija tampoco.

—Michelle —replicaron Caroline y Hunter al unísono.

—Lo siento; un intento fallido de relajar las cosas. Pero, oíd, un reconocimiento por presentar un frente unido. Creo que es la primera vez.

Hunter desvió su atención hacia Lili.

—¿Cómo estás esta mañana, Lili? ¿Dormiste bien?

—Sí, gracias.

—Despertó algo temprano, salió a explorar el vecindario —agregó Michelle.

—¿Dejaste que saliera a caminar? —le preguntó a Caroline.



—Yo...

—Probablemente esa no sea una buena idea —le dijo a Lili—. Si la prensa supiera de esto... Creo que es mejor que te quedes en la casa hasta que tengamos los resultados de la prueba.

La puerta se abrió y Peggy entró a la recepción. Llevaba un pantalón de vestir gris y una blusa rosa, obviamente estaba vestida para el trabajo. Caminó directamente hacia Caroline y la abrazó.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿El resto?

—Estupenda, gracias —respondió Michelle. La mirada de Peggy pasó sobre Hunter y Michelle hacia la chica a su lado.

—Esta debe ser Lili.

—Lili —intervino Caroline—, ella es mi amiga, Peggy.

—Es un placer conocerte —saludó Lili.

—¿Qué crees? —preguntó Hunter—. Tú conocías a Caroline a los diecisiete. ¿Crees que se parezcan en algo?

—No lo sé —respondió Peggy mientras analizaba el rostro de Lili con sus ojos—. Son diferentes, pero al mismo tiempo, hay algo tan familiar... No lo sé.

—Disculpad, pero ¿no estamos aquí para descubrir justo eso? —preguntó Michelle.

—Micki tiene razón —afirmó Hunter, con su tono de abogado de regreso—. No tiene caso especular. Sigamos adelante con esto. ¿Has podido hablar con alguien?

—Hice algunas llamadas —respondió Peggy—, y finalmente logré hablar con la persona a cargo. Dijo que haría todo lo posible por tener los resultados en tiempo récord.

—¿Entiende que debe ser discreto?

—Así es. Me dio el nombre de su técnica más confiable, dijo que ha estado en la clínica desde el comienzo.

—Entonces, ¿procedemos? —preguntó Hunter y abrió la puerta hacia el área de recepción interior.

—¿Lista? —le preguntó Caroline a Lili.

—Lista o no —dijo Michelle.



La prueba resultó exactamente como lo habían descrito las notas de Michelle. Después de que Hunter pagara todos los cargos por adelantado, procedieron a una oficina interna en donde una mujer seria, de mediana edad, tomó muestras de saliva de Caroline, Hunter y Lili. Si reconoció a

alguno de ellos, no dio señales, aunque la recepcionista no dejaba de mirar en su dirección. Peggy había firmado los formularios para testigos y les dijeron que tendrían los resultados del laboratorio en tres a cinco días hábiles.

—Bueno, esto ha sido algo decepcionante —comentó Michelle cuando estaban saliendo de la clínica.

—Asumo que tendremos los resultados para el final de la semana —dijo Hunter mientras las guiaba a través de la puerta principal.

—Nunca asumas nada —pronunció Michelle en tono solemne—. ¿No me dijiste una vez que esa es una de las reglas principales de la ley?

—Es bueno saber que alguna vez escuchas a tu padre —reconoció Hunter y la besó en la frente—. De todas formas, tengo que irme. Llámame si sabes algo. De inmediato —agregó de forma innecesaria.

—Por supuesto. —Caroline observó a su exmarido caminando hacia su vehículo. *Sale de una vida y entra en otra*, pensó al encontrar admirable su habilidad de compartimentarse.

—Será mejor que me vaya también —anunció Peggy—. El lunes es siempre terrible. ¿Vendrás hoy? —le preguntó a Michelle.

—De cuatro a ocho.

—Bien. Te veo más tarde. —Abrazó a Caroline una vez más—. ¿Tú irás al instituto?

—No, he dicho que estaba enferma. Les dije que debía estar incubando algo.

—De verdad pareces algo enferma.

—Estoy bien —afirmó Caroline, aunque la verdad era que estaba sintiéndose algo mareada. A pesar de que la prueba de ADN había sido tan rápida e indolora como se anunciaba, la simple muestra de saliva se había llevado más de ella de lo que había pensado.

—Y tú —agregó Peggy en dirección a Lili—. Pareces una buena chica. Muy compuesta y madura para tu edad. Sin importar los resultados de la prueba, de verdad espero que tus intenciones sean buenas. Porque mi amiga ha pasado por un verdadero infierno, y si resulta que esto es alguna clase de engaño, bueno. —Le enseñó a Lili su más beatífica sonrisa—. Simplemente tendré que matarte.

—Está bromeando, por supuesto —aclaró Caroline de inmediato.

—No estés tan segura —corrigió Peggy.

—Supongo que lo descubriremos dentro de tres a cinco días hábiles. —Hora de Michelle de sonreír.



## El presente

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lili al entrar a la sala de estar y encontrar a Caroline luchando para montar el árbol artificial de Navidad de un metro ochenta que había estado guardado en una caja en el sótano, como el Conde Drácula en su sarcófago, durante los últimos cinco años.

—Creo que ya casi lo tengo —dijo Caroline—. Solo esta parte superior. —Se estiró de puntillas para agregar el último fragmento de ramas plásticas, luego se alejó para analizar su trabajo—. Listo. ¿Cómo se ve?

—Algo aplastado.

—Sí, bueno, ha estado guardado en una caja durante mucho tiempo, así que... —Comenzó a extender los extremos de las ramas, a apuntar algunos hacia arriba, algunos hacia abajo, los torció a un lado y al otro hasta que comenzaron a caer de un modo más natural—. Ahora, así está mejor. ¿Qué te parece?

—Comienza a estar bien.

—Afortunadamente, las luces están incluidas —explicó mientras conectaba el cable al enchufe de la pared y veía que los cientos de bombillas blancas cobraban vida, como pequeñas estrellas—. ¡Y *voilà!* La magia de la Navidad.

—Es precioso.

—Se verá mejor una vez que pongamos todos los adornos. —Señaló las bolsas de decoraciones navideñas en el suelo.

—¿Has traído todas estas cosas tú sola?

—Bueno, Michelle está en el hospital, tú estabas en tu habitación, tenía toda esa energía...

Lili se arrodilló y revisó una de las bolsas, de la que extrajo una pequeña caja que contenía una docena de bolas plateadas. Alzó una en su mano y observó su reflejo distorsionado en la superficie brillante.

—Adelante. Ponla en el árbol —la instó Caroline.

—¿Puedo?

—Por favor.

—Tal vez deberíamos esperar a que Michelle vuelva a casa. —Lili dudó. Caroline negó con la cabeza.

—Nunca estuvo muy interesada en esta clase de cosas. Es una de las razones por las que dejé de molestarte. Cada año arrastraba la maldita cosa desde el sótano y cada año ella encontraba una nueva excusa para no ayudarme a decorarlo; que no le gustaban los árboles artificiales, que destrozaría su manicura, que saldría con amigos... así que una vez pensé: *¿Por qué estoy haciendo esto?* No era que a Michelle le faltara un árbol. Su padre tenía uno; uno de *verdad*. También mi madre. El de ella era artificial, pero ya venía totalmente decorado, así que...

—No eres muy cercana a tu madre, ¿no es así? —interrumpió Lili. Colgó una de las bolas plateadas en una de las ramas centrales y observó cómo se dobló ligeramente por el peso.

—Lo siento si he sido demasiado evidente.

—Ella parece buena.

*Que no te engañe*, pensó Caroline, pero se contuvo de decirlo en voz alta.

—Tiene sus momentos. —Abrió otra caja de decoraciones, llena de bolas con rayas rojas y blancas.

—Ella y tu hermano parecen muy cercanos.

—Creo que algunas mujeres son mejores madres de hijos varones que de hijas mujeres.

—Mi madre siempre dice que los varones son mucho más fáciles que las mujeres —comentó Lili.

Caroline palideció al escucharla usar la palabra *madre*.

—Lo siento —se disculpó Lili de inmediato—. Quiero decir Beth.

—No tienes que disculparte. —Caroline tragó saliva una vez, y otra vez más—. Ella ha sido una buena madre para ti, ¿no es así?

—Ah, sí —respondió Lili con facilidad—. Un poco estricta, tal vez, definitivamente anticuada, pero siempre me sentí querida. Eso es algo que nunca cuestioné. Es lo que hace que esto que estoy haciendo sea tan difícil.

—Si ayuda, creo que estás siendo muy valiente —le dijo Caroline con sinceridad—. Y quiero que sepas que, sin importar el resultado de las pruebas, ya seas mi hija o no, creo que has actuado honorablemente. No creo que seas una estafadora. No creo que esto sea alguna clase de engaño. Creo que eres una joven dulce y adorable a la que cualquier madre estaría orgullosa de llamar hija.

—Gracias. —Los ojos de Lili se llenaron de lágrimas—. Eso significa mucho.

Pasaron los minutos siguientes decorando el árbol en silencio.

—Volví a llamar —admitió Lili y abrió una bolsa que contenía media docena de Santas plásticos con espesas barbas de algodón.

—¿Llamaste a Beth? ¿Cuándo?

—Al regresar de la clínica. Debí habértelo dicho.

—¿Cómo está ella?

—Está volviéndose algo loca por todo esto. En especial después de que le dije que habíamos hecho la prueba.

—¿Qué dijo?

—Insistió en que regresara a casa de inmediato.

—¿Y tú que le dijiste?

—Que deberíamos tener los resultados en unos días, que tienes una amiga que está intentando acelerar las cosas. ¿Eso es? ¿Acelerar?

—Sí, así es.

—Omití la parte en que amenazó con asesinarme. —Lili sonrió para indicar que no tomaba la amenaza de Peggy seriamente.

—Siento eso.

—Está bien. Solo está siendo protectora. Como Michelle. Lo entiendo.

—¿Dijo algo más?

Turno de Lili de respirar profundo.

—Dijo que si yo no regresaba a casa, ella vendría a buscarme.

—¿Qué?

—Dijo que si no estoy en un avión a Calgary a primera hora de la mañana —explicó—, ella vendrá en el primer vuelo a San Diego de la tarde.

—No lo entiendo. Ni siquiera sabe dónde estás.

—Lo sabe.

—¿Cómo?

—Yo se lo dije.

—¿Le dijiste?

—Tuve que hacerlo. Estaba amenazando con llamar al FBI, a la policía montada, a la policía local y a todos los que se le pudieran ocurrir y, si lo hace, los periódicos seguramente lo sabrán y se desatará el infierno.

—¿Crees que lo hará? Si vendrá, me refiero. —*¿Beth realmente correría ese riesgo?*, se preguntó Caroline. Y, si Beth estaba dispuesta a ir a San Diego, ¿eso qué significaba? ¿Que confiaba en que los resultados de las pruebas probarían que Lili era exactamente quien su pasaporte decía que era: Lili Hollister, nacida el 12 de agosto de 1998, y no Samantha Shipley, nacida a mediados de octubre del mismo año? Seguramente Beth Hollister no se arriesgaría a cruzar la frontera y exponerse a cargos criminales si hubiera una posibilidad de que Lili no fuera su hija.

A menos que ya no estuviera pensando de manera racional. A menos que el miedo a ser expuesta, a perder a la niña que había criado como propia, literalmente la hubiera hecho perder la cabeza.

*He sido como ella, pensó Caroline. He perdido la cabeza.*

¿Beth estaba tan desesperada también?

—No lo sé —estaba diciendo Lili—. Estoy causando muchos problemas. Tal vez *sería* mejor que fuera a casa. Hemos hecho la prueba. Fue atestiguada. Puedes llamarme para decirme los resultados.

—No, no puedes irte. Por favor. Por favor, no puedes irte hasta que lo sepamos con certeza. — No podía dejar que Lili regresara a Calgary antes de saber la verdad. Si Lili *era* Samantha, no podía arriesgarse a perderla otra vez. Si Beth estaba realmente tan desesperada, ¿quién sabía de lo que era capaz?

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Tal vez podría llamarla —ofreció Caroline—, intentar hacerla comprender...

—La verdad es que no creo que sea una buena idea.

—No, probablemente tengas razón.

—¿Estás molesta conmigo?

—¿Por qué estaría molesta contigo?

—¿Y si os he hecho pasar por todo esto a las dos por nada?

Se sentaron en el suelo en silencio por varios segundos, con la pregunta parpadeando entre ellas como una bombilla de luz defectuosa.

—¿Tienes hambre? —preguntó Caroline al escuchar crujidos en su estómago.

—Me muero de hambre.

—¿Te gustaría una pizza?

—¿Doble queso, pepperoni y rodajas de tomate?

—Haré la llamada. —Caroline se levantó y se dirigió a la cocina mientras forzaba a todos los pensamientos atormentadores a salir de su cabeza—. Tú sigue decorando el árbol.



—Guau —exclamó Caroline, después de dar unos pasos atrás para admirar el árbol que estaba lleno de adornos y casi tropezar con la caja de pizza que contenía dos porciones sobrantes—. Es fantástico. Has hecho un gran trabajo.

—Las piñas resultaron muy útiles para llenar los espacios vacíos.

—Y me encantan estas pantuflas y zapatitos de cristal. Había olvidado que las tenía.

—Solo necesitamos un ángel para la punta.

Caroline comenzó a revisar las bolsas restantes con una mano, mientras balanceaba una porción de pizza a medio comer en la otra.

—Un ángel en ascenso. —Encontró un ángel de cartón con brillos dorados y plateados que Michelle había hecho en el instituto y lo levantó junto al árbol—. Creo que necesitaremos una escalera.

—¿Tienes una?

—En la cocina.

—La buscaré. —Lili estaba a mitad de camino por el corredor, cuando Caroline escuchó una llave girar en la cerradura y la puerta principal se abrió. Comprobó su reloj. Eran las ocho y media, lo que significaba que Michelle había llegado a casa del hospital.

—¿Qué está pasando? —preguntó desde la entrada a la sala de estar; sus ojos recorrieron la habitación, registraron el árbol de Navidad y las numerosas bolsas y cajas en el suelo.

—Pensé que sería bonito tener un árbol este año —dijo Caroline—. ¿Quieres pizza? Quedan algunas porciones.

Michelle no dijo nada, sus ojos en blanco fueron suficiente respuesta. Se acercó al árbol y sus dedos se extendieron hacia una de las bolas plateadas.

—Un poco prematuro para estar celebrando nada, ¿no crees?

—Solo pensé que sería agradable —volvió a decir su madre. Michelle asintió.

—¿Y nunca se te cruzó por la mente que a mí me gustaría participar?

Caroline se quedó en silencio. *Un paso adelante. Dos pasos atrás.*

—Puedes poner el ángel —propuso Lili animadamente al regresar a la habitación con una pequeña escalera.

—Ah, gracias —dijo Michelle—. Es muy considerado de tu parte.

—Michelle...

—Queda algo de pizza. Puedo calentarla para ti —agregó Lili.

—Bueno, ¿es que no eres la más dulce y considerada hermanita en todo el universo?

—Por favor, no descargues tu enfado hacia mí contra Lili —imploró Caroline—. Fue *mi* idea poner el árbol. *Mi* idea decorarlo. Lili dijo que debíamos esperarte. *Yo* le dije que no estarías interesada.

—¿Porque crees que disfruto que me dejen afuera?

—Porque nunca antes has mostrado interés.

—Porque siempre hiciste que pareciera una carga —replicó Michelle, su enfado aumentaba con cada frase—. Porque era evidente que tu corazón no estaba allí, que no había razón para decorar un estúpido árbol y fingir estar feliz, cuando ¿cómo podías ser feliz si Samantha no estaba allí para celebrarlo con nosotras? Dios sabe que yo no era razón suficiente. Dios sabe que yo nunca te



hice feliz. —Arrancó el ángel de las manos de Lili, lo rompió en pedazos y arrojó los restos al suelo—. Y por cierto, Lili, o Samantha, o como demonios sea tu verdadero nombre, solo para que lo sepas, no hay cosas tales como ángeles. Porque no hay tal cosa como el cielo. —Giró hacia el corredor—. Es todo una sarta de mentiras. Un engaño, igual que tú.

—Micki, espera.

—¿Qué estoy esperando exactamente? —dijo Michelle y se dio vuelta—. ¿A que reconozcas que importo tanto como mi bendita hermana, que mi presencia es tan importante como su recuerdo?

—Esto es muy injusto.

—¿Lo es? ¿Qué tengo que hacer, mamá? ¿Tengo que desaparecer para que me quieras?

Caroline se desplomó en el suelo, aplastó lo que quedaba del ángel de cartón bajo su peso y Michelle salió corriendo de la habitación.



## El presente

—**S**oy yo... Lili. ¿Puedo pasar?  
—¿Puedo evitarlo?

Caroline escuchó el intercambio desde la puerta de su habitación. Iba camino a disculparse con Michelle una vez más (¿cuántas de sus conversaciones a través de los años habían consistido en fútiles intentos de explicar y reparar?), cuando escuchó pasos en el corredor y se asomó para ver a Lili tocar cuidadosamente a la puerta de Michelle.

Vio a Lili desaparecer en el interior de la habitación antes de caminar de puntillas y detenerse con la espalda presionada contra la pared, consciente de que no debía estar espiando, pero sin poder apartarse.

—¿Estás bien? —escuchó preguntar a Lili.

—Claro —respondió Michelle—. ¿Por qué no lo estaría?

—Parecías realmente enfadada.

—Exageré. No es inusual. Perdón si hice que te preocuparas.

—No, por favor. Yo soy la que debería disculparse.

—¿Por qué deberías disculparte?

—Debimos haber esperado a que regresaras a casa para decorar el árbol.

—Esa no fue tu decisión.

—Por favor, no te enfades con tu madre. Ella no quería...

—Lo sé. No tienes que explicar.

—Ella te quiere.

—También sé eso. Es solo una rutina que tenemos. Supongo que la hemos estado siguiendo por tanto tiempo que se ha vuelto natural.

Silencio.

—¿Qué es lo que quieres, Lili? ¿Mi madre te pidió que vinieras a hablar conmigo?

—No. Solo esperaba que... tal vez...

—¿Tal vez...?

—¿Podríamos hablar?

—¿Quieres hablar?

Caroline imaginó a Lili asintiendo.

—¿De qué quieres hablar?

—No lo sé. De lo que sea. Supongo que esperaba que pudiéramos conocernos mejor.

—No nos conocemos en absoluto.

—Me gustaría. Llegar a conocerte —dijo Lili.

—¿Por qué? Dudo de que te quedes mucho por aquí una vez que tengamos los resultados del ADN.

—¿Estás tan segura de que no soy tu hermana?

—Tienes que admitir que es poco probable. Pero ¿qué demonios? Lo sabremos en unos días. No tiene caso especular.

—¿Recuerdas algo de ella? —pregunto Lili—. De Samantha, quiero decir.

Otro silencio, más largo que el primero.

—Tenías cinco años cuando se la llevaron —presionó Lili.

—¿Entonces?

—Entonces, deberías tener algún recuerdo de ella.

—¿Debería?

—¿No los tienes?

—Supongo.

—¿Cómo era?

—Tenía dos años.

—Los niños de dos años tienen personalidades. ¿Era graciosa? ¿Callada? ¿Te hacía reír? ¿Lloraba mucho? ¿Era una bebé feliz?

Caroline imaginó una mirada de irritación en el rostro de Michelle. Contuvo la respiración, a la espera de una explosión de sarcasmo. Sorprendentemente, la voz que emergió fue tranquila y libre de veneno.

—Recuerdo una vez en que encontró los rulos de velcro de mi madre, los pegó por todo su pelo y comenzó a correr por toda la casa sin nada más que un pañal y las enormes pantuflas de piel roa de mi madre, con esos disparatados rulos prendidos a su pelo en todos ángulos extraños, y parecía tan orgullosa de sí misma y mi madre se reía tan fuerte, y recuerdo desear poder hacerla reír así, y después enfadarme, correr, empujar a Samantha al suelo y arrancar los rulos de su pelo. Y ella comenzó a llorar y, por supuesto, mi madre se enfadó y me gritó.

*Había olvidado eso*, pensó Caroline, con lágrimas en los ojos al recordar la corona de rulos en la hermosa cabecita de Samantha y la dulce sonrisa en su hermosa boquita mientras corría feliz de una habitación a la otra. También pudo ver la mirada de rabia en el rostro de Michelle al empujar

a su hermana al suelo y al comenzar a arrancárselos de su pelo.

—Estabas celosa —concluyó Lili—. Eso es normal. Yo tengo dos hermanos menores y, hasta que nacieron, yo sería la única hija, hasta donde mis padres sabían. Y luego llegó Alex y luego Max y yo dejé de ser el centro del universo. Tardé un tiempo en acostumbrarme.

—¿Es por eso que estás haciendo esto? ¿Para volver a ser el centro del universo?

—¿Qué más recuerdas de Samantha? —insistió Lili, e ignoró la pregunta de Michelle.

—Eso es todo.

—¿Recuerdas algo de esa noche en México?

Otro silencio, tan largo que Caroline decidió que Michelle no tenía intenciones de responder.

—Intento no hacerlo —dijo finalmente.

—Entonces *sí* recuerdas algo.

—Recuerdo a mi madre gritando.

Caroline sintió que la respiración se atascaba en sus pulmones y lanzó las manos a su boca para silenciar el jadeo que estuvo a punto de escapar.

—Eso debió ser aterrador.

—Debió ser —repitió Michelle sin expresión.

—¿Qué más recuerdas?

—Recuerdo intentar aferrarme a ella y a ella empujándome.

Caroline recordó los esfuerzos de Michelle por aferrarse a ella y su propia sensación de sentirse sofocada, el pánico de no poder respirar, su miedo irracional de que Michelle estuviera arrancando el aire de su cuerpo. ¿Realmente había empujado a la niña?

—Estoy segura de que no era su intención...

—Tal vez no. O tal vez no sucedió así. Tal vez fue todo un sueño. Era una niña. Los niños se confunden. Imaginan toda clase de cosas disparatadas. Mira —continuó sin insistencia de Lili—, aunque hubiera pasado, no la culpo por apartarme. Ni siquiera la culpo por no quererme como quería a Samantha. Le hago las cosas difíciles, pero lo entiendo. Sinceramente lo hago. Samantha era una bebé preciosa, muy tranquila, siempre sonriente, siempre feliz. Era simplemente... querible. Y yo era, como mi madre ha sido citada afirmando, «difícil». Era quejumbrosa. Era demandante. Era dependiente. En una palabra, era una malcriada. —Hizo una pausa y soltó un largo y sonoro suspiro—. Era una malcriada antes de México. Fui una malcriada después. Soy una malcriada ahora.

—No creo que lo seas.

—Seguro que sí.

—Las niñas malcriadas no son voluntarias en hospitales.

—Lo hacen cuando el juzgado se los ordena.

—No lo entiendo.

—¿Ella no te lo ha contado?

—¿Contarme qué?

—¿De mi arresto por conducir borracha, mi servicio comunitario ordenado por el juzgado?

—¿Fuiste arrestada por conducir borracha?

—Puedes agregarlo a mi lista de faltas. ¿De verdad no te lo dijo?

—Ni una palabra.

—Supongo que está muy avergonzada.

—Tal vez no creyó que le correspondiera a ella decírmelo.

—Tal vez.

—¿Tú lo harás?

—¿Hacer qué?

—Decirme lo que pasó.

Una vez más, Caroline se encontró conteniendo la respiración. Michelle nunca le había confiado ninguno de los detalles de esa noche. Mientras que conocía los hechos del arresto y los detalles del arreglo que Hunter había hecho con el abogado del distrito, Michelle siempre se había rehusado a discutir exactamente qué había ocurrido y Caroline dudaba de que fuera a acceder a hablar con Lili sobre eso en ese momento. Se preparó para escuchar una descarga de improperios, con esperanza de poder regresar a su habitación sin ser detectada antes de que Michelle empujara a Lili (física o metafóricamente) al pasillo.

—No es nada del otro mundo —le sorprendió escuchar decir a Michelle—. Es decir, *fue* algo de otro mundo, supongo. Pero no es una gran historia.

Ambas, Caroline y Lili, esperaron a que continuara.

—Fui a una fiesta al apartamento de un chico mayor. No era una gran fiesta, porque todos estaban fumando hierba, que es algo aburrido. Sabes cómo es.

—No lo sé, en realidad.

—Estás bromeando. ¿Nunca has fumado hierba?

—Nunca he fumado. Nunca he bebido. Nunca...

—¿Te has acostado con nadie?

—¿Qué es eso? —preguntó Lili con una risa.

—¿Eres virgen?

—Suenas sorprendida.

—Tienes diecisiete.

—Ni siquiera me permitían tener citas hasta hace un año.

—Guau.

—No es que tuviera importancia. Nos mudábamos todo el tiempo. Fui educada en casa. No conocía a nadie. Así que ¿con quién saldría? No fue hasta que mi padre murió que mi madre

comenzó a bajar un poco la guardia. Incluso dejó que tiñera de azul las puntas de mi pelo. Y, un día, estaba en la biblioteca y un chico no dejaba de mirarme, y yo pensé que era mono y comencé a mirarlo también, a intentar ligar, y él se acercó a mí, yo me pregunté si me invitaría a salir, pero en cambio él dijo que me parecía a esos bocetos de Internet y...

—... y el resto es historia.

—Termina tu historia —indicó Lili.

—Bueno, como dije, no hay mucho que contar. Todos estaban fumando hierba y, no lo sé, la hierba nunca ha sido lo mío, aunque sí fumo; estoy segura de que mi madre te ha dicho eso.

—No tuvo que hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo olerlo en tu ropa.

—¿Puedes? ¿De verdad? Mierda.

—Entonces, ¿qué pasó? En la fiesta.

—Bueno, sabía que este chico estaba ahí, Spencer. Habíamos salido algunas veces. Bueno, no. No habíamos salido en realidad. Nos acostamos algunas veces.

La cabeza de Caroline cayó hacia su pecho. *Santo Dios*, pensó.

—Da igual, dijo que sabía dónde guardaba el vino el dueño de casa. Y lo siguiente que sé es que los dos estábamos en la cocina y habíamos vaciado casi toda la botella y nuestro anfitrión nos descubrió. Estaba totalmente furioso y nos echó de la casa. Al parecer era un vino muy caro que su padre había guardado durante años. Así que tuvimos que irnos, Spencer fue a su coche, yo al mío. Diez minutos después, la policía me detuvo y...

—... el resto es historia.

—Ni siquiera bebo demasiado —continuó Michelle—. Es solo que cuando lo hago, lo fastidio en grande.

*Entonces tal vez no deberías beber*, pensó Caroline, y parte de ella esperó que las palabras emergieran de los labios de Lili. Pero Lili no dijo nada. *Obviamente es más lista que yo*.

—Da igual, mis días de beber se terminaron. He aprendido la lección. —Caroline se permitió un pequeño suspiro de alivio—. Supongo que tendré que cambiar a la hierba después de todo.

*Mierda*.

—Y mi padre hizo un trato con el abogado del distrito y así es cómo acabé trabajando en el hospital. Te dije que no era muy emocionante. O noble.

—Aun así creo que es algo increíble. No creo que yo pudiera hacerlo.

—Realmente no es nada. Las personas mueren, ¿verdad? Te acostumbras de alguna manera. Excepto algunas veces. Como hoy.

—¿Qué ha pasado hoy?

—Recibimos a una nueva residente. Kathy.

—¿Qué la hace diferente?

—Ella tiene solo veintinueve. Y está totalmente sola. Su madre murió cuando era niña. Su padre volvió a casarse y ella nunca se llevó muy bien con su madrastra. Toda la historia de Cenicienta, solo que ella acabó con cáncer en los ovarios en lugar de un apuesto príncipe. Probablemente ni siquiera llegue a Navidad. Me afectó, la injusticia en eso. Creo que es una de las razones por las que me puse tan furiosa cuando llegué y os vi decorando el árbol.

—De verdad siento eso.

—Deja de disculparte. No fue tu culpa.

—No fue culpa de *nadie*.

—Lo que al parecer nos devuelve a donde empezamos. Parece que hemos cerrado el círculo. Hora de dar por terminada esta noche.

Caroline sintió que Lili se movía hacia la puerta y se apartó de la pared, preparada para una rápida retirada.

—Gracias —escuchó decir a Lili.

—¿Por qué?

—Por no decirme que me largue. Por confiar en mí. Por hacerme sentir, no lo sé... casi como...

—¿... una hermana?

—Supongo.

—¿Estás segura de que quieres ser parte de esta familia? —preguntó Michelle.

Caroline corrió a su habitación antes de poder escuchar la respuesta de Lili.





## El presente

Estaba recostada en la cama, totalmente despierta antes de las seis de la mañana, después de moverse y retorcerse casi toda la noche, con su mente debatiéndose entre la esperanza y la desesperación, anticipación o precaución. ¿Qué haría si las pruebas decían que Lili era de hecho Samantha? ¿Y si demostraban que *no* lo era?

*¿Estás segura de que quieres ser parte de esta familia?*

Las palabras de Michelle resonaban dentro de su mente, aumentaban su volumen con cada repetición y llenaban su cabeza como un frío intenso que la dejaba apenas capaz de respirar.

Su hija tenía razón. La familia a la que Lili regresaría (si la prueba de ADN revelaba que era, de hecho, Samantha), estaba gravemente astillada, o más bien irreparablemente rota. Caroline y Hunter estaban divorciados; Caroline apenas toleraba a su madre; tenía una relación difícil con su hermano, una relación difícil con Michelle...

*Soy el denominador común aquí*, reconoció Caroline al salir finalmente de la cama una hora más tarde, con su cuerpo como una recopilación de dolores y articulaciones rígidas. *Todo mi culpa.*

Se colocó una bata sobre su pijama de algodón y bajó las escaleras, después de pasar frente a las puertas cerradas de las habitaciones de Michelle y Lili. Caminó a la cocina, moviéndose como si estuviera en piloto automático, y preparó una jarra de café, luego se sirvió una taza grande incluso antes de que la cafetera indicara que había terminado.

—¿Hay suficiente para mí? —preguntó Michelle, que entró a la cocina con sus pies descalzos y se desplomó en una silla.

Sin decir nada, Caroline buscó otra taza en el aparador, le sirvió a su hija café humeante y lo depositó frente a ella.

—Te has despertado temprano.

—No he podido dormir demasiado. Asumo que no irás a trabajar hoy.

—Les dije que me tomaría libre el resto de la semana.

Michelle asintió.

—Probablemente sea una buena idea. —Bebió su café, no dijo nada más.

—Te debo una disculpa —dijo Caroline.

—¿Por qué?

—Anoche. Cómo me comporté. Tenías toda la razón en estar enfadada. —Abrió la cesta de pan en el otro extremo de la encimera, sacó dos rebanadas de pan de pasas y las llevó a la tostadora —. Debí haber esperado a que llegaras a casa para decorar el árbol, al menos para darte la oportunidad de...

—¿Decir que no? Lo habría hecho, ya lo sabes. Decir que no.

—Aun así, debí haber esperado. Y darte la oportunidad.

—Sí, bueno. Lo hecho, hecho está, ¿verdad? El árbol está bonito, por cierto.

—Sí que es bonito, ¿no es así?

—Salvo por el ángel que falta en la punta. Mi turno de disculparme. Saldré más tarde, buscaré algo.

—Eso sería un detalle.

—Solo que no creo en ángeles o ninguna de esas cosas, así que probablemente sea una estrella o un copo de nieve. Algo así. ¿Está bien?

—Suena bien. —El pan tostado saltó. Caroline colocó las rebanadas en un plato, abrió la nevera, sacó la mantequilla y la untó sobre las dos superficies bronceadas—. ¿Quieres una? —le preguntó a su hija, sin pensarlo—. Perdón —agregó de inmediato—. Olvido que no comes pan.

—Me comeré las pasas —dijo Michelle.

—Quieres decir, ¿del pan?

—Mientras que no tengan mantequilla.

—No puedes comerte las pasas. —Caroline analizó las dos rebanadas de pan tostado—. Son la mejor parte. —Vio la sonrisa de Michelle mientras se sentó a la mesa y comenzó a remojar el pan en el café.

—Ah, asqueroso —reaccionó su hija.

—No solías pensar que era asqueroso.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando eras pequeña. Solías verme cuando remojava mi pan tostado en el café y luego insistías en hacer lo mismo.

—No te creo.

—Es la verdad de Dios, lo juro.

—No creo en Dios.

—Sí, bueno. Es verdad de todas formas. —Caroline sonrió por el recuerdo—. Eras tan pequeña, no creo que tuvieras ni dos años, pero incluso entonces eras muy clara con lo que querías, y lo que querías era remojar el pan en el café, tal como yo lo hacía. Así que, cada

mañana, te servía un poco de café en tu taza, nos sentábamos allí y remojábamos nuestro pan tostado juntas. Y, un día, yo estaba ocupada haciendo otras cosas, entraste en la cocina, muy indignada, y exigiste: «¿Dónde está mi café?».

—Estás inventándote eso. —Michelle se rio.

—No. Eras todo un personaje.

—¿Cómo es eso? —Michelle se adelantó en su silla, intrigada.

—Bueno, eras muy verbal, a muy temprana edad, y solías relatar todo lo que estabas haciendo —explicó Caroline, al calor del tema, con su mente repentinamente inundada de recuerdos—. Recuerdo una vez, debías tener dieciocho meses, y tropezaste con algo y dijiste: «Ay, me he caído». Y luego: «Está bien. Me he levantado». Era como si estuvieras narrando tu vida. —Hizo una pausa mientras veía la escena reproduciéndose en su mente—. Y una tarde te llevé al cine. Tenías como dos años y medio. Creo que era *Furia de titanes*, alguna película así, y había otra media docena de personas en la audiencia y tú hablaste durante toda la película, con esa vocecita que sonaba como cristal molido, describiendo todo lo que pasaba en la pantalla. «Ah, mira, mami, Andrómeda está bañándose. Está saliendo del baño. Está caminando a la puerta. Está abriendo la puerta». Y así. Y, cuando la película terminó, estábamos en el baño, había una mujer frente al espejo y yo me disculpé, por si tu relato la había molestado, ella sonrió y dijo: «Está bien. Fue muy informativa».

Esta vez, Michelle llevó su cabeza atrás y rio.

—Y una vez, tu padre compró un coche nuevo y yo estaba aterrada, porque sabes cómo es con sus coches.

Su hija asintió.

—Pero un día estaba conduciendo, tú estabas en tu asiento, yo tenía que retroceder para aparcar y era un manojo de nervios. Debió haberme costado diez minutos aparcar el maldito vehículo. Avanzaba y retrocedía una y otra vez, para intentar entrar en el maldito espacio; para cuando finalmente lo logré estaba cubierta de sudor, absolutamente mojada y, desde el asiento trasero, llegó una vocecita: «¡Bien hecho, mami!», y alegró mi día. Realmente lo hizo. —Negó con la cabeza—. Dios, no había pensado en esas cosas en...

—¿Quince años?

Caroline se levantó de su silla y se sirvió otra taza de café. Sus recuerdos de Samantha habían sido tan absorbentes que habían borrado sus memorias de la temprana infancia de Michelle.

—¿Quieres más?

—Claro.

Llenó la taza de su hija, regresó a la mesa y su conciencia la dominó.

—Escucha. Hay algo que debo decirte.

—Ah, por favor. Nunca es bueno cuando las oraciones empiezan así.

—Te escuché anoche, hablando con Lili.

—¿Me escuchaste?

—No era mi intención. —Caroline hizo una pausa—. No, eso no es verdad. Vi a Lili entrar en tu habitación y deliberadamente me quedé a escuchar.

—¿Estás diciéndome que tú espiaste?

—Sí.

Michelle se encogió de hombros.

—No pareces molesta. O sorprendida.

—Sabía que estabas ahí. —Otro encogimiento de hombros.

—¿Lo sabías?

—Respiras por la boca.

—¿Eso hago?

—Siempre que estás nerviosa o molesta.

—¿Siempre supiste que estaba escuchando?

—No todo el tiempo, no. Pero en algún punto lo supe.

—Y seguiste hablando de todas formas.

—Sentía curiosidad sobre lo que Lili tenía que decir.

—Tú fuiste la que más habló.

—Eso creo.

—¿De verdad pensabas las cosas que dijiste?

—No lo sé. Dije muchas cosas.

—Le preguntaste a Lili si de verdad quería ser parte de esta familia.

Michelle abrió la boca como para hablar, luego se detuvo y dio otro trago a su café mientras Lili entraba a la habitación.

—Hablando del diablo. Aunque técnicamente, por supuesto, no creo que seas el diablo. No te hemos escuchado bajar las escaleras.

Lili bajó la vista a los calcetines de pelo rosado con orejas de conejo que asomaban debajo de su pijama a rayas blancas y azules, como si eso explicara su llegada silenciosa.

—¿Hay suficiente café para mí?

—Creo que aún queda un poco. —Caroline se levantó y le sirvió una taza a Lili—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Negro está bien.

—Puedo preparar huevos, o hay cereales —ofreció Caroline.

—Tal vez solo pan tostado. —Lili se acercó a la mesada y sacó dos rebanadas de pan de la bolsa antes de que Caroline pudiera hacerlo. Un minuto después, estaba sentada entre ellas en la mesa, untando manteca en su pan.

—¿Has hablado con Beth esta mañana? —preguntó Caroline. Notó que estaba respirando por la boca y tosió en sus manos.

—He llamado, pero nadie ha contestado. Ni en casa ni en su móvil. —Lili miró al reloj en la pared—. No me sorprendería que ya estuviera de camino al aeropuerto. Siempre le gusta llegar muy temprano a los lugares.

—¿Por qué estaría de camino al aeropuerto? —preguntó Michelle—. No me digas que va a venir aquí.

—¿A qué hora llega su avión? —Caroline sintió una punzada de pánico en su interior.

—No estoy segura. —Lili negó con la cabeza.

—Lo comprobaré en Internet —propuso Michelle y se levantó de la mesa—. Buscaré qué vuelos llegarán desde Calgary y cuándo.

—Será mejor que llame a tu padre —dijo Caroline.

—Siento que esto esté volviéndose tan complicado. —Lili comenzó a remojar su pan en el café sin pensarlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Michelle y se detuvo de golpe.

—Lo siento. —Lili levantó inmediatamente su pan bañado de café de la taza—. Supongo que es algo asqueroso.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas, como si ese simple gesto fuera la «señal» genética que había estado buscando, toda la prueba que necesitaba de que Lili era de hecho su hija.

El teléfono sonó.

—Quizás sea ella —arriesgó Michelle.

—¿Hola? —Caroline respondió rápidamente.

—Caroline. Es Arthur... *Aidan* Wainwright. Por favor, escúchame. —Ella colgó de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Michelle—. Estás blanca como un fantasma. ¿Quién era?

Caroline se apoyó en la encimera; instintivamente comprendió que el periodista conocía la existencia de Lili y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el resto del mundo lo descubriera.

—¿Mamá? ¿Quién era? —repitió Michelle.

Caroline sumó dos más dos y produjo la única respuesta posible en esas circunstancias.

—Problemas.



## El presente

—**A**quí viene un taxi. —Caroline se alejó de la ventana de la sala, con el corazón acelerado. Michelle de inmediato ocupó su lugar detrás de las cortinas translúcidas.

—No. No se detiene. Ah, maldición.

—¿Qué está sucediendo?

—Solo vi algo moverse detrás del árbol al otro lado de la calle.

—¿Otro periodista? —Caroline regresó de inmediato a la ventana.

—Probablemente.

—Mierda. Parece que los buitres están circundando.

—¿Hablas en serio? —preguntó Lili desde el sofá.

—Eso me temo —respondió Michelle.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudieron siquiera saber...?

—Alguien debió habérselos contado.

—¿Crees que haya sido Beth? —le preguntó Lili a Caroline.

—No lo sé. Dijiste que te amenazó.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Michelle.

—No tiene sentido —afirmó Lili—. Estará aquí en cualquier momento. Lo último que querrá es un montón de periodistas esperándola.

—A menos que eso sea *exactamente* lo que quiere —contradijo Michelle.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron Caroline y Lili al mismo tiempo, sus voces superpuestas. Michelle se giró hacia Lili.

—Casi logras convencerme, sabes. No de que seas realmente Samantha. Pero sí de que realmente creías que era posible.

—Pero es la verdad.

—¿Lo es? ¿O es otra cosa? Antes dijiste que estaba volviéndose muy complicado, pero tal vez no es para nada complicado. Tal vez es como mi tío Steve lo sugirió: una oportunidad de ponerte



en acción, de catapultar una carrera en el espectáculo, ¿de llegar a la portada de *People*?

—No —protestó Lili.

—Sabes que eso no es verdad —agregó Caroline.

—Sé que no es coincidencia que tu novio periodista llame esta mañana después de cinco años. Sé que la prensa no está acampando en nuestra puerta porque es un día sin otras grandes noticias. Alguien les ha contado que Lili está aquí y por qué.

Caroline se sobresaltó ante la palabra *novio*, una punzada tan dolorosa como si Michelle la hubiera apuñalado realmente.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó a Lili.

—No. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Estás bromeando? Mierda. Ahí viene un camión de Fox News.

—Maldita sea —dijo Caroline—. Llama a tu padre.

—Ya lo he llamado tres veces.

—Llámalo otra vez.

Michelle bufó al volver a sacar su móvil del bolsillo de sus vaqueros y marcar el número de la oficina de Hunter.

—Hola, Lucy. Discúlpame por volver a molestar, pero... Sí, sé que está con clientes. Ha estado con clientes todo el día...

—Dame eso. —Caroline arrancó el teléfono de su mano—. Lucy, habla Caroline. Necesito hablar con Hunter de inmediato.

—Lo siento, pero él está en una reunión muy importante —respondió la secretaria.

—*Entonces haz que salga.*

—Un minuto.

—Guau —balbuceó Michelle—. Eso ha sido impresionante.

—¿Qué ocurre? —preguntó momentos más tarde, con voz apresurada e impaciente—. Estoy en medio de un trato importante...

—Y yo tengo la calle llena de periodistas.

—¿De qué estás hablando?

—Aidan Wainwright llamó esta mañana.

—¿Quién demonios es Aidan Wain...? Ah, mierda —dijo antes de que Caroline pudiera responder—. ¿Qué quería ese bastardo?

—No le di oportunidad de contármelo. Pero sospecho que estaba llamando porque ha descubierto lo de Lili.

—¿Crees que ella lo llamó?

—No. Pero es posible que Beth...

—¿Quién es Beth?

Caroline no logró decir «la madre de Lili».

—Al parecer, viene de camino desde Calgary —respondió en su lugar, con esperanzas de despertar la memoria de Hunter.

—¿Qué demonios? ¿Cuándo sucedió eso? ¿Por qué no me llamaste?

—Lo intentamos. Tres veces. Estás en medio de un trato importante, ¿recuerdas?

—¿A qué hora llega su avión?

—No estamos seguras. El vuelo directo desde Calgary está demorado. Al parecer, hay una tormenta de nieve. Como sea, puede que ni siquiera esté en el vuelo directo. Y no contesta el teléfono.

—¿Tú crees que fue ella quien alertó a los medios?

—Es posible.

—De acuerdo. Mira, estaré allí en cuanto pueda. Mientras tanto, no abras la puerta. No contestes el teléfono. No le digas una palabra a nadie.

—Por supuesto que no le diré nada a nadie —comenzó a decir Caroline, pero él ya había colgado—. ¿Qué... soy una idiota? —preguntó mientras le regresaba el teléfono a Michelle. Había desconectado el teléfono fijo inmediatamente después de la llamada de Aidan.

—¿Él vendrá aquí?

—En cuanto pueda. Intenta con Beth otra vez —le indicó a Lili.

Lili usó su móvil para llamar a Beth otra vez y negó con la cabeza cuando un mensaje anunció que la línea estaba temporalmente fuera de servicio.

—Probablemente siga en el aire.

—Solo está esperando a que lleguen más tropas —afirmó Michelle con una mirada a la calle—. La mujer claramente sabe cómo hacer una entrada.

—Te equivocas —insistió Lili—. Lo último que quiere es que alguien sepa de esto. Quiere que regrese a casa.

Un coche se detuvo frente a la casa y una mujer de piernas largas y torneadas, con cabello rubio y ondeado, bajó del asiento trasero, con un micrófono en su mano. Un hombre de barba la siguió, con media docena de cámaras alrededor de su cuello.

—Maldita sea —reaccionó Caroline y los siguió con la mirada por el camino de entrada.

El timbre sonó.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lili.

—¿Qué *podemos* hacer?

Volvió a sonar.

—Solo dejamos que siga sonando.

—Recibirán el mensaje tarde o temprano.

—Es como estar rehén —comentó Lili mientras el timbre seguía sonando y deteniéndose los

siguientes cinco minutos.

—Sabén que estamos en casa —afirmó Caroline—. Probablemente nos vieron en la ventana.

—Tal vez deberíamos cerrar las cortinas. —Michelle indicó las gruesas cortinas color beis que enmarcaban las traslúcidas.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía —propuso Lili.

—Gran idea —le dijo Michelle—. Agrandemos más la historia. Tal vez lleguemos a las noticias nacionales. —El timbre sonó diez veces más en rápida sucesión—. Dios, ¿ni siquiera se van a dar por vencidos?

—Pensé que no creías en Dios —comentó Lili con una sonrisa.

—Cierra la boca.

Caroline se descubrió conteniendo la risa.

—Comenzáis a sonar como hermanas.

—De acuerdo, eso ha sido suficiente —reaccionó Michelle y se alejó de la ventana—. Saldré de aquí. —Se dirigió a la puerta.

—Espera, Michelle. No puedes salir allí.

—Entonces saldré por atrás. —Dio la vuelta, en dirección al fondo de la casa.

—Michelle —suplicó Caroline tras ella—. Por favor...

—Relájate, mamá. Ni siquiera sabrás que me fui.

—Estás siendo ridícula...

—¿Yo estoy siendo ridícula? —Abrió la puerta trasera.

Un hombre estaba de pie al otro lado.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó Michelle, perpleja.

—Dios santo —dijo Caroline detrás de ella—. Cierra la puerta, Michelle. Ahora.

—Caroline, espera —pidió el hombre y detuvo la puerta para evitar que se cerrara—. Sé que no quieres hablar conmigo y no puedo culparte...

—¿Este es ese maldito periodista? —exigió saber Michelle.

—Soy Aidan Wainwright.

—¿El asqueroso que escribió esa horrible historia? Lárgate de aquí.

—Tú debes ser Michelle.

—Tienes que estar bromeando. Suelta la puerta, bastardo.

—Mira. Sé que todos me odiáis, pero creo que si miráis atrás y volvéis a leer la historia, veréis que no es tan mala. Realmente te hace quedar muy bien —le dijo directamente a Caroline—. Te retraté con una mirada muy compasiva.

Caroline miró al no tan apuesto hombre en el que se había fijado cinco años atrás, el hombre cuya historia, cuya traición, le había costado no solo su trabajo, sino lo que quedaba de su autoestima. Su pelo era más corto que la última vez que lo había visto, y ligeramente gris en las

sienes, pero más allá de eso, estaba exactamente igual. Se sintió de algún modo mortificada al darse cuenta de que aún le resultaba atractivo.

—¿Es verdad? —preguntó—. ¿Samantha regresó?

—No sé de qué estás hablando.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Lili, quien apareció detrás de Caroline.

—¿Es ella? —preguntó Aidan y empujó la puerta con más fuerza para intentar abrirse camino adentro—. Habla conmigo, cariño. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu historia?

—Regresa al salón—le indicó Michelle a Lili—. Ahora.

Lili dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

—Bien podrías decírmelo, Caroline —insistió Aidan—. Sabes que escribiré algo de todas formas.

—Primero dime quién te advirtió —dijo Caroline.

—Sabes que no puedo traicionar mis fuentes.

—¿De verdad? No has tenido tantos problemas para traicionarme a mí.

—No es del todo cierto. Y si lo piensas, también te hice un favor.

—¿Un favor?

—Te di un foco. Un lugar donde descargar...

—Sin mi conocimiento. Sin mi permiso.

—Nunca me hubieras dado tu permiso.

—¿Eso no te dice algo?

—Nunca fue mi intención lastimarte, Caroline. Me gustabas. De verdad. Debatí conmigo mismo durante horas antes de entregar esa historia. Sabía que había posibilidades de que no entendieras.

—¿*Possibilidades* de que no entendiera? ¿Entender qué, exactamente? ¿Que abusaste de mi confianza? ¿Que me humillaste? ¿Que me usaste para satisfacer tus ambiciones, para aumentar el tamaño de tu columna?

—Habías estado llevando contigo esta enorme carga de culpa por tantos años, que estaba devastándote —argumentó—. Me gusta pensar que pude haber aligerado esa carga.

—¿*Realmente tenía tan falsas ilusiones?*, se preguntó. Pero ¿por qué sería diferente a todos los demás? Algunas veces las ilusiones son las que te impulsan en la vida.

—No te atrevas a engañarte a ti mismo al pensar que hubo algo noble en lo que has hecho —le dijo y apartó esos pensamientos de su mente—. Apuesto a que tienes una grabadora en tu bolsillo en este momento, ¿no es así?

Él apartó la vista y se esforzó por no sonreír.

—Una chica aparece en tu puerta y dice que es tu hija robada hace quince años. Es una historia terriblemente buena, Caroline, incluso si ella resulta no ser Samantha. Déjame escribirla. Dame una oportunidad de arreglar las cosas.

—Primero dime si realmente tenías una mujer y una hija que fueron asesinadas por un conductor borracho.

Su expresión de inocencia fue toda la respuesta necesaria.

—Pedazo de mierda.

—Habla conmigo, Caroline. Dame una exclusiva y te juro que te verás más santificada que la Madre Teresa.

Caroline miró su no tan atractivo rostro, aliviada de descubrir que todo lo que sentía era desprecio. Luego luchó por hacer que soltara la puerta y la cerró de un golpe en su cara.



—Debiste decirle que se vaya al diablo —comentó Michelle más tarde.

—Sí, es una buena idea, decirle a un periodista que se vaya al infierno —dijo Hunter.

—Algunas veces es mejor tomar el camino más apropiado —agregó Caroline.

Estaban reunidos en el salón, esperando la llegada de Beth. Su avión había aterrizado media hora atrás y había llamado a Lili en cuanto pasó por inmigración para avisarle que iba en camino. Lili, a su vez, le habló del creciente número de periodistas que estaban rodeando la casa y le preguntó si ella era responsable de su presencia, algo que Beth negó con vehemencia.

«¿Es verdad que Samantha ha vuelto a casa?», había gritado un periodista cuando Hunter bajaba de su BMW.

«¿Cuándo tendrán los resultados de la prueba de ADN?», exigió otro cuando Caroline abrió la puerta y lo guio adentro.

—¿Wainwright dijo quién lo informó? —preguntó Hunter.

—¿Y traicionar a su fuente? —Caroline resopló.

—Se acerca un taxi por la calle —anunció Lili desde la ventana.

Caroline, Hunter y Michelle se pusieron de pie de inmediato con anticipación. Dieron una profunda inhalación colectiva cuando el taxi se detuvo frente a la casa y una mujer emergió del asiento trasero.

—Es ella —le dijo Lili a Caroline.



## El presente

**B**eth Hollister era exactamente como en la fotografía que Lili le había enseñado; lo que significaba que no se parecía en nada a Lili. En eso pensaba Caroline al guiar a la mujer claramente consternada al recibidor. Vestía un pesado abrigo negro de lana y cargaba un bolso del mismo estilo del que Lili había llevado unos días atrás. Su pelo era grueso y oscuro, más encrespado que rizado, y su piel era mortalmente pálida. Si era resultado del invierno en Calgary o producto de la clamorosa horda de periodistas que se había lanzado sobre ella como un enjambre de abejas iracundas al salir del taxi, que le hicieron fotografías y le lanzaron preguntas como si fueran piedras mientras caminaba hacia la entrada, era imposible decirlo. Dejó el bolso en el suelo, sus temerosos ojos de color marrón parpadearon rápidamente mientras recorrían la habitación en busca de Lili, después brillaron con lágrimas al verla y finalmente se cerraron aliviados cuando Lili corrió a sus brazos.

Caroline sintió una punzada de culpa al ver el abrazo de las dos. Resistió la posesiva necesidad de interponerse entre ellas y forzarlas a separarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Beth a Lili mientras apartaba algunos cabellos rebeldes de su frente y sostenía su rostro entre las manos.

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Como podrías esperar, bajo las circunstancias.

—¿Cómo están Alex y Max?

—Están bien. Confundidos, por supuesto. No entienden cómo pudiste simplemente marcharte así.

Caroline se acercó.

—Señora Hollister —dijo y, estaba a punto de ofrecer su mano, cuando se dio cuenta de que Beth no soltaría a Lili—. Soy Caroline Shipley. Él es mi exmarido, Hunter, y nuestra hija, Michelle. Siento la escena del exterior.

—No lo entiendo. ¿Qué están haciendo todas esas personas aquí? ¿Por qué pensarían que yo las llamé? —Beth miró desde Caroline a Hunter y a Michelle, luego de vuelta a Caroline.

—No sabíamos qué pensar —respondió ella.

—Si usted no los llamó, entonces ¿quién? —preguntó Michelle.

La pregunta flotó en el aire, como hedor a comida rancia.

—Ahora eso no importa —dijo Hunter—. Es un asunto polémico. Alguien obviamente advirtió a los buitres y no se irán pronto.

—Esto es una pesadilla —comentó Beth.

—¿Puedo guardar su abrigo? —ofreció Caroline.

—No, gracias. No nos quedaremos mucho.

Caroline miró intranquila en dirección a Hunter, ansiosa ante el plural en la frase de Beth.

—¿Por qué no pasamos a la sala, donde podremos hablar?

Beth permaneció anclada en su lugar.

—Ven, mamá —la animó Lili con cuidado, y Caroline sintió una oleada de ansiedad—. Has hecho un viaje largo.

—Vine a llevarte a casa.

—Por favor —intervino Caroline—. Seguramente puede quedarse un momento.

—Le dije al taxista que regresara en media hora.

—Lo que no nos deja mucho tiempo —reconoció Michelle mientras avanzaban hacia la sala.

—¿Ha comido algo? —preguntó Caroline—. ¿Puedo traerle un té o café?

—Té estará bien —respondió Beth y desabrochó el primer botón de su abrigo—. Si no es molestia.

—Yo lo haré —ofreció Lili.

—Yo lo haré —contradijo Michelle—. ¿Cómo lo toma?

—Leche y un poco de azúcar, gracias.

—¿Alguien más?

—Yo, por favor —pidió Caroline—. Solo un poco de leche.

—Sé cómo bebes tu té, mamá.

—¿Por qué no nos sentamos? —propuso Hunter, como si aún viviera allí.

Caroline y Hunter se sentaron en las sillas y Beth y Lili se colocaron en el sofá, con sus manos entrelazadas.

—Tiene una bonita casa —comentó Beth.

—Gracias.

—Y un hermoso árbol. —Lo señaló con la cabeza.

—Lili ayudó a decorarlo —confió Caroline mientras observaba el brillo de las diminutas luces blancas. Había cerrado las cortinas antes esa tarde, en un esfuerzo por mantener fuera las miradas fisgonas. El resultado fue que la habitación, normalmente aireada y luminosa, pareciera pequeña y claustrofóbica. El árbol ayudaba a animar un poco el ambiente—. ¿Está segura de que no puedo



guardar su abrigo? —preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—¿Cómo ha ido su vuelo? —inquirió Hunter.

—Nada mal una vez que finalmente despegamos.

—Sí, supe que hubo una gran tormenta.

*¿De verdad?*, pensó Caroline. *¿Estamos hablando del clima?*

—Tuvimos que esperar en la pista por más de dos horas. Tenían que descongelar el avión. Estuvimos un tiempo en ascuas, sin saber si despegaríamos o no.

Su voz era grave, casi ronca, para nada similar a la de Lili.

Caroline estudió su rostro en busca de algo que pudiera conectarla con la chica a su lado, pero no encontró nada que encajara. Sus ojos eran de colores diferentes, sus narices de formas diferentes. El mentón de Beth era redondeado y delicado, mientras que el de Lili era cuadrado y más anguloso. Caroline miró a su exmarido y se preguntó si estaría pensando lo mismo.

—El clima aquí es siempre perfecto —estaba diciendo Lili—. Sol cada día.

—Creería que eso puede volverse monótono —comentó Beth.

—Hay cosas peores —dijo Hunter con una sonrisa.

—Sí —coincidió Beth—. Y, desafortunadamente, esta es una de ellas.

*Suficiente del clima*, pensó Caroline.

—Créame, entiendo lo difícil que debe ser esto para usted.

—No más de lo que estoy segura que es para ustedes. El tener que revivir un momento tan doloroso de sus vidas, que se reaviven sus esperanzas. —Respiró profundamente y soltó el aire lentamente—. Pero son falsas esperanzas. Y es tan desafortunado. No merecen esto. Han sido más que amables y comprensivos al escuchar esta locura, al consentir las fantasías de Lili...

—Creo que ella solo quiere descubrir la verdad. —Caroline miró a Lili—. Creo que es lo que todos queremos.

—La verdad es que Lili no es su hija —dijo Beth con firmeza—. Sé que no es lo que quieren escuchar. Sé que no es lo que quieren creer. Sé que darían lo que fuese por que fuera suya. Y sé que yo sentiría exactamente lo mismo si la situación fuera al revés. Pero les digo, Lili no es Samantha. —Forzó a Lili a mirarla, con los dedos en su barbilla, la barbilla que estaba situada en mitad del mentón de Hunter—. Tú eres *mi* niña, *mi* carne y *mi* sangre. Y siento si crees que he fallado de algún modo...

—No me has fallado. —Comenzaron a correr lágrimas por las mejillas de Lili.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué estás castigándome?

—No intento castigarte.

—¿Tienes idea de lo insultante que es esto? ¿Que mi propia hija esté cuestionando mi palabra? ¿Que me hayas llamado mentirosa?

—No estoy llamándote mentirosa.

—Entonces termina con esta locura en este momento y ven conmigo.

—Señora Hollister... —comenzó a decir Hunter.

—Regresa a Calgary —repitió Beth, ignorándolo—. Olvida toda esta tontería. Estas personas no son tu familia. Este hombre no es tu padre. Esta mujer no es tu madre. *Yo* soy tu madre y te quiero. Tienes que creerme. Tú eres *mi* hija y te he querido desde el momento en que puse mis ojos en ti.

—Yo te quiero también.

Caroline sintió que una mano invisible penetraba su pecho y le arrancaba el corazón. El dolor fue tan fuerte que estuvo a punto de gritar.

—Entonces toma tus cosas y marchémonos de aquí. Por favor. Tus hermanos están muy nerviosos. Primero su padre muere y luego tú te marchas sin decir una palabra. Creen que han hecho algo mal. Te echan de menos.

—Yo los echo de menos también.

—Sé que este año que ha pasado ha sido difícil para ti. Ha sido difícil para todos desde la muerte de tu padre. Y tal vez no he controlado muy bien las cosas. Sé que he sido impaciente y que he estado enfadada muchas veces, que no te he dado la atención que necesitas, la que mereces. Y también entiendo que eres una niña grande ahora, que quieres más libertad y te daré libertad. Lo prometo...

—Señora Hollister...

Beth se dirigió hacia Caroline y Hunter.

—Ya les hemos causado suficientes inconvenientes. No puedo agradecerles lo suficiente por su paciencia y hospitalidad. Pero las cosas se han salido de control. Han llegado demasiado lejos y ya se han extendido demasiado. Y debo insistir en que Lili y yo nos vayamos de aquí de inmediato. —Se puso de pie y llevó a Lili con ella. Caroline se levantó también.

—Beth, por favor. Sé que todo este episodio es tan perturbador, tan surrealista, para usted como para nosotros. Comprendo su indignación, su rabia, su deseo de regresar a casa lo más pronto posible. Pero solo estamos hablando de unos días más. Una vez que obtengamos los resultados de ADN, lo sabremos con certeza...

—Yo *ya* lo sé con certeza.

—Yo no —afirmó Lili, y se liberó de las manos de Beth.

—Lili, por el amor de Dios.

—Lo siento —lamentó ella—. Pero no puedo ir a casa contigo. No todavía.

Caroline escuchó pasos aproximándose y al girarse vio a Michelle de pie en la puerta, sosteniendo una bandeja con dos tazas de té humeante y un plato de galletas de mantequilla. La depositó sobre la mesa de café mientras los demás regresaban lentamente a sus posiciones

previas.

—Gracias, cariño.

—¿Por qué está aquí realmente? —le preguntó Michelle a Beth después de acomodarse en la silla junto a su madre.

—¿Disculpa?

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué busca?

—Michelle, ¿qué haces? —intervino su madre.

—No lo entiendo —dijo Beth—. Creo que he sido muy clara acerca de lo que quiero y por qué estoy aquí. Quiero que este absurdo se termine. Estoy aquí para llevar a mi hija a casa.

—¿No quiere dinero?

—¿Dinero? No.

—¿No está esperando hacer un trato para la edición de un libro o película de esto?

—Eso es ridículo.

—¿No está interesada en la publicidad, en tener sus quince minutos de fama?

—Por supuesto que no.

—¿Qué hay de cinco minutos? ¿Ni siquiera quiere su nombre en los periódicos?

—Es lo último que quiero.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ocultar?

—¿Qué?

Caroline miró a Hunter y se sorprendió al ver una ligera sonrisa asomando en las comisuras de sus labios. Michelle se levantó y comenzó a caminar a un lado y al otro frente al sofá.

—Mire, fui muy escéptica cuando Lili contactó por primera vez a mi madre. He estado esperando a que su pantalla cayera, a que el engaño fuera revelado...

—No hay engaño.

—Le creo —afirmó Michelle—. De verdad que lo hago. Vi su rostro cuando los periodistas la rodearon afuera. Y puedo ver el amor en sus ojos al mirar a Lili. No está fingiendo. Nadie es tan buena actriz. Así que, acepto que esto no es ninguna clase de estafa sofisticada, que Lili es tan verdadera como aparenta ser, que de verdad cree que hay una posibilidad de que sea Samantha. Y, por más improbable que crea que eso es, y por más firmemente que usted insista en que no lo es, debo preguntarme por qué desea tanto hacerla desaparecer antes de que tengamos los resultados de la prueba.

—Eso es todo. —Beth se levantó de inmediato—. Es suficiente. —Revisó el bolsillo de su abrigo, sacó una pequeña tarjeta junto con su teléfono móvil y llamó al número en ella—. Habla Beth Hollister. ¿Puede recogerme ahora? Lo esperaré en la esquina. Gracias.

—Por favor, no se vaya —dijo Caroline—. No habrá un vuelo a Calgary hasta mañana por la mañana. Puede quedarse aquí...

—Eso no va a pasar —afirmó Beth, con la voz tan llana como si una aplanadora le hubiera pasado por encima. Se giró hacia Lili—. Estaré en el hotel Best Western Hacienda hasta mañana. Luego me iré en el primer vuelo a casa. Rezo con todas mis fuerzas porque entres en razón a tiempo para estar en ese avión conmigo. —Se marchó hacia el recibidor y tomó el bolso de camino a la puerta.

—¿Mamá? —llamó Lili y corrió tras ella—. Espera.

—Gracias a Dios —susurró Beth al envolver a Lili en un estrecho abrazo.

Caroline las observó conteniendo la respiración. Luego vio cómo Lili se liberaba lentamente de las firmes manos de Beth.

—Te llamaré tan pronto como tengamos los resultados —dijo en voz baja.

—Te quiero. —El rostro de Beth se frunció en una combinación de resignación e irreverencia—. Nunca olvides eso.

Luego abrió la puerta, se abrió paso entre la formación de periodistas y desapareció en la calle.



## El presente

**P**eggy llamó a la una en punto del día siguiente.

—Acabo de recibir una llamada del director de la clínica —anunció sin preámbulos—. Tiene los resultados de la prueba.

—¿Están los resultados? —preguntó Caroline, como si hubiera escuchado mal—. ¿Tan pronto? —Su corazón comenzó a palpar rápidamente, como si tuviera a una pequeña ave atrapada en el pecho.

—Quiere saber cómo te gustaría llevar las cosas.

—No lo entiendo.

—Al parecer, los medios han estado montando guardia en el exterior de la clínica desde las siete de la mañana. Se siente fatal porque sospecha que puede haber sido una de sus recepcionistas la que filtró la historia y quiere asegurarse de que se proteja su privacidad.

—Un poco tarde para eso, ¿no lo crees?

—Ya está hecho —dijo Peggy, tan pragmática como siempre—. El asunto es: ¿qué quieres hacer ahora? Puede enviarte los resultados, o puedes recogerlos en persona...

—No sé qué hacer. —La cabeza de Caroline daba vueltas—. Hay periodistas en todas partes.

—¿Y si *yo* lo hago?

—¿Qué quieres decir?

—Puedo ir a la clínica y recoger el informe. Nadie me reconocerá.

—No puedes dejar el trabajo...

—Soy la jefa, ¿recuerdas? Tengo una reunión, pero puedo salir como en una hora. Mientras tanto, tienes que llamar a la clínica y darle tu consentimiento a Sid Dormer. Dile a la recepcionista que tu nombre es Angela Peroni.

—¿Quién?

—Es la empleada de limpieza de su exesposa. Sabrá que eres tú. Le darás tu visto bueno; yo recogeré los resultados y te los llevaré. ¿Caroline? ¿Caroline, estás ahí?

—Estoy aquí. No estaba esperando que los resultados llegaran tan pronto. Creí que tendría más

tiempo. Otro día, al menos.

—¿Para hacer qué?

—No lo sé. Para prepararme, supongo.

—Has estado preparándote durante quince años —le recordó Peggy.

Caroline se apoyó contra la encimera de la cocina, sus piernas amenazaban con doblarse debajo de ella.

—¿Y si no es ella?

—Entonces, lidiaremos con eso —afirmó Peggy—. Mira, cuanto antes llegue a la reunión, antes podré irme y antes sabremos la respuesta. ¿Tengo tu consentimiento para recoger los resultados?

—Por supuesto que tienes mi consentimiento.

—¿Consentimiento para qué? —preguntó Michelle al entrar en la cocina mientras su madre estaba anotando el número de Dormer. Estaba vestida como si fuera al gimnasio, con unos leggins negros y una camiseta blanca.

—Están los resultados de la prueba —le informó Caroline, y marcó el número de Dormer.

—¿Ya? Solo han pasado dos días.

—¿Puedo hablar con Sid Dormer, por favor? —dijo Caroline al teléfono—. Es Angela Peroni.

—¿Quién? —preguntó Michelle.

—*Sh*. Hola, señor Dormer. Sí, es muy desafortunado el acoso de los medios. Lo siento también. Peggy acaba de llamarme. Dice que necesita mi permiso para recoger los resultados de la prueba, así que se lo doy. Sí, gracias. Debería estar allí en una hora. —Colgó el teléfono.

—Dios, esto se parece a una película de James Bond.

—¿Qué se parece a una película de James Bond? —preguntó Lili desde la puerta.

—Están los resultados —repitió Caroline. Lili se puso mortalmente pálida, su tez creaba un impactante contraste con el oscuro azul de su camiseta de mezclilla.

—El momento que todos estábamos esperando —comentó Michelle—. Llamaré a papá. —Sacó el teléfono y le dejó mensajes en su oficina, en su casa y en su móvil, diciendo que fuera a la casa tan pronto como pudiera—. ¿Debería llamar a la abuela Mary?

—Esperemos. No es necesario hacer que todos se alteren hasta que sepamos la verdad.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Lili.

Caroline se preguntó cuántas veces había escuchado esa pregunta en las últimas semanas, cuántas veces se la había hecho ella misma.

—Peggy retirará los resultados en una hora y los traerá. Mientras tanto, no hay mucho que podamos hacer. Solo esperar.

Michelle se encogió de hombros, anchos hombros elevados hacia sus orejas.

—Parece que el gimnasio tendrá que esperar. ¿Alguien quiere jugar al Scrabble?



—¿Qué clase de palabra es *ramet*? —preguntó Lili al estudiar las pequeñas letras de madera que Michelle había dispuesto sobre el tablero de Scrabble.

—Es una palabra —respondió Michelle.

—¿Qué significa?

—No tengo ni idea. Pero no tengo que saber lo que significa. Solo tengo que saber que es una palabra.

—Nunca la he escuchado.

—¿Estás desafiándome?

Lili miró a Caroline al otro lado de la mesa, como si la instara a intervenir en su favor. Caroline se contuvo. Nunca era buena idea desafiar a Michelle. En nada.

—¿Qué pasa si te desafío? —preguntó Lili.

—La buscamos en el diccionario. Si tienes razón, pierdo mi turno. Si yo la tengo, tú pierdes un turno.

—De acuerdo, te desafío.

Caroline buscó el *Diccionario oficial para jugadores de Scrabble* en la mesa a su lado y notó que estaba desactualizado casi por dos décadas. ¿Cuántas nuevas palabras habían aparecido desde la última vez que había jugado Scrabble? ¿Cuántas habían quedado obsoletas?

—Aquí esta —anunció al encontrar la palabra *ramet* entre *ramen* y *ramial*—. Significa «cada una de las plantas en un grupo de clones».

—¿Y eso qué significa? —insistió Lili.

—No tengo ni idea.

—Tengo razón. Es una palabra —dijo Michelle—. Pierdes un turno. —Celebró, triunfal.

Lili se encogió de hombros y Caroline sonrió. Jugar al Scrabble había sido una buena idea, incluso aunque probablemente Michelle no lo hubiera propuesto en serio.

—Tu turno, mamá.

Caroline bajó la vista a las letras (dos A, cada una de un punto, una P de tres, una Y de cuatro puntos, una E y una L, cada una con valor de un punto), luego miró una vez más al tablero y echó un vistazo a su reloj mientras levantaba la P de su exhibidor. Eran casi las tres. Se preguntó qué estaba retrasando a Peggy. Ya debería haber llegado.

—¿Mamá?

—¿Si?

—Has estado mirando esa letra durante cinco minutos. ¿Vas a hacer algo con ella o no?

Caroline colocó la P en un casillero que triplicaba su puntuación, luego la siguió con la L, luego



una A y una Y antes de la A que Michelle había usado para formar *ramet*, la Y en otro casillero de triple puntaje—. *Playa* —anunció—. Son nueve puntos para la P, doce para la Y uno para la L y las A.

—Veinticuatro —dijo Lili distraída mientras la sonrisa de Caroline se ampliaba y la de Michelle desaparecía por completo—. ¿Qué? —preguntó alarmada.

—Eres buena en matemáticas —explicó Michelle—. Por supuesto que lo eres.

—No en realidad.

—No tienes que esforzarte tanto. —La mirada con el ceño fruncido de Michelle pasó de Lili a Caroline—. Ella ya está de tu lado.

—No intento...

—Y tú no engañas a nadie —dijo a su madre.

—¿De qué estás hablando?

—Sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando? —preguntó Caroline, genuinamente perpleja.

—Que este es el primero de cientos de juegos de mesa que las tres jugaremos juntas si tus plegarias son respondidas y resulta que Lili es de hecho Samantha. Que así es cómo es ser una familia normal. —Llevó su cabeza hacia atrás y miró el techo—. Bueno, odio tener que fastidiar todo siempre —continuó—, pero no somos una familia normal. No hemos sido una familia normal por quince años. Y no podemos comenzar a fingir que lo somos repentinamente. *Nada* de lo que pasó es normal. Y sin importar lo que digan los resultados de la prueba o lo fervientemente que le reces a un Dios que obviamente no está ahí (o Samantha nunca habría desaparecido en primer lugar), nunca *será* normal. —Observó las palabras esparcidas sobre el tablero de Scrabble—. Y este es un juego estúpido. —Barrió las fichas del tablero con el dorso de su mano y acabaron desparramadas por el suelo de la cocina.

De inmediato, Lili estaba de rodillas, levantándolas.

—Déjalas —ordenó Michelle—. Es mi desorden. Yo lo arreglaré.

—Vale.

—He dicho que *yo* lo haré. —Michelle recogió las letras restantes rápidamente y las lanzó sobre la mesa—. Te dije que era una malcriada —dijo y volvió a desplomarse en su silla.

—No —dijo Caroline luego de un silencio de varios segundos—. Tienes razón. Esto *no* es normal. Es todo menos normal. Y claramente este es un momento muy tenso. Todos estamos al límite...

—¿De verdad? Porque tú pareces muy tranquila.

—Es solo mi cara.

—De verdad no soy muy buena en matemáticas —comentó Lili por lo bajo. Los labios de Michelle formaron una resistida sonrisa.

—¿Has hablado con Beth desde que regresó a Calgary? —preguntó mientras regresaba las fichas del Scrabble a su pequeña bolsa.

Lili asintió.

—¿Cómo está ella?

—Igual. Molesta. Enfadada. Triste.

Caroline imaginó a Beth como la había visto la noche anterior en las noticias, una mujer obviamente consternada que se tapaba el rostro con las manos mientras se esforzaba por superar a la horda de periodistas que la perseguía.

«¿Quién es usted?», le exigían mientras corría al taxi que la esperaba en la esquina. «¿Cuál es su conexión con Caroline Shipley?». «¿Puede decirnos algo de lo que está ocurriendo en esa casa?». «¿Es verdad que hay una chica que dice ser Samantha?».

—¿Aún la acechan los periodistas? —preguntó Caroline.

—Un hombre siguió su taxi hasta el hotel. Incluso la rastreó hasta el aeropuerto esta mañana, pero ella no habló con él.

Caroline no necesitaba preguntar el nombre del periodista. Ya lo conocía.

El timbre sonó.

—Ay, Dios —susurró Caroline.

—Ay, Dios —repitió Lili.

—Sí, claro —dijo Michelle—. ¿Alguien va a abrir?

Caroline inhaló profundo y se dirigió a la puerta, con Michelle y Lili a solo unos pasos por detrás.

—Abre, por el amor de Dios —gritó Hunter desde el otro lado cuando se acercaron. Caroline abrió rápidamente y Hunter se lanzó al interior. Detrás de él las cámaras dispararon furiosamente.

—Hunter —lo llamó un periodista—. Mira hacia aquí.

—¿Puede decirnos qué está pasando? —exigió otro.

—¿Han recibido los resultados del laboratorio?

—¿Qué está pasando? —preguntó Hunter después de cerrar la puerta de un golpe.

—¿Dónde has estado? —preguntó Michelle sobre él—. Te llamé hace horas.

—Reuniones. ¿Qué está pasando? —repitió.

—Están los resultados —anunció Caroline.

—¿Tienen los resultados?

—Peggy los trae.

—¿Sabes qué dicen?

Caroline negó con la cabeza. Una línea de sudor corrió por la frente de Hunter.

—De acuerdo. Es importante mantener la calma, sin importar lo que digan los resultados.

Caroline pudo ver que lo decía tanto para su propio beneficio como para el de ellas.

—Tal vez deberíamos sentarnos —dijo, y los guio a todos a la sala.

Estaban acomodándose en sus asientos cuando escucharon un coche detenerse en la entrada, una puerta cerrándose y pasos apresurados hacia la puerta. Caroline corrió a la puerta y la abrió, tomó a Peggy del brazo y la arrastró al interior de la casa. Los periodistas bombardearon la puerta con preguntas.

«¿Puede decirnos...?».

«¿Es verdad...?».

«¿Qué...?».

Caroline empujó a su amiga hasta la sala. Peggy no perdió tiempo en prerrogativas innecesarias. Sacó un sobre blanco sellado de su bolso de cuero marrón y se lo entregó a Caroline.

—No puedo. —Caroline negó con la cabeza—. Ábrelo tú.

—¿Estás segura? ¿Hunter? —preguntó Peggy.

—Hazlo tú.

Peggy abrió el sobre y retiró una única hoja de papel. Analizó la página, luego miró a Caroline, con los ojos llenos de lágrimas.

Caroline sintió que todo su cuerpo se adormeció. Sabía que, si los periodistas que esperaban en el exterior la vieran en ese momento, indudablemente la describirían como una mujer aparentemente calma, contenida, con una impecable postura y un semblante inexpresivo, en lugar de una mujer al borde del desmayo, cuya rigidez era resultado de que cada fibra de su cuerpo estaba esforzándose por mantenerla en pie y en una pieza. No comprenderían que si soltaba la respiración que estaba conteniendo en sus pulmones, se escaparía de ella como el aire de un globo y saldría disparada al espacio, destripada y vacía.

Pasó la vista de Peggy a Hunter, a Michelle, a la joven que podría o no ser Samantha. Desde la primera llamada de Lili, Caroline se había estado cuidando de no involucrarse emocionalmente. Se había advertido a sí misma que no debía dejar que su deseo se llevara lo mejor de su sentido común. Pero toda esa resolución se había ido por la ventana en el momento en que Lili apareció en su puerta y se había desvanecido por completo en el transcurso de los últimos días. Los hechos podían ser hechos, pero uno de ellos era que se había enamorado. Las emociones habían derrotado exitosamente al sentido común. Y uno más uno ya no sumaban dos. Aunque la prueba de ADN demostrara conclusivamente que Lili no era su hija, Caroline no estaba segura de poder sobrevivir su pérdida.

Así que se quedó en silencio, su cuerpo rígido y dolorosamente erguido, su rostro con una máscara de tranquilidad, a la espera de que Peggy hablara.



## El presente

Estaban sentadas en la cama, envueltas en los brazos la una de la otra, viendo las noticias de las once y tratando de digerir todo lo sucedido desde que Peggy había abierto el sobre blanco sellado y había cambiado sus vidas para siempre.

—Ay, Dios —había dicho Peggy, con su mirada disparada de Caroline a Lili y a Caroline otra vez.

—¿Qué? Dime.

—Ella es tuya. Es Samantha.

Lo que siguió fue un coro de jadeos, lágrimas de alivio mezcladas con llantos de incredulidad. Una superposición de voces impactadas; cuerpos que se movieron, se mecieron, se aferraron unos a otros, antes de colapsar finalmente bajo el simple peso de esas palabras.

—No lo creo.

—¿Estás segura?

—¿Realmente es verdad?

—Déjame ver eso.

—No puede ser. Tiene que haber un error.

—Está aquí en blanco y negro. Miradlo vosotros mismos. No hay dudas.

—Ay, Dios mío.

—Es tuya. Reamente es tuya.

—No me lo creo.

—Gracias. Gracias. Gracias.

—¿Estás absolutamente segura?

—Mi bebé. Mi hermosa bebé.

Y luego la voz de la realidad. Como era usual, la de Michelle:

—¿Qué hacemos ahora?

Habían llamado a la policía. La policía había notificado prontamente al FBI. Todos se habían presentado de inmediato y su llegada había desatado un frenesí entre los periodistas que seguían

reunidos afuera.

«Mi nombre es Greg Fisher. Estoy con el FBI», había informado el agente a los medios frente a la puerta de Caroline varias horas después. «Ha habido un nuevo avance en el caso de la desaparecida Samantha Shipley. Por favor, sean pacientes. Tendremos una conferencia de prensa mañana a mediodía. Hasta entonces, solicitamos que se respete la privacidad de la familia».

Caroline había relatado los eventos de las últimas semanas a las autoridades; que había recibido una llamada por parte de una chica que se hacía llamar Lili, que vivía en Calgary con su madre viuda y dos hermanos menores, que Lili sospechaba que era en realidad Samantha, que la dudosa Caroline había volado a Calgary para conocerla, pero Lili no se había presentado, que la semana anterior había aparecido en la puerta de Caroline, que habían hecho una prueba de ADN, que Beth Hollister había volado desde Calgary el día anterior para llevarse a Lili a casa, pero Lili se había rehusado a ir, entonces Beth había regresado a Canadá sola, que los resultados de la prueba habían confirmado que Lili era de hecho Samantha, la hija que había sido robada de su cuna en México quince años atrás.

«Ella es tuya», había dicho Peggy. «Ella es Samantha».

*Ella es mía*, había estado repitiendo Caroline en silencio todo el día. *Es realmente mía*.

El FBI verificó los resultados con la clínica, luego notificó a la policía Real de Canadá. Ellos, a su vez, informaron a la policía de Calgary, que rápidamente arrestó a Beth Hollister y la encerraron para ser interrogada.

Ella había estado proclamando su inocencia desde entonces, incluso al ser confrontada con la joven que tan vehementemente había afirmado que era suya. Caroline aún reproducía la conversación de ellas en su mente horas después del hecho.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —había exigido Lili a Beth cuando Greg Fisher finalmente les permitió hablar. Su conversación fue transmitida en altavoz en la cocina para Caroline, Hunter y Michelle.

—No lo sabía. Lo juro —respondió Beth entre lágrimas.

—Juraste que eras mi madre —le recordó Lili.

—Soy tu madre.

—Juraste que me habías dado a luz. Te pregunté si era adoptada, ¿cuántas veces te lo pregunté? Dijiste que no.

—Porque es lo que tu padre insistió en que te dijera. Porque él dijo que así sería mejor para todos nosotros.

—Porque él sabía la verdad.

—No lo sé. No lo sé.

—Lo sabes. Deja de mentirme.

Pieza por pieza, la verdad lentamente emergió: Beth y su marido habían estado intentando tener

hijos propios sin éxito durante años; un día Tim había llegado a casa con la noticia de que había arreglado la adopción privada de un bebé, una adopción que podía darse en cualquier momento; estaban viviendo en Portugal cuando supuestamente la adopción finalizó; su marido voló de inmediato a Estados Unidos para recoger a su pequeña, una niña cuya madre la había abandonado intencionalmente.

Lili estaba incrédula.

—¿No sospechaste ni siquiera un poco? ¿Una madre que simplemente abandona a su hija de dos años exactamente al mismo tiempo que otra niña de dos años se desvanece misteriosamente de su cuna en México? ¿La coincidencia no parecía demasiado conveniente? ¿Realmente creíste que era una coincidencia?

—No sabía nada de lo ocurrido en México.

—Estaba en todos los medios. En todo el mundo. ¿Cómo podías no saberlo?

—Estábamos viviendo en Portugal. Yo no hablaba portugués. No leía los periódicos internacionales. Ni siquiera teníamos una televisión. Estaba algo aislada. Tu padre trajo a casa a una pequeña preciosa y me aseguró que todo era legal. No tenía razones para dudar de él. Tenía todos los documentos necesarios...

—Pero en algún punto tuvo que comenzar a sospechar —había dicho Greg Fisher desde su lugar en la mesa de la cocina, con su voz a un paso de ser desdeñosa.

—Supongo que sabía que algo no iba bien —había admitido Beth de mala gana—. Pero es increíble cómo uno puede engañarse a sí mismo cuando quiere hacerlo. Quería creer que mi marido no estaba mintiendo, así que lo creí. Quería creer que él no...

—¿... me había robado en México?

—Él no hizo eso —afirmó Beth con inesperada vehemencia—. Él nunca ha estado en México.

—Entonces, estaba trabajando con alguien que sí —dijo Greg Fisher como un hecho—. ¿Puede decirnos quién podría haber sido?

El cuerpo de Caroline se tensó cuando Hunter se inclinó al frente en su silla.

—No tengo ni idea. Tim conocía a muchas personas... por su negocio. Me avergüenza decir que no todas tenían buena reputación.

—Entonces, en algún punto, ¿sí sospechaste que podría ser Samantha? —objetó Lili.

—No hasta mucho después. Estábamos viviendo en Italia. Vi una transmisión de las noticias. Creo que fue el quinto aniversario del secuestro. Mostraron fotografías de Samantha. Fue bastante evidente. Me asusté. Me enfrenté a tu padre, le rogué que me dijera la verdad. Él me dijo que estaba siendo ridícula y que dejara de decir locuras, que decir cosas como esas solo despertaría sospechas infundadas y que podríamos acabar perdiéndote, incluso aunque juraba que tú no eras Samantha. ¿Qué opción tenía más que creerle?

—Por supuesto, ya que su marido falleció el año pasado, solo tenemos su palabra —comentó el

agente—. Muy conveniente para usted, dadas las circunstancias, el poder lanzar toda la culpa a un hombre que ya no está para defenderse.

Pudo escucharse un sollozo apagado al otro lado de la línea.

—¿Qué la hizo regresar al continente? —preguntó Fisher.

—Una combinación de cosas. El negocio de Tim... los niños...

—Tenía dos hijos para entonces.

—Sí. Una vez que tuvimos a Lili, no tuve problemas para embarazarme. Irónico, ¿no es así?

—Estoy seguro de que el hecho de que hubieran pasado diez años también fue un factor en la decisión de regresar. Asumió que estaba a salvo.

—Asumí que mi marido estaba diciéndome la verdad.

—¿Y por eso nos mudamos a Canadá? —intervino Lili en tono acusatorio—. ¿Es por eso que fuimos educados en casa? ¿Es por eso que no teníamos un ordenador, que nuestro acceso a la televisión era limitado, que nos mudábamos cada vez que comenzaba a hacer amigos? ¿Porque asumías que papá estaba diciendo la verdad?

—Organizamos toda nuestra vida en función a ti. Hicimos todo lo posible para protegerte.

—Para protegeros *vosotros*, querrás decir.

Fue entonces que Caroline intervino en el interrogatorio.

—¿Por qué venir a San Diego? Sabía que habíamos hecho la prueba de ADN. Sabía lo que indicarían los resultados. ¿Por qué seguir insistiendo...?

—Porque, lo crea o no, aún me aferraba a la esperanza de que Lili no fuera Samantha. Y pensé que si tan solo podía hacer que regresara a casa conmigo, ella dejaría esta locura a un lado y que, aunque los resultados demostraran que sí era su hija biológica, eso no importaría, no sería suficiente para borrar los quince años que pasé criándola, queriéndola... Te quiero mucho, Lili.

Se produjo un segundo silencio.

—Mi nombre es Samantha.

Escapó un grito de los labios de Beth, como un disparo, que viajó por los cables del teléfono para perforar el corazón de Caroline. A pesar de todo, por un momento sintió verdadera pena por Beth. Sabía cómo era perder a una hija.

—Por supuesto que en el momento en que te vi con tus padres y tu hermana supe quién eras —continuó Beth—. Lo que me desesperó más aún.

—¿Qué la hizo quedarse en Calgary? —preguntó Greg Fisher—. Pudo haber tomado a sus hijos y desaparecer. Tiene mucha práctica y debía saber que la policía iría por usted.

—¿A dónde iría? ¿Cómo podía irme si había al menos una mínima posibilidad de recuperar a mi pequeña?

La pregunta pendió en el aire incluso luego de que terminara la llamada.

—¿Qué pasará con ella? —preguntó Lili después—. ¿Irá a prisión?



—No lo sé —respondió Greg Fisher—. Obviamente es solo el comienzo de nuestra investigación y, mientras que confío en que las autoridades canadienses cooperarán ampliamente, han pasado quince años y no tenemos pruebas de que ella mienta. Seguiremos investigando, por supuesto. Quizás tarde o temprano descubramos toda la verdad de lo que sucedió esa noche. Ciertamente me gustaría estar ahí si eso pasa.

Hunter negó con la cabeza.

—Así que perdemos a una hija, nuestra hija pierde a una hermana, nuestro matrimonio se derrumba, nuestras vidas se arruinan, todo porque esta mujer quería un bebé y deliberadamente ignoró todas las evidencias que indicaban quién era esa bebé. Y se sale con la suya porque han pasado quince años, su marido está muerto y no hay pruebas de que esté mintiendo.

—Lo que importa es que tenemos a Samantha de vuelta —dijo Caroline simplemente.

Y, de repente, ella y Hunter estaban en los brazos el uno del otro y él estaba llorando en el hombro de ella.

—Lo siento, Caroline. Lo siento muchísimo.

—Lo sé.

—Por todo.

—Lo sé. También yo. —Lloraron juntos, las lágrimas de Hunter húmedas contra su mejilla. Por un instante, los años desaparecieron. Un milagro les había devuelto a su hija. Tal vez otro milagro podría volver a convertirlos en una familia real, una extendida. Ella lo abrazó con fuerza, inhaló su aroma a limpio y a jabón.

Era un aroma que reconocía muy bien.

Caroline se liberó de sus brazos, sabiendo que no había estado en reuniones cuando intentaron contactar con él antes. *Algunas cosas nunca cambian*, pensó con tristeza. *Sin importar cuántos años pasen.*

—¿Qué le decimos a los periodistas? —preguntó Michelle.

—Dejen que me ocupe de eso —ofreció Fisher—. Los veré mañana. —Le entregó su tarjeta a Caroline—. No dude en contactarme en cualquier momento.

—Gracias.

La madre y el hermano de Caroline llegaron poco después de que los policías y agentes federales se marcharan.

—Samantha, querida —exclamó Mary, esquivó a Michelle y envolvió a la joven en un estrecho abrazo—. Lo sabía. ¿No dije desde un principio que eras tú? Bienvenida a casa, querida. Tenemos mucho con que ponernos al día.

—Oye —dijo Steve y se acercó—. ¿Qué soy yo, hígado molido? Ven, cariño —llamó a Samantha con sus brazos abiertos—. Ven con el tío Stevie.

Un lamento contenido escapó de los labios de Michelle mientras Steve abrazaba a su sobrina

perdida.

—No estés celosa, Micki —dijo su abuela—. No va contigo.

—Madre, por el amor de Dios —intervino Caroline—. Este no es el momento.

—Ella ya no es hija única —argumentó Mary—. Tendrá que acostumbrarse tarde o temprano.

—Debería irme —dijo Hunter—. Diana debe estar preocupándose.

*Tiene razones para preocuparse*, pensó Caroline.

—Iré contigo —informó Michelle.

—¿No quieres quedarte aquí? —preguntó Samantha.

—No. Esta es tu noche. Mi madre y tú merecéis un tiempo a solas. Dormiré en casa de papá.

—La traeré de vuelta a primera hora —agregó Hunter—. Y, si te parece bien, me gustaría traer a Diana y a los niños también, presentarle a Samantha a sus medio hermano y hermana antes de la conferencia de prensa.

—¿Habrá una conferencia de prensa? —preguntó Mary.

—A mediodía —le informó Caroline.

—Esperemos que resulte mejor que la última que has dado. —Una risa amarga escapó de los labios de Caroline.

—Creo que es hora de que te vayas a casa también, madre.

—¿Qué? Acabamos de llegar.

—Sí. Y ahora os vais a ir.

Mary enderezó sus hombros y abrió la boca, como si se preparara para protestar.

—Caroline tiene razón —intervino Steve—. Deberíamos irnos. Ha sido un día muy largo y estoy seguro de que Samantha está exhausta.

—*Estoy cansada* —acordó Samantha.

—Entonces nos iremos de aquí y te dejaremos descansar. Y, quien sabe, tal vez ahora que se ha liberado la presión puedas comenzar a recordar algunas cosas. —Una vez más, Mary la abrazó—. Buenas noches, querida. Duerme bien. —Caminó a la puerta, la abrió y salió.

—¿Puede decirnos lo que está sucediendo allí? —gritó un periodista.

—No me pregunten. Yo soy solo la abuela —respondió Mary mientras Caroline cerraba la puerta tras ella.

—No debes dejar que te moleste —le dijo a Michelle.

—Seguro. Es fácil para ti decirlo. —Michelle sonrió.

—Te veré mañana.

—Adiós, mamá.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Samantha —dijo Michelle a su hermana—. Lo creas o no, de verdad me alegra que estés de vuelta.

—Te veré mañana —respondió Samantha.

Caroline vio por la ventana cómo subían al BMW de color crema de Hunter y se alejaban.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Samantha cuando estuvieron solas.

—Me muero de hambre.

—¿Muy pronto para otra pizza?

—Nunca es pronto para pizza.

Pasaron la mayor parte de la noche mirándose la una a la otra, como si entendieran que era a la vez muy temprano y muy tarde para las palabras, que quince años de palabras se habían perdido y nunca podrían recuperarse. Después de la cena, subieron y vieron televisión en la cama de Caroline; escucharon a Greg Fisher en las noticias de las once anunciar un nuevo avance en el caso de la desaparecida Samantha Shipley y prometer una conferencia de prensa para el mediodía del día siguiente.

—Creo que deberíamos intentar dormir —dijo Caroline y besó la frente de Samantha—. Mañana será un gran día.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —preguntó su hija.

En silencio, Caroline apartó las sábanas y Samantha se colocó debajo de ellas. Luego Caroline se recostó a su lado y vio a su hija dormir hasta la mañana.



## El presente

La conferencia de prensa comenzó exactamente a las doce del mediodía y fue televisada en todo el mundo.

Tuvo lugar frente al recinto principal del Departamento de Policía de San Diego. Caroline y Hunter se sentaron en sillas plegables en un escenario improvisado, con Samantha entre ellos. Estaban frente al menos un centenar de periodistas y fotógrafos que representaban cadenas de noticias de todo el país y más. Las cámaras amplificaban cada uno de sus gestos; las grabadoras presionaban para capturar cada murmullo. Había agentes del FBI con trajes conservadores, de pie detrás de ellos; oficiales uniformados los rodeaban y evitaban que los cámaras excesivamente entusiastas se acercaran demasiado. El jefe de policía se acercó al micrófono que había sido colocado en medio del escenario, a la espera de que el ruido de la audiencia atestada se detuviera para poder hablar.

—¿Estás bien? —Caroline sujetó la mano de Samantha.

—Creo que tengo náuseas.

—Sé cómo te sientes.

—¿De verdad? Pareces tranquila.

—Lo sé —afirmó Caroline—. No puedo evitarlo.

Samantha sonrió y de inmediato varios fotógrafos se acercaron para capturar el momento, sus cámaras dispararon furiosamente, como las teclas de una antigua máquina de escribir.

—Por favor, un paso atrás —advirtió el oficial.

—Inhala profundo —aconsejó Caroline; inhaló y exhaló, como para darle el ejemplo.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo Hunter.

Caroline bajó la vista a su falda y analizó la multitud subrepticamente con sus ojos. Vio a su madre y hermano sentados en la primera fila de una docena de hileras de sillas, todas ocupadas. Junto a Mary se encontraba la mujer de Hunter, Diana, con sus dos hijos y, detrás de ellos, Peggy y Hunter.

La ausencia de una persona llamaba la atención.

«¿Dónde está Michelle?», había preguntado Caroline cuando Hunter y su familia llegaron a la casa esa mañana.

«Ya se había marchado cuando desperté», había respondido Hunter, aparentemente despreocupado. «Dejó una nota diciendo que iría al gimnasio. Dijo que vendría cuando terminara».

«Bueno, no lo ha hecho».

Aún no había aparecido para cuando estuvieron listos para salir hacia la estación de policía. Caroline había dejado mensajes cada vez más urgentes en su buzón de voz. Michelle no había contestado a ninguno de ellos.

Una docena de pensamientos colisionaron en la mente de Caroline: Michelle estaba más enfadada de lo que había demostrado; se había escabullido de casa de Hunter en mitad de la noche, se había emborrachado, subido al vehículo de un amigo, provocado un accidente, había sido arrestada por la policía y en ese momento se encontraba sentada en una celda, o peor, desmayada en algún sitio, inconsciente y herida. O tal vez algún lunático la había seguido, determinado a hacer su propio enfermo aporte a las noticia del regreso sano y salvo de Samantha...

—No la veo —le susurró a Hunter en ese momento.

—Relájate —dijo él, aunque un ligero torcimiento sobre su ojo derecho delataba su propia preocupación—. Probablemente solo ha decidido no venir.

«Te veré mañana».

«Adiós, mamá».

*Adiós, no buenas noches.*

¿A dónde podría haber ido? Caroline estaba debatiéndose entre enfado y preocupación. No era que culpaba a Michelle por no querer ser parte de ese circo mediático. Ella tampoco quería estar ahí.

Miró en dirección al jefe de policía, un imponente hombre de mediana edad totalmente uniformado. Lo vio tocar el micrófono, luego aclararse la garganta cuando toda la audiencia reunida hizo silencio. Volvió a preguntarse dónde podía estar Michelle.

—Damas y caballeros —comenzó el jefe—, es un privilegio para mí estar aquí hoy para transmitir estas extraordinarias noticias. Como todos saben, hace quince años una niña de dos años llamada Samantha Shipley fue robada de su cuna mientras su familia estaba vacacionando en Rosarito, México.

*Mientras que sus padres estaban abajo, «divirtiéndose con amigos»,* agregó Caroline en silencio, al recordar titulares pasados e imaginar los nuevos.

—No todos los días un caso como este tiene el final feliz por el que todos rezábamos, pero hoy es uno de esos días. Me alegra poder decir que Samantha Shipley ha sido encontrada con vida y a

salvo, y que está aquí con nosotros el día de hoy.

Una oleada de emoción recorrió a la multitud. Las cámaras dispararon salvajemente y los periodistas se pusieron de pie, sus voces ansiosas sacudieron el escenario, como adolescentes en un concierto de rock.

El jefe de policía levantó las manos y suplicó cooperación.

—Si pueden ser pacientes, por favor. Sus preguntas serán respondidas a la brevedad. —Luego de un minuto, el silencio regresó—. Las pruebas de ADN han confirmado que la joven que se encuentra detrás de mí es Samantha Shipley, la hija desaparecida de Caroline y Hunter Shipley. —Luego presentó a Greg Fisher, rígidamente apuesto en un traje azul marino y una corbata a rayas rojas y blancas, quien les proporcionó un rápido repaso de los quince años de Samantha como Lili Hollister. Relató mucho de lo que Caroline le había dicho el día anterior, detallando las crecientes sospechas de Lili de que podía ser, de hecho, Samantha Shipley; sospechas que la llevaron a viajar desde Calgary, Alberta, hasta el sur de California, lo que culminó con la reunión con sus padres biológicos. Admitió que el FBI tenía muy poco conocimiento de la logística del secuestro en sí mismo.

«Muy poco» como eufemismo de «nada en absoluto», decidió Caroline. Una vez más, buscó a Michelle en la multitud. Una vez más, no vio más que los embelesados rostros de extraños.

—Samantha y sus padres, Caroline Shipley y Hunter Shipley —continuó Fisher, sutil reconocimiento de que ya no eran parte de la misma unidad, a pesar de que aún compartieran el mismo apellido—, han accedido amablemente a presentarse aquí hoy para responder a sus preguntas. Les recuerdo que no tienen obligación legal de hacerlo y los animo a ser lo más amables y respetuosos posible con sus preguntas. —Giró hacia ellos—. Por favor —dijo y los llamó al frente.

Caroline, Hunter y Samantha fueron recibidos por un estruendoso aplauso cuando se levantaron de sus asientos y se acercaron al micrófono, con las manos aferradas con fuerza entre sí.

—¿Cómo se siente tener a su hija de vuelta? —preguntó un periodista de inmediato.

—¿Cómo se siente estar en casa, Samantha? —gritó otro al mismo tiempo.

Las preguntas continuaron, rápidas y furiosas:

—¿Cuándo fue la primera vez que sospechaste que podías ser Samantha?

—¿Cómo has podido contactar a Caroline?

—Caroline, ¿cuáles fueron sus primeros pensamientos cuando Samantha la contactó por primera vez?

—¿Su reunión fue todo lo que esperaba que fuera?

—¿Supo de inmediato que ella era su hija?

—¿Prefieres ser llamada Lili o Samantha?

—¿Qué ocurrirá con tu familia en Calgary?

—¿Planeas quedarte en San Diego?

—Caroline, ¿ha hablado con Beth Hollister?

—¿Cuáles son sus sentimientos hacia ella?

—¿Le gustaría verla en prisión?

—Samantha, mira hacia aquí.

—Hunter, por aquí. Una sonrisa.

—¿Podemos hacer una fotografía de los tres abrazados?

—¿Culpas a Caroline o a Hunter por haberte dejado sola esa noche?

—¿Creen que alguna vez descubrirán lo que sucedió?

—Caroline, ¿cree que ha sido tratada injustamente por la prensa?

—Samantha, ¿podemos tomarte una fotografía besando a tu madre?

—¿Qué sientes respecto al divorcio de tus padres?

—¿Vivirás con tu madre o con tu padre?

Y, de repente, un barítono familiar flotó por encima de la multitud:

—No veo a su otra hija en ningún lado. ¿Michelle está aquí?

Caroline lo reconoció de inmediato: Aidan Wainwright. La palabra *bastardo* estaba formándose en sus labios cuando Hunter presionó su mano.

—Michelle es una persona muy reservada —respondió Hunter con calma—. Decidió no estar aquí.

—Caroline, en el pasado ha descrito a su hija mayor como «difícil» —insistió el periodista—. ¿Ella no se siente feliz con la vuelta de su hermana? ¿Es por eso que no está aquí?

Otro apretón en su mano, más fuerte esta vez.

—Ella no es infeliz —dijo Hunter—. Solo está algo abrumada. Al igual que todos.

—En ese sentido —intervino Greg Fisher—, creo que lo daremos terminado por hoy. —Evitó más preguntas—. Volveré a recordarles que la familia Shipley ha sido más que cooperativa y les solicitaré que les den la privacidad que necesitan y merecen. Futuros interrogantes que puedan tener deben dirigirse a la policía o al FBI. Gracias.

—Hay algo que me gustaría agregar —dijo Caroline al micrófono con la vista en la multitud reunida.

—Por supuesto —accedió Greg Fisher y se hizo a un lado—. Por favor, adelante.

Caroline miró directamente a Aidan Wainwright y le ofreció su sonrisa más amplia y verdadera.

—Vete a la mierda, cabrón.

Y luego la multitud se desató.





Llegaron de vuelta a casa de Caroline para encontrar al menos a una docena de periodistas apostados en su puerta.

—Bien hecho, Caroline —exclamó una fotógrafa mientras los policías intentaban dispersarlos, primero apelando a su sentido de la decencia y, cuando eso no funcionó, apostando a un oficial frente a la puerta y amenazando con arrestar a cualquiera que pusiera un pie en la propiedad.

—Michelle —llamó Caroline al entrar—. ¿Michelle?

—Ella no está aquí —anunció Mary mientras ella y Steve seguían a Peggy y Fletcher al recibidor.

—Maldición —balbuceó Caroline.

—Creo que hemos escuchado suficientes maldiciones por un día, ¿no es así? —dijo Hunter e impulsó a todos a la sala.

—No puedo esperar a ver los titulares —comentó Mary.

—Si sirve de algo —dijo Peggy—, yo creo que Caroline estuvo fabulosa.

Volvieron a probar con el móvil el Michelle. Fue directamente al buzón de voz. Hunter llamó a su casa, pero tampoco hubo respuesta allí.

—Tal vez deberíamos llamar a Greg Fisher —sugirió Caroline.

—Probablemente solo necesite un tiempo a solas —afirmó Hunter—. Creo que deberíamos darle unas horas más antes de volver a traer al FBI.

—Prepararé café —ofreció Peggy—. Y luego me temo que tendré que regresar al trabajo.

—¿Crees que estoy exagerando? —preguntó Caroline luego de seguirla a la cocina.

—Si alguien tiene derecho a exagerar, eres tú.

—Es irónico, ¿no es así?

—¿Qué?

—He pasado los últimos quince años obsesionada por Samantha, preguntándome dónde estaba, si estaba viva, si alguna vez volvería a verla. Y ahora ella regresa y Michelle desaparece.

*¿Tengo que desaparecer para que me quieras?*

—¿Caroline? —dijo una vocecita desde la puerta. Caroline giró hacia ella—. ¿Es por mi culpa? —preguntó Samantha—. ¿Michelle se ha ido por mi causa?

—No, cariño. Por supuesto que no. —¿Hunter tendría razón? ¿Michelle simplemente necesitaba más tiempo sola, para procesar todo lo ocurrido? ¿O habría otras fuerzas, más siniestras, en juego?

Caroline se sentó en una silla de la cocina, suprimió un escalofrío e intentó no imaginar lo peor.



A las cinco de la tarde, Michelle todavía no aparecía.

—Si no he sabido nada de ella para las seis, llamaré a Greg Fisher —le dijo Caroline a Hunter mientras él se dirigía a la puerta detrás de su esposa y sus dos hijos.

—Con suerte eso no será necesario —afirmó él.

Ella observó a Diana recorrer la entrada de la casa, con una bebé en sus brazos y un niño pequeño aferrando con fuerza su mano.

—Ella es adorable —admitió Caroline al sentir el remanente del aroma a jabón fresco de Hunter.

—Siempre he tenido un gusto excepcional con las mujeres —asintió él.

—Sí. Eres un hombre listo. —Vio una sonrisa de autosatisfacción en los labios de él—. Así que intenta no ser estúpido esta vez.

La sonrisa de Hunter se congeló, luego se derritió rápidamente.

—Supongo que debo estar feliz de que no me llamas cabrón. —Se inclinó para besarla en la mejilla—. Llámame cuando sepas algo de Michelle.

—Hecho —accedió Caroline, agradecida de que usara la palabra *cuando* y no *si*.

Regresó a la sala de estar, en donde Samantha estaba sentada entre Steve y Mary en el sofá.

—¿Soy la única que tiene hambre? —preguntó Mary.

—¿Comida china? —propuso Caroline y notó que no había comido nada desde el desayuno. Estaba a punto de alcanzar el teléfono que estaba en la mesa de café, cuando sonó. El identificador de llamadas indicaba que se trataba del Hospital Marigold.

—¿Diga?

—Ella está aquí —informó Peggy.



## El presente

—**N**o sé por qué no pensé en eso antes —estaba diciendo Peggy cuando Caroline atravesó las puertas principales del hospital veinte minutos después—. Siempre olvido que cambió su turno. Lunes y jueves de cuatro a ocho. Por supuesto que no faltaría.

—¿Has hablado con ella?

—No. Ha sido un día un tanto frenético desde que llegué aquí. Una de las residentes, Kathy, ha empeorado. Al parecer ha estado muy agitada todo el día y solo se calmó cuando vio a Michelle, que ha estado con ella desde entonces. Te llamé en cuanto lo supe.

—¿Dónde está?

—Arriba. Habitación 205.

—¿Puedo ir?

—Por supuesto.

Caroline abrazó a su amiga y subió las escaleras, de dos en dos escalones. Bajó el ritmo al llegar al segundo piso y siguió con cuidado por el extenso corredor con una música de piano acompañándola. La habitación 205 estaba al final del corredor, más allá de la cocina abierta, del comedor y el llamado «gran salón», en donde los residentes y sus familias podían relajarse y ver televisión. En ese momento, un hombre de mediana edad y una mujer estaban sentados en el sofá de cuero color verde oscuro frente a la chimenea, envueltos en una tranquila conversación, mientras que una mujer de cabello gris tocaba una selección de villancicos en el piano junto a la ventana. En una esquina, un árbol preciosamente decorado se elevaba hacia el techo de tirantes de madera.

Caroline notó que no había estado ahí desde la muerte de Becky.

«¿Quieres saber lo que creo?», escuchó decir a Becky mientras se acercaba a la puerta cerrada de la habitación 205. «Creo que Samantha está viva. Creo que está viva, que es preciosa y feliz... Creo que quien se la haya llevado solo estaba desesperado por tener un bebé... que está siendo cuidada y querida».

*Al menos podía estar agradecida por eso, pensó, sintiendo que Becky no estuviera allí para ver*

el regreso de Samantha.

—¿Está aquí para ver a Kathy? —preguntó una mujer joven. Tenía piel oscura y cabello corto y anaranjado. El broche prendido a su uniforme blanco la identificaba como Aisha.

—Entiendo que Michelle está en el interior con ella. —Caroline mantuvo su voz baja.

—Sí. Kathy está muy mal. Puede ser cuestión de minutos ahora.

—Disculpe, enfermera —dijo la mujer que había estado sentada en el sofá al acercarse—. Mi hermano y yo nos preguntábamos si podríamos hablar un minuto sobre nuestro padre.

—Si me disculpa —le dijo Aisha a Caroline.

—Por supuesto. —Caroline se quedó de pie en silencio por un momento, luego inhaló profundamente y abrió la puerta de la habitación 205 con cuidado.

Michelle estaba sentada a la derecha de la cama de hospital, de espaldas a la puerta, con una mano cerrada sobre los esqueléticos dedos de una mujer joven que yacía en medio de la cama. Emanaba música clásica de una radio sobre la mesa de noche. En las paredes, a intervalos irregulares, había fragmentos de papel blanco que formaban las palabras «Soy bendecida» en letras negras escritas a mano.

*Soy bendecida*, repitió Caroline en silencio y decidió que debía irse antes de que Michelle la viera. Su hija estaba a salvo. Es todo lo que necesitaba saber.

—Michelle —lamentó una voz suave.

—Estoy aquí —respondió Michelle. Extendió su mano libre para acariciar la frente de la mujer.

—¿No me dejarás?

—No te dejaré.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Estoy aquí.

La joven suspiró, su aliento resonó en el aire tranquilo.

—¿Sientes dolor?

—No.

—¿Hay algo que pueda traerte?

—No. Pero no me dejes.

—No lo haré. Me quedaré justo aquí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas y su visión se nubló. Una vez más, intentó retroceder. Una vez más, la voz de Kathy la detuvo.

—Michelle...

—¿Sí?

—¿Crees en el Cielo?

Caroline contuvo la respiración a la espera de la respuesta de Michelle.

—Sí —respondió finalmente—. Creo.

Caroline llevó una mano a sus labios para contener el sollozo que se estaba formando en su garganta.

—¿Crees que iré allí?

—No tengo ninguna duda.

—No siempre he sido una buena persona. He hecho cosas que a Dios no le gustarían.

—Todos hemos hecho cosas —afirmó Michelle—. Es lo que nos hace humanos y a Dios... Dios.

—¿Cómo crees que sea? El Cielo, quiero decir.

Michelle tomó una larga y audible respiración, sus hombros se elevaron y cayeron por el esfuerzo. Pasaron varios segundos antes de que hablara.

—Creo que el Cielo es donde se da vuelta la página y todos tus errores pasados son perdonados —comenzó a decir, y su voz fue ganando fuerza e intención al hablar—. Creo que el Cielo es el lugar en donde te conviertes en tu mejor versión, en donde eres todo lo que siempre has querido ser. —Volvió a tomar aire—. Creo que el Cielo es el lugar en donde los sueños se hacen realidad.

—Me gusta tu Cielo.

—A mí también.

—Michelle...

—¿Sí?

—Gracias.

Michelle asintió.

—Cerraré mis ojos ahora.

—De acuerdo.

—¿No me dejarás?

—Estoy justo aquí. Lo prometo.

La habitación quedó en silencio. Después de unos minutos, Caroline vio a su hija soltar la mano de Kathy y moverse para presionar el botón rojo junto a la cama. Lo tocó, regresó a su lugar y volvió a tomar la mano de Kathy.

—¿Qué sucede? —susurró una enfermera que apareció detrás de Caroline y abrió la puerta por completo. Michelle se levantó y su mirada se conectó con la de Caroline mientras Aisha caminaba enérgicamente hacia la cama de Kathy y confirmaba que se había ido—. Gracias —le dijo a Michelle cuando otra enfermera entró a la habitación—. Has estado increíble. Nos ocuparemos desde ahora.

—Has estado increíble —repitió Caroline cuando su hija salió al pasillo y cerró la puerta detrás de sí. Aún vestía su ropa de gimnasia.

—Has estado espiando otra vez.

—Lo siento.

—No te disculpes. Estás volviéndote buena en eso.

—Lo que le dijiste fue precioso.

—No creo en nada de eso, ya sabes. —Michelle se encogió de hombros—. Esas cosas que dije del Cielo.

—Eso no importa —respondió Caroline con una sonrisa.

—Solo le dije lo que quería escuchar.

—Da igual. Estoy orgullosa de ti.

Michelle negó con la cabeza.

—No lo estés. —Se dio la vuelta y avanzó de prisa por el pasillo, más allá del gran salón, la cocina, el comedor y hacia las escaleras.

—Michelle, espera —llamó Caroline por encima del sonido de la música de piano que las acompañó por las escaleras hasta la recepción en la planta baja. Se detuvieron repentinamente, las dos temporalmente impactadas por la imagen del rostro de Caroline en la pantalla de televisión sobre la chimenea. Aunque el volumen estaba desactivado, el mensaje que estaba dándole a Aidan Wainwright era fuerte y claro.

—Creo que el camino de lo correcto ha quedado algo solitario —comentó Michelle con una sonrisa.

—Debo admitir que me sentí bien al quitarme eso de encima. —Caroline sonrió.

La recepcionista voluntaria, una mujer pequeña cuyo corte *pixie* suavizaba su rostro demasiado serio, miró de Caroline al televisor, luego otra vez a Caroline antes de sonrojarse y enterrar su rostro en el libro que había estado leyendo.

—¿Por qué no estuviste allí?

—Lo siento —se disculpó Michelle—. Planeaba ir. De verdad.

—¿Dónde estabas? Llamamos muchas veces.

—Fui al gimnasio, estuve un tiempo. Tenía intenciones de regresar a casa y cambiarme, de ir con vosotros a la conferencia de prensa. Pero, no lo sé, comencé a caminar y simplemente seguí adelante. Acabé en el Parque Balboa. Recuerdo que me dijiste que solías ir allí todo el tiempo... Da igual, estaba sentada en uno de los bancos, intentando aclarar mi mente. Creí que todavía tenía mucho tiempo. Cuando finalmente miré mi reloj, era casi mediodía. Sabía que nunca llegaría a casa a cambiarme y a la estación a las doce, así que ni siquiera lo intenté. Tal vez ese siempre fue mi plan subconsciente. No lo sé. En su lugar, fui a un bar de deportes y la vi por televisión.

—¿Fuiste a un bar? —Caroline no pudo evitar sentirse alarmada.

—No te preocupes. Solo me tomé una Coca Cola.

—¿Una Coca Cola? —repitió Caroline, incluso más sorprendida. ¿Cuándo había sido la última

vez que Michelle había tomado una bebida azucarada?

—Y todo un tazón de cacahuets. Dios, soy horrible.

—No eres horrible por comer todo un tazón de cacahuets.

—No me refería a eso.

—Aun así, no eres horrible.

—No fui a la conferencia de prensa...

—Que en última instancia resultó bien...

—No contesté mi teléfono. Sabía que eras tú, pero dejé que fuera al buzón.

—Eso no importa.

—*Sí* importa. Lo menos que podía hacer era llamar.

—De acuerdo, debiste llamar. Lo que te vuelve algo desconsiderada, pero no horrible.

—No lo entiendes.

—Entiendo que la chica que acabo de ver consolando a esa pobre mujer puede ser muchas cosas, incluso difícil, pero no es nada horrible.

—Soy tan estúpida...

—No eres horrible y no eres estúpida. —Caroline se giró hacia la recepcionista—. ¿Crees que podrías darnos un minuto, por favor?

La voluntaria se levantó de inmediato, exhaló aliviada y salió del lugar.

—No eres estúpida —repitió Caroline.

—Todo esto es mi culpa.

—¿*Qué* es tu culpa?

—Todo.

—¿Cómo puede *algo* ser tu culpa?

—Estaba celosa y resentida...

—Solo estabas siendo cautelosa. Una chica llama de la nada, dice que es Samantha. Tenías razón en sospechar.

—Quería que ella desapareciera.

—Eso es natural. Tardaremos tiempo en adaptarnos...

—No estoy hablando de ahora —advirtió Michelle.

Caroline sintió que todo su cuerpo se adormeció. Miró de Michelle al televisor, se vio a sí misma de pie, rígida, frente al micrófono justo antes de su arrebato, «Madre lanza improperios a periodista» circulaba por el pie de la pantalla.

—No lo comprendo. ¿Qué estás diciendo?

Michelle se desplomó en la cuarta de las sillas excesivamente rellenas.

—No me refiero a querer que Samantha desaparezca *ahora* —repitió—. Me refiero a querer que desapareciera hace quince años.



Una chicharra sonó, indicación de que había alguien en la puerta, esperando para entrar. Caroline sintió que germinaban semillas de pánico en su pecho.

—¿A qué te refieres?

La chicharra volvió a sonar.

—Hay alguien en la puerta —dijo Michelle—. Tenemos que abrir. —Se acercó al enorme botón rojo en la pared junto a la recepción, lo presionó y lo sostuvo hasta que la traba de la puerta se abrió y un hombre y una mujer entraron al recibidor acristalado. Michelle sostuvo la puerta hacia el área de recepción—. Si no es molestia, ¿podrían registrarse? —le indicó a la pareja que cumplió sin comentarios antes de dirigirse al corredor.

—¿De qué estás hablando? —insistió Caroline en cuanto se fueron—. No pudiste tener nada que ver con la desaparición de Samantha.

—Sentía resentimiento hacia ella —afirmó con lágrimas en sus ojos—. Era tan preciosa y perfecta. Nunca lloraba. Nunca hacía nada mal. Tú tenías una mirada soñadora cada vez que la veías. Como si nunca te cansaras de ella. Recuerdo querer que me miraras a mí de esa forma y pensar que sería tan bueno si ella solo se fuera...

—Eras una niña. El solo hecho de que desearas que desapareciera no te daba el poder de hacer que sucediera. No puedes culparte...

—Tú no lo entiendes. —Michelle negó con la cabeza, frustrada.

—Entonces, dime. ¿De qué me estoy perdiendo?

—Yo estaba despierta.

—¿Qué? —Caroline cayó hacia atrás contra el escritorio, como si hubiera sido golpeada.

—La noche en que se llevaron a Samantha. Yo estaba despierta.

—¿Estabas despierta? —repitió Caroline. Su mente se esforzaba por acompañar a su voz—. ¿Sabes lo que ocurrió? ¿Viste quién se la llevó?

La voz de Michelle se volvió muy aguda, como si tuviera cinco años otra vez.

—No recuerdo qué me despertó, si es que había estado soñando o si escuché que se abrió la puerta y eso me despertó. Solo recuerdo estar en la cama y escuchar que alguien se movía en la otra habitación y yo sentí miedo porque, de alguna forma, supe que no eras tú. Y luego entraron en nuestra habitación y yo cerré los ojos y fingí estar durmiendo. Sentí que alguien pasaba junto a mi cama, abrí los ojos muy ligeramente y vi que habían sacado a Samantha de la cuna y la habían puesto en alguna clase de cargador. Y entonces volví a cerrar los ojos y los mantuve cerrados, incluso después de escuchar la puerta cerrarse. Podía escuchar la música que llegaba del restaurante de afuera, a personas riendo. Luego esperé a que devolvieran a Samantha. Y no comprendía qué estaba pasando. Más tarde me quedé dormida. Y lo próximo que supe fue que tú estabas gritando.

Caroline luchó por encontrarle sentido a lo que estaba escuchando.

—¿Viste a alguien tomar a Samantha? ¿Por qué no lo dijiste? ¿Por qué no dijiste nada?

—Lo hice.

—¿Cómo que lo hiciste?

—No a ti. Estabas más que histérica. También papá. Él estaba gritando. Todos estaban corriendo, gritando que Samantha no estaba, luego la policía llegó y la habitación se llenó de personas. Tus amigos estaban ahí, el tío Steve y Becky y personas del hotel. Todos estaban hablando al mismo tiempo. Tenía miedo. Estaba confundida. Y... y...

La recepcionista voluntaria reapareció repentinamente, abrió la puerta de cristal y asomó la cabeza lentamente por el corredor, como una tortuga que emerge curiosa de su caparazón.

—Lárgate —dijo Caroline sin mirar en su dirección.

La mujer se retiró al instante.

—Y luego la abuela Mary llegó y me llevó a casa —continuó Michelle sin que la animara.

—Se lo contaste a ella —afirmó Caroline, inexpresiva—. Le contaste a tu abuela lo que viste.

—Ella insistió en que todo había sido un sueño, que estaba traumatizada por lo sucedido, que estaba confundiendo la fantasía con la realidad y que no debía decir nada porque solo alteraría más a todos. Y el tiempo pasó y ¿qué puedo decir? Era una niña. Parte de mí realmente se *alegraba* de que Samantha no estuviera. No más la dulce bebé que alborotaba a todos. Solo yo. En algún lugar de mi pequeña mente alterada de cinco años, de hecho pensé que sin Samantha, te tendría toda para mí. Así que la saqué de mi mente, me convencí a mí misma de que la abuela Mary tenía razón, de que lo que creí haber visto había sido solo un sueño, una historia que inventé después de lo que ocurrió, de que lo que vi no sucedió en realidad. En algún punto, supongo que simplemente reprimí todo el asunto. Hasta ayer.

—¿Qué sucedió ayer?

—Todo regresó de golpe. Lo que vi esa noche, lo que escuché. No fue un sueño. —Michelle miró a su madre—. Sé lo que pasó esa noche, mami —afirmó, con un nombre que no le había dicho a su madre desde que era una niña pequeña—. Sé quién se llevó a Samantha.



## El presente

**E**ran más de las siete cuando llegaron a casa. Habían pasado casi toda una hora llorando, con sus mentes dando vueltas por intentar encontrarle sentido a las revelaciones de la noche, pero ya sus mentes estaban claras y sus ojos, secos. Era importante mantener la calma, no dejar que la furia las dominara.

—¿Estás lista? —preguntó Caroline al apagar el motor del coche y girar hacia la chica sentada a su lado.

Michelle asintió.

Caroline le dio un apretón a la mano de su hija para reafirmarla. Luego madre e hija abrieron sus puertas del vehículo y salieron al garaje, a través del aseado jardín hasta la puerta principal. Había un móvil policial frente a la entrada que mantenía a los pocos reporteros que aún quedaban a una distancia respetuosa. El BMW de Hunter estaba aparcado unas casas más atrás, justo detrás del viejo Buick de Steve.

—Papá ha llegado muy rápido.

Caroline asintió. Había llamado desde el coche y le había dicho que llevara su culo de regreso a la casa lo más pronto posible.

«¿Que regrese mi culo...?», él estaba tartamudeando cuando ella desconectó la llamada.

—Caroline —llamó un periodista—, ¿tiene tiempo para algunas preguntas?

—¿Algo que quiera agregar a lo que ha dicho antes? —gritó otro cuando ella abrió la puerta y entró.

—Quédense por aquí —dijo antes de cerrar.

—¿Que se queden por aquí? —repitió Hunter desde el recibidor—. ¿Acabo de escucharte decirle a un periodista que se quede por aquí?

—Confía en mí —dijo Caroline—. Esto es algo por lo que merece la pena que se queden.

—Habéis vuelto —observó Samantha junto a ellos en el recibidor, con el alivio por su regreso a salvo claro en su rostro.

—No puedes liberarte de mí tan fácilmente —afirmó Michelle y sintió el aroma en el aire—.

¿Qué huele tan bien?

—La abuela Mary ha pedido comida china. Todavía queda mucha, si queréis.

—Mierda.

—¿Alguien me va a decir qué está pasando? —suplicó Hunter.

—En unos minutos. —Caroline caminó al salón y notó las cajas vacías de comida china y las múltiples botellas de cerveza que cubrían la mesa de café—. En cuanto lleguen todos los demás.

—¿Quién más vendrá? —preguntó Hunter.

—Invité a algunas personas más. Pensé que debíamos celebrarlo.

—Bueno, quisiera que hubieras llamado para avisarme —comentó Mary desde el sofá, en donde estaba balanceando un plato de comida sobre su falda y luchando con un par de palillos de madera—. Habría pedido más.

—Está bien. No creo que nadie vaya a estar muy interesado en comer.

—Así que —le dijo Steve a Michelle mientras se estiraba desde su silla para servir más fideos en su plato—, entiendo que estabas en el hospital. He oído que las personas mueren por entrar.

Michelle se quedó rígida.

—Lo siento. Supongo que escuchas eso muy a menudo —comentó entre risas.

—Me gustaría verlo alguna vez —afirmó Samantha—. Quizás podría ir contigo algún día.

—Claro.

—¿Realmente vamos a tener estas conversaciones irrelevantes? —exigió Hunter—. ¿Por esto he corrido hasta aquí como un loco? ¿Qué demonios está sucediendo?

—Lo siento —dijo Caroline—. No debe faltar mucho tiempo.

—¿A quién estamos esperando?

La puerta de un coche se cerró. Hunter se acercó a la ventana.

—¿He corrido hasta aquí por Peggy y Fletcher?

—Creí que merecían estar aquí. —Caroline caminó a la puerta y los invitó a pasar.

—Bienvenidos —los recibió Mary—. Servíos comida china.

—Gracias —dijo Peggy y miró nerviosamente alrededor de la habitación—, pero no gracias.

—Tampoco para mí —agregó Fletcher.

—¿Una cerveza? —Steve ofreció una botella recién abierta—. Por alguna razón comienzo a sentir que algo de alcohol podría ser una buena idea. —Cuando Peggy y Fletcher lo rechazaron, él mismo bebió un trago.

—¿Estamos todos? —preguntó Hunter.

—Aún no.

—Por el amor de Dios, ¿quién más va a venir? —Como si lo escucharan, un coche se detuvo afuera.

—Sentaos todos —indicó Caroline después de dirigirse a la puerta y regresar momentos

después, con los últimos en llegar detrás de ella—. Creo que casi todos os conocéis —agregó.

—Tienes que estar bromeando —susurró Hunter.

—Bueno, pero mirad quién está aquí —comentó Steve, dejó su botella, su plato de comida y se puso de pie.

—¿Conozco a estas personas? —preguntó Mary.

—No creo que os hayáis conocido realmente —respondió Caroline—. Mamá, te presento a Jerrod y a Rain Bolton. Estaban con nosotros en México. Creo que ya se habían marchado cuando tú llegaste.

—Un placer conocerla —dijo Jerrod como si de verdad lo pensara. Luego sonrió nerviosamente hacia Caroline.

—Y por supuesto que recordáis a Peggy y a Fletcher. —Caroline sonrió a Rain. Ella vestía unos vaqueros y un jersey de color malva, ambos varias tallas más pequeñas de lo indicado. Su pelo aún caía en largas ondas rubias más allá de sus hombros, como si estuviera en una audición para un papel de uno de esos programas de *Las amas de casa reales*. Pero, a pesar de un estiramiento facial que había vuelto su rostro, antes adorable, casi inmóvil, su disconformidad era evidente. Había un pánico en su rostro que ninguna dosis de Botox podría esconder.

—Probablemente no reconozcáis a Michelle —les dijo Caroline.

—Oh, Dios mío —comentó Jerrod—. La pequeña Michelle.

—Estás muy mayor —agregó Rain.

—Eso pasa —dijo Michelle.

—Y ella es Samantha.

—Samantha, Dios mío —volvió a comentar Jerrod—. Te vi en la televisión esta tarde. No podía creer lo que veían mis ojos.

Rain soltó una larga y profunda exhalación, no dijo nada.

—He oído que estáis separados —señaló Hunter.

—Lo estamos. Gracias, en parte, a ti. —Admitió Jerrod con una sonrisa amarga—. Pero cuando el FBI propone una reunión, uno no puede decir que no. En especial cuando envían a un coche a buscarte.

—¿El FBI?

—Ese soy yo —intervino Greg Fisher al entrar desde el recibidor, en donde había estado esperando.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó Steve.

—Dijo que le gustaría estar aquí si alguna vez descubriéramos la verdad sobre lo que sucedió la noche en que Samantha desapareció. Pensé que era correcto concedérselo.

—¿De qué estás hablando? —dijo Hunter—. No sabemos qué sucedió.

—¿Has recordado algo? —le preguntó Steve a Samantha.

—Por favor, todos, tomad asiento —indicó Caroline.

Rain se apretó junto a Mary, Peggy y Fletcher en el sofá, mientras que Jerrod ayudó a Greg a llevar algunas sillas de la sala de estar. Steve se sentó en la silla en la que había estado, mientras que Hunter se colocó enfrente y Samantha se balanceó en uno de sus amplios apoyabrazos. Solo Caroline y Michelle permanecieron de pie.

—Aún no entiendo lo que Jerrod y yo estamos haciendo aquí —protestó Rain.

—Pensé que sería de ayuda el recrear esa noche —le informó Caroline.

—¿Cómo podría ayudar eso? —agregó Steve.

—Creo que debemos comenzar con una breve recreación de esa semana —continuó Caroline—. Solo para refrescarnos la memoria y asegurarnos de coincidir en los hechos básicos. Así comprenderemos cómo se desarrolló todo exactamente.

—¿Cómo se desarrolló *qué*? —preguntó Fletcher.

—El secuestro de Samantha.

Se hizo un momento de silencio.

—Esto es absurdo —bufó Steve.

—Todos vosotros fuisteis a Rosarito antes que nosotros —comenzó a relatar, ignorando el comentario de su hermano—. Recuerdo haber estado muy sorprendida de veros. Y algo decepcionada, para ser sincera. Había esperado pasar más tiempo a solas con Hunter y francamente me impactó a quiénes había decidido invitar. Podía entender a Peggy y Fletcher. Peggy ha sido mi mejor amiga toda la vida. Pero Jerrod y Rain, bueno, no éramos amigos particularmente cercanos. Por supuesto, no sabía que estabas acostándote con mi marido en ese momento, Rain...

—¿De verdad? ¿Esto es necesario? —Rain miró a Hunter, quien se rehusó a encontrar su mirada.

—Y, en cuanto a ti y a Becky —siguió adelante, hacia su hermano—, bueno, según recuerdo, Hunter mencionó que toda la idea de la sorpresa había sido tuya, que casi os habíais invitado vosotros mismos. Pero Becky y yo no éramos cercanas en ese entonces.

—Ella siempre estuvo celosa de ti —comentó Mary.

—Mamá, por favor —la regañó Steve—. La pobre mujer está muerta. ¿Podemos al menos dejarla descansar en paz?

—No —respondió Caroline—. No creo que podamos hacer eso.

Otro momento de silencio.

—¿Qué dices? —reaccionó Steve.

—Que nuestra madre tiene razón. Becky *estaba* celosa de mí. Estaba resentida de mi supuestamente perfecto matrimonio, mi facilidad para tener hijos, mi supuesta vida «perfecta». Y cuando la oportunidad se presentó...

—¿Crees que ella fue quien se llevó a Samantha? —interrumpió Peggy—. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo pudo hacerlo?

—Piénsalo. Perdí dos tarjetas magnéticas esa semana. Asumí que se me habían caído o que las había dejado en algún lugar, pero Becky pudo haber robado fácilmente al menos una de ellas. Tuvo muchas oportunidades. Estaba con nosotras todo el tiempo. Y no olvides que fue una mujer la que llamó para cancelar a la niñera la noche en que Samantha desapareció.

—Esto es una locura —protestó Steve—. Estas son suposiciones. No tienes pruebas de que Becky haya robado tu tarjeta magnética o de que haya cancelado a la niñera. Francamente, estoy anonadado por tus saltos lógicos. Eres una profesora de matemáticas. ¿Dónde están tus pruebas?

—Tengo sobradas pruebas de que Becky ha estado involucrada —afirmó Caroline.

—¿Qué clase de prueba podrías tener? —Ojos incrédulos se dispararon hacia Samantha—. ¿Estás diciendo que recuerdas algo?

—Samantha no —dijo Michelle—. Yo.

—¿Tú?

—Vi a Becky.

—¿La viste? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En nuestra suite. En mi habitación. La vi levantar a Samantha de su cuna. Surgió un jadeo colectivo en toda la habitación.

—¿Cómo pudiste haber visto algo? —preguntó Rain—. Estabas dormida.

—No lo estaba.

—¿Estabas despierta? —comentó Hunter, con una voz apenas audible.

—Lo vi todo.

—Esto es inadmisibile —protestó Steve—. Fue hace quince años. Eras una niña. Incluso aunque estuvieras despierta, ¿quién sabe lo que viste en realidad?

—Yo sé lo que vi.

—¿Y guardaste silencio durante quince años?

Michelle miró en dirección a su abuela. Su abuela bajó la vista hacia el suelo.

—Lo reprimí...

—¿Lo reprimiste? Qué conveniente.

—Steve...

—Por el amor de Dios, Caroline. Para hacer algo como eso Becky debería haber sentido más que resentimiento hacia ti. Tendría que haberte odiado. Tú la visitaste en el hospital. Viste cuánto se preocupaba por ti. ¿De verdad crees que era capaz de hacer algo como eso de lo que la acusas?

—No creo que ella me odiara. Sí creo que estaba desesperada y probablemente bastante asustada.

—¿Desesperada por qué? ¿Asustada por qué?



—En el hospital, ella no dejaba de disculparse —Caroline ignoró su pregunta y continuó—, de decirme cuánto lo sentía. Asumí que se refería a nuestro distanciamiento, a que no había estado para mí después de México. Pero ahora me doy cuenta de que estaba hablando de su participación en el secuestro.

—Su participación en el... ¿Qué eres tú...? —Steve se levantó de su silla, luego volvió a sentarse y lanzó las manos al aire—. ¿Puedes escucharte a ti misma? ¿Escuchas lo que estás diciendo?

—Sé exactamente lo que estoy diciendo.

—Que tu excuñada, mi exesposa, secuestró a tu hija. ¿Eso es lo que crees honestamente?

—Ella *sabía* que Samantha no había sido raptada por un perverso. *Sabía* que ella estaba viva. Me lo dijo, dijo que estaba segura de que Samantha estaba con personas que la querían... Pensé que solo intentaba darme esperanzas. Pero ahora sé que estaba intentando decirme la verdad.

—¿La verdad? Tenía un tumor cerebral. La mitad del tiempo no sabía lo que decía.

—Y tú te ocupaste de la otra mitad, ¿no es así?

Otro silencio. Otra inhalación colectiva.

—¿Disculpa?

—La mantenías drogada, permanecías a su lado a cada minuto. Siempre pensé que eso era muy extraño, que repentinamente cambiaras cuando Becky regresó a la ciudad. Eras tan miserables entre vosotros cuando estabais casados. No hablasteis después de vuestro divorcio. Cuando pienso en las cosas ruines que dijiste sobre ella... Y luego le encuentran un tumor cerebral, regresa a San Diego y se ingresa en el hospital de Peggy. Y te llama a *ti*, entre todo el mundo. ¿Quieres saber cuál pienso que fue la causa de eso?

—Absolutamente. Ilumíname —respondió Steve.

—Creo que ella iba a confesar lo sucedido y quería advertirte. Me dijo que te debía eso.

—¿Por qué necesitaría una advertencia?

—Porque tú estabas ahí con Becky. Porque llevarse a mi hija fue tu idea.

—Ay, por Dios —susurró Peggy en el perplejo silencio que siguió.

—¿Ahora estás acusándome a *mí*? —Steve se levantó de un salto—. ¿Sabes qué? Ya he tenido suficiente de esta basura...

—Siéntese —le ordenó Greg Fisher en tono inequívoco.

—Esto es absurdo —soltó Mary.

—Tú lo sabías —dijo Caroline al girar hacia ella.

—¿Qué? Yo no sabía tal cosa.

—Michelle te dijo lo que vio.

—Una niña de cinco años me dijo lo que *soñó* —insistió Mary con tal vehemencia que Caroline casi le creyó—. Estaba confundida. Estaba histérica. No había forma de que tu hermano tuviera

algo que ver con lo ocurrido esa noche. No lo creí entonces. Ciertamente no lo creo ahora.

—Fue el tío Steve, abuela. Yo lo vi.

—Lo imaginaste.

—No.

—Esto es ridículo. ¿Por qué haría algo semejante?

—¿Mi idea? —preguntó Caroline—. Necesitaba dinero. ¿Estas cosas no se tratan de eso normalmente? Él es un apostador. Becky había perdido su trabajo. Estaba presionado para conseguir dinero.

—Estás loca —afirmó Steve—. El mercado inmobiliario estaba en su auge en esos días. Estaba ganando fortunas en comisiones.

—Y perdiéndola con la misma facilidad. ¿Qué ocurrió, Steve? ¿Apostaste al caballo equivocado? ¿Les debías dinero a las personas equivocadas? ¿Ellos te amenazaron? ¿Les ofreciste algo a cambio? ¿Finalmente convenciste a Becky de que actuara contigo o se arriesgara a ser el blanco de un golpe de la mafia?

—¿Un golpe de la mafia? —Steve se echó a reír—. Creo que has estado viendo demasiada televisión.

—Yo creo que lo estuviste planeando, que te tomaste tu tiempo, a la espera de la oportunidad correcta.

—Y yo creo que estás olvidando un pequeño detalle —agregó Steve y se giró en desesperados círculos, como para apelar al buen juicio de todos los demás—. Yo estaba con vosotros cuando Samantha fue raptada.

—No —dijo Caroline y negó con la cabeza—. No lo estabas.

—Sí, *sí* estaba —afirmó Rain—. Estábamos todos juntos. A excepción de Becky. Ella había subido a su habitación porque tenía jaqueca.

—Y luego *tú* subiste a ver a las niñas —le dijo Peggy a Caroline.

—Y cuando regresé, tú ya no estabas —le recordó Caroline a su hermano.

—Fui a mi habitación para intentar convencer a Becky de que regresara a la fiesta. Todos vosotros... sabéis eso. No fue mi idea volver, pero estabais haciéndome sentir tan culpable al respecto...

—Sí, te lo dejamos todo servido, ¿no es así? Solo que tú no volviste a tu habitación, porque sabías que Becky no estaba allí. Ella estaba esperándote en el recibidor, o donde quiera que hubierais quedado. Todo lo que tenías que hacer era esperar a que yo viera a las niñas y me marchara.

—Tus tiempos están mal —insistió Steve—. Olvidas que yo estaba contigo cuando Hunter regresó a ver a las niñas a las nueve y media.

—Pero él no las vio —afirmó Caroline.

—Eso es verdad —confirmó Jerrod—. Estaba muy ocupado tirándose a mi esposa.

—¿Tenemos que seguir insistiendo en eso? —preguntó Rain.

—Tú viste a Hunter en el corredor —le recordó a su hermano—. Tú mismo me lo dijiste. Entonces supiste que no había visto a las niñas.

—Lo que prueba que Hunter fue un mentiroso, no que yo sea un secuestrador.

—Lo que prueba que has tenido el tiempo y la oportunidad de secuestrar a Samantha.

—Así que estás diciendo que Becky y yo robamos a Samantha de su cuna y luego... ¿qué? ¿Qué hicimos exactamente con ella?

—La pusisteis en alguna clase de cargador —intervino Michelle—. Un hombre lo tenía. Había estado de pie en la puerta. No pude ver su cara. Él cerró el bolso y se alejó.

—Has perdido la cabeza.

—Todo resultó exactamente de acuerdo al plan. Incluso mejor, de hecho —continuó Caroline—. Creíste que tenías media hora para robar a Samantha y sacarla del país. Resultó que tuviste el doble de tiempo.

—¿Cómo podía tener la certeza de que dejaríais a las niñas solas?

—No la tenías. Pero conocías a Hunter. Sabías que había preparado una sorpresa especial para esa noche porque, una vez más, esa sorpresa era tu idea. Sabías que probablemente él pudiera persuadirme.

—Son demasiadas probabilidades. Y otra vez, ¿cuál es tu prueba?

—«Ven con el tío Stevie» —dijo Michelle con voz aguda.

—¿Qué?

—Eso fue lo que dijiste cuando la tía Becky sacó a Samantha de su cuna y te la entregó. Dijiste: «Ven con el tío Stevie». Lo mismo que le dijiste ayer. Fue entonces cuando todo volvió. Entonces supe con certeza que eras tú.

La habitación quedó en silencio.

La mirada de Steve se disparó hacia Greg Fisher.

—Esto es una loca especulación. No puedo creer esta basura. No tienen nada...

—Tienen a una testigo visual —dijo Fisher con una sonrisa hacia Michelle—. Ha sonado muy creíble para mí. —Buscó el teléfono móvil en su bolsillo trasero, marcó una serie de números y habló suavemente—. Hay agentes esperando afuera —le indicó a Steve, lo sujetó del brazo y lo impulsó hacia la puerta—. Querrá contactar a un abogado.

—No lo va a arrestar realmente —protestó Mary mientras los seguía afuera.

Los demás permanecieron pegados a sus lugares, incapaces de moverse, apenas capaces de respirar.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Jerrod cuando la puerta se cerró de un golpe.

Caroline se dejó caer al suelo junto al árbol de Navidad. Sus ojos pasaron de Hunter a Peggy,

Fletcher, Jerrod y Rain, sus rostros impactados reflejaban sus esfuerzos por encontrarle sentido a todo lo que acababan de escuchar. Michelle y Samantha se sentaron a cada lado de ella y aferraron sus manos con fuerza.

«¿Os he dicho que Jerrod nos ha conseguido entradas para ver *Danza con el diablo?*» escuchó decir a Rain, una voz que atravesó quince años y transportó a Caroline de regreso en el tiempo.

Caroline cerró los ojos y vio cómo esa noche se desplegaba detrás de sus párpados, como si fuera una película que ya había visto. Solo que esta vez podía reproducir todos los fragmentos.



## Quince años atrás

—¿Os he dicho que Jerrod nos ha conseguido entradas para ver *Danza con el diablo*?

—¿Qué es eso? —Caroline lanzó una mirada en dirección a su suite y luego a su reloj. Apartó lo que le quedaba de su cena de langosta, que era la mayoría. Estaba demasiado nerviosa para comer. Ya casi era hora de ver a las niñas.

—Estaban bien cuando las vi hace treinta minutos —susurró Hunter—. Están bien ahora. Termina tu comida.

—¿*Danza con el diablo*? Es solo el mejor espectáculo de Broadway. Es imposible conseguir entradas, en especial en el fin de semana de Acción de Gracias. Pero mi Superman lo ha conseguido. —Lanzó un brazo posesivo sobre los hombros de su esposo y una mirada en dirección a Hunter.

—Así que pasarás Acción de Gracias en Nueva York. Qué afortunada —comentó Becky.

—¿Qué haréis vosotros? —Rain sonrió.

—Mi madre siempre organiza la cena de Acción de Gracias en su casa —respondió Steve. Le proporcionó el anzuelo perfecto a Becky y se preguntó si lo aceptaría. Ella había estado vacilando todo el día, amenazando con no seguir el plan.

—Podéis imaginar cuán ansiosamente lo espero —comentó Becky en línea con el anzuelo de Steve. Sabía lo que estaba en juego, que los hombres con los que su marido estaba tratando no eran de los que veían amablemente un cambio de opinión. Un hombre ya estaba allí en Rosarito; había volado en un avión privado antes ese día y, en ese preciso momento, estaba esperando pacientemente en el recibidor, con el cargador especial que había llevado para esconder a Samantha.

«No hagas que estas personas se enfaden», le había advertido Steve.

Aun así, ella no estaba segura de poder seguir adelante. Sin importar cuánto intentara racionalizar lo que estaban a punto de hacer, sin importar cuántas veces se dijera a sí misma que no tenía opción, que las descuidadas apuestas de Steve habían puesto las vidas de ambos en peligro, sin importar cuántas veces se dijera a sí misma que Caroline sobreviviría a la pérdida de

su hija (aún tenía a una pequeña niña saludable; siempre podría volver a embarazarse; Samantha iría a un hogar lleno de amor; a la perfecta vida de cuento de hadas de Caroline le serviría un baño de realidad), ella no sabía si sería capaz de provocar tal dolor en una mujer de la que había sido cercana una vez.

Aun así, ¿qué opción tenía?

Steve miró a su esposa, en silencio la instaba a no complicar las cosas. Era importante que comenzaran despacio. Su discusión debía sonar como otro de sus interminables argumentos. Lo que debía ser fácil. Parecía que todo lo que hacían era pelear.

—No empecemos.

—Deja de mirar tu reloj —le dijo Hunter a Caroline. Él comprobó su propio reloj y sintió una emoción en su estómago ante la idea de su próximo encuentro con Rain. De inmediato fue acompañado por una indeseable punzada de culpa. No por el romance en sí mismo. Él había estado teniendo aventuras casuales y sin importancia durante años. Esta no era diferente, a excepción de la emoción agregada de que estuviera sucediendo justo bajo las narices de su mujer. Pero ese era su aniversario, por el amor de Dios. Seguramente le debía a Caroline el no traicionarla esa noche, entre todas las noches. Pero ella había pensado poco antes en casi cancelar la cena y había pasado toda la noche preocupada por las niñas. Ellas eran su prioridad, no él.

—¿Sabes lo que me dijo mi querida suegra el último día de Acción de Gracias? —dijo Becky para condimentar la puesta en escena—. Ella había estado en un funeral y yo cometí el error de preguntar cómo había estado, y ella dijo, cita textual: «Fue un servicio adorable. Su hija escogió un hermoso ataúd. Mucho más bonito que el que tú escogiste para tu madre».

Steve se sobresaltó, a pesar de la charada. ¿De verdad tenía que volver a mencionar eso?

—Os aseguro que no dijo tal cosa —protestó.

—Eso fue exactamente lo que dijo.

—Estás exagerando. Como siempre.

—Y tú estás defendiéndola. Como siempre.

—Así que ¿de qué os sentís agradecidos? —interrumpió Peggy en un esfuerzo por evitar que su discusión ascendiera fuera de control. Era el aniversario de su mejor amiga. ¿Steve y Becky realmente no podían pasar ni una noche sin pelear?—. Vamos. Tres cosas, sin contar salud, familia y amigos. Asumiremos que estáis agradecidos por eso.

—Nunca asumas nada —dijo Becky. *Ay, por Dios. ¿Realmente puedo seguir adelante con esto?*

—Ah, esto es divertido —afirmó Rain y aplaudió—. ¿Puedo empezar?

Peggy abrió las palmas de sus manos para indicar que podía hablar, repentinamente agradecida por la presencia de Rain. Normalmente era una persona positiva, que se esforzaba por encontrar algo admirable en todos, Peggy había estado luchando toda la semana con sus sentimientos hacia

Rain, sentimientos que oscilaban entre ligero entretenimiento, tensa impaciencia y abierta antipatía. La verdad era que simplemente no confiaba en ella. Había algo taimado en ella, la forma en que sus cumplidos siempre incluían un rastro de crítica. «Toda broma esconde una verdad», solía decir su madre. Aun así, era bueno saber que podía contar con Rain para algo. En ese caso, era entretenerse por algo que le diera la oportunidad de hablar de sí misma.

—Bueno, primero, obviamente, doy las gracias por pasar Acción de Gracias en Nueva York y no en una horrible reunión familiar, sin ofender. Segundo, doy las gracias por el nuevo collar que Jerrod me regaló. Y tercero, agradezco que las canas no sean algo de familia. Tu turno —le sonrió a Caroline.

—Doy las gracias por esta semana —dijo Caroline—. Doy las gracias por estar celebrando diez años de relativa felicidad matrimonial.

—¿Qué quieres decir con *relativa*? —preguntó Hunter. ¿Qué clase de comentario era ese?

—Brindaré por esa *relatividad* —dijo Jerrod, y levantó su copa para brindar y pensó que sería un milagro si él y Rain llegaban a su décimo aniversario. Sospechaba que ella ya estaba inquietándose. De ahí que fueran a pasar Acción de Gracias en Nueva York. De ahí que tuviera ese caro diamante alrededor de su cuello.

—Adelante —indicó Peggy—. Una cosa más por la que estás agradecida.

—Estoy agradecida por el océano.

—¿De verdad? —pregunto Rain.

*Mis sentimientos exactos*, pensó Steve. *¿El océano? Es precisamente la clase de sentimentalismo que papá hubiera dicho. Y qué perdedor era.*

—Doy las gracias porque el mercado inmobiliario de San Diego sea tan fuerte. —*No lo suficientemente fuerte, por cierto. Nunca es lo suficientemente fuerte*—. Doy la gracias por haber logrado persuadir a Hunter de dejar que viniéramos con ustedes a la hermosa Rosarito para ayudarlos a celebrar. —*No puedo esperar a largarme de aquí*—. Doy las gracias especialmente porque mi madre sea tan buena cocinera. —Miró a Becky al otro lado de la mesa con los ojos entornados. *La bola está en tu cancha*, decían sus ojos.

—Dices muchas estupideces —Becky cumplió.

—¿Acaso nuestra madre no es una buena cocinera?

—De hecho es una gran cocinera —coincidió Caroline—. Y también dices puras estupideces.

Todos se rieron.

*Y tú eres muy petulante*, pensó Steve. *Veamos lo petulante que eres más tarde.*

Becky notó el enfado que centellaba en los ojos avellana de Steve, como un repentino rayo en el cielo. Siempre había despreciado a su hermana mayor, minimizaba sus logros y menospreciaba su confortable estilo de vida, pero hacía poco que Becky había notado que su enemistad iba mucho más allá.



Él siempre había sido el preferido de su madre, toda su vida le había dicho que era especial, que todo lo que tenía que hacer era enseñar esa sonrisa matadora y el mundo estaría a sus pies. Su encanto solo le daba impulso, antes de que las personas empezaran a esperar más. Querían ver detrás de esa sonrisa matadora y quedaban inevitablemente decepcionadas al descubrir que no había mucho más allí. Había fallado en todo lo que había intentado, probablemente porque nunca se había esforzado lo suficiente. De hecho, en su más reciente actuación como agente inmobiliario, cuando los tiempos eran tan buenos que todo lo que había que hacer era una presentación para recibir una comisión de seis cifras, él no se molestaba en hacer siquiera eso. Pronto, los vendedores llevaron su negocio a otros agentes; los compradores fueron a otros sitios. Las comisiones se redujeron. El poco dinero que ganaba, lo perdía en apuestas. Su madre siempre había estado allí para liberarlo, pero ni siquiera ella podía ayudarlo esta vez. Tenían deudas hasta la coronilla. Le debían dinero a todo el mundo, a personas que con mucho gusto borrarían esa sonrisa matadora de su rostro.

Y allí estaba Caroline, su hermosa y aburrida hermana, una profesora de matemáticas, por el amor de Dios, que se ocupaba de sus cosas en silencio y parecía tener todas las respuestas. ¿Cómo demonios había pasado eso?

Becky frotó su frente. Estaba sufriendo una jaqueca. Las había sufrido con mucha frecuencia últimamente. Probablemente por el estrés de un mal matrimonio, combinado con el más reciente estrés de lo que estaba a punto de hacer. ¿Finalmente podría seguir con el plan? ¿Realmente podría ser parte de algo tan terriblemente malvado?

—Tu turno, Becky —indicó Rain.

—Lo siento. He tenido una terrible jaqueca toda la tarde y parece estar empeorando. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. No intentó ocultarlas ni limpiarlas—. Si me disculpais —agregó, empujó su silla y se levantó.

—Ah, siéntate —dijo Steve—. Estás bien. No te comportes como una estrella.

—Vete al diablo. —Becky se giró y se alejó a paso firme.

*Bien hecho*, pensó Steve al verla alejándose. No tenía que preocuparse. Tal vez no eran tan mala pareja después de todo.

Para cuando llegó al recibidor, los ojos de Becky estaban secos. Se escondió detrás de un extenso arreglo floral que le dejaba una vista panorámica de la zona. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

—¿No deberías ir tras ella? —le preguntó Fletcher a Steve.

—¿Qué, crees que estoy tan loco como ella?

—Debería ir a ver a las niñas —dijo Caroline.

—Vuelvo enseguida. —Hunter se levantó para besarla en la mejilla.

—Ah. Qué dulce —comentó Rain. *Me dan náuseas*, pensó.

Caroline estaba más que feliz de alejarse. Su celebración de aniversario no estaba resultando para nada alegre. Rain estaba poniéndola nerviosa y Hunter parecía distraído. Además, estaba preocupada, no solo por las niñas, sino por su hermano y Becky también. Porque no creyeran que pelear en público no era precisamente una buena señal. Dudaba de que su matrimonio sobreviviera a ese año.

Avanzó hacia los ascensores, sin saber que Becky estaba observando desde atrás de uno de los muchos enormes arreglos de coloridas flores frescas. Salió del ascensor en el sexto piso y recorrió de prisa el corredor mientras escuchaba el imaginario llanto de sus niñas filtrándose por las paredes. Pero, cuando abrió la puerta de su suite, solo escuchó el reconfortante eco del silencio. Un rápido vistazo probó que las niñas estaban profundamente dormidas en sus camas. *Hunter tenía razón, pensó. He sido tonta al preocuparme.*

—¿De verdad creen que debería ir tras ella? —preguntó Steve en cuanto su hermana se retiró. No podía permitirse dejar la mesa tan pronto. Tampoco podía esperar demasiado. El tiempo era crítico si querían que funcionara.

—Yo iría, si fuera tú —afirmó Fletcher.

—Recuérdale que se supone que deberíamos estar celebrando —agregó Peggy.

—Solo dile que lo sientes y acaba con eso —aconsejó Jerrod—. Recuerda, mujer feliz, vida feliz.

—Bien. —Steve empujó su silla y se levantó—. Haré esto por vosotros. —Caminó hacia el recibidor e hizo señales, primero a Becky, luego a un hombre calvo vestido con ropa informal que estaba sentado tranquilamente en una gran silla de mimbre. El hombre estaba leyendo un folleto, con un gran bolso de mano a sus pies.

*¿Qué demonios está haciendo Caroline que tarda tanto?*, se preguntó Becky cuando el tiempo pasó y Caroline aún no regresaba. Todo lo que tenía que hacer era ver a las niñas y marcharse. A menos que una de las niñas se hubiera despertado y entonces, todo el plan estaría terminado. ¿Qué harían si fuera así?

*¿Qué demonios está haciendo allí arriba?*, también estaba pensando Steve mientras fingía usar el teléfono público y vigilaba los ascensores cercanos. Podía sentir la mirada del hombre calvo haciendo un hoyo del tamaño de una bala en la espalda de su camisa de lino beis. Si tardaba mucho, probablemente Hunter se pusiera nervioso y subiera también. ¿Y eso dónde los dejaría a ellos?

Fue entonces que un ascensor se abrió y Caroline emergió de él. Miró directo al frente mientras atravesaba el recibidor hacia el restaurante. En cuanto desapareció de la vista, Steve se dirigió a los ascensores y Becky y el hombre calvo lo siguieron casualmente. Becky entró en el primero, Steve y el hombre en el segundo. Avanzaron individualmente por el corredor del sexto piso; Becky fue la primera en llegar a la suite. Sacó la tarjeta que había robado del bolso de Caroline antes esa

semana y abrió la puerta.

La sala estaba oscura y Becky casi tropezó con la mesa de café.

—Mierda —balbuceó.

—*Shh* —advirtió Steve y llevó los dedos a su boca para enfatizarlo.

*Shh a ti*, pensó Becky mientras seguía a su marido a la habitación de las niñas. El hombre con el bolso de mano esperó en la puerta.

Becky se acercó rápido a la cuna, aliviada al notar que Michelle estaba enterrada debajo de las sábanas y que Samantha dormía pacíficamente sobre su espalda. Se inclinó, con cuidado levantó a la niña en sus brazos y la acunó debajo de su mentón. Samantha gorgoteó, pero no se despertó. Era tan suave, *tan dulce*, pensó Becky, y volvió a inclinarse hacia la cuna. No era demasiado tarde. Aún podía devolver a la niña y nadie lo sabría.

Fue entonces que escuchó el áspero murmullo de su marido.

—Ven con el tío Stevie —dijo, tomó a Samantha de los brazos de su esposa y la llevó de prisa con el hombre que esperaba en la puerta. Él dejó a la niña en su bolso de mano, vio cómo el hombre lo cerró y salió por el corredor.

Todo el negocio necesitó menos de cinco minutos.

—Ay, Dios —susurró Becky—. ¿Qué hemos hecho?

—Cierra la boca —le ordenó Steve—. Está hecho.

Esperaron unos minutos más, hasta que estuvieron seguros de que el hombre había dejado las instalaciones, y luego salieron de la suite, bajaron al recibidor por ascensores separados y regresaron a su habitación en la otra ala.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Becky al sentarse en la cama, con la cabeza palpitando.

Steve comprobó su reloj. Pronto sería el turno de Hunter de ver a las niñas. Entonces, se desataría el infierno.



—Debería ver a las niñas antes de que llegue el postre —estaba diciendo Hunter.

—Y yo necesito un jersey —anunció Rain y llevó una mano a su pecho—. Las chicas están enfriándose.

Caroline vio a su esposo y a Rain tomar sus caminos separados en la entrada del restaurante.

Solo que, por supuesto, no tomaron caminos separados en absoluto. Hunter dio la vuelta y encontró a Rain en los ascensores que subían a su ala del hotel. Vería a las niñas después, asumiendo que le quedara tiempo. Si no, no lo haría. Las habían estado viendo toda la noche. ¿Y para qué? No les iba a pasar nada. Ya había dejado a Samantha sola mientras dormía la siesta

durante veinte minutos esa tarde y había estado perfectamente bien. No es que le hubiera hablado a Caroline de eso. ¿Cómo podía hacerlo, después de todo, si había estado con Rain? Afortunadamente había tenido tiempo de darse una ducha antes de que ella regresara. Además, ella estaba siendo irracional y sobreprotectora. Si se descuidaba, se convertiría en su madre. Lo que no era justo, sabía él, incluso mientras lo pensaba. Caroline no se parecía en nada a su madre. Pero lo hacía sentir mejor, un poco menos culpable, el pensar mal de ella, el fingir que su traición era al menos parcialmente culpa de ella.

—Ven aquí —dijo Rain en cuanto las puertas del ascensor se cerraron. De inmediato sus manos estuvieron en la cremallera de los pantalones de él.

—Oye —advirtió Hunter, agradecido de que no hubiera cámaras en los ascensores. O en ningún lugar del hotel, en tal caso, lo que hacía mucho más sencillo el escabullirse por él—. Tenemos que tener cuidado. ¿Y si nos cruzamos con Steve o Becky? —Les habían puesto palos en la rueda a sus planes con su abrupta e inesperada partida.

—Al diablo con ellos —respondió Rain entre risas—. Pensaremos en algo. He estado esperando toda la noche para ponerte las manos encima. No esperaré más.

Hunter estuvo a punto de reír ante la urgencia en su voz y se avergonzó al verse tan excitado.

Ella ya casi le había quitado la chaqueta para cuando llegaron a su habitación.

—Eres tan sexy —gimió al tirar de sus pantalones y ponerse de rodillas.

Él deseó que se callara. *Ese era el problema*, estaba pensando él mientras ella lo guiaba hacia su boca. Ella hablaba demasiado.

—Ven con mamá —dijo.

Y luego, afortunadamente, se quedó en silencio.



—No lo entiendo —dijo Steve al mirar de su reloj al reloj junto a la cama—. Hunter ya debió haber descubierto que Samantha no está.

—Quizás lo ha hecho.

—No. Habríamos escuchado algo. Volveré a bajar.

—¿Qué? No.

—Tengo que hacerlo. Parecería raro si no lo hiciera. ¿Vienes?

—¿Estás loco?

—Bien. Les diré que intenté hacer que regresaras, pero que tú no escuchaste razones.

—Realmente eres una basura.

—Y tú eres la nata por encima. —Él abrió la puerta.

Y vio a Hunter por el corredor.

—Santo Dios.

—¿Qué?

—Estoy casi seguro de que acabo de ver a Hunter.

—¿Qué? Eso es imposible. ¿Qué estaría haciendo aquí?

—Yo me pregunto lo mismo.

—No crees que...

—Creo que acabamos de ganarnos otros treinta minutos.



—Miren a quién encontré en el recibidor —anunció Rain y cerró el chal recién adquirido a su alrededor, mientras que ella y Steve se reunían con los demás.

—Estaba a punto de enviar un escuadrón de búsqueda —dijo su marido.

—Olvidé que ya había guardado esta maldita cosa. Tuve que deshacer toda la maleta para encontrarlo.

*Mentirosa, mentirosa*, pensó Steve. Y le sonrió a Hunter.

*¿Por qué demonios está sonriendo?*, se preguntó Hunter.

—Sucede por ser tan organizada —comentó Peggy—. Yo ni siquiera he comenzado a hacer la maleta.

—Asumo que no has podido convencer a Becky de regresar —le dijo Caroline a su hermano. Steve se encogió de hombros mientras apartaba su silla para sentarse.

—Mujeres —les dijo a los hombres presentes—. No puedes vivir con ellas, no puedes dispararles.

—Bonita charla —comentó Caroline.

—¿Las niñas están bien? —le preguntó Steve a Hunter.

—Las niñas están bien.



## El presente

**D**e acuerdo, tal vez no sucedió exactamente de ese modo, pensó Caroline mientras volvía a ver la película reproduciéndose en su mente. Tal vez nunca sabría cómo fue la secuencia precisa de eventos de esa noche o el tono de cada palabra que se pronunció. Tal vez nunca estaría al tanto de los verdaderos pensamientos de todos los involucrados, o de los convulsionados sentimientos detrás de esos pensamientos. Pero eso no importaba. Sabía suficiente.

—¿Estás bien? —le preguntó Samantha.

Caroline asintió, concentrada en la hermosa jovencita de rodillas frente a ella.

—¿Estás segura?

Caroline miró alrededor de la sala vacía e intentó recordar el momento en que todos se marcharon. Los platos, junto con los restos de la comida china y las botellas de cerveza vacía habían sido retirados, aunque quedaba una diversidad de olores en el ambiente.

—¿Qué hora es?

—Casi medianoche. Hasta los periodistas se han ido a casa.

—¿Dónde está Michelle? —Caroline sonrió.

—Preparándose para ir a dormir. Deberías venir también.

—Lo haré. —Suspiró—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Ha sido toda una noche.

—Así es. —*Mi propio hermano*, estaba pensando. Que su cuñada pudiera hacer algo tan despreciable ya era malo, *pero su propio hermano*. ¿Realmente la había odiado tanto?

O peor, ¿no le había importado en absoluto?

Jerrod y Rain se habían marchado casi inmediatamente después de que Greg Fisher escoltara a Steve al coche policial, que Mary siguió hasta la estación en el Buick de su hijo.

—Allí va nuestro chofer —había remarcado Rain. Peggy solo pudo negar con la cabeza.

—Al menos es consistente. Debéis concederle eso. —Miró a Hunter—. Eres un idiota —le dijo.

—No lo discutiré —coincidió Hunter—. Lo siento, Caroline —volvió a disculparse.

—No fue tu culpa —afirmó ella—. Resulta que aunque no hubieras estado con Rain, aunque *sí*

hubieras visto a las niñas, era demasiado tarde. Samantha ya no estaba.

—Gracias por eso —dijo él y se dirigió a la hija que había perdido—. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —respondió Samantha.

—Espero que me des la oportunidad de compensarte.

Ella asintió y le permitió que la sujetara entre sus brazos.

—Te llamaré mañana. —La besó en la frente.

—De acuerdo.

Peggy y Fletcher habían ayudado a Michelle a limpiar antes de irse.

—Intenta dormir —había aconsejado Peggy—. Habrá otro circo mediático mañana.

Tenía razón, Caroline lo sabía. El arresto de su hermano implicaba más preguntas, más titulares, más escrutinio público. Estaba bien. Ya tenía quince años de práctica. Podría con ello.

El teléfono sonó.

—¿Quién llama a esta hora? —preguntó Samantha mientras Caroline contestaba el teléfono.

—Hola, mamá —dijo, sin siquiera molestarse en ver el identificador.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —exigió Mary.

—¿Cómo pude *yo*?

—Lo han arrestado. Con cargos por secuestro. ¿Sabes que no hay prescripción para un secuestro? ¿Que es un crimen federal? Podría pasar el resto de su vida en prisión.

—Que no es menos de lo que merece.

—Tienes que hablar con ellos, convencerlos de que todo esto es un trágico error. Michelle no sabe lo que está diciendo. Ella no sabe lo que vio.

—Ella sabe *exactamente* lo que está diciendo. Sabe *exactamente* lo que vio.

—Aunque eso fuera verdad, y no estoy diciendo que lo sea, ha pasado hace muchos años, querida. ¡Quince años!

—¡No me importaría aunque fueran *cincuenta* años!

—Entiendo que estés enfadada. De verdad. Pero ¿qué ganas al poner a tu hermano en prisión? Samantha está en casa. Tienes a tu niña de regreso. Por favor, no me quites al mío.

Caroline apenas podía creer lo que escuchaba. Aun por parte de su madre, eso era demasiado.

—Él no es un niño, mamá. Es un hombre adulto que ha cometido un indescriptible acto...

—Él estaba desesperado. Si él *estaba* involucrado con una mafia, como tú misma has sugerido, lo habrían matado. Tal vez a ti también. Él no sabía qué más hacer.

—¿Realmente estás sugiriendo que él hizo esto para protegerme a *mí*? ¿Que no tenía más opción que secuestrar a mi bebé?

—Estoy diciendo que no sabía qué más hacer. Él es débil, querida. Siempre ha sido débil. No como tú. Tú eres fuerte. Siempre has sido muy segura de ti misma. Hay una respuesta correcta y una respuesta equivocada. Ese siempre ha sido tu lema.



—¿Y la respuesta correcta en este caso sería dejarlo libre?

—Lo que sucedió fue una tragedia, querida. No hay dudas de eso. Pero tiene un final feliz. Lo correcto sería dejar esto atrás y seguir adelante.

—No creo poder hacer eso.

—Entonces piensa en la terrible publicidad, en la indignidad de un juicio...

—Te aseguro que ya estoy mucho más allá de preocuparme por la indignidad.

—Estoy suplicándote que no hagas esto.

—Estás pidiendo demasiado.

Un largo silencio, seguido por un bajo gemido de su madre.

—Él nunca será condenado —aseguró—. Es la palabra de Michelle contra la suya. La palabra de una joven confundida y resentida que haría lo que fuera por llamar la atención...

—Adiós, mamá.

—Solo piensa en lo que estás haciendo. Él es tu hermano, por el amor de Dios.

—No —dijo Caroline—. Ya no lo es. Pero él definitivamente sí es hijo tuyo. —Luego presionó la tecla para desconectar la llamada.



Los canales de noticias estaban llenos de apasionantes reportajes del arresto de su hermano. Caroline los miró desde su cama, cambiando de canal continuamente, como si uno de ellos fuera a decirle algo que no supiera ya. Samantha terminó en el baño, luego subió a la cama junto a ella y miró la imagen televisada de Greg Fisher guiar a Steve desde la casa hasta el coche policial.

—¿Crees que será condenado?

—No tengo ni idea.

—Tal vez consiga un trato.

—Tal vez.

—¿Crees que Beth lo sabía?

—No lo sé —respondió Caroline honestamente—. Pero estoy segura de que el FBI querrá volver a hablar con ella. En última instancia, podría ser capaz de decirnos más sobre los hombres con los que su marido estaba involucrado. —Las rodeó a ambas con sus mantas—. ¿Quieres llamarla?

—No.

—Está bien si lo haces.

—No quiero volver a hablar con ella nunca. La odio.

—No, no la odias. La quieres. Y eso está bien.

—¿Cómo podría quererla si me ha mentido durante quince años?

—Porque lo haces —dijo simplemente—. Porque, durante quince años, ella fue la única madre que has conocido. Porque ella te quiso y cuidó de ti. Y, por más que haya hecho otra cosa, por más que lo supiera o no, tengo que darle las gracias a ella por eso.

—Quizás la llame tarde o temprano. No lo sé. —Samantha se acurrucó a su lado.

—No tienes que decidir nada esta noche.

—Será extraño no pasar la Navidad con mis hermanos.

—Bueno, tal vez puedan venir de visita algún día. —Caroline levantó la vista y vio a Michelle de pie en la puerta.

—¿Esta es una fiesta privada? —preguntó Michelle.

—Ciertamente lo es —respondió Caroline con una sonrisa—. Solo se admiten madres e hijas.

Michelle se acercó a la cama, con una pequeña bolsa de papel en su mano. Se la ofreció a Caroline.

—¿Qué es?

—Es para el árbol. Lo compré esta mañana. Cuando estaba caminando sin rumbo. Intenté conseguir una estrella, o un copo de nieve gigante, pero todo lo que tenían eran ángeles. No es que crea en esas cosas. Es solo que era todo lo que tenían.

—Es adorable —afirmó Caroline al sacar el ángel de brillos blancos de la bolsa y dejarlo en la mesa de noche junto a su cama—. Puedes colocarlo en el árbol por la mañana. —Apagó el televisor, apartó las mantas y llamó a Michelle—. Ven. Duerme aquí esta noche. Hay lugar de sobra.

—No. Está bien.

—Por favor —dijeron Caroline y Samantha al unísono. Michelle dudó, pero solo un momento.

—De acuerdo. Pero os advierto —agregó al subir a la cama junto a su madre—, me muevo demasiado.

—Puedes bailar, si es por mí.

—Bien podría hacerlo. —Michelle se extendió, apagó la lámpara y colocó su espalda en la curva cóncava del estómago de Caroline.

—Buenas noches, Micki —dijo su madre y besó su hombro.

—En realidad, creo que prefiero Michelle.

—Buenas noches, Michelle —dijo Samantha de inmediato.

—Buenas noches, Samantha.

Caroline sonrió cuando la mano de Samantha la rodeó por la cintura. En algún momento, sería indudablemente beneficioso para todos tener terapia familiar, pero se ocuparía de eso más adelante. En ese momento todo lo que quería era disfrutar de eso, de estar recostada, con los latidos de los corazones de sus hijas al compás del suyo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y

silenció un sollozo.

—No vas a mojar toda la almohada, ¿o sí? —preguntó Michelle.

—Bien podría hacerlo —respondió con las mismas palabras de su hija.

—De acuerdo, pero intenta mantener el ruido al mínimo, ¿está bien?

—Lo intentaré.

—Buenas noches, mami —dijo Michelle.

—Buenas noches, mami —repitió Samantha.

Lágrimas de gratitud corrieron libremente por las mejillas de Caroline

—Buenas noches, mis preciosas, preciosas niñas.

# AGRADECIMIENTOS

Podrías pensar que me aburre decir siempre lo mismo. Pero no es así.

Como siempre, tengo una enorme deuda de gratitud con mis grandes amigos, Larry Mirkin y Beverley Slopen, que leen los primeros bocetos de todos mis manuscritos y ofrecen sus comentarios y puntos de vista, la mayoría de los cuales llegan al producto final de una manera u otra. También quiero dar las gracias a mi marido, Warren, y a mi hija, Shannon, por su ayuda con esto. Nunca es fácil aceptar las críticas de la familia, pero o bien estoy ablandándome o ellos están volviéndose mejores en eso. En cualquier caso, tomé sus opiniones en cuenta y esta novela es mejor por ello. Gracias también a mi increíble agente, Tracy Fisher, en WME Entertainment, que ha sido un incansable y brillante apoyo, a la vez que un crítico bueno y confiable, y a su asistente anterior, James Munro, y la actual, Alli Dwyer, por todo su trabajo duro a mi favor. Luego, a mi fantástica editora, Linda Marrow, que es capaz de ver cualquier material que le envíe y señalar las áreas precisas que necesitan atención especial. E, igualmente importante, es capaz de decirme por qué. Una mención también para Dana Isaacson por su cuidadosa atención a los detalles y sus sugerencias de edición de líneas, al igual que para Elana Seplow-Jolley por su paciencia y su trabajo duro. Y a Steve Messina, el editor de producción, por hacer un trabajo tan bueno.

A Lindsey Kennedy y Allison Schuster, que trabajan en publicidad y marketing; gracias por todos vuestros esfuerzos para sacar este libro al mundo. Y a Scott Biel por su increíble diseño de cubierta. Eres asombroso.

Un agradecimiento especial a todas las personas en Penguin Random House, Canadá, aunque de verdad desearía que la reciente fusión de la compañía hubiera escogido el nombre de Random Penguin, simplemente porque es una imagen maravillosa. A Brad Martin, Kristin Cochrane, Adria Iwasutiak, Val Gow, Constance McKenzie, Martha Leonard, Amy Black, Erin Kelly y a todos los involucrados en la publicación de mis libros, gracias por su continuo apoyo y su trabajo duro. Tuvisteis visión para hacer que mis novelas fueran un éxito y ha funcionado, y por eso estoy más que agradecida. También estoy agradecida con Nita Pronovost. A pesar de que ya no sea parte de PRH, sentí su mano guiando la mía al podar y recortar el manuscrito, para despojar la prosa de desórdenes y repeticiones innecesarias. Te deseo todo lo mejor en tu nuevo puesto.

Un sentido agradecimiento a Corinne Assayag en World Exposure, la compañía que fundó, mientras que recorría su camino en la escuela de leyes, y que creció hasta ser tan exitosa que ella nunca llegó a practicar la ley. Recientemente ha rediseñado mi sitio web ([joyfielding.com](http://joyfielding.com)) para

hacerlo más interactivo y artístico y creo que ha tenido un éxito brillante. Hacedme saber si estáis de acuerdo.

Una vez más, gracias a mis numerosas editoriales alrededor del mundo y a sus maravillosos traductores. Por favor, seguid haciendo lo que habéis estado haciendo todos estos años. Como sea que mis palabras estén siendo reconfiguradas y expresadas, obviamente está funcionando.

Una mención especial para Helga Mahmoud-Trainer en Alemania, junto con una advertencia de que se cuide.

A mis editores que recientemente se han unido a la fusión, bienvenidos a bordo. Espero que disfrutéis del viaje.

Gracias a Annie, Courtney, Renee y Aurora por todo el amor y la ayuda que me ofrecéis a diario. Os quiero también. Y a mis preciosas nietas, a quienes he dedicado este libro, os deseo que tengáis en vuestras vidas toda la felicidad que le habéis dado a la mía. Sois las mejores.

Estos agradecimientos estarían incompletos sin una mención a mi propia abuela Mary, la madre de mi padre, fallecida hace tiempo, la mujer más despreciable que ha pisado esta Tierra. Ella ha sido la inspiración para la abuela Mary y, mientras que esta novela es incuestionablemente un trabajo de ficción, muchas de las citas atribuidas a ella han salido directamente de su boca. Hay algunas veces en las que, como Caroline observa: «Es increíble que se le ocurra decir estas cosas».



**Joy Fielding** (Toronto, 18.marzo.1945), de nombre de soltera Joy Tepperman, se graduó en Literatura Inglesa en 1966 en la Universidad de Toronto. Ha trabajado como actriz cinematográfica y ha escrito guiones.

Escribe novelas de suspense y misterio psicológico. Autora bestseller del New York Times, divide su tiempo entre Toronto y Palm Beach, Florida.

**Novelas publicadas hasta la fecha:**

- La otra, 1983 (1995)
- Condenada a vivir, 1985
- ¡Huye, Jane, huye!, 1992 (1997)
- Perseguida, 1995 (1997)
- La última pieza, 1997 (1999)
- Quédate hasta que me duerma, 2003
- Secretos peligrosos, 2006 (2007)
- El abismo del miedo, 2014
- Alguien te vigila, 2015
- Ella no está, 2016 (2019)

# Índice

Sobre este libro
Portadilla
Dedicatoria
1. El presente
2. Quince años atrás
3. El presente
4. Quince años atrás
5. El presente
6. Quince años atrás
7. El presente
8. Quince años atrás
9. El presente
10. Quince años atrás
11. El presente
12. Catorce años atrás
13. El presente
14. Diez años atrás
15. El presente
16. Seis años atrás
17. El presente
18. Cinco años atrás
19. El presente
20. Cinco años atrás
21. El presente
22. Cinco años atrás
23. El presente
24. El presente
25. El presente
26. El presente
27. El presente
28. El presente
29. El presente
30. El presente
31. El presente
32. El presente
33. El presente
34. El presente
35. El presente
36. El presente
37. Quince años atrás
38. El presente
Agradecimientos

Sobre la autora  
Índice  
Créditos



Título original: *She's Not There*

Editor original: Ballantine Books, un sello de Random House,  
división de Penguin Random House LLC, New York.

Traducción: María Laura Saccardo

1.<sup>a</sup> edición Noviembre 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2015 by Joy Fielding

*All Rights Reserved*

© 2019 de la traducción by María Laura Saccardo

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.umbrieditores.com](http://www.umbrieditores.com)

ISBN: 978-84-17780-23-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.